



**HISTORIA
MUNDIAL
DE 1914 A 1968
DAVID THOMSON**

ce
Je

BREVIARIOS

Fondo de Cultura Económica

**Traducción de
EDMUNDO O'GORMAN**

HISTORIA MUNDIAL
de
1914 a 1968

por

DAVID THOMSON



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1954
Primera edición en español, 1959
Tercera edición en inglés, 1969
Segunda edición en español, 1970
Duodécima reimpresión, 1995

Título original:

World History, 1914-1968

© 1969, Oxford University Press. Londres, Oxford y
Nueva York

D. R. © 1959, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

D. R. © 1992, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.

D. R. © 1995, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0180-7

Impreso en México



PREFACIO

ESTRE LIBRO apareció por primera vez en 1954 en la Home University Library. Su propósito fue explorar y ejemplificar nuevas formas en las cuales se pudiera escribir la historia reciente del mundo. Desde entonces, este propósito ha sido justificado y estimulado de manera alentadora. Habiendo sido traducido a varios otros idiomas, ha tenido exactamente la circulación multinacional que correspondía a su enfoque especial de la historia contemporánea. Por muchas razones, el estudio de la historia contemporánea ha adquirido una demanda creciente en las escuelas y universidades británicas y con el público en general, y como en seguida se arguye, la historia contemporánea sólo puede ser estudiada adecuadamente como historia mundial. Diez años más tarde, este enfoque estuvo poderosamente apoyado por el profesor Geoffrey Barraclough en *An Introduction to Contemporary History* (Londres, 1964) y por el trabajo del Institute of Contemporary History.

Originalmente se tomó el año 1950 como una fecha terminal conveniente, pero completamente arbitraria, y el libro no intentó tratar de ningún suceso posterior a la primera mitad del siglo xx. La presente edición no sólo ha aprovechado los beneficios del conocimiento adquirido por sucesos posteriores, sino que ha continuado el análisis hasta 1968. No se puede suponer, desde luego, que las pautas y tendencias que se descubrían en 1954 han persistido simplemente desde entonces: ha sido una de las principales características de los sucesos mundiales desde 1945 el que se parezcan más a un calidoscopio girando que a un cuadro estático.

Esta fluidez ha sido, en parte, el resultado del rápido desarrollo de la ciencia y de la tecnología, habiéndose destacado la investigación del espacio y la aplicación de computadoras a la investigación y a la industria. La "era del espacio", una época completamente nueva en la historia del mundo, comenzó con la habilidad del hombre de moverse en órbita alrededor de la Tierra, de viajar al espacio interplanetario y regresar a salvo a la Tierra, o de llevar a cabo investigaciones en el espacio exterior. Esta habilidad fue demostrada dramáticamente por primera vez en 1961 por los astronautas de la Unión Soviética y los Estados Unidos y se desarrolló rápidamente durante la década de 1960.

Fue escrito este libro, hay que decirlo, bajo dos supuestos principales. El primero es que una historia mundial, cualquiera que sea la época, no necesita ocuparse sino de aquellos acontecimientos, de aquellos cambios, de aquellos hombres e ideas que revistan importancia en el curso de la "historia mundial". No cabe, pues, dentro del intento de este libro, ofrecer un relato cronológico de la historia de alguna nación en particular, ni tampoco de alguno de los continentes que comprenda los sucesos entre 1914 y 1968. Ya otros trabajos de envergadura han realizado esa tarea, y en la Introducción expongo los motivos para suponer que, durante el período comprendido entre esas fechas, la simple acumulación de las historias particulares de cada uno de los seis continentes no constituiría, propiamente hablando, una "historia del mundo". El segundo supuesto de mi libro estriba en la convicción de que el historiador mundial no debe perder tierra. En efecto, no he concebido que el propósito de la historia contemporánea sea el de servir como un índice de los designios

providenciales que apunte hacia alguna deseable e ineludible solución de los problemas contemporáneos, y me he esforzado por no incurrir en el morbo profesional que tan a menudo padecen muchos escritores sobre acontecimientos de índole mundial y que acaba por una complacencia de imaginaria poética y por una intoxicación con procesos cósmicos. En algún punto intermedio entre las generalizaciones seguras acerca de lo acontecido y las generalizaciones inseguras acerca de por qué ha acontecido, se debe encontrar, quizá, la posibilidad de las generalizaciones acerca de cómo ha acontecido. Tal es el criterio que he adoptado como segunda norma para discriminar entre lo que es y no es pertinente en este trabajo. Pero sé que esta norma sólo es medianamente segura, y junto con mi primer criterio, ella me ha obligado a dejar afuera incontables temas que muchos razonablemente podrían suponer que estarían tratados en un libro que ostenta el título del presente estudio. Sólo espero y le ruego al lector que considere el resultado del mismo modo que yo lo considero: meramente como un experimento acerca de cómo puede intentarse escribir la historia mundial reciente, ya que un ejemplo concreto es por lo general más ilustrativo que una disquisición teórica o que una cartilla de instrucciones.

Puesto que no era dable incluir mapas en número suficiente y de escala apropiada en un libro de este tipo y precio, se determinó no incluir ninguno; pero la consulta de un buen atlas a lo largo de la lectura será un auxilio importante para comprender mejor el hilo del discurso. Y puesto que esta obra sólo podría llevar a cabo su cometido satisfactoriamente si sirve de estímulo para posteriores lecturas, al final de la misma se ha inclui-

do una sucinta bibliografía. El autor reconoce aquí su deuda a los libros mencionados en ella, así como a otros muchos.

DAVID THOMSON

Sidney Sussex College

Cambridge, Inglaterra

Diciembre de 1968

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ES LA "HISTORIA MUNDIAL"?

EL INTENTO de examinar, en un libro breve, la última generación de historia mundial requiere explicarse y aun quizá pide alguna justificación. Se trata de una empresa posible, porque el concepto de historia mundial, en cuanto aplicado a la generación de la humanidad comprendida entre 1914 y 1968, tiene un sentido mucho más preciso que el que podría tener si se aplica a cualquier otra generación anterior, y esto no se debe tan sólo a la circunstancia de que se trate de la generación que ha visto dos guerras mundiales.

Hace unos doscientos años, hasta los acontecimientos más trascendentales acaecidos en una parte del mundo tenían muy ligeras y lejanas repercusiones, si es que acaso producían algún efecto en otras partes de la Tierra. Aun los trastornos más notables de la historia europea carecían de significado para la historia de Australasia, lo tenían escaso para África o el continente asiático, y con frecuencia sólo era indirecto para la historia de Norte o Sudamérica. El destino de los seis continentes no estaba trabado como ahora. No fue sino hasta 1788 cuando se estableció el primer asiento inglés en Australia; en 1854 el comodoro norteamericano Perry obligó al Japón a poner fin al aislamiento que había guardado respecto del resto del mundo durante dos siglos, y sólo ha sido a lo largo de los últimos cien años cuando las potencias europeas han penetrado en el interior de África allende las avanzadas fronterizas y las fajas costeras.

Era, pues, natural y debido que, hasta hace poco,

se considerara la historia del mundo como una simple suma de los relatos independientes acerca de cada uno de los continentes. Quitando las periódicas irrupciones de asiáticos en Europa, o de europeos en el norte de África o en América, el desarrollo de cada continente constituía un cuento separado. Tales invasiones bien pudieron, en sí, tener consecuencias drásticas y de largo alcance, como aconteció en los casos de los bárbaros en Europa, de los musulmanes en España o de las conquistas españolas en Sudamérica. Pero aun el efecto total de esos grandes sucesos no fue como para establecer una acción permanente y recíproca entre el desarrollo en cada continente. Semejante efecto sólo ha sido el resultado de los dos últimos siglos de historia moderna; únicamente son éstos los que, hablando con propiedad, constituyen una "historia mundial". Un rasgo de la historia reciente es la expansión del poderío e influencia europeos por todo el mundo y las diversas consecuencias de ese hecho, tanto por lo que toca a Europa, como a los otros cinco continentes. El resultado hoy en día es la existencia de un mundo en el cual todo acontecimiento grave en cualquier sitio es de importancia para todas las demás partes dentro de un tiempo relativamente breve, y ese término, por otra parte, tiende a reducirse cada vez más. Una revolución en Rusia se convierte en algo de inmediata y permanente importancia para el resto de la Tierra; una depresión económica en los Estados Unidos afecta a todos los patrones de la vida y conmueve los sistemas políticos de casi todos los Estados europeos; una guerra, que en un principio se entabla entre grupos de naciones de Europa, propende a extenderse y abarcar a casi todos los demás pueblos del globo. Es ya justificado, por lo tanto, que el historiador mundial no se sienta obligado a escribir por

separado la historia de los continentes. Es más, ya no resulta propio que adopte ese método y se ve en la necesidad de precisar de nuevo el concepto mismo de historia mundial, si es que aspira a ofrecer un relato adecuado.

El historiador de Francia no escribe las historias separadas de Bretaña, Provenza, Borgoña y de las demás provincias francesas, para intentar más adelante ensamblarlas y componer de ese modo una historia de Francia. No hay historiador que proceda así, porque su horizonte, su tema, su criterio para discernir lo pertinente y lo significativo son por necesidad distintos según que escriba la historia de una parte o la del todo. La historia nacional y la local se hallan sutil e intrincadamente vinculadas y entretrejidas, y el estudio de la una ilumina, por lo general, el de la otra. Pero la simple serie de historias locales no puede constituir una historia nacional, porque la historia de una nación es algo diferente al mero agregado de las historias de sus distintas partes.

De parecida manera la historia de una Iglesia o de un sindicato no es el agregado de las biografías de todos sus fieles o miembros. Las biografías de los miembros de un sindicato o las de los clérigos de una Iglesia sólo importan en la historia de la respectiva institución en la medida en que revisten algún significado para su desarrollo total y a largo plazo. Así también, las historias de las provincias y de las regiones interesan al historiador de la nación sólo en tanto se entrecruzan para constituir un elemento significativo en el desarrollo de la nación como un todo. Y si es cierto que aun la concepción de la historia europea ha sido menos desarrollada de lo que podría hacerse, se acepta habitualmente, de un modo tácito en la práctica, ya que no explícitamente en teoría, que al historiador de Europa le importa menos una

compilación completa de las historias nacionales por separado que aquellos momentos en que se operan recíprocas reacciones y fusiones para dar lugar así a movimientos y despliegues más amplios. No se ocupa en el relato de la sucesión histórica de Suiza, Suecia o los Países Bajos, sino tan sólo en el de aquellos períodos de la historia de esos países cuando contribuyeron con algo de importancia general para el ancho cauce de la civilización europea, o cuando se convirtieron en centros de la preocupación internacional de otras naciones de Europa. Y si trata de manera más continua la historia de Francia o de Alemania, es porque estas naciones han ejercido una influencia más permanente sobre el curso general de la historia europea.

Ahora bien, no obstante que esta técnica ha sido aceptada como legítima, lo cierto es que, hasta ahora, apenas se ha aplicado al problema de la historia mundial. Se estudian diversas naciones, las regiones geográficas, los imperios, los continentes y las civilizaciones y se escriben sus historias por separado. En seguida se juntan en serie esos relatos, como si el conjunto constituyera la historia del mundo. Se añaden índices de referencias y capítulos acerca de las relaciones internacionales con el vano deseo de completar el cuadro; vano, porque ese cuadro ni siquiera existe. Y es que el concepto mismo de la historia mundial tiene que pensarse de nuevo antes de que pueda abordarse la empresa de escribir semejante historia de una manera más atinada.

Lo que hoy en día ha hecho posible y deseable un concepto más preciso y coherente acerca de la historia mundial es la interdependencia que, a su vez, requiere una definición más cuidadosa. Muchos escritores de la generación pasada, notablemente Mr. H. C. Wells, advirtieron la necesidad

de reconocer la organización mundial, tanto en el orden político como en el económico, alegando que, de hecho, ya existía. En su entusiasmo en favor de una integración mundial fue habitual que exageraran el grado en que los pueblos son, aún hoy, interdependientes. Pero en realidad la fuerza de las tendencias aislacionistas, autárquicas y separatistas ha sido un rasgo de la historia mundial durante los últimos cincuenta años tan decisivo, por lo menos, como el crecimiento de la cooperación internacional, y en medio de esfuerzos más persistentes que nunca encaminados a alcanzar el orden y la armonía internacionales, las fuerzas separatistas han logrado conquistar nuevos territorios en Asia y en África, y siguen siendo la potencia política activa más poderosa en el mundo moderno. Estas innegables circunstancias deben servir de aviso contra la aceptación, como tema optimista de la historia moderna, de la progresiva unificación del mundo. Pueda ser que nuestros nietos vean, retrospectivamente, alguna explicación subyacente de los fenómenos que nosotros sólo contemplamos ahora como conflictos irremediables. Posiblemente lleguen a considerar, tanto al nacionalismo autárquico y la cooperación internacional, como manifestaciones por igual de un anhelo interior en pro de la seguridad nacional o individual.

Pero nosotros, por lo menos, podemos ver que, independientemente de las últimas consecuencias, ha surgido una situación novedosa en la historia del mundo. Lo sustantivo de ella estriba en que por primera vez los seis continentes de la Tierra no pueden pasarse el uno sin los otros. Durante un buen trecho de tiempo en el futuro, las malas cosechas o las depresiones económicas padecidas por uno de ellos afectará a los demás; las revoluciones políticas o los ideales operantes en uno serán de

inmediata e íntima importancia para los otros, y una guerra que estalle en cualquier lugar puede pronto convertirse en un conflicto en todas partes. En tal sentido, los continentes están sujetos a una interdependencia nunca antes vista, y es ésta, esta perpetua interacción entre una parte de la Tierra y todas las demás partes, lo que constituye el tema central de los últimos cincuenta años de la historia del mundo. Explicar cómo ha ocurrido semejante hecho, cuáles han sido sus manifestaciones capitales y en qué consisten, hasta ahora, sus principales consecuencias para el destino humano es la tarea del historiador del pasado mundial desde 1914. Es la tarea que, probatoria y provisionalmente, trata de realizar este pequeño libro.

Si se acepta como tema central y como criterio de selección y de pertinencia lo que acabamos de explicar, el relato de la historia mundial desde 1914 más se parecerá a esos mapas de las corrientes oceánicas que muestran un flujo en movimiento entre los continentes, que no a aquellos que sólo enseñan sus rasgos físicos. Al historiador le incumbe examinar la transformación de las condiciones materiales debida a los desarrollos en la ciencia y en la tecnología, en la organización económica y social y en el comercio y las inversiones internacionales. Debe intentar describir y analizar semejantes transformaciones de manera que ponga en relieve su significación mundial y las relaciones que guardan respecto a los cambios políticos y culturales. Las técnicas y la organización de la ciencia moderna de la guerra deben encontrar un sitio en el análisis, puesto que el período examinado incluye dos conflictos armados mundiales. Es más, son de tan decisiva importancia para todo el período que casi resulta inevitable considerarlo como dividido en fases de pre-

guerra, de guerra y de posguerra. Asimismo el historiador debe estudiar las relaciones internacionales como un aspecto capital de aquellas transformaciones. También pertenecen a tan compleja historia el examen de las negociaciones de guerra y de paz, de los arreglos diplomáticos, de los movimientos migratorios nacionales e intercontinentales, del comercio y de las inversiones y de las organizaciones que se proponen facilitar la cooperación internacional.

En segundo lugar, el historiador debe atender a esos movimientos ideológicos y emotivos de orden general que, a pesar de revestir un color local en las diversas partes del mundo, adquieren un significado y una importancia en el plano supranacional e intercontinental. Movimientos como el nacionalismo y el socialismo, originados mucho antes de 1914, se ha extendido a otras partes de la Tierra a partir de ese año, especialmente en Asia y en África, y al hacerlo se han modificado en índole. En diversidad de formas el comunismo y el fascismo han invadido a Europa y han penetrado en partes de Asia, África y América. Los ideales de la seguridad social, de la democracia económica y del Estado benefactor se han convertido en conceptos que revisten alcance universal.

En tercer lugar, le incumbe al historiador ocuparse en aquellas personas que se han convertido, según frase popular, en "figuras mundiales": hombres como Lenin y Gandhi, Woodrow Wilson y Franklin D. Roosevelt, Freud y Einstein, Bergson y Rutherford, Keynes y Beveridge. Estos hombres y sus ideas y realizaciones tienen un lugar en la trama histórica que trasciende, con mucho, sus raíces en el suelo patrio. Aun figuras mundiales que han desaparecido hace mucho, encuentran un sitio si su influencia sigue siendo una fuerza viva y operante en el despliegue de la historia mun-

dial. Cristo y Mahoma, Marx y Darwin, no pueden ser omitidos, porque sus doctrinas e ideas condicionan hoy en día las relaciones entre hombres y pueblos.

Por último, y sobre todo, nuestro historiador tiene que ocuparse en aquellos acontecimientos a partir de 1914 que iluminan de un modo particular las acciones y relaciones recíprocas de todas aquellas otras fuerzas. En este sentido, los sucesos relativos a las dos guerras mundiales, el proceso que acarrió la bancarrota de la Sociedad de Naciones y el que produjo el cisma mundial entre la Unión Soviética y la Unión Norteamericana después de 1945 y el lanzamiento de la bomba atómica, son todos hechos que forman parte integrante de una y la misma trama.

Estas cuatro y fundamentales incumbencias —las condiciones materiales, las ideas y las emociones, las personalidades influyentes y los sucesos trascendentales— son, en cierto sentido las categorías básicas de todo análisis histórico, y en el proceso de sus reacciones recíprocas estriba el secreto de la mudanza en la historia. A este respecto, el método propio al historiador mundial no difiere fundamentalmente del método de los otros tipos de historiadores. Aplica en otra escala las técnicas habituales de la ciencia histórica moderna, y es su obligación tener siempre presente que la Tierra, siendo un globo, no tiene rincones. Su relato no está centrado en esta o aquella nación, en tal o cual continente: gravita sobre el globo mismo en su totalidad.

La generación humana de los años entre 1914 y 1968, con la cual tiene que habérselas este libro, pertenece, pues, a la fase histórica a la cual el concepto de historia mundial que hemos explicitado se aplica de un modo plenario. Estudiar la historia de esa generación es tanto como estudiar

la fase más avanzada de la creciente interdependencia. Pero el estudio de la historia contemporánea está aquejado en sí de dificultades especiales. Privado de las habituales ventajas del historiador que posee una visión retrospectiva y que sabe los desenlaces, al estudioso de la historia contemporánea puede ofrecérsele de modo especialmente agudo la dificultad de lograr ver el bosque en vez de los árboles. El problema no consiste, según es común suponer, en que el historiador contemporáneo padece escasez de material o falta de datos. Su desventaja es la contraria: una tal superabundancia de fuentes que su capacidad no basta para manejarla. No es cierto eso de que "no sabemos aún lo bastante acerca de los acontecimientos recientes". Sabemos mucho más de la Batalla de Inglaterra que de la Batalla de Hastings. La dificultad consiste, para el historiador de la Batalla de Hastings, en que mientras los testimonios se han mermado arbitrariamente por el azar del tiempo, los relativos a la Batalla de Inglaterra se conservan en número tan aplastante y tan intactos que, para beneficiarse de ellos, el historiador tiene que arbitrarse un principio de selección y de reducción que le permita compendiarlos en una proporción que haga posible su manejo. No se ve claro por qué motivo, según frecuentemente se sugiere, los resultados han de ser menos objetivos o menos precisos que los obtenidos por el historiador de la Edad Media. El relato que haga un cuidadoso historiador de los sucesos contemporáneos está, sin duda, menos expuesto a sufrir alteraciones sustanciales por la aparición de hechos hasta entonces ignorados que el de un historiador del pasado medieval. Tiene a mano muchos más medios para verificar todas sus afirmaciones que aquellos de que dispone su colega, el historiador de la Edad Media, y hasta

es de suponerse que ofrecerá una visión más firme y durable.

Pero la mayor dificultad del historiador contemporáneo es la de observar cierto despeggo, colocarse en adecuada perspectiva y guardar la debida proporción en la tarea interpretativa. Es en esto donde el estudioso de la historia mundial, en el sentido arriba explicado, puede contribuir de un modo particularmente valioso al conocimiento de la historia contemporánea. Las deformaciones principales en la visión de los sucesos contemporáneos se deben a las limitaciones procedentes del nacionalismo. Desde el punto de vista de la historia mundial, todos los historiadores nacionales tienden a cierto provincialismo. Precisamente porque el nacionalismo sigue siendo una de las fuerzas más poderosas en el mundo moderno, es casi imposible que el historiador contemporáneo eluda del todo la inhibición de su influencia. Es de esperarse, sin embargo, que mientras más se empeñe en considerar a todas las historias nacionales desde la perspectiva supranacional e internacional, más podrá liberarse de semejantes perturbaciones. En tal sentido es de afirmarse que el estudio de la historia mundial es el necesario correlato del estudio de la historia contemporánea. No sólo es cierto que la historia mundial es, forzosamente, historia de sucesos recientes; lo es, también, que los sucesos recientes solamente pueden estudiarse como es debido dentro del marco de la historia mundial.

Las realidades detrás de las manidas palabras "nacionalismo" y "socialismo", que aparecen con cierta frecuencia en este libro, son más fáciles de describir y de reconocer que de definir. Pero conviene aclarar que por "nación" quiere decirse una comunidad de personas cuyo sentimiento de perte-

necer a un todo responde a la creencia en la posesión de un domicilio territorial común y a la experiencia de estar vinculadas por tradiciones y por una historia comunes. Nacionalismo, pues, significa el deseo que anima a una tal comunidad a afirmar su unión e independencia frente a otras comunidades o grupos. Por otra parte, socialismo, pese a una variedad de sentidos, se ha empleado aquí para aludir a la creencia de que la sociedad debe quedar organizada de tal manera que las formas de producción y de distribución de la riqueza sirvan para satisfacer las necesidades primarias de todos los miembros de la sociedad, con prioridad a la satisfacción de las necesidades secundarias de cualquiera de sus miembros. Difiere, por consiguiente, de modo fundamental, del comunismo, el cual, en todas sus formas contemporáneas vigentes (marxismo, leninismo, estalinismo, trotskismo y las teorías de Mao Tse-tung) pretende la previa "liquidación de la burguesía" por medios revolucionarios y violentos, de modo que niega así hasta las necesidades primarias a aquellos miembros de la sociedad a quienes el partido en posesión del poder les ponga la etiqueta de "burgueses". Es de advertirse, por último, que ni la palabra "nacionalismo" ni la palabra "socialismo" han sido empleadas con un sentido aprobatorio o peyorativo; simplemente se usan para aludir a fenómenos de innegable importancia en el mundo moderno. Tampoco pueden verse esos dos fenómenos, a la luz del siglo xx, ni como aliados de modo inherente, ni como necesariamente enemigos. El resultado de su existencia parece estar principalmente determinado por circunstancias de otra naturaleza.

CAPÍTULO I

EL PANORAMA MUNDIAL EN 1914

1. EL MARCO POLÍTICO

La superficie del globo comprende más de ciento cuarenta y ocho millones de kilómetros cuadrados de tierra y más de trescientos sesenta millones de kilómetros cuadrados de agua. En 1914 la población de la Tierra, con toda probabilidad, alcanzaba unos mil ochocientos millones de almas. Aproximadamente una cuarta parte vivía en Europa, y con suficiente seguridad puede decirse que más de una mitad habitaba el continente asiático, de manera que el centro de gravitación de la humanidad estaba en Eurasia. En 1914 la Comunidad Británica¹ comprendía una cuarta parte de la superficie terrestre e incluía, más o menos, otro tanto de la humanidad. Pero su población estaba distribuida de un modo muy desigual, y, comparada con la concentración en Eurasia, era de periferia. Lo más de ella, en efecto, vivía en las áreas densamente pobladas de la India y de las Islas Británicas, mientras que el resto estaba diseminado por África, el Canadá, Australasia y en muchas pequeñas islas y establecimientos fronterizos. Gracias a su poderío naval, la Comunidad dominaba

¹ Técnicamente sería más propio hablar del "Imperio Británico" hasta antes de 1922, en seguida de la "Comunidad Británica e Imperio" hasta 1947, y desde entonces de la "Comunidad de Naciones". Para evitar torpezas y equívocos se han empleado a lo largo del libro las expresiones "Comunidad Británica" o simplemente la "Comunidad".

casi todos los mares, y debido a su carácter periférico ese poderío era crucial para el mantenimiento de toda su estructura económica y política. También poseía casi la mitad del tonelaje mundial de navíos comerciales. Semejante distribución territorial y demográfica de la Comunidad, combinada con su potencia naval y mercantil, la convirtió en uno de los vínculos principales entre los seis continentes, y considerado aisladamente, es, quizá, el factor más decisivo de su interdependencia política. En 1950 la Comunidad todavía era la única potencia en el mundo de índole completamente intercontinental.

En términos generales, el territorio de la Comunidad se distribuía en dos grandes grupos: el de las regiones en torno a las playas del Atlántico septentrional y el de las que rodean al Océano Índico. Las principales excepciones las constituían los territorios del África Occidental sobre las riberas del Atlántico del sur; los pequeños pero importantes establecimientos fronterizos como Gibraltar, Malta y Chipre en el Mediterráneo, y otros, tales como Hong Kong y Singapur en el Lejano Oriente. El poderío naval británico podía, por lo tanto, concentrarse sobre todo en el Atlántico del Norte y en el Océano Índico, empleando las islas intermedias como bases y vínculos entre esas áreas de concentración. Sin embargo, por lo que toca a la diplomacia, la Gran Bretaña se interesaba inevitablemente en todo acontecimiento importante que acaeciera en cualquier parte de Europa, África, América del Norte, el Océano Índico y el Lejano Oriente. Por esta razón, en torno a 1914, se halló en aguda rivalidad con Alemania que intentaba poner en jaque su supremacía naval en el Atlántico y en el Mar del Norte; en estrecho entendimiento con Francia, desde 1904, acerca del África Septentrional, del Mediterráneo y el Mar

del Norte, y también en alianza con el Japón, desde 1902, y con Rusia, desde 1907. Y como Francia y Rusia, a partir de 1894, habían celebrado pacto de alianza en previsión de un posible ataque por parte de Alemania y sus aliados, la Gran Bretaña se vio comprometida, además, en una "Triple Entente" contra la común amenaza alemana. Asegurada en sus intereses en el Lejano Oriente, en virtud de sus tratados con el Japón y Rusia, podía concentrar lo más de su atención sobre Europa y lo principal de su poderío naval en aguas del Atlántico del Norte y del Mar del Norte.

En cualquier examen del escenario mundial en 1914 es necesario situar a la Comunidad Británica en el frente, por la sencilla razón de que entonces era el mayor y más obvio poder de alcance mundial. Representaba, también, el resultado más conspicuo y de mayor éxito de una fase de la historia mundial que ya para entonces tocaba a su fin, a saber: la expansión colonial de las potencias europeas. Semejante fase terminó, de hecho, con el reparto final de Africa cuando la Unión Sudafricana quedó erigida en un Dominio de la Comunidad Británica en 1910. Durante la arrebatación del territorio africano, la Gran Bretaña provocó la rivalidad con casi todos sus vecinos occidentales europeos; pero en 1914 ese tipo de conflictos se había calmado. Desde 1904 la Gran Bretaña había logrado un entendimiento con su principal rival colonial, Francia, al acceder a la hegemonía francesa en Marruecos a cambio del reconocimiento de la hegemonía británica en Egipto y en el Sudán Anglo-Egipcio. Las colonias francesas e inglesas en África eran vecinas y ambas se hallaban ya definitivamente delimitadas. El Africa Francesa comprendía una área de mucho más de diez millones de kilómetros cuadrados con una población de aproximadamente treinta millones,

e incluía lo más de la costa septentrional de África (Túnez y Argelia, con el control sobre Marruecos), el África Occidental Francesa y el Congo. El África Occidental Británica comprendía a Gambia, Sierra Leona, la Costa de Oro y Nigeria.

Entremezcladas con estas colonias africanas de Francia y de Inglaterra había las de las otras naciones marítimas occidentales europeas. Portugal dominaba una reducida área costera en Guinea y un amplio territorio en Angola. España tenía parte de Marruecos y Río de Oro en el África Occidental y, además, las Islas Canarias. Bélgica ejercía poder sobre la enorme área interna del Congo que se había anexado en 1907. A Alemania le correspondían el Camerún, Togo y el África Sudoccidental. Italia, tan recientemente como 1912, le había quitado Libia a Turquía. De este modo la totalidad de las regiones costeras del África Mediterránea y Occidental y sus correspondientes áreas internas habían quedado divididas entre las naciones occidentales marítimas de Europa.

Tal era la situación de las costas orientales del Atlántico, pero ¿cuál, entonces, la de las costas occidentales? A este respecto la Doctrina Monroe de los Estados Unidos había tenido la finalidad, a lo largo de casi un siglo, de proteger al continente americano de parecidas intervenciones en asuntos americanos por parte de las potencias europeas. La repartición de África, que en lo esencial había ocurrido durante la generación anterior a 1914, tuvo como consecuencia el fortalecer en los Estados Unidos su determinación de impedir que el Viejo Mundo alterara el equilibrio del Nuevo Mundo. La Gran Bretaña estaba firmemente establecida en el Canadá, en las Indias Occidentales Británicas, en Honduras Británica en Centroamérica y en la Guayana Inglesa en Sudamérica.

Los franceses también tenían parte de Guayana y unas cuantas pequeñas islas en el Atlántico del Norte, tales como Saint-Pierre y Miquelon. Pero desde 1898 otras potencias europeas no poseían nada en América. En ese mismo año la guerra con España le concedió a los Estados Unidos un control muy considerable sobre el Caribe. La isla de Cuba, aún después de la concesión formal de independencia en 1901, permaneció bajo la protección de los Estados Unidos. Puerto Rico quedó bajo un dominio directo. El presidente Theodore Roosevelt y sus sucesores habían enviado tropas y barcos de guerra a Santo Domingo, Haití, Colombia, México y Nicaragua para poner fin a revoluciones, ejercer control sobre las finanzas o mantener en el poder a gobiernos que favorecían los intereses norteamericanos. La primera Conferencia Internacional Americana se reunió en Washington en 1889, y de ella se derivó la Unión Panamericana que celebró tres conferencias más entre 1901 y 1910. Cuando estalló la Guerra Mundial, los Estados Unidos habían intervenido con fuerzas armadas en México para derribar un gobierno revolucionario y a fin de asegurar los intereses norteamericanos, y las tropas no fueron retiradas en definitiva sino hasta 1916.

Se advierte que en torno a 1914 la tendencia general de los acontecimientos políticos en el Atlántico consistía en la dominación consolidada de las costas orientales de ese océano por parte de las naciones occidentales de Europa, pero al mismo tiempo en la eliminación de toda influencia seria de dichas naciones en las costas occidentales de ese océano, quedando sustituidas, en Sudamérica, por los Estados Unidos como influencia externa preponderante. La única excepción notable era el Dominio del Canadá, el cual, por otra parte, pugnaba vigorosamente en pro de una ma-

yor independencia respecto a la Gran Bretaña y también respecto a los Estados Unidos. Bajo la guía del primer ministro sir Robert Borden, aún más que bajo la de su antecesor Laurier, el nacionalismo en el Canadá tomó la forma política de una combinación de lealtad hacia la Comunidad Británica y de afirmación del derecho de decidir acerca de cualquier medida de política internacional que pudiera comprometer a las fuerzas canadienses. El Canadá temía que la Gran Bretaña se viera tentada a sacrificar intereses canadienses a fin de obtener el apoyo de los Estados Unidos. Tales temores fueron alentados por la manera en que los británicos manejaron la disputa de 1903 acerca de la frontera de Alaska, puesto que el límite fijado fue principalmente en favor de los Estados Unidos. Desde la poco afortunada e histérica actitud del presidente Cleveland, respecto a la disputa entre la Gran Bretaña y Venezuela en 1895, la política británica había consistido en armonizar los intereses de las dos más poderosas naciones del Atlántico del Norte. En aquella ocasión, la insignificante disputa acerca de la línea franteriza entre la Guayana Inglesa y Venezuela provocó una excitada reafirmación de la Doctrina Monroe que, durante algunas semanas, estuvo a punto de hacer que estallara la guerra entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos. El incidente sirvió para airear el ambiente entre las dos naciones, para aumentar su respeto mutuo y para mostrar el peligro de las actitudes intransigentes por ambos lados. A partir de 1906 la armada británica fue organizada en tres flotas: la del Atlántico oriental, la del Canal y la del Mediterráneo.² La

² En los años subsiguientes, los acuerdos navales con Francia concentraron las obligaciones de la armada inglesa en el Mar del Norte y en el Canal a cambio de la cooperación francesa en la defensa naval del Mediterráneo.

escuadra que hasta entonces tenía su base en Bermuda, como protección de las Indias Occidentales Británicas, fue retirada, dejando de ese modo completa libertad a los Estados Unidos en el Caribe y señalando así la tregua a toda rivalidad naval entre ese país y la Gran Bretaña.

En la otra esfera principal de los intereses británicos, el Océano Índico, existía una parecida situación de mezcla respecto a las posesiones coloniales de las potencias marítimas europeas. Así como aconteció en el oeste, al este de África esas potencias se habían repartido las regiones costeras. Había la Somalilandia italiana, francesa y británica, y el África oriental portuguesa, alemana e inglesa. Además, Italia dominaba en Eritrea, Francia en la isla de Madagascar e Inglaterra en Rhodesia y Uganda. Los únicos Estados del continente africano que aún gozaban de algún grado de independencia, excepción hecha de la Unión Sudafricana, eran Egipto, Abisinia y Liberia. Sobre las costas septentrionales del Océano Índico se hallaban las enormes posesiones británicas de la India y de Birmania y la isla de Ceilán. Sobre las costas orientales estaba la Federación de los Estados Malayos, con la base naval clave de Singapur que era el eslabón vital en la comunicación entre el Océano Índico y el Pacífico y, además, se hallaba la rica cadena de las Indias Orientales Holandesas, y más al sur, Australasia. Aquí los Estados Unidos no ejercían ninguna influencia directa y no poseían ningún territorio. La mayoría de las muchas islas que se encuentran diseminadas por el Océano Índico estaban bajo el control de la Gran Bretaña.

Se trataba, aún más obviamente que en el caso del Atlántico oriental, de un mar británico. La principal emigración dentro de sus litorales era de

hindúes. Después de la abolición de la esclavitud en el Imperio Británico, en 1833, se había incrementado la demanda de trabajo para las regiones tropicales, y esta circunstancia provocó la emigración de campesinos hindúes a contrato. Para 1914 este sistema ya casi se había extinguido, pero muchos de los emigrantes permanecieron en sus países de adopción, tales como Mauricio o la Unión Sudafricana.

Los vínculos entre los océanos Atlántico e Índico, como áreas mellizas de influencia e intereses británicos, eran, por una parte, la larga ruta marítima por el Cabo de Buena Esperanza, que también estaba en poder de la Gran Bretaña, y por otra, desde la apertura en 1869 del Canal de Suez, la ruta más breve por el Mediterráneo y el Mar Rojo. Gracias al control británico sobre Gibraltar y Malta, y a partir de 1878 sobre Chipre y de 1839 sobre Aden, y gracias, también, a la amplia participación británica, desde 1875, en el Canal de Suez, la comunicación entre la Gran Bretaña y el Océano Índico parecía bien asegurada. Pese a esta abigarrada mezcla de territorios e intereses coloniales a lo largo de los tres lados del amplio triángulo geográfico africano, todas las disputas esenciales ya habían quedado solucionadas en 1914 por lo que se refiere a la repartición de ese continente. Puesto que Alemania e Italia no habían logrado aún su unidad política sino dentro de los últimos cincuenta años, llegaron tarde a la partición. Tenían una porción menor y un imperio colonial menos atractivo que la mayoría de sus demás vecinos europeos occidentales; pero no era probable que las animosidades, que aún subsistían en 1914 con motivo de rivalidad en África, fueran suficientes, por sí solas, para enredar a estas potencias en un conflicto armado.

En el Pacífico y en el Lejano Oriente existía un equilibrio distinto entre las fuerzas imperialistas. Allí, también, estaba comprendida la Comunidad Británica. En el Pacífico meridional su poderío se extendía a Australia, Nueva Zelandia y Tasmania, a las islas Fidji y Salomón y a otros territorios menores. Sobre el lado occidental tenía parte de la Nueva Guinea y el Borneo del norte. Pero en el Pacífico septentrional era el Japón la potencia expansionista. Su predominio lo adquirió a costa, sobre todo, de China, a la que había derrotado militarmente en 1894-1895. Las potencias occidentales también intentaban conseguir puertos y obtener concesiones que les abrieran los inmensos recursos y mercados de China. Rusia, Alemania, Francia y la Gran Bretaña, al igual que el Japón, habían logrado establecerse en diversos puntos estratégicos sobre el litoral chino. Parecía que iba a repetirse el cuento de la repartición de África. Desde hacía setenta y dos años los británicos se habían posesionado del puerto crucial de Hong Kong, en la desembocadura del Río de Cantón, y lo convirtieron en el centro comercial más importante de China. En 1871 Rusia se había apoderado de la provincia de Kulja. En Indochina los franceses establecieron protectorados en Camboya, desde 1863, en Tonkín, desde 1883, en Annam, desde 1884 y desde 1893 en Laos. Cochinchina le fue cedida en 1868. La Gran Bretaña anexó Birmania a su imperio en 1886. Como resultado de su victoria sobre China, el Japón obtuvo control sobre Corea y la anexó en 1905, y habría adquirido una gran parte de Manchuria si Rusia, Alemania y Francia no lo hubieran impedido con sus protestas. Entre 1895 y 1900 todas las potencias compitieron para obtener concesiones y "esferas de influencia" en China, construyendo ferrocarriles y otorgando préstamos. Estas intromisiones provocaron una ola de algo

semejante a un nacionalismo chino y encendieron la rebelión de los boxers en Pekín en 1900. El Japón, Rusia, Francia, la Gran Bretaña y más tarde Alemania enviaron una fuerza expedicionaria combinada para apagarla, y ese mismo año los británicos y los alemanes firmaron un convenio en que acordaron refrenar toda agresión territorial en China y mantener una política de "puerta abierta" para el comercio mundial. Un año antes los Estados Unidos, también, aparecieron en el cuadro. El secretario de Estado, John Hay, defendió la tesis de la política de "puerta abierta", en el sentido de que las potencias que gozaban concesiones en China no podían discriminar a otras por medio de tarifas diferenciales o cuotas ferroviarias. Esta doctrina no sirvió para proteger a China contra las intervenciones, pero alivió en algo la rivalidad entre las grandes potencias.

En 1904 estalló la guerra entre Rusia y el Japón, y al otro año el presidente Theodore Roosevelt empleó sus buenos oficios para ponerle fin. Pero el Japón quedó en mejores condiciones que Rusia para aprovechar la debilidad de China. En 1911 la declinante dinastía Manchú fue derrocada. Había gobernado en China desde 1644, y ahora se establecía un régimen republicano. El Dr. Sun Yat-sen y su partido nacionalista, el Kuomintang, sólo pudieron fijar su autoridad en el sur de Cantón. En el norte, el poder cayó en manos de los gobernadores militares de las distintas provincias que se erigieron en señores independientes y penden-cieros. Posición tan inestable, vigente en 1914, no podía durar; indicaba que China se convertiría en un futuro centro de tensión mundial.

Sólo hasta el siglo xx los Estados Unidos tomaron el mismo interés en el Pacífico que habían mostrado por el Atlántico. La apertura del Canal de Panamá, que en 1914 ya permitía el paso aun-

que las obras no se habían terminado, le ofreció a los Estados Unidos una ruta marítima directa entre los dos principales teatros de sus intereses nacionales comparable al vínculo que, una generación antes, había conseguido la Comunidad Británica con la apertura del Canal de Suez. El creciente interés político de los norteamericanos en el Pacífico respondió principalmente a la circunstancia de que los Estados Unidos adquirieron Guam y las Filipinas como resultado de la guerra con España; pero la nada reticente aceptación de estas bases navales en el Lejano Oriente se debió, a su vez, a los ya por entonces crecientes intereses económicos y navales de los norteamericanos en esas regiones. Por esas mismas fechas adquirieron el Hawai y parte de Samoa. Fue así como la guerra que desalojó del Nuevo Mundo a la última potencia europea, también vinculó a los Estados Unidos de un modo más positivo con el Lejano Oriente. Este hecho acarreó modalidades nuevas en su política exterior. Por lo que se refería al Atlántico, la finalidad principal de los norteamericanos consistía en impedir que Europa interviniera en asuntos americanos. En el Lejano Oriente no se podía negar ni ignorar la presencia de potencias europeas, y era imposible adoptar una actitud tan negativa y defensiva. La doctrina de "puerta abierta" invocada por John Hay en 1899 fue el resultado de la presión ejercida por los intereses industriales y comerciales, que pedían una política más firme, y también de intereses de ciertos grupos misioneros. El libro *The Break-up of China* de lord Charles Beresford fue oportuno y sensacional, mientras que el del almirante Mahan les recordó a los norteamericanos la importancia del poderío naval. Fue un período de expansión marítima imperialista para los Estados Unidos que corresponde a la expansión africana

y del Lejano Oriente por parte de las potencias europeas. Una vez atraídos los Estados Unidos al Asia, su problema crucial tenía que ser China; al ocupar su lugar entre las grandes naciones mercantiles del mundo, contempló, no sin ansiedad, la inminente desmembración de ese país.

Estos embrollos ultramarinos de las potencias europeas no eran, sin embargo, tan inflamables como lo eran sus rivalidades dentro del continente europeo mismo. Aquí es donde se encuentran las raíces más profundas de la primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo que se erguían los imperios marítimos de las potencias occidentales, otros más antiguos imperios continentales dinásticos se abatían en Eurasia. El fondo de los problemas europeos ha de buscarse en las consecuencias que provocó el desmoronamiento de la monarquía dual Austro-Húngara de los Habsburgos, el del desparramado Imperio Turco de los Otomanos y el del inmenso Imperio Ruso de los Romanoff. Las fuerzas del nacionalismo y del liberalismo, que venían fermentando en el resto de Europa desde hacía más de un siglo, apenas empezaban a mostrar su influencia sobre esos conglomerados dinásticos carentes de nacionalidad y de integración multinacional. Ya se habían hecho sentir movimientos de rebeldía en Polonia, tan de antiguo dividida entre Austria-Hungría, Rusia y Prusia; ya los griegos y algunos de los eslavos meridionales habían sacudido el dominio de sus gobernantes Habsburgos u otomanos; y Turquía, desde hacía tiempo, ya venía considerándose como "el enfermo" de Europa.

Turquía se desintegraba más rápidamente que Austria-Hungría, pero la situación de esta última era más peligrosa en virtud del poderoso reto que significaba para su conservación misma el

agresivo y altamente nacionalista Estado balcánico de Servia. Estado independiente por casi un siglo, Servia había crecido en poderío y en tamaño, y ahora recibía apoyo de Rusia en razón de su política paneslava en la Europa Oriental. Rusia, bien que internamente atosigada por los movimientos revolucionarios que la obligaron a intentar el experimento de la Duma en 1905, estaba en situación de tomar la ofensiva en favor de otras naciones del oriente europeo. Cuando en 1912 Turquía fue derrotada por los Estados balcánicos, la desintegración del Imperio Otomano recibió un vigoroso impulso. Tanto Rusia como Austria-Hungría estaban pendientes de los beneficios que podrían sacar de ese proceso. Al mismo tiempo, Alemania también mostraba ambiciones en el Cercano Oriente, y un claro síntoma de ello fue el ferrocarril de Berlín a Bagdad. La Gran Bretaña tenía interés en Persia, y en 1907 celebró un acuerdo con Rusia mediante el cual obtuvo una "esfera de influencia" en la porción sur de aquel país, dejando a Rusia la parte norte y estableciendo una zona neutral intermedia. De particular interés para Francia era Siria donde tenía inversiones, misiones cristianas y escuelas con el deseo de mantener y extender sus intereses levantinos. Los Balcanes y el Levante fueron también el foco de esa curiosa serie de "pan" movimientos que aparecieron a principios del siglo. Además del paneslavismo, que sólo tenía importancia en la medida que favorecía la expansión rusa, hubo los movimientos pangermánico y panteutónico como reacciones contra el paneslavismo y, además, un movimiento panturaniano que aspiraba a unificar todos los ramales de la raza turca desde Tracia hasta Siberia, y un movimiento panislámico que comprendía la zona desde el norte de Africa hasta la India. El creciente contacto entre los pue-

blos, especialmente entre pueblos de muy diversas civilizaciones y razas, había provocado una asociación entre los conceptos de civilización y raza. Pero los movimientos de unificación racial no han sido, de hecho, sino armas de dominación nacionalista, y esto es tan válido respecto al panslavismo, el pangermanismo y el panturanianismo antes de 1914 como respecto al nacionalsocialismo en Alemania entre las dos guerras.

Uno de los desarrollos de mayor significación en esta época fue el despertar del mundo musulmán a la conciencia de su unidad. Una señal de ello fue la Liga Musulmana en la India, fundada en 1907. La división de Persia en ese mismo año; la ocupación de Marruecos por los franceses; los ataques, primero de Italia en 1911 y después de los Estados balcánicos en 1912 contra Turquía, fueron acontecimientos que, tomados en conjunto, parecieron significar la agresión de las naciones europeas contra el Islam y de ese modo fue como le prestaron un gran impulso al movimiento panislámico, que acabó por convertirse en un factor importante de alcance universal al fin de la primera Guerra Mundial. Entre tanto, el gobierno turco, como en el caso de China, se vio amenazado por la revolución. En 1908 el partido Joven Turquía se rebeló en Salónica y exigió al sultán una constitución. Accedió, pero de inmediato estalló la guerra en contra de los nuevos dictadores, y tanto los europeos como los árabes colaboraron para acabar con el Imperio Turco. Bulgaria se declaró independiente; Grecia se apoderó de Creta; Austria-Hungría tomó las provincias de Bosnia y Herzegovina; Italia se posesionó de Trípoli; en Bagdad los nacionalistas de Irak exigieron la independencia de Mesopotamia; en Damasco los nacionalistas sirios siguieron el ejemplo, y en Nejd, Ibn Saud declaró la independencia de Ara-

bla. En imperios como éstos el nacionalismo, localizado en el centro, generó nacionalismos separatistas en la periferia, y este ejemplo sirvió para advertir a los gobernantes de Austria-Hungría que también ellos corrían un peligro semejante en caso de que apareciera un movimiento separatista en los Balcanes.

Este complejo enredo de los conflictos entre nacionalismos e imperialismos en los Balcanes y en el Levante provocó mucha tensión en la estructura diplomática de las alianzas europeas. Como Alemania temía verse cercada por la Triple Entente, constituida por Rusia, Francia y la Gran Bretaña, no se atrevía a desamparar a Austria-Hungría que estaba empeñada entonces en demoler el creciente poderío de Servia. Francia se sentía amenazada por Alemania, y no se atrevía a abandonar a Rusia, por más que incitaba la resistencia de Servia. La Gran Bretaña, por su parte, temía el reto de Alemania respecto a la supremacía naval y no se atrevía a dejar sola a Francia. Los pactos de alianza se conjuraban para hacer que los problemas especiales se convirtieran en una sola y enorme disputa.

La Triple Alianza entre Alemania, Austria-Hungría e Italia se había constituido entre 1879, cuando Bismarck pactó la Doble Alianza con Austria-Hungría en 1882 como medio de defensa contra Rusia, y cuando estas dos potencias firmaron el Tratado de la Triple Alianza con Italia. La meta que de un modo permanente persiguió Bismarck después de su victoria sobre Francia en 1870, fue la de mantenerla aislada del resto de Europa y la de impedir que Alemania fuese cercada por alguna maniobra diplomática. De hecho, el resultado fue la creación de dos sistemas rivales de alianzas y el establecimiento de un delicado equilibrio de poder en Europa que, durante una generación,

pudo mantener la paz. Mientras una combinación provocaba automáticamente una contracombinación rival, de manera que se conservara el equilibrio de poder, ambos lados se veían obligados a conservar la paz. Pero las repetidas tensiones y prolongadas rivalidades de ese tipo produjeron por sí mismas una permanente competencia de armamentos y generaron un temor cada vez más extendido que, a fin de cuentas, hizo gravitar a todas las potencias comprometidas hacia un gran conflicto armado. En lugar de que los socios menos interesados y más serenos frenaran a sus aliados, el temor se apoderó de tal manera en toda Europa que fueron los socios más exaltados y belicosos los que marcaron el paso a sus aliados. Ya era imposible delimitar o localizar cualquier disputa, porque todas se contaminaban mutuamente, y ésa es la razón que explica cómo el asesinato de un archiduque austriaco a manos de un fanático serbio en la pequeña ciudad balcánica de Sarajevo precipitó a Rusia y a Francia en una guerra contra Austria-Hungría y Alemania, y cómo la invasión de Bélgica por los alemanes arrastró a la Gran Bretaña y a sus Dominios al conflicto. La situación europea de aquel momento ha quedado bien caracterizada en las siguientes palabras de J. A. Spender:

El estadio que había alcanzado Europa era el de un semiinternacionalismo que organizó a las naciones en dos grupos sin ofrecer un vínculo entre ellos. Apenas pueden concebirse condiciones más desfavorables, tanto para la paz como para la guerra. El equilibrio era tan delicado que un soplo de aire podía destruirlo, y las enormes fuerzas de ambos lados estaban tan equiparadas que una lucha entre ellas tendría que ser formidable. En este sen-

udo, el éxito mismo del equilibrio de poder fue su némesis.⁸

Si se considera la existencia de los vínculos de alcance mundial debidos a los intereses coloniales de las grandes potencias, la guerra que se desencadenó fue, en sentido estrecho, una "guerra mundial"; pero como los imperios de las potencias de la Triple Alianza eran predominantemente imperios dinásticos continentales, la principal escena de la guerra pronto quedó confinada a Europa, al Mediterráneo y al Atlántico. El Lejano Oriente sólo se vio inmiscuido de un modo directo en la medida en que fuerzas armadas de la India combatieron al lado del ejército británico. Las colonias alemanas en África fueron aisladas de inmediato, si bien es cierto que el África Oriental Alemana fue el teatro de una larga y costosa campaña que duró hasta 1918.

Visto en conjunto, el escenario mundial en 1914 muestra como rasgo sobresaliente el impacto de las potencias expansionistas sobre potencias de corte más antiguo y poco elásticas y las repercusiones correspondientes sobre las relaciones entre esas mismas potencias expansionistas. Tal es el esquema fundamental de la situación. Rusia, el Japón, la Gran Bretaña, Alemania y Francia chocaban en China; Rusia, Italia, la Gran Bretaña, Francia y los Estados balcánicos chocaban en el Imperio Otomano. En cada caso esos impactos estimularon la revolución nacionalista, que, a su vez, se vio seguida de otras rebeliones nacionales separatistas en el seno de esos antiguos imperios. En Austria-Hungría el impacto de Rusia, Servia y de los otros Estados balcánicos produjo movimientos separatistas internos, pero

⁸ J. A. Spender: *Fifty Years of Europe* (1933), p. 389.

sin una revolución nacional en el centro. La influencia británica en la India y la influencia norteamericana en Sudamérica son desarrollos paralelos, como lo es la repartición del continente africano entre las potencias europeas. En este caso las consecuencias de reacciones internas nacionalistas han tenido un desarrollo más lento, pero no por eso dejan de mostrar suficiente semejanza al esquema ya familiar antes de 1914 como para ser significativas. En la India las reformas Morley-Minto de 1909 aceptaron en grado muy limitado el establecimiento de instituciones representativas. El Congreso Nacional de la India, creado desde 1885, se había convertido, en 1914, en el vehículo principal del nacionalismo indostánico; y la Liga Musulmana fue fundada en 1907. Sólo a partir de la primera Guerra se han observado, como desarrollos importantes, las manifestaciones características de rebelión nacionalista contra la dominación extranjera en Sudamérica y en África.

Si este esquema general ofrece un análisis exacto del escenario político en el mundo de 1914, quiere decir que el futuro pertenece a esas potencias cuya visión, tradiciones e ideales las hacen más adecuadas para entenderse con esas nuevas formas del nacionalismo. Dos potencias estaban especialmente dotadas para habérselas con una amplia diversidad de razas y de nacionalidades dentro de una estructura común de gobierno y de administración: la Comunidad Británica y los Estados Unidos. Cuatro Dominios habían logrado recientemente un gobierno de casi total autodeterminación e independencia. Con la inclusión de Saskatchewan y Alberta en 1905, el Dominio del Canadá completó su unificación federal. El Dominio de Nueva Zelandia, existente desde 1852, fue formalmente constituido en 1907. La Comu-

ntad Australiana fue inaugurada en 1901. En 1910 las colonias del Cabo de Buena Esperanza, Natal, el Transvaal y la Colonia del Río Orange, que ya tenían gobiernos propios, se unieron para formar la Unión Sudafricana. El siglo xx le trajo a la Comunidad Británica, no sólo la plenitud de desarrollo de las colonias en su marcha hacia el logro de gobiernos totalmente responsables y autodeterminantes, sino un proceso interno de unificación y consolidación. Esto hizo posible la combinación de colonos británicos y franceses en el Canadá y de británicos y holandeses en Sudáfrica. Los Estados Unidos, gracias a un desarrollo parecido, habían logrado encontrar la manera de unir, dentro del marco de una ciudadanía común, a hombres y mujeres de casi todas las razas, religiones y nacionalidades, y de semejante mezcla nació un concepto nuevo y característico de la nacionalidad norteamericana.

Las excepciones a esa venturosa manera de resolver sin violencia las dificultades de índole nacionalista eran la India e Irlanda, por lo que respecta a la Comunidad, y la cuestión de los negros, por lo que toca a los Estados Unidos. En la India, como en Irlanda, los dos problemas de independencia y de gobierno autónomo presentaban la agravante de amargas disidencias de tipo religioso, y se complicaron con cuestiones de participación territorial. En 1914 el gobierno liberal de Asquith se proponía presentar un proyecto de ley de autonomía (*Home Rule Bill*) que obligara a Ulster a aceptar la unión con Irlanda del Sur y la separación de la Gran Bretaña; pero al mismo tiempo los opositores a dicha unión insistieron en el separatismo de Ulster respecto a Irlanda del Sur como un obstáculo a la autonomía. Solamente debido a que sobrevino la guerra, el problema quedó sin solución inme-

diata, y no fue sino hasta después de cuatro años de terminada la guerra cuando, por un conflicto interno en Irlanda, la parte del sur obtuvo su independencia, pero no sin dejar dividido al país en dos porciones. Entre los años de 1905 y 1911 la participación de Bengala acarreó un problema parecido en la India entre hindúes y musulmanes; y una generación más tarde, la independencia de la India hubo de lograrse, también, a costa de la división del país. La situación de los negros en los Estados Unidos, que en el pasado había sido un factor de la Guerra Civil que amenazó dividir la nación, constituía el fracaso mayor de los norteamericanos en el proceso de absorber todas las diferencias raciales. En 1870 se concedió el derecho de voto a los negros, pero de todos modos constituyen el elemento menos fundido en el gran crisol.

Ambos países tuvieron el mismo problema de resolver hasta qué grado podían extender los principios de concesiones liberales de autonomía gubernamental y de independencia política a pueblos hasta entonces dependientes, sin correr el riesgo de separatismo o partición. ¿Hasta dónde podía la Gran Bretaña conceder a la India, a Birmania, a Ceilán y a sus principales colonias africanas el estado legal de "Dominio"? ¿Hasta dónde podían los Estados Unidos alentar la autonomía en Cuba o en las Filipinas? Estos problemas quedaron pendientes para resolverse después de la guerra. Por lo pronto, así parecía, los imperios dinásticos que descansaban en el principio de negar o subyugar las aspiraciones nacionales estaban destinados a desintegrarse. Parece suficientemente claro que estos dos procesos habrían alcanzado sus metas en el caso de que no hubiera ocurrido la guerra. Lo que ésta hizo fue precipitar el desenlace de ambos.

I. EL ESCENARIO ECONÓMICO

A lo largo del siglo XIX, aproximadamente cuarenta millones de emigrantes salieron de Europa y unos nueve millones de China para cruzar los mares. Los europeos fueron principalmente a América y Australasia; los chinos, en parte a esos mismos lugares, pero la mayoría a la orla tropical de Asia. En proporción considerable, imposible de determinar con exactitud, esos emigrantes regresaron a sus países de origen, ya porque así lo habían dispuesto desde el principio, ya porque fracasaron en el intento de establecerse o adaptarse al nuevo medio ambiente. La corriente de emigrados de Europa iba alcanzando su mayor volumen en 1914. Entre 1906 y 1910 el promedio anual se había convertido en un millón cuatrocientos mil. Al mismo tiempo ocurrió una migración de rusos a la Rusia asiática procedente de la Rusia europea, cuya población aumentó con un cincuenta por ciento entre los años de 1890 y 1914. Durante el siglo XIX unos tres millones setecientos mil se habían marchado, y entre 1900 y 1914 les siguieron otros tres millones quinientos mil. Este voluminoso desplazamiento de personas que salieron de Europa y de China contribuyó a poblar los países periféricos del globo. No significó, en conjunto, una despoblación de Eurasia que, en números totales, iba en aumento. Fue estimulado por el crecimiento de transportes rápidos y baratos de vías férreas o de navegación en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX. Una revolución en los medios de transporte y comunicación estaba ya transformando las relaciones entre los continentes del mundo antes de iniciarse la aviación.

Ya para 1914, más de quinientos dieciséis mil kilómetros de cable se habían tendido en el fondo

de los océanos, y una espesa red telegráfica y telefónica cubría la superficie terrestre. En la generación anterior todo el mundo, salvo los rincones más apartados, había quedado reducido para fines económicos a un solo mercado que contaba con rápidos medios de noticias acerca de los precios y de la oferta y demanda. Más de treinta mil navíos, con un arqueo total de casi cincuenta millones de toneladas, se encargaban del tráfico marítimo mundial, y casi la mitad de esos navíos pertenecían a la Comunidad Británica. El más grande astillero de la Tierra era el Reino Unido, que construyó más barcos que todos los demás astilleros del mundo juntos. Como procuraba vender sus barcos más viejos y construir para su uso barcos de nuevos tipos, la marina mercante británica no sólo era la mayor, sino la más moderna y eficiente. Las comunicaciones intercontinentales por vía marítima se habían extendido a través de los continentes por medio de ferrocarriles. La primera vía férrea transcontinental en los Estados Unidos se inauguró en 1869; el Canadian Pacific Railway quedó terminado en 1885, y los ferrocarriles Transcaucásico y Transiberiano en 1905. La apertura del Canal de Suez en 1869 y la del Canal de Panamá en 1914 ofrecieron rutas marítimas más cortas entre el Mediterráneo y el Océano Índico y entre los océanos Atlántico y Pacífico. Asimismo quedaron unidos el Mar del Norte y el Báltico por el Canal de Kiel, abierto desde 1895 pero reconstruido en 1914. Nunca antes había sido tan fácil, tan barato y tan rápido el desplazamiento de personas y de mercancías de una parte del globo a otra.

Todos estos desarrollos, sin embargo, y toda esta nueva movilidad de hombres y materias no tuvo los efectos de cohesión que serían de esperarse y que tan frecuentemente se aseguran. La

revolución en los medios de transporte y de comunicación se combinó con otras tendencias políticas y desarrollos económicos para producir una mezcla abigarrada de efectos, algunos de unificación, otros de desintegración. Lo que principalmente acarreó fue modificar el equilibrio de ventajas económicas al compensar algunas veces desventajas previas y otras veces al reforzar ventajas ya existentes. La ventaja natural que venía disfrutando la Gran Bretaña, en cuanto a potencia industrial, en razón de la vecindad de sus recursos de hierro y carbón, quedó compensada en los Estados Unidos y en Alemania con la existencia de transporte ferroviario barato; y así resultaba costable juntar los minerales procedentes del Lago Superior y el carbón de Pittsburg, para fabricar acero, o bien transportar carbón a Bélgica, Holanda, Dinamarca y Rusia por ferrocarril desde Alemania en vez de llevarlo por barco desde la Gran Bretaña. En cambio, la posición marítima estratégica de las Islas Británicas, que hizo de ellas un tan natural centro de comercio, se vio reforzada por el desarrollo de las líneas de vapores trasatlánticos. El hecho de que los Estados Unidos apenas empezaban a alcanzar el punto de sobreproducción que les permitiría exportar mercancías una vez satisfechas las exigencias de su enorme mercado interno, en tanto que Alemania había alcanzado ese punto una generación antes, hizo que los Estados Unidos, pese a sus mayores recursos y potencia productiva, se ofreciera a los ojos de los británicos como un rival menos peligroso que Alemania.

La construcción de toda red ferroviaria en Europa, combinada esta circunstancia con la unificación política alemana después de 1871, fue lo que ganó para Alemania grandes y nuevas ventajas comerciales que hasta entonces eran privati-

vas de la Gran Bretaña. Bien lo dice el profesor L. C. A. Knowles:

Impedida [Alemania] hasta entonces por la poca extensión de sus costas, por el curso septentrional de sus ríos y porque sus canales se helaban en invierno, obtuvo nuevas salidas en toda época del año hacia el este, el oeste y el sur. En 1882 se convirtió en potencia mediterránea, gracias al ferrocarril sobre el San Gotardo. Obtuvo gran influencia económica en Italia del norte, y Génova se convirtió en una importante salida para el comercio alemán. Del mismo modo el ferrocarril a Constantinopla la convirtió en una potencia en los Balcanes con intereses comerciales en el Levante. Estaba comunicada por vías férreas con Francia por el lado del oeste y con Rusia por el este, de manera que se convirtió en el centro del sistema continental de distribución, afectando de ese modo la posición de distribución marítima inglesa que hasta entonces no había tenido rival.⁴

Estos cambios son sintomáticos de toda una serie de mudanzas en el equilibrio económico del mundo que ya venían operando en virtud del desarrollo de los medios mecánicos de transporte. En la década anterior a la guerra, los tres países disfrutaban de un comercio exterior cuyo valor comparativo puede apreciarse por las cifras que se presentan en seguida. Muestran la preponderancia de los Estados Unidos en las exportaciones de todas clases, pero se advierte la del Reino

⁴ L. C. A. Knowles: *The Industrial and Commercial Revolutions in Great Britain During the Nineteenth Century* (1921), p. 187.

Unido en lo que toca a la exportación de efectos manufacturados, y como comprador de materias primas en los mercados mundiales. También revelan que Alemania era su rival más importante como productor de bienes manufacturados.

En millones de libras esterlinas

<i>Promedio anual 1900-1904</i>	<i>E.U.A.</i>	<i>Alema- nia</i>	<i>Unido Reino</i>
Exportación. Total	292.3	235.6	282.7
Exportación. Sólo efectos manufacturados	99.8	154.2	224.7
Importación. Total	186.0	287.0	466.0
Importación. Sólo efectos manufacturados	78.6	57.0	113.4

La aparición de los Estados Unidos como una de las grandes naciones exportadoras explica el nuevo y vivo interés que manifestó en los asuntos mundiales en torno al año 1900. Las exportaciones británicas a Europa sumaban casi tanto como las enviadas a las naciones de la Comunidad, aunque casi las dos terceras partes de las importaciones de la India procedían de sólo el Reino Unido, y sumaban más de un 13 por ciento de la exportación total del Reino Unido.⁵

Otra indicación de la respectiva fuerza comercial de las principales naciones industriales es el tonelaje mercantil de sus flotas. En junio de 1914, las cifras referentes a barcos de cien o más tone-

⁵ Una tercera parte de las exportaciones del Reino Unido iba a países europeos, Rusia inclusive, y un poco más del 37 por ciento iba a los países de la Comunidad Británica.

ladas eran las siguientes: Estados Unidos, 5.4 millones de toneladas; Alemania, 5.5 millones de toneladas; el Reino Unido, 19.3 millones de toneladas y la Comunidad Británica en conjunto, 21.1 millones de toneladas. En este aspecto la Gran Bretaña mantenía con mucha ventaja su tradicional supremacía del siglo XIX; pero diez años más tarde la proporción en favor de los Estados Unidos había alcanzado una cuarta parte del total, mientras que la del Reino Unido había descendido a un 30 por ciento del total; y esta tendencia ya podía advertirse aun antes de que la guerra acarreará pérdidas enormes para la Gran Bretaña y provocara un tremendo auge en la construcción naval de los Estados Unidos.

En esta mudanza general en el equilibrio de la potencialidad comercial e industrial, Francia padeció aún más que la Gran Bretaña. Entre 1870 y 1904 la producción de sus altos hornos había aumentado seis veces, pero la de los alemanes aumentó diez veces. En 1904, cuando el total de las exportaciones alemanas sumaba 235.6 millones de libras, el de Francia sólo alcanzaba 168.6 millones de libras. Mientras el tonelaje de la flota mercante alemana ascendía a 5.5 millones de toneladas en 1914, el de la flota francesa solamente llegaba a 2.3 millones de toneladas. El nivel de su población apenas se mantenía a pesar de la inmigración considerable procedente de Bélgica, Italia y Alemania. Aunque parte de esa inmigración era temporal, se registraron, entre 1872 y 1911, casi un millón de naturalizaciones, principalmente por una ley de 1889 que facilitaba el procedimiento; y en 1911 se consideraba que todavía vivían en Francia 1 132 696 extranjeros. La población de Alemania aumentó de cuatro millones en 1870 a sesenta y ocho millones en 1914.

Era de suponerse que el aumento de facilidades

y la disminución en los costos de los transportes habían favorecido la migración; pero como este desarrollo técnico coincidió con la erección de barreras antimigratorias, de hecho se advierte una tendencia de menor migración intercontinental en el siglo xx que la registrada durante la centuria anterior. Los chinos quedaron excluidos de los Estados Unidos después de 1882, de Hawai después de 1898 y de las Filipinas después de 1902. Los Estados Unidos excluyeron a los trabajadores japoneses en 1907, y por la Ley de Inmigración de 1917 se prohibió la entrada a inmigrantes no europeos, especialmente hindúes y naturales de las Indias Orientales. Lo mismo hizo el Canadá respecto a los chinos en 1885, y respecto a los japoneses después de 1908. En Nueva Zelanda se restringió la entrada de chinos y Australia aprobó una ley federal de restricción inmigratoria en 1901, con igual propósito.

La Unión Sudafricana prohibió la entrada de chinos en el año de 1913. Algunos países sudamericanos hicieron lo mismo, pero la Argentina, el Brasil y Chile no discriminaron contra los no europeos, y el Brasil trató de atraer colonos japoneses. Antes de 1914 los Estados Unidos y los Dominios Británicos no se preocuparon por excluir inmigrantes europeos, aunque en algunos países ya se empleaban pruebas de alfabetismo y reglas de preferencia con respecto a ellos. Los verdaderos impedimentos a la migración europea aparecieron después de la guerra.

La circulación de las mercancías padeció parecidos obstáculos con la creación de una creciente red de barreras aduanales y de preferencias. La época en que la Gran Bretaña y los Estados Unidos apadrinaron una libertad casi completa para el comercio había pasado. Todos los países procuraban proteger sus industrias y su comercio

empleando el control, los subsidios y las tarifas gubernamentales. Durante la década del gobierno del Partido Conservador en Inglaterra entre los años de 1895 y 1905 hubo presión para que se regresara a una política proteccionista. La Tariff Reform League de Joseph Chamberlain, que pedía la adopción de medidas proteccionistas como fuerza unificadora interna del Imperio, se convirtió paulatinamente en un movimiento de oposición a la libertad de comercio, movimiento apoyado por industriales y cuyos deseos eran que se recabaran impuestos sobre víveres importados, con preferencias para las colonias, y una tarifa de 10 por ciento de promedio sobre efectos manufacturados extranjeros. Pero ese movimiento tuvo poco éxito antes de 1914. En los Estados Unidos la tarifa McKinley de 1890 se fraguó como una arma para obtener privilegios en favor de las exportaciones norteamericanas, y en buena medida alcanzó su objetivo. La tarifa Dingley, siete años más tarde, elevó los impuestos a un nivel nunca antes visto, y a pesar de los ajustes Payne-Aldrich de 1909 y Underwood de 1913, los Estados Unidos siguieron siendo el país más proteccionista del mundo en 1914.

Las principales naciones industriales europeas siguieron ese ejemplo. Francia, por tradición un país proteccionista, volvió a su política tradicional al adoptar la tarifa Méline de 1892, y en 1910 la acentuó todavía más. Los campesinos unidos a los industriales hicieron causa común, y ya para 1914 Francia era uno de los países más rígidamente protegidos en Europa. Alemania tenía interés especial en proteger su agricultura y en fomentar su industria pesada, de suerte que sus tarifas de 1902 se pensaron como un medio para equilibrar esas dos metas. La expansión industrial y la exportación eran de mayor importancia

para los alemanes desde el punto de vista económico que una agricultura muy protegida, pero el temor de una guerra los obligó a tomar en cuenta la producción agrícola. De esta suerte las concesiones que podía hacer Alemania a otros países eran pocas, y permaneció, como el resto de la Europa Central, forzada a aceptar un sistema fiscal altamente proteccionista. Al mismo tiempo y por motivos muy distintos, Rusia estaba empeñada en poner barreras fiscales muy elevadas. Su meta consistía en acumular reservas de oro a fin de estabilizar su moneda, y como dependía tanto de las inversiones y préstamos extranjeros, tenía deseos de que los intereses se cubrieran en lo posible en especie y no en oro. Su exportación principal consistía en cereales; por eso, su intento era imponer tarifas de tal índole que le permitieran obligar a bajar los impuestos de los otros sobre sus exportaciones de cereales y a reducir sus importaciones de efectos manufacturados. El fin subyacente era crear un imperio que se bastara a sí mismo y en ello se prefigura la autarquía que habría de venir. Después de una tarifa de guerra con Alemania, en la época de los 1890, Rusia vivió dos décadas de una política de proteccionismo general.

Por el hecho de que la economía de cada país estaba más ligada a cambios fuera de los límites nacionales, el crecimiento del comercio en escala mundial despertó nuevas ansiedades. Estas provocaron restricciones inmigratorias y guerras de tarifas, justamente cuando el avance del industrialismo y del comercio mundial fortalecía la independencia entre los continentes y las naciones. Al alterar el antiguo equilibrio de las ventajas naturales, gestó nuevas y más feroces rivalidades nacionales. Las Islas Británicas, debido a que en ellas se inició con precocidad la indus-

rialización, acabaron siendo, en 1914, totalmente dependientes del comercio mundial, no sólo para mantener su patrón de vida, sino por lo que se refiere a la satisfacción de las necesidades básicas de la subsistencia. Tres cuartas partes de los cereales consumidos en la Gran Bretaña procedían de afuera. Su mejor comprador de efectos manufacturados era la India, que absorbía más del 13 por ciento de las exportaciones británicas. Pero tanto Alemania como los Estados Unidos estaban produciendo las mismas mercancías que venían siendo el principal renglón de exportación inglesa: carbón, hierro y acero y barcos. Aunque la Gran Bretaña seguía ocupando el primer lugar en la exportación de carbón, el promedio anual de su producción era mucho menos que el de los Estados Unidos;⁶ y Alemania ya exportaba casi la mitad de lo que exportaba Inglaterra, aunque de ésta importaba carbón para la fundición de hierro en el Ruhr. Francia, dejada muy atrás por su gran rival, Alemania, como nación industrial, estaba en posición más vulnerable a causa de su inferioridad en las industrias pesadas que son potencialidad de guerra. Se calcula que en 1914 la proporción de potencialidad industrial era como sigue: Alemania 3, la Gran Bretaña 2 y Francia 1.

Otras complicaciones surgieron en las relaciones entre las potencias por las exportaciones, no de hombres y de mercancías, sino de dinero. Durante el siglo XIX la Gran Bretaña había sido el principal exportador de capitales, y Londres fue el centro monetario del mundo. Como en otros

⁶ En 1913 la Gran Bretaña produjo 287.4 millones de toneladas, mientras que los Estados Unidos produjeron 508.9 millones de toneladas. La Gran Bretaña exportó 76 millones de toneladas.

empresarios, su posición relativa había decaído durante la generación anterior a 1914, y había tendido a transferir sus inversiones de Europa a Sudamérica, a los Dominios Británicos, a los Estados Unidos, al Lejano Oriente y a los trópicos. Esto provocó un cambio en la orientación y gravitación de sus intereses políticos y económicos. En 1914 la Gran Bretaña tenía inversiones ultramarinas de cerca de 4 000 millones de libras, en ferrocarriles, astilleros, plantas eléctricas, minas, compañías agrícolas, cables y préstamos a gobiernos extranjeros. Esto constituía aproximadamente una cuarta parte de su riqueza total, y más o menos la mitad de esas inversiones ultramarinas estaba en tierras del Imperio Británico y de la Comunidad. Los franceses tenían el equivalente a 1 740 millones de libras en inversiones extranjeras, lo que significaba aproximadamente una octava parte de su riqueza nacional; pero sólo algo así como una décima parte estaba invertida en las colonias francesas. Su inversión más considerable estaba en Rusia, a la que, por 1914, Francia había prestado unos 400 millones de libras. El gobierno francés había alentado esa inversión en cuanto vinculada a las finalidades de su política exterior que trataba de impedir una alianza ruso-germana. Las inversiones alemanas en el extranjero sumaban unos 1 250 millones de libras, de las cuales una quinta parte estaba en África, Asia y el Imperio Otomano. La economía internacional descansaba en un sistema monetario internacional, el de la libra, basado en el patrón oro y manejado por financieros de Londres y por el Banco de Inglaterra.

El efecto general del desarrollo de la economía mundial ha sido sumariamente expresado de la siguiente manera por el profesor J. H. Clapham:

La novísima época de las compañías, que en todos los sentidos fue una época internacional, llevó a su plenitud la vinculación económica de las naciones... No sólo las naciones compraban y vendían mutuamente en una escala hasta entonces desconocida; no sólo era posible que el Reino Unido importara cuatro quintas partes de su trigo, Francia una tercera parte de su carbón y Alemania la casi totalidad de su lana, sino que, gracias a la fácil transferencia y movilidad de las acciones de las sociedades anónimas, las naciones se habían convertido cada año en copropietarias de sus respectivos recursos en un grado muy considerable. Compañías con domicilio en un país poseían establecimientos fabriles, compañías afiliadas e intereses de diversa índole en un país vecino, o podía ser en casi todos los países vecinos y aun en algunos remotos... Con el ferrocarril y el telégrafo el mundo se había convertido en un solo mercado. Con la extensión de una legislación suficientemente uniforme por lo que respecta a las compañías y también con la creciente uniformidad en las prácticas mercantiles, el mundo se convertía cada vez más en un solo organismo económico.⁷

Pero si es cierto que el mundo entero se había convertido, en tal sentido, en un solo mercado, ya se percibían señales de que sería un mercado de rápidos cambios, y de que las naciones industriales europeas deberían esperar la pronta aparición de nuevos y poderosos competidores. El industrialismo se iba extendiendo muy aprisa en Asia,

⁷ J. H. Clapham: *The Economic Development of France and Germany 1815-1914* (1921), p. 401.

donde la existencia de mano de obra barata provocaba la baja en el costo de producción. Tal era la principal ventaja del Japón y de Rusia. La población japonesa en 1914 era de más de 50 millones, y el promedio en la proporción anual de aumento era 1.2 por ciento, de manera que en 1930 había crecido en una mitad a pesar de largos periodos de guerra. Corea, anexada por el Japón en 1905, ofrecía poca salida para la emigración, porque ya estaba sobrepoblada. El Japón era pobre en cualquier otro recurso natural de los necesarios para una potencia industrial, porque era poco el carbón y el hierro de que disponía. La única materia prima de que podía producir en abundancia era la seda, y el Estado ofrecía capitales para fomentar esa industria. Con auxilio del gobierno se introdujeron métodos occidentales y así surgieron enormes ciudades industriales y comerciales como Kobe, Osaka, Yokohama y Nagasaki. Al finalizar el siglo, la producción industrial japonesa, como en los Estados Unidos, empezó a rebasar el límite de la mera satisfacción de las necesidades domésticas y buscaba mercados para la exportación ultramarina. Como le aconteció a la Gran Bretaña un siglo antes, el Japón pronto se vio dependiente de sus importaciones para alimentarse y de sus exportaciones para comprar buena parte de sus materias primas. Deseaba convertirse en el taller del Lejano Oriente y, a la vez, poseer, para sus textiles y otros efectos manufacturados, de los mercados de Asia y del Pacífico.

Las preocupaciones y dificultades de las otras potencias durante la primera Guerra Mundial le ofrecieron al Japón enormes oportunidades expansionistas, y puede decirse que el repentino surgimiento del Japón al rango de potencia de primera fila en el Lejano Oriente fue, como efecto

aislado, el más importante, quizá, de los que acrecentó la primera Guerra Mundial.

En el resto de Asia y en África y Sudamérica estas tendencias no se desarrollaron con igual plenitud, pero el proceso había comenzado. En Rusia, la India y China la industrialización, dependiente de maquinaria, de fuerza motriz y de los transportes, empezaba a producir efectos significativos. En 1913, Rusia producía sólo la mitad de la producción francesa de hierro en lingotes, pero casi dos tercios más de acero. Su industria pesada y sus ferrocarriles estaban en vías de construcción, principalmente con capital extranjero. La terminación del Ferrocarril Transiberiano trajo consigo un aumento de exportación de efectos de algodón a los mercados chinos; pero al mismo tiempo se registró una depresión industrial, particularmente en su industria pesada, que duró hasta 1908. Desde 1910 hasta que estalló la guerra la industrialización en Rusia procedió en una proporción de progreso comparable a la que más tarde planearon los gobiernos bolcheviques. El carbón extraído de la cuenca del Donetz fue el doble entre los años de 1905 y 1913, y lo mismo respecto a la producción total de hierro. Pese a estos notables avances, todavía nueve rusos de cada diez vivían de la agricultura, y sus métodos agrarios eran extraordinariamente primitivos.

En la India la industrialización estaba vinculada a la occidentalización y ésta, a su vez, a la dominación británica. Como la India era el mejor comprador de la Gran Bretaña, el gobierno en la India no se veía impulsado a fomentar la industria, y hasta 1914 su política fue más bien la de permitir que se desarrollara el comercio y la industria hindúes, pero sin fomentarlos. La India carecía de la orientación positiva de un gobierno paternal como el que tenía la Rusia de los zares,

y esto tuvo el efecto de exponer su economía a los peligros de la competencia por parte de la producción británica, mucho más altamente industrializada. Sus industrias principales siguieron siendo, por lo tanto, las plantaciones de té, café, hule y tabaco y las textiles de algodón y yute, con las industrias pesadas de carbón, hierro y acero concentradas en Bengala y Bihar.

Como la India, China poseía enormes recursos minerales no explotados y aún no explorados que incluían hierro, carbón, tungsteno, antimonio y uranio. Pero sus productos principales eran el arroz y el algodón, y su industrialización apenas había comenzado en 1914. Como el resto de Asia, China seguía siendo, en lo fundamental, un país de campesinos con un patrón bajo de subsistencia a causa de la falta de industrias y por los métodos atrasados y no científicos que se empleaban en la agricultura.

En África el interés económico primordial de las potencias coloniales consistía en las fuentes de materia prima barata. La expansión en la producción de víveres, lo único que podía elevar el patrón de vida de las poblaciones nativas, era una preocupación secundaria; pero en la medida en que la concentración de capitales y de recursos de mano de obra en el desarrollo de la minería y de la producción de materias primas de exportación aumentaba el volumen de ingresos dentro de esos territorios, en esa medida se mejoraba el patrón de vida. Y el haber impuesto un orden más estable y mejorado las comunicaciones y los servicios sociales, probablemente acarree mayores beneficios a la población nativa que las penalidades que trae consigo el desarrollo industrial.

En Sudamérica se habían construido ferrocarriles, principalmente con capital y equipo británicos, y también se habían explotado algunos

yacimientos minerales; pero los inicios de una verdadera revolución industrial en ese gran continente, al igual que en Asia, sólo habían de venir como una consecuencia de la primera Guerra Mundial.

En 1914 las potencias industriales de mayor importancia eran las de la Europa Occidental y los Estados Unidos, y además el Japón, ya en trance de su inmenso desarrollo que vino a revolucionar el equilibrio de poder en el Lejano Oriente. Pero las otras partes del mundo, vinculadas a las potencias industriales, ya por ligas sutiles de filiación y de alianza (como en los casos de la Comunidad Británica y de Rusia), ya por el papel que tenían en el sistema económico mundial (como Sudamérica y los territorios coloniales), no podían menos de ser afectadas por una guerra entre las potencias de primer rango. La guerra dislocaría el comercio internacional y acabaría con la confianza en que descansaban el sistema monetario y el mercado internacionales. Liquidaría viejas deudas y crearía nuevas, y empobrecería a los ricos en beneficio de aquellos que, como el Japón, podían aprovechar las nuevas oportunidades. La guerra, aun de un modo más dramático que la paz, vendría a demostrar la nueva interdependencia de los continentes.

3. EL HORIZONTE CULTURAL

El filósofo español Ortega y Gasset señaló, en un famoso libro, el hecho estadístico en que descansa la cultura del siglo xx.⁸ En las doce centurias antes de 1800, Europa alcanzó una población total de 180 millones. Entre 1800 y 1914 su pobla-

⁸ Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*, 1930.

ción aumentó de 180 a 460 millones. Los Estados Unidos se llenaron principalmente con el excedente de la población europea. Partiendo de estos hechos, el filósofo asegura que "han sido proyectados a bocanadas sobre la historia montones y montones de hombres en ritmo tan acelerado, que no era fácil saturarlos de la cultura tradicional. . . En las escuelas que tanto enorgullecían al pasado siglo no ha podido hacerse otra cosa que enseñar a las masas las técnicas de la vida moderna, pero no se ha logrado educarlas". A este asombroso hecho, que debe tenerse presente en toda historia mundial a partir de 1914, puede añadirse el que se refiere a la pareja mudanza que ha ocurrido en Asia, y asimismo los cambios que han sobrevenido desde 1914 en Europa y en América. Entre 1815 y 1940 la población en la India aumentó en lo doble: de casi 200 a casi 400 millones. La población de Java, bajo el dominio holandés, pasó de 5 millones a 48 millones durante el mismo período. La población de África, que antes permanecía estática y aun declinaba, ha aumentado en ese mismo tiempo de 95 a 170 millones. Igualmente, la de la América Latina ha crecido de 30 a 145 millones. De manera que no sólo la cultura europea se ha diluido en virtud del rápido crecimiento de las masas europeas y se ha dispersado más ampliamente sobre la faz de la tierra, sino que los otros grandes continentes, en consecuencia, también han experimentado la misma "rebelión de las masas", con cuanto semejante circunstancia implica en el orden de la cultura, en el aspecto de la presión sobre los recursos mundiales de alimentos y riquezas y respecto a la formación de la geografía humana en su concepto general.

Junto con Ortega y Gasset, otros pensadores de diversas nacionalidades han buscado la clave

para interpretar la historia del siglo xx en el hecho que se acaba de poner en relieve, y esos estudios han servido para destacar diferentes aspectos de las mudanzas que han sobrevenido en el mundo. En Alemania, Spengler presentó el desarrollo cíclico de las civilizaciones y Haushofer examinó las cambiantes fuerzas geopolíticas mundiales. El inglés sir Halford MacKinder, escribiendo en 1919, interpretó el crecimiento y la potencia de Europa a base del concepto de una gran "tierra cordial" (Heartland) que, extendiéndose desde el Volga a Manchuria, constituye el área crucial de la gran "Isla del mundo", incluyendo a Europa, Asia y África. Pocos años más tarde un francés describió las "dos Europas" que habían surgido a partir de 1870: la "zona interna" o la "Europa del vapor", limitada por una línea imaginaria que pasaría por Glasgow, Estocolmo, Danzig, Trieste, Florencia y Barcelona, y dentro de la cual se ubicaban las industrias pesadas, los medios de transporte rápidos, los laboratorios de la ciencia y el anhelo de mayores libertades constitucionales; y la "zona externa" que incluía a Irlanda, la mayor parte de España e Italia y toda la porción de Europa al este de Alemania y Checoslovaquia, predominantemente agrícola y campesina y, por lo tanto, dependiente de la "zona interna" en cuanto al préstamo de invenciones técnicas y de capital y en cuanto a su progreso económico y cultural. Más allá de esa "zona externa" se extendían las inmensas áreas de Asia y África, aún más "atrasadas" en desarrollos técnicos y aún más dependientes de la "zona interna" para su prosperidad. Todas las interpretaciones históricas y geográficas de ese tipo sirven para arrojar alguna luz sobre los hechos, y aunque no es necesario aceptar ninguna como expresión total de la verdad, en su conjunto ponen de

relieve los problemas centrales de la historia mundial reciente.⁹

Dichos problemas son, en primer lugar, el explosivo impacto sobre el resto del mundo de la migración, el comercio, la inventiva técnica y la producción europeos. Semejante impacto ha tenido repercusiones considerables en la cultura de todas las áreas. En segundo lugar, tenemos la transformación de la vida humana misma en la sociedad industrial. Los rasgos característicos de esta transformación, normalmente han sido el crecimiento rápido de los centros urbanos y de producción fabril, acarreado consigo todos los problemas que aparecieron en la Inglaterra del siglo XIX relativos al ajuste de la vida a un ambiente de mayor estrechez física y a la disciplina propia a la labor mecánica. Semejante ajuste se ha realizado por la elevación del nivel del alfabetismo, por la educación popular, por la prensa y otros medios para formar la opinión de las masas, y por el desarrollo de nuevas organizaciones sociales muy complejas que exigen los servicios de hábiles técnicas, gerentes y administradores. En tercer lugar, estos desarrollos se han visto acompañados por la intensificación de sentimientos y prejuicios nacionales, por nuevos conflictos entre intereses económicos y sociales organizados, tales como las asociaciones de empleados, sindicatos, agrupaciones profesionales y por los intentos para armonizar esos conflictos dentro de la comunidad nacional por medio de la maquinaria democrática de un gobierno representativo y del sufragio universal. Este esquema general de

⁹ Entre otros intentos pueden mencionarse *Estudio de la Historia* (1934-1954) de Arnold J. Toynbee. *Social and Cultural Dynamics* (1937-41) de P. A. Sorokin y *Configurations of Culture Growth* (1944) de Alfred A. Kroeber.

desarrollo, que empezó en la Inglaterra del siglo XIX y que se extendió rápidamente a la Europa Occidental y a los Estados Unidos, se ha extendido en buena medida, durante el siglo XX a todos los continentes y a todos los países. En 1914 sólo había indicaciones de que eso iba a acontecer. El proceso, salvo en el Japón, no había avanzado lo suficiente para mostrar sus consecuencias probables y su complejidad.

Las amplias posibilidades de las comunicaciones y transportes rápidos no se habían revelado, puesto que la aviación y la radio empezaban apenas a desarrollarse y el automóvil permanecía en su infancia. Las implicaciones sociales de la producción en serie y de la especialización extrema todavía eran cosa del futuro.¹⁰ Los medios de expresión de la opinión popular y de entretenimiento sólo habían evolucionado en el aspecto de la existencia de una prensa popular, con frecuencia sensacionalista, la cual desempeñó un papel importante en fomentar las rivalidades nacionalistas y las ansiedades propias a la década anterior a 1914. Ya existía el cinematógrafo, pero en escala muy reducida. Las emisiones por radio y los inmensos campos deportivos, sólo posibles gracias a amplificaciones eléctricas, eran placeres todavía desconocidos. En los países no analfabe-

¹⁰ Pero fue el 6 de enero de 1914 cuando Henry Ford anunció dramáticamente que en lugar del salario mínimo previo de 2.34 dólares por día de nueve horas de trabajo pagaría un mínimo de 5 dólares por un día de ocho horas de trabajo. Acertó en calcular que no sólo los trabajadores rendirían más en una jornada de menos horas de trabajo, sino que buena parte de sus ganancias extras se gastarían en el futuro en la compra de automóviles. Esta determinación de Ford constituye una piedra miliar en la historia del trabajo en los Estados Unidos.

En la novela policiaca y las revistas de gran circulación empezaban a sustituir a las novelas sentimentales y a la Biblia como alimento literario, aunque seguían apareciendo, como siempre, publicaciones de cloaca. En la mayoría de los países de Europa Occidental (salvo en España y Portugal) la educación primaria en escala nacional ya estaba varias generaciones antes; pero el tono de el arte, la música y la literatura se debía más a las élites que a los gustos de las masas. La educación, todavía considerada valiosa y que debía exigirse, era algo que, así se suponía, necesitaba tanto esfuerzo y algún sacrificio por parte de quien la recibía. Francia, Suiza y, desde 1910, Portugal eran las únicas repúblicas en Europa; y los reyes y las familias reales y los aristócratas atraían la atención y el interés del pueblo, atención e interés que pronto habrían de compartir con los deportistas, las estrellas del cinematógrafo y de la radio. Apenas se iniciaba la época de las diversiones para las masas.

La filosofía y la ciencia se preocupaban mucho con el estudio de los fenómenos de la nueva época. Las doctrinas de Darwin todavía motivaban controversias violentas, y su aceptación se tomaba como señal de una ilustración progresista. En psicología y la sociología, con los trabajos de Sigmund Freud, Gabriel Tarde y Émile Durkheim, estaban encontrando nuevas bases científicas y nuevas rutas de avance. Henri Bergson buscaba una explicación filosófica de las más misteriosas fuerzas de la vida y de la actividad humanas, mientras los economistas exploraban los no menos misteriosos fenómenos de la miseria y falta de empleo en las masas.¹¹

¹¹ El libro *Unemployment*, de William H. Beveridge, apareció en 1909, y los principales trabajos de Bergson ya habían traducido al inglés antes de 1914.

Todos los que estudiaban con seriedad los problemas del hombre en el ambiente social advertían las novedades que habían ocurrido en su sociedad cambiante y algunos de los peligros de esos cambios. Los avances más espectaculares ocurrían en las ciencias médicas y biológicas, y en las disciplinas físicas y tecnológicas. La gran disidencia filosófica estaba entre quienes sostenían que una aplicación semejante y total de los métodos científicos al estudio del hombre y de la sociedad rendiría resultados igualmente satisfactorios, y entre quienes lo dudaban o lo negaban. Esa disidencia, cuya huella puede rastrearse a lo largo de los contrastes entre escuelas rivales, no sólo de filosofía, sino de arte y literatura, ha sido el rasgo sobresaliente de la cultura mundial durante el siglo xx.

Del siglo xix procedía la poderosa tradición positivista, asociada al nombre de Auguste Comte a quien se debe su elaboración y sistematización. En 1914 se había convertido en el credo ortodoxo de muchos filósofos influyentes. Su creencia básica consistía en que el filósofo debería adoptar el criterio de verdad del hombre de ciencia, a saber: una teoría o principio es verdadero en la medida en que permite al hombre prever y en cierto grado controlar el universo físico. De aquí era tentador pasar al pragmatismo, sumariamente expuesto por el filósofo norteamericano William James, en el sentido de que "no podemos rechazar ninguna hipótesis si de ella se derivan consecuencias útiles para la vida". Esta posición intelectual, heredera en cierto grado del utilitarismo, se acomodaba tan bien con una edad de industrialización y de progreso material que obtuvo mucho seguimiento. Su otra cara fue el "realismo" y el "naturalismo" en el arte, que encontraron expresión en las novelas de tesis so-

nal, en el teatro de Ibsen, Shaw y Galsworthy y en tendencias marcadamente intelectualistas en todas las artes.

Como violenta reacción contra esa manera de ver, había doctrinas filosóficas que iban desde el amoralismo y antiintelectualismo del alemán Friedrich Nietzsche (muerto en 1900) hasta la exaltación de lo intuitivo contra el intelecto en los escritos de Henri Bergson (muerto en 1941). Aunque tenían alguna afinidad con el movimiento romántico de principios del siglo XIX, esas ideas tendían a ser aristócratas y antidemocráticas. En arte encontraron su expresión en las novelas de Marcel Proust (que en su mayoría aparecieron después de 1918), en el renacimiento del simbolismo y en el cubismo de Matisse y de Picasso. En algunos países se sostuvo una reñida batalla de retaguardia por los filósofos idealistas capitalizados, en Inglaterra, por los hegelianos de Oxford y en Italia, por Gentile y Croce.

Pero los filósofos y artistas heterodoxos habían avanzado más en su reto que las teorías políticas y la opinión general. El descubrimiento de que el hombre (especialmente el hombre en masa) se veía motivado en sus acciones por lo menos en igual proporción por impulsos irracionales e instintos que por consideraciones racionales o intelectuales, no había minado aún los supuestos del radicalismo y liberalismo de tipo más antiguo. En la Gran Bretaña los fabianos se consideraban a sí mismos como los teóricos y apóstoles de la "ingeniería social", y si ya para entonces se hablaba mucho acerca del papel que desempeñaba la violencia y el "mito" social en las fuerzas que traquaban la moderna sociedad industrial y urbana, eso todavía estaba vinculado con sindicalistas turbulentos como Sorel, cuyas *Reflexiones sobre la violencia*, muy influidas por Nietzsche

y Bergson, aparecieron en 1906. La mayoría de los pensadores liberales y de hombres prácticos no tomaban esas ideas muy en serio, de la misma manera que al cubismo se le consideraba una mera extravagancia. Y hasta en la conjunción en la Gran Bretaña de movimientos de violencia tales como las huelgas totales, la agitación de los sufragistas y los problemas de Irlanda no se quería ver sino desórdenes pasajeros que podían remediarse mediante la adopción de severas medidas gubernamentales. Se suponía que las revoluciones eran cosas que sólo podían pasar en la Europa Oriental o en la América Latina, pues ¿no, acaso, hasta en Francia había sido posible mantener la Tercera República por cuarenta años?

El abismo entre el sentir político y la realidad tenía su contraste en el creciente divorcio del artista y la sociedad. El artista creador padecía de las tendencias hacia la especialización, y se le veía como un tipo peculiar del especialista poco comprensible para el público en general. Los novelistas y autores teatrales que se ocupaban de los males sociales de su tiempo —un Tolstoi y un Wells, un Ibsen y un Shaw— eran accesibles porque permanecían dentro de la tradición naturalista. Pero la pintura, la poesía y la música padecían la indiferencia y falta de simpatía del público. (El culto a Charles Péguy sólo vino después de su muerte en la guerra en 1914.) El resultado fue, por parte del artista creador, la oscuridad y el tecnicismo, con el correspondiente empobrecimiento del gusto del público. El artista se sentía tentado a entregarse, ya a una autoexpresión caprichosa, tal como el cubismo o el impresionismo exagerado, ya a la evasión, como Gauguin, a las religiones exóticas del mundo todavía no contaminada por el industrialismo. Por otra parte, el impacto en la Europa Occidental de

ballet ruso, que se inició en 1909 con la primera temporada en París de la compañía Diaghilev, influyó notablemente en el gusto popular.

Y sin embargo, la nueva incoherencia, que después de la guerra iba a generar el "surrealismo", tenía ciertas raíces comunes con el positivismo y la ciencia. El apremio hacia el materialismo, rasgo permanente del siglo XIX, había encontrado expresiones cada vez más toscas y supersimplificadas. Las teorías de Darwin provocaron el "darwinismo social" que consideraba al progreso humano como un producto de la lucha física, y con ellas generaron racistas como Houston Stewart Chamberlain, quien veía en la sangre la clave de la historia humana. La decadencia de la fe y de las prácticas religiosas fue más bien uno de los síntomas que no una de las causas de ese materialismo, porque la religión, durante el siglo XIX, no había vivido como algo compatible con la visión materialista. Quizá siempre estuvo presente en la devoción misma al progreso científico que habían suscitado los acontecimientos del siglo. Parecía de suyo evidente que sólo por el estudio del mundo material y de sus operaciones, y sólo examinado ese estudio por la vía de las técnicas científicas experimentales, se podría acumular el conocimiento y lograr un verdadero progreso. Pero ¿era cierto que la nueva ciencia psicológica revelaba aspectos hasta entonces desconocidos de la naturaleza humana ¿no resultaba, acaso, igualmente "realista" explorar y subrayar esos aspectos en el ataque dirigido no sólo contra el intelectualismo predominante, sino aun contra los supuestos racionalistas de donde venía dependiendo el desarrollo mismo de la ciencia? El resultado, en torno a 1914, fue la confusión de las mentes y un ambiente de perplejidad.

La escena mundial en 1914, en los más amplios términos, fue la de una más intensa interdependencia económica combinada con un más radical separatismo político; la de un progreso social y económico, en el sentido de más altos patrones de vida y bienestar, combinado con la creciente tensión entre el capital y el trabajo en el seno de la sociedad; la de un enorme progreso material combinado con el empobrecimiento y la confusión culturales. Claramente se trata de un mundo en estado de fusión y de rápida transformación. Sin embargo, en la mayoría de los países occidentales, en comparación al mundo de 1950, fue una época de seguridad y optimismo. Los pasos mediante los cuales aquel mundo se convirtió en el de 1950 es el tema en que se ocupan los capítulos restantes de este libro.

CAPÍTULO II

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, 1914 a 1918

1 LAS CUESTIONES IMPLICADAS

Hoy muchos motivos por los cuales la guerra de 1914-1918 no tuvo precedentes y por los cuales, en la historia humana, fue un suceso completamente novedoso. Guerras anteriores, tales como las revoluciones francesas y napoleónicas, habían sido de mayor duración e implicado igual número de pueblos. Pero ésta fue la primera guerra de las masas, las cuales, según ya se mostró, habían aumentado tanto desde 1815. Fue el primer conflicto general entre los Estados nacionales altamente organizados del siglo xx, capaces de aprovechar las energías de todos sus ciudadanos o súbditos, de movilizar la capacidad productiva de las industrias pesadas y de utilizar todos los recursos de la tecnología moderna en la búsqueda de nuevos medios de destrucción. Se trata, también, de la primera guerra en escala suficiente como para dislocar la economía mundial que, durante el siglo anterior, se había entretreído tan lentamente. Desde su inicio pareció probable que semejante guerra resultaría, no sólo más destructiva de vidas y bienes que cualquier conflagración pasada, sino de mayor alcance, más incalculable y más incontrolable en sus consecuencias. Es la primera de las grandes guerras en la historia en que hubo tanta disparidad entre sus efectos y logros y las intenciones y propósitos confesados de los que primero se lanzaron a ella. Por esta razón es necesario distinguir cuidadosamente las cues-

tiones que en un principio se admitieron como las implicadas de aquellas que se introdujeron antes de que terminara, y también es necesario distinguir de ambas las consecuencias que ahora sabemos se siguieron de ella.

Cuando el Imperio Austro-Húngaro le declaró la guerra a Servia en 1914 y cuando Rusia movilizó sus fuerzas del lado de Servia, la "Cuestión Oriental" de la diplomacia del siglo XIX había alcanzado su culminación. El imperio dinástico multinacional de Austria-Hungría no podía tolerar el crecimiento de Servia sin incurrir en el riesgo de seguir desintegrándose en sus componentes nacionales. El imperio dinástico de Rusia de los zares no podía tolerar la expansión austriaca en los Balcanes sin perder su propia atracción sobre los pueblos eslavos de la Europa Oriental. Cuando Alemania movilizó del lado de Austria-Hungría y Francia del lado de Rusia y Servia, fue porque ninguna de los dos podía atreverse a perder el apoyo de su aliado en sus cálculos de seguridad respecto al otro. Cuando Alemania invadió a Bélgica, cuya neutralidad habían prometido respetar los alemanes y las demás potencias occidentales, fue porque, según el Plan Schlieffen, elaborado años antes para hacer frente a una tal contingencia, era imperativo que el ejército alemán intentara un golpe decisivo contra el norte de Francia y París antes de que Rusia pudiera atacar y antes de que la ayuda británica pudiese ser efectiva. Cuando la Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania, fue en parte porque ésta había violado la promesa mutua de respetar la neutralidad belga y en parte porque, tanto los acuerdos navales con Francia como el temor del poderío marítimo alemán, obligaron a Inglaterra a colocarse al lado de Francia en vista del ataque de los alemanes. Cuando el Japón declaró la gue-

En Alemania fue para apoderarse de las concesiones que tenía en China y asimismo de sus intereses en el Pacífico. Cuando, después de una espantosa guerra, el Imperio Turco Otomano y Bulgaria unieron sus fuerzas a Alemania, fue porque aquél era el enemigo de Rusia y ésta tenía agravios contra Serbia. Cuando, en 1915, Italia entró a la guerra del lado de la Gran Bretaña, Francia y Rusia, fue porque se le habían prometido, en el tratado secreto de Londres de ese mismo año, ventajas territoriales a costa de Turquía y de Austria y probabilidades de ganancias coloniales.

No ve, pues, que la entrada de cada uno de los beligerantes se debió a consideraciones de seguridad nacional y de prepotencia individual. Si, como creían los optimistas seguidores de Cobden en el siglo XIX, el comercio constituía un vínculo de interés y amistad entre las naciones, Alemania y la Gran Bretaña no se habrían colocado en lados opuestos, y aquélla habría mantenido las mejores relaciones con casi todos sus vecinos europeos. Como lo señala Lord Keynes: "Nosotros enviábamos más exportación a Alemania que a cualquier otro país del mundo, salvo a la India, y le comprábamos más que a cualquier otro país del mundo, salvo a los Estados Unidos."¹ Alemania era el mejor comprador de Rusia, Austria-Hungría, Italia, Suiza, Bélgica, Holanda y Noruega, y el tercer mejor comprador de Francia. Todos los países al este de Alemania tenían con ella más de una cuarta parte de la totalidad de su comercio. Estos lazos mercantiles, que se habían desarrollado tan ampliamente después de 1890, nada significaron para impedir o alterar el lugar que ocuparon los beligerantes. Sólo sirvieron para

¹ M. Keynes: *The Economic Consequences of the Peace* (1919), p. 15.

agravar la dislocación económica que sobrevino a la derrota alemana en 1918. Estas cuestiones tuvieron mucho que ver respecto a los mutuos temores y desconfianzas del continente de Europa, pero muy poco respecto a las rivalidades coloniales fuera de él. Porque si bien es cierto que se recurrió a los territorios de las colonias para la leva de tropas y que los Dominios de Ultramar se pusieron al lado de la Gran Bretaña, la guerra fue esencialmente una guerra europea ventilada para dirimir cuestiones europeas. Por esta razón su etiqueta original de "la Gran Guerra" era más adecuada que la etiqueta subsiguientemente de "primera Guerra Mundial". Si hubiera terminado, como deseaban y habían pensado los alemanes, en 1915, con la derrota de Francia y el colapso financiero y administrativo de Rusia y sin la participación de la Gran Bretaña, habría resultado de ella la consolidación de los imperios dinásticos continentales de la Europa Central y Oriental. Su consecuencia principal habría sido la enorme ampliación del poderío alemán en los Balcanes y en las regiones orientales, con puerta abierta para el Cercano y Lejano Oriente y para la expansión colonial ultramarina. En tal caso, la guerra habría aparecido históricamente, no como la primera Guerra Mundial, sino como la cuarta guerra imperial alemana,² y casi seguramente habría preparado una quinta que, por cierto, podría haber sido una guerra mundial. En este sentido, fue ante todo la participación de la Comunidad Británica, la potencia de mayor extensión terrestre, la que la convirtió en una guerra mundial. La negación de los británicos de perma-

² Las tres primeras son las guerras de Bismarck de 1864 contra Dinamarca, de 1868 contra Austria-Hungría y de 1870 contra Francia.

no ser neutrales, contrariando así las esperanzas de Alemania, significó, además, que los Estados Unidos tendrían que abandonar su política de neutralidad, porque, como la participación de la Comunidad aseguraba que sería una guerra larga, los norteamericanos no podían permitir que el buque protector de la armada británica se detallara mucho sin que ellos intervinieran para garantizar su propia seguridad.

Pero si ahora, gracias a la ventaja de una visión *a posteriori*, podemos ver que todas esas implicaciones estaban ya presentes en 1914 en el momento cuando fracasó el Plan Schlieffen, lo cierto es que entonces no se habían revelado. Una vez empezada la guerra los motivos para continuarla fueron otros. Francia tenía que seguir combatiendo por razones obvias de mera supervivencia y porque se hallaba invadida. Lo mismo les acontecía a Rusia y a Servia. Alemania, encarada con el peligro tradicional de la guerra de dos frentes, tenía que atacar primero desesperadamente en el oeste y después en el este, para evitar la invasión y el colapso. Los Imperios Austriaco y Turco no tenían más alternativa que la guerra o el desmoronamiento interno. Solo la Gran Bretaña gozaba en cierta medida del poder de elección, aunque sin correr el riesgo de una victoria alemana, en el sentido de que podía decidir en favor de una guerra larga de bloqueo y desgaste sin el peligro inmediato de verse invadida. Por igual razón, los Estados Unidos gozaban de un mayor margen de elección y contaban con más tiempo para hacer uso de ella.

Hasta 1917 la manera en que se distribuyeron los dos lados beligerantes no permitía deducir algunas consecuencias ideológicas claras. Los Estados parlamentarios y democráticos, la Gran Bretaña, Francia y Bélgica estaban aliados al más

reaccionario de todos los imperios dinásticos, la Rusia zarista. Alemania tenía por aliados a su antiguo enemigo y rival, Austria-Hungría, y a su víctima en potencia, el Imperio Otomano. Las potencias occidentales aseguraban que combatían el militarismo e imperialismo de los alemanes, pero ellas mismas eran potencias imperialistas coloniales, y, por tradición, Francia era una de las naciones más militaristas de Europa. Las pretensiones idealistas solamente eran ciertas en la medida en que las potencias occidentales defendían de hecho la causa de la autonomía de Serbia y el importante principio del respeto debido a las obligaciones pactadas en los tratados en el caso de Bélgica. Por lo demás, semejantes pretensiones ocultaban la realidad de agudos temores internacionales y envidias que eran la herencia del pasado desde 1870.

Pero a partir de 1917 ya era posible hablar con validez de un conflicto de ideologías. Cuando Rusia, ya agitada por una interna revolución, firmó el tratado de Brest-Litovsk y se salió de la guerra, y cuando los Estados Unidos entraron del lado de los aliados occidentales, la posición se hizo clara. Desde ese momento se trataba, en lo esencial, de una guerra entre las potencias occidentales marítimas, que también eran potencias coloniales con visión democrática, y las potencias dinásticas centrales y orientales que eran imperios continentales hostiles a los ideales democráticos. Esta transformación de la índole de la guerra, que acaeció en su tercer año, no sólo predeterminó su desenlace, puesto que el peso de los Estados Unidos garantizó la victoria occidental, sino que preparó el escenario de aquel aparente triunfo de los ideales democráticos y de sus instituciones gubernamentales que dominó la década de los 1920.

Este desenlace, conviene repetirlo aquí, no ha

Un estado en los propósitos de ninguno de los participantes originales en 1914; y de esta manera la más grande de las guerras nacionalistas del siglo XIX se convirtió dramáticamente en la primera de las guerras ideológicas del siglo XX.

La guerra duró cincuenta y dos meses, lo cual, en comparación con las *Blitzkriegs* de Bismarck, fue largo, pero en comparación con otras guerras europeas fue breve. Lo novedoso no fue la duración sino su feroz y concentrada intensidad: la rapidez con que las grandes potencias industriales demostraron su capacidad de movilizar nuevos ejércitos y abastecimientos, transportarlos a grandes distancias y arrojarlos unos contra otros en violenta autodestrucción. Ambos lados se mostraron tan parejos en su habilidad para hacer eso, que el rasgo principal de la guerra en el occidente fue el estancamiento, con tanta potencia concentrada de cada lado que parecía como si la fuerza irresistible había encontrado el obstáculo inamovible. Así, paradójicamente, la guerra de velocidad y de rápida maniobra se convirtió, en el campo de batalla, en una guerra de jaque y de desgaste mutuo.

Esta naturaleza peculiarmente agotante de la guerra moderna tuvo importancia para la índole de las cuestiones implicadas. Cada uno de los gobiernos se vio obligado a apurar más y más el esfuerzo, no sólo de las fuerzas armadas, sino también del frente civil y de la producción industrial. La Gran Bretaña no introdujo la conscripción hasta 1916, y Francia no estableció el impuesto sobre la renta para financiamiento de la guerra hasta 1917; pero ambas naciones tuvieron que recurrir finalmente a esas medidas esenciales a toda guerra total. El bloqueo naval de Alemania y los hundimientos por parte de los submarinos alemanes de las importaciones de alimentos, vitales para la

Gran Bretaña, abrieron las hostilidades en los frentes internos. La guerra se fue acercando cada vez más a ser una lucha darwiniana de supervivencia. El llamado a nuevos y cada vez mayores esfuerzos no sólo intensificó los sentimientos nacionalistas, sino que fue acompañado de crecientes promesas en favor de medidas en pro de una justicia social más plena para después de la guerra: de "hacer al mundo seguro para la democracia", de "ofrecer casas adecuadas para héroes", de un reconocimiento plenario de los "derechos de autonomía" y muchas otras de esa índole. De esta manera la naturaleza misma de la lucha sirvió para infundir mayor idealismo en las metas de los aliados, y dio lugar a mayores esperanzas de libertad e igualdad en la paz. Con creciente frecuencia se escuchaba el argumento de que si la organización humana y el empeño eran capaces de lograr tanto en la guerra, un esfuerzo comparable en la paz podría terminar todos los malestares sociales. Fue así como la guerra amplió mucho el inventario que el siglo XIX había hecho de aquellos males de la sociedad considerados como curables por el esfuerzo humano, y que no eran de tolerarse como inherentes a unos designios providenciales malignos. Alentó la fe en el perfeccionismo y en la voluntad de entregarse a la experimentación social y a la planeación económica, lo cual, a la sazón, se vio fortalecido por el movimiento bolchevique. El Estado benefactor fue promovido por el estado de guerra.

La derrota y cancelación de Rusia sirvieron para demostrar que los Estados absolutistas no eran aptos para sobrevivir a las tensiones de ese tipo de guerra, y esta lección se vio corroborada pronto por el parecido colapso de Austria-Hungría y del Imperio Otomano. Al mismo tiempo la entrada de los Estados Unidos infundió un nuevo y aún

un optimista idealismo en las metas de paz de los aliados. El presidente Wilson se convirtió a sí mismo, de modo especial, en el portavoz del idealismo y del perfeccionismo. Sus famosos "catorce puntos" de enero de 1918 han sido muy mal entendidos por quienes los discuten sin haberlos leído. Lejos de contener declaraciones generales de vagos principios morales, incluyen una lista de propósitos bastante concretos que los aliados ya habían proclamado como metas de los arreglos después de la guerra; propósitos tales como la devolución de Alsacia y Lorena a Francia, la liberación de Bélgica, la reconstitución de Polonia y la evacuación alemana de territorios rusos y balcánicos. Pero junto a estas finalidades, tan indiscutiblemente justas como realizables, había una serie de proposiciones wilsonianas más debatibles: "convenios abiertos, negociados abiertamente", que equivalía a poner fin, no sólo a tratados secretos, sino a la diplomacia prudente; "libertad de los mares, igual en paz y en guerra"; remoción de barreras y preferencias en el comercio internacional; reducción de armamentos; reajustes en las posesiones y pretensiones coloniales; un nuevo trazado del mapa europeo, especialmente de las regiones orientales, inspirado por el principio de la autonomía de los pueblos, y sobre todo, la creación de un nuevo organismo internacional para evitar la guerra. Estas ideas fueron elaboradas por el Presidente en una serie de discursos y declaraciones,³ y se revistieron de la fuerte atracción de constituir el programa liberal ilustrado

³ Especialmente los "Cuatro principios" (febrero), los "Cuatro propósitos" (julio) y las "Cinco particularidades". Estas últimas declaraciones mostraron un creciente idealismo y tono de vaguedad, y hasta se llegó a hablar de "la destrucción de todo poder arbitrario

para un nuevo modo de hacer la paz. Esta vigorosa formulación de metas pacifistas morales concordaba con el contraste más realista entre las potencias aliadas y sus enemigos. Del mismo modo que la cínica violación alemana de los derechos de Bélgica metió desaliñadamente a la guerra a la Gran Bretaña, así los Estados Unidos entraron por la inhumana proclamación de la guerra incondicional submarina. Los aliados pudieron atraer directamente, como parte de sus hostilidades psicológicas, a las divididas y reprimidas nacionalidades de la Europa Oriental, porque su triunfo acarrearía automáticamente la desorganización y rompimiento de los imperios dinásticos, y semejante atracción podía ejercerse con mayor fuerza después de la derrota rusa, cuya alianza, a este respecto, era un impedimento para los aliados. De este modo fueron varios los factores que conspiraron para que los aliados convirtieran la guerra, entre 1917-1918, en una cruzada moral en favor de los característicos ideales liberales de respeto hacia los compromisos internacionales, de independencia nacional y autonomía y de los valores democráticos.

Esta vigorosa corriente de idealismo se sobreimpuso, por decirlo así, a los más antiguos deseos de separatismo nacional sin que, sin embargo, los hubiere sustituido. En modo alguno los aliados estaban dispuestos a aceptar todas las propuestas de Wilson. Francia, como que había sido el principal campo de batalla en el occidente, insistió en que Alemania debería pagar reparaciones de todos los daños de la guerra. La Gran Bretaña veía con recelo el principio de libertad de los en donde se encontrara...” y de que ya habría “ligas o alianzas o convenios y arreglos particulares dentro de la general y común familia de la Sociedad de Naciones”.

mures "en paz y en guerra", que habría hecho imposible su bloqueo a Alemania. Tanto Francia como la Gran Bretaña tenían sus dudas acerca de la conveniencia de convertir la autonomía nacional en lo que Wilson gustaba describir como "un principio de acción imperativo", y preveían las dificultades de tratar de aplicarlo lógicamente al enredo de las nacionalidades en los Balcanes. Los franceses condicionaban cualquier arreglo, no tanto a la conformidad respecto a valores de justicia abstracta, cuanto a la medida en que se ajustaba a los fines fundamentales por los cuales habían combatido: su supervivencia como un Estado nacional y su seguridad contra la amenaza de una nueva invasión alemana. La Gran Bretaña lo juzgaba por el grado en que removía de un modo permanente el peligro de la rivalidad naval alemana y en la medida que establecía un balance de poder más equilibrado en Europa. Italia lo apreciaba según el grado en que llenaba los propósitos que se estipularon en el Tratado de Londres, y desde ese punto de vista se manifestó desde el principio como una potencia insatisfecha. Las nacionalidades balcánicas lo juzgaban por la medida en que les permitía realizar sus aspiraciones nacionales en favor de la unidad y la independencia, y aquí también era inevitable que algunos se sintieran defraudados puesto que sus deseos entraban en conflicto con otros. Fue así, entonces, que, si bien la guerra a medida que se desarrolló pasó de una fase de lucha nacionalista a una de idealismo moral y liberal, terminó siendo una mezcla de ambas cosas, y el rasgo principal de los problemas que se presentaron a los encargados de hacer la paz en 1919 fue, precisamente, esta confusa combinación de pretensiones morales y realistas.

2. EN ARAS DE MARTE

Para apreciar el lugar que ocupa la guerra de 1914-1918 en la historia moderna mundial es necesario hacerse cargo del esfuerzo humano y del sacrificio que significó: la guerra estaba mucho menos mecanizada de lo que fue en tiempo de la segunda Guerra Mundial, de manera que al principio fue un conflicto de soldados, de infantería y artillería. Hasta los transportes motorizados eran novedad. A pesar de que se recurrió al bloqueo naval por ambos lados, el combate entre unidades de gran potencia fue casi nulo después de la batalla de Jutlandia en 1916, de suerte que fue más una guerra de soldados que de marinos. La aviación se empleó para reconocimientos, para observaciones de artillería y ocasionalmente para bombardeos; pero el bombardeo de zonas de retaguardia sólo se llevó a cabo durante los últimos meses. Aunque los esfuerzos del frente nacional en materia de producción y de moral de los civiles revistieron una importancia considerable, y fueron de mucho mayor alcance que en guerras anteriores, se trató de todos modos de una guerra más de soldados que de civiles. Hasta que se extendió el hambre en Rusia y en Alemania y hasta que sobrevino la gran epidemia de influenza al fin de la guerra, fueron los soldados y no los civiles los heridos y los muertos. Los ataques de los zeplines alemanes a Londres causaron pocos daños. Dada la polongación de la guerra de desgaste en el occidente y los encuentros de enormes grupos de tropas en el frente oriental, el problema decisivo para ambos lados consistía en el reclutamiento, el entrenamiento, el transporte y el equipo de millones de hombres uniformados. Los esfuerzos de los gobiernos por hacer frente a ese problema fueron los que hicieron sentir pro-

fundamente los efectos de la guerra en el corazón humano de casi todas las familias de cada una de las naciones. Con la excepción de los Estados Unidos, que en el momento del armisticio tenían 4 millones de hombres armados, pero que habían entrado a buen tiempo para ser decisivos y sin embargo lo suficientemente tarde para sólo tener 115 000 muertos,⁴ la contribución a Marte en Europa significó la destrucción sistemática de 10 millones de hombres, y principalmente de hombres que no habían cumplido los cuarenta años.

Hasta la última fase de toda la guerra la ventaja estuvo del lado de la defensiva, aunque tanto en Alemania como en Francia, la teoría militar predominante era favorable a una estrategia ofensiva. La razón principal de la guerra de desgaste fue la ametralladora. Contra esta arma, la infantería, provista de fusiles, bayonetas y granadas, sólo podía avanzar después de larga y costosa preparación por parte de la artillería. Por lo tanto, cada lado cavaba trincheras defendidas con alambres de púas y ametralladoras, y sólo podía ser desalojado después de largas operaciones preparatorias y al precio de muchas vidas. En abril de 1915 los alemanes emplearon en Ypres gases venenosos como medio auxiliar del fuego de artillería como preparación del ataque. No resultó decisivo, pero desde entonces ambos beligerantes usaron el gas hasta el fin de la guerra. La batalla del Somme en el verano de 1916 ejemplifica el pro-

⁴ De éstos, menos de la mitad murieron en combate. El resto murió principalmente de enfermedad, incluyendo 25 000 soldados que perecieron en la gran epidemia. El Reino Unido perdió 744 000 y el resto de la Comunidad unos 202 000. Francia y sus colonias perdieron casi 1 400 000; Alemania, 1 855 000; Austria-Hungría casi 1 500 000.

blema. Los aliados concentraron 2 000 piezas de artillería pesada tras de un frente de diez millas y durante una semana continuamente bombardearon las trincheras enemigas. En los primeros días del ataque, los británicos perdieron 60 000 hombres. Después de un mes habían avanzado sólo dos y media millas. Toda la batalla costó a los alemanes 500 000 hombres, y 600 000 a los británicos y franceses. Cada avance encontraba una nueva resistencia de trincheras a una o dos millas atrás, de manera que tenía que empezarse de nuevo el proceso entero de bombardeo preparatorio por parte de la artillería. Las ofensivas de mayor importancia requerían, pues, mucho tiempo en prepararse y por lo general la ganancia territorial era insignificante. Pero mantener semejantes líneas de defensa y más aún montar ataques tan costosos requería millones de hombres. El empleo de ejércitos enteros, concentrados como arrietes, tal fue la forma más ingeniosa de hacer la guerra que pudo ocurrirse al arte del generalato de ambos lados. Por rareza se rompía la línea defensiva, y en el mejor caso lo más que se conseguía era lograr un retroceso de unas cuantas millas.

Solamente dos armas eran capaces de arrebatarse la ventaja a la defensiva. Una era el tanque con la columna motorizada. Los británicos inventaron el tanque y lo emplearon experimentalmente en la batalla del Somme. Pero la mentalidad de los militares no percibió pronto las posibilidades de esa arma, y el papel que desempeñó no llegó a ser decisivo. La otra fue el empleo de la aviación como medio de bombardeo, el cual, si embargo, sólo se adoptó al final de la guerra. Entretanto, quizá ninguna de las grandes batallas del frente occidental libradas entre la primera batalla del Marne en septiembre de 1914, que frustró

Plan Schlieffen, y la última batalla del mismo nombre en el verano de 1918, que logró romper la defensa, pueden calificarse de verdaderamente decisivas. La mayoría de esos encuentros no representaban ganancia, porque los avances y objetivos logrados no guardaban proporción con su costo. En 1916 los franceses contuvieron el ataque de los alemanes en Verdun al precio de, aproximadamente, un tercio de millón de hombres por cada metro. En 1917, en la batalla de Passchendaele, los británicos avanzaron cinco millas hacia Ypres a un costo de 400 000 hombres. Hasta 1918 las únicas ventajas obtenidas en cualquier encuentro de los mayores en el frente occidental consistieron en la circunstancia negativa, aunque importante, de haber frustrado los objetivos del enemigo y de haberlo detenido. De aquí la ironía y la paradoja de que el llamado jaque mutuo y la guerra de desgaste en el occidente devoró hombres como pasto de cañón en una proporción muchísimo mayor que en cualquier conflicto anterior. Los franceses calcularon que, entre agosto de 1914 y febrero de 1917, se mataba a un francés por muerto.

No porque la guerra en el frente oriental haya sido de mayor movilidad puede decirse que su costo en vida humana fue menor, bien que las razones son algo distintas. Además de que el frente era demasiado extenso para mantenerse con trincheras, los rusos carecían de ametralladoras y artillería. Los alemanes, provistos de un armamento superior y mejor organizados pudieron, por lo tanto, lograr avances dramáticos. Pero las mayores ventajas de Rusia eran la amplitud del territorio y la inmensidad de sus recursos en hombres, de suerte que podía malgastar ambos con total libertad sin por eso sufrir una derrota. Sólo en el año de 1915 perdió dos millones de hom-

bres, entre muertos, heridos y prisioneros, y los alemanes habían penetrado profundamente en Lituania y la Rusia Blanca. En 1916 perdió otro millón; pero los ejércitos rusos se encontraban aún en el campo de batalla y se negaban a negociar un armisticio. La absorción de numerosos ejércitos alemanes en el frente oriental, pese a la habilidad en el rápido transporte de hombres y víveres de un frente al otro, fue sin discusión una gran ventaja para los aliados occidentales. El propósito de éstos era, naturalmente, que, a cualquier precio, Rusia no se retirara del conflicto y para lograrlo se mostraron anuentes a prometerle ganancias a costa de Turquía al terminar la guerra y asimismo a auxiliarla financieramente en los gastos de su esfuerzo bélico. En esta política los aliados obtuvieron un éxito considerable. En 1917, cuando abdicó el zar y se formó un gobierno provisional, éste prosiguió la guerra, y no fue sino hasta después de la revolución bolchevique cuando Trotsky recibió la comisión de negociar la paz con Alemania, que fue firmada en Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918. Los grupos nacionalistas dentro de las fronteras occidentales de Rusia, apoyados por Alemania, ya había afirmado sus pretensiones de independencia, y en el tratado los bolcheviques accedieron a perder Finlandia, la Polonia rusa, Ucrania y los tres territorios balcánicos de Lituania, Latvia y Estonia. Aunque Alemania todavía tenía que mantener algunas fuerzas armadas en el oriente para hacer efectivo lo pactado, se vio libre de la guerra en dos frentes y pudo movilizar ejércitos enteros al frente occidental. Obtuvo además, víveres adicionales de Ucrania que aliviaron los efectos del bloqueo. Pero estas ventajas llegaron tarde para poder contrarrestar el refuerzo americano del otro lado.

Fueron contrarrestados, también, por el colaps

de todos los principales aliados de Alemania. Todavía en 1917, tanto Turquía como Austria-Hungría se mantenían firmes y lograban victorias. Asistidos por oficialidad alemana, los turcos habían logrado defender con éxito los Dardanelos contra el ataque militar y naval de los británicos y franceses en 1915. En 1916 Servia y Rumania (que reluctantemente e inoportunamente entraron a la guerra) fueron conquistadas por Alemania y Austria-Hungría, y en 1917 los italianos padecieron la derrota de Caporetto. Pero en el interior de ambos imperios los aliados habían logrado levantar movimientos nacionalistas insurgentes, y existía una grave tensión interna. Esperaban el momento en que la derrota fuera inminente para rebelarse y causaban mucha ansiedad a los alemanes. Por estos motivos, cuando sobrevino el final, acaeció rápida y catastróficamente. Y así como en 1914 ninguna de las potencias tenía planes para una guerra larga, así también, en 1918, ninguna esperaba que terminara tan repentinamente. La paz en 1918 sorprendió sin preparación a los estadistas tan más que los había sorprendido la guerra de 1914 en las mismas condiciones.

La guerra en el occidente terminó como había empezado: con una decisión trascendental del Alto Mando Alemán. En cada año del conflicto habían ideado un nuevo plan con el propósito de poner fin a la guerra de un modo rápido y decisivo. El Plan Schlieffen, según lo ejecutó Moltke, había intentado envolver la parte septentrional de Francia y a París de un solo golpe definitivo. Fracasó porque el general alemán se vio obligado a distraer fuerzas para el frente oriental con lo que se debilitó el golpe, y porque la Fuerza Expedicionaria Británica y los franceses lo pararon. El empeño de Hindenburg, en 1915, de poner fuera de combate a Rusia también se frustró. El ataque

a Verdún, cuya finalidad era "desangrar a Francia hasta la muerte", fue detenido por Pétain. La campaña submarina de 1917 estuvo a punto de tener éxito al principio, pero fue contrarrestada por medidas antisubmarinas eficaces y por la ayuda americana. El Plan Falkenhayn, de 1916, calculado para provocar una fisura entre las fuerzas británicas y francesas, resultó inútil en vista del mando unificado bajo Foch y de la contribución de poderosos esfuerzos de contingentes y víveres británicos y americanos. Ahora, con Alemania casi exhausta, sus aliados capitulando con el desembarco en Europa de tropas americanas a razón de 250 000 hombres por mes, el Alto Mando Alemán notificó a su gobierno que no podía ganar la guerra y recomendó que Alemania solicitara el armisticio. El general Ludendorff recomendó la formación de un gobierno democrático especial con ese fin, pero cuya constitución con tuviera reformas de suerte que la responsabilidad de aceptar los términos de la derrota no recayera en el ejército y en la aristocracia que eran los verdaderos responsables. Al mismo tiempo por motivos muy distintos, el presidente Wilson también insistía en que la paz sólo se negociara con un gobierno más democrático en Alemania. El príncipe Max de Baden, hombre liberal, encabezó una coalición que incluía a los socialistas. Amenazado por un motín en Kiel el 3 de noviembre y por una huelga general el 9 de ese mismo mes, el káiser Guillermo II se vio obligado a abdicar. Se proclamó la República Alemana, y dos días más tarde, el 11 de noviembre, fue firmado el armisticio. El Alto Mando había obtenido por sí la victoria de la irresponsabilidad de la derrota. La guerra terminó con los ejércitos alemanes ocupando el territorio de Francia y sin que Alemania hubiere sido invadida, de manera que se

pudo fabricar el mito de que el ejército alemán fue derrotado; y en la nueva república democrática gravitó la culpa de haber firmado el armisticio y de haber aceptado las condiciones de la paz. La casta militar, que supo hacer de Prusia el alma del Reich, sobrevivió el desastre para intentar más adelante otra guerra. Hasta el Káiser, a quien pronto se le condenaría como un criminal de guerra, vivió sin molestias en Holanda hasta 1917. Tal fue la revolución alemana de 1918 de donde surgió la República parlamentaria de Weimar.

Mientras tanto, antes de que se reuniera en París la prometida conferencia de la paz, otras naciones se habían encargado por sí mismas de su destino. En octubre de 1918 los aliados reconocieron los diversos comités nacionales que representaban los grupos nacionalistas del Imperio Austro-Húngaro. El 13 de noviembre, el último de los emperadores Habsburgos fue al exilio. Austria y Hungría se convirtieron en sendas repúblicas. En el mapa aparecieron los nuevos Estados de Checoslovaquia, encabezado por los checos, de Yugoslavia, encabezado por los serbios, y una Polonia resucitada. La organización de sus gobiernos y los límites de sus territorios no estaban bien definidos en detalle, pero sus pretensiones a constituirse y a ser reconocidos como nuevos Estados nacionales ya no podían negarse. De parecida manera en el Cercano Oriente un grupo de Estados árabes surgió de las ruinas del Imperio Turco. La lucha armada prosiguió en Turquía por algún tiempo después de la firma del armisticio, porque los griegos invadieron Anatolia con la ayuda de los británicos y de los franceses. La resistencia turca fue organizada por Mustapha Kemal, quien, en 1923, auxiliado por el nuevo gobierno soviético de Rusia, logró expulsar a los griegos y a sus aliados de la península invadida. En ese mismo

año se proclamó una nueva república turca bajo el vigoroso régimen de Kemal. Desde las costas orientales del Báltico hasta el Golfo de Persia, se creó un amplio cinturón de nuevos Estados. Los viejos imperios habían estallado y dejaron, entre Europa y Asia, una área inquieta de nuevas nacionalidades que abrigaban mutuos resentimientos y la esperanza de hallar apoyo a sus diversas y contrarias pretensiones por parte de las grandes potencias. Considerada en amplia perspectiva histórica, esta última circunstancia constituye, quizás, la mudanza más trascendental, como hecho aislado, provocada por la guerra en Europa.

La condición de posibilidad de cambio tan decisivo fue el extraordinario hecho de que, tanto Rusia como Alemania habían sufrido la derrota, de manera que surgió a lo largo de la zona oriental lo que ha sido llamado un "vacío de poder". La suerte de Estados intermedios como Polonia, situada entre vecinos poderosos, Alemania y Rusia, ha dependido normalmente de los arreglos que logren hacer con uno de ellos. Pero removida simultáneamente la presión de ambos lados, esos Estados pudieron afirmar su completa independencia respecto al uno y al otro, aunque inevitablemente con la esperanza puesta en las potencias occidentales, con particularidad en Francia, como punto de apoyo externo. Francia, deseosa de encontrar aliados en el este, tanto como dique para contener el avance del bolchevismo, cuanto como arma contra el resurgimiento de Alemania, se prestó gustosa a desempeñar el papel de padrino de esos nuevos Estados. En esa medida estaba dispuesta a apoyar el principio wilsoniano de la autodeterminación nacional en cuanto aplicado a la Europa de oriente. Fue así como surgió un nuevo arreglo de límites territoriales y un sistema de alianzas diplomáticas, descansando ambos sobre el supues-

lo de que ese "vacío de poder" en el Oriente podía mantenerse, o por lo menos, llenarse adecuadamente con los nuevos Estados. Pero es claro que la recuperación de poderío militar y económico por parte, ya de Alemania, ya de Rusia, tendría que significar un reto a esos nuevos arreglos. De hecho, ambas naciones recuperaron su potencia en 1936, de donde inevitablemente se siguió una serie de crisis europeas que acarrearón un segundo conflicto mundial cuando Alemania y Rusia se unieron para repartirse a Polonia. De este y de otros modos, las semillas de la segunda Guerra ya estaban sembradas al culminar la primera.

El cambio de poder en 1918 en el Pacífico mostró ser casi de igual trascendencia. Según ya se dijo, el Japón se apoderó en los primeros años de la guerra de las concesiones alemanas en China y de las islas que poseía Alemania en el Pacífico: las Marshall y las Carolinas. En 1915 obligó a China a aceptar las más de sus "Veintiún peticiones", lo que le otorgó en buena medida el control sobre la China septentrional y la Manchuria del sur. Prosperó al adueñarse de los antiguos mercados europeos en Asia y en Sudamérica, y su flota mercante transportó la mayor parte del comercio asiático. También en el Pacífico, con una China debilitada, con una Rusia en derrota y con los Estados Unidos y la Comunidad Británica preocupados, se produjo un "vacío de poder" pasajero que nadie mejor que los japoneses podían llenar y que nadie más que ellos lo deseaban tanto. Los convenios firmados en la Conferencia de Washington de 1921 aplazaron el conflicto durante diez años al fijar la paridad naval entre la Comunidad y los Estados Unidos, y la potencia japonesa en acorazados de gran tonelaje a un 60 por ciento de las cifras británicas y americanas. Parecía que el equilibrio de poder de la pugna

en el Pacífico se había restaurado; pero aquí también, el legado de la guerra, prácticamente inalterable por quienes hicieron la paz, contenía las condiciones de un futuro conflicto. El sacrificio a Marte quedaba comprometido en un contrato a largo plazo.

3. LOS AJUSTES DE LA POSGUERRA

Los representantes de "las potencias beligerantes aliadas o asociadas" se reunieron en París en enero de 1919 con el propósito de establecer las condiciones de la paz. La asamblea no sólo incluía portavoces de los principales aliados y de los Estados sucesorios, sino también de aquellas potencias que, en fases más tardías, habían roto relaciones diplomáticas con las potencias enemigas. Habían sido Bolivia, Ecuador, Perú y Uruguay. China y Siam, por haber declarado la guerra en el último momento, quedaron incluidos entre los aliados beligerantes. Los Estados que fueron enemigos se excluyeron, de modo que todos los tratados, con excepción del de Lausana con Turquía en 1923, fueron impuestos y no negociados.

El manejo y la orientación general de los ajustes estuvo en manos de los "Tres Grandes": el presidente Wilson, de los Estados Unidos; Georges Clemenceau, de Francia, y David Lloyd George, el Primer Ministro de la Gran Bretaña. En un principio el Japón e Italia fueron incluidos en el círculo interno de las potencias directoras, pero pronto se ausentaron. Los propósitos fundamentales de Wilson eran asegurar la aplicación de los principios generales que había proclamado como esenciales para el logro de una paz justa y para organizar y establecer la Sociedad de Naciones. A fin de obtener un asentimiento general

respecto a la Sociedad, se vio precisado a transigir en la aplicación de sus principios generales en los ajustes de orden territorial, consolándose con la idea de que los arreglos geográficos y políticos que no eran de su gusto podrían modificarse, con más calma, mediante el funcionamiento de la Sociedad como agencia de conciliación y de cambios. Resultó, entonces, que el ajuste final fue una serie de regateos y transacciones entre los deseos de altos vuelos, pero no siempre realistas de Wilson, las exigencias nacionalistas e intensamente prácticas de Clemenceau y las metas un tanto vacilantes y oportunistas de Lloyd George.

El ajuste, y especialmente la parte incluida en el Tratado de Versalles celebrado con Alemania, ha sido motivo de frecuentes críticas en cuanto se le considera el abigarrado resultado de opuestos deseos. Esa circunstancia, sin embargo, no constituía necesariamente una falla. ¿Qué otro propósito podía tener una asamblea internacional tan compleja, que no fuera establecer el nivel común más alto de asentamiento entre Estados cuyos deseos e intereses eran opuestos en más de un modo? Los principios generales proclamados por Wilson, de haberse aplicado sin contradicciones, habrían producido resultados desastrosos y, en muchos casos, absurdos. A pesar de eso, su enorme prestigio personal y su insistencia logró infundir en los convenios un punto de vista más generoso y permanente. Las exageradas peticiones de Clemenceau y de Lloyd George, de no haberse moderado, habrían resultado en una paz cartaginesa; sin embargo, sirvieron para hacerle presente a Wilson las más torvas realidades de la política en Europa. Una crítica más seria consiste en que el ajuste no sólo era un parche abigarrado, sino que fue severo donde no debió serlo e indulgente en la manera en que no convenía. Hasta

qué punto es válida semejante crítica podrá juzgarse examinando los principales puntos del arreglo y el grado de permanencia que demostraron poseer.

Se estableció la independencia de Bélgica, y se devolvieron a Francia las provincias de Alsacia y Lorena que Alemania le había arrebatado en 1871. Esto era indiscutiblemente justo. Francia también obtuvo la propiedad de las minas carboníferas del Sarre, región que habría de administrarse durante quince años por una comisión de la Sociedad de Naciones. En 1934, después de efectuado el plebiscito convenido, volvió a Alemania. Este arreglo, también, funcionó sin demasiados tropiezos. Se convino que la zona de las Provincias Renanas quedaría durante quince años bajo la ocupación militar aliada, para garantía del cumplimiento del Tratado por parte de Alemania. Esto se debió a una transacción que, desde el punto de vista francés, era muy satisfactoria. En un principio Clemenceau, aconsejado por Foch, pidió el control indefinido de las cabezas de puente del Rin como garantía militar de la seguridad para Francia. Los Estados Unidos y la Gran Bretaña se negaron y persuadieron a los franceses a aceptar en cambio una conjunta garantía angloamericana en el sentido de prestar ayuda inmediata a Francia si de nuevo era atacada por Alemania. Pero cuando el Senado norteamericano se rehusó a ratificar el Tratado, la garantía quedó sin efectos por parte de los Estados Unidos, y la Gran Bretaña alegó entonces que esa circunstancia la relevaba de la obligación. En vista de ello, Francia sintió que había sido víctima de una jugada que la obligó a renunciar a su seguridad a cambio de lo que resultó ser una mera promesa diplomática sin valor alguno. De allí su febril empeño de encontrar, durante los años entre las dos gue-

1919, modos más firmes de garantizar su seguridad nacional. A este respecto la ocupación militar de las Provincias Renanas por el período de quince años resultó igualmente ilusoria: significaba que las tropas aliadas se retirarían justamente después del intervalo que Alemania necesitaba para renovar sus ambiciones y para recuperar su potencia militar. Puede, pues, afirmarse que las garantías de seguridad material exigidas a Alemania fueron del todo insuficientes.

Por otra parte, los intentos encaminados a que Alemania aceptara la llamada "cláusula de culpabilidad bélica" fueron un tanto fantasmagóricos. Era imposible crear un sentido de responsabilidad moral por el solo hecho de incluir una declaración al respecto en un documento que los representantes alemanes se vieron obligados a firmar; y la demanda de reparaciones por daños de guerra causados por los ejércitos alemanes, condicionada a aquella declaración, alcanzaba cifras astronómicas sin ninguna consideración seria acerca del modo en que Alemania podía pagar, ni acerca de cómo los aliados recibirían semejantes riquezas. No se fijó una suma de reparación en el Tratado, aunque Francia, Bélgica y la Gran Bretaña presentaron demandas de enorme cuantía. Se estableció una Comisión de Reparaciones a la que incumbía la tarea de fijar el monto exigible y el modo y el término para el pago. De esta manera se dio carpetazo a las inevitables dificultades que quedaron allí como semillero permanente de rencores durante la siguiente década. Otras formas de reparaciones, sin embargo, fueron inmediatamente exigidas. Alemania perdió todas sus colonias, la mayor parte de su armada, la casi totalidad de su flota mercante y asimismo la propiedad en el extranjero de los ciudadanos alemanes. Las tripulaciones barrenaron a la ma-

yoría de los barcos de guerra en Scapa Flow. Se prohibió la conscripción en Alemania, y su ejército quedó limitado a 100 000 hombres. Se le negó el derecho de tener artillería pesada, aviación y submarinos. De todos modos no habría podido costear la fabricación de esas armas, por lo menos durante algunos años después de la guerra, y para cuando ya pudiera hacerlo no faltarían muchas maneras de evadir la vigilancia de las comisiones de desarme. En cambio, puesto que su pequeño ejército tenía que ser de reclutamiento voluntario y de tipo profesional, se conservó el poder de la casta de la oficialidad, con lo que se permitió la elaboración de un plan para aumentar rápidamente la potencia militar alemana a la primera oportunidad. Toda esta serie de medidas punitivas y compensatorias estuvieron mal pensadas y eran impracticables. Sirvieron para consolidar el resentimiento nacional alemán, sin proveer ninguna garantía eficaz contra la posibilidad de que tal resentimiento se llegara a expresar de hecho.

El ajuste en la Europa Oriental, contenido en los otros cuatro convenios redactados y concluidos por la misma asamblea, se ocupó principalmente en trazar de nuevo el mapa político y en buscar la manera de proteger las minorías nacionales que, aun después de las particiones territoriales más ingeniosas, todavía quedaban situadas del lado equivocado de las fronteras. Aquí fue donde hubo un sinfín de transacciones y sutilezas ante la necesidad de aplicar la doctrina de la "autodeterminación nacional". En términos generales, se dio satisfacción a las exigencias del movimiento sureño eslavo al amalgamar en Yugoslavia a Servia, Eslovenia y Croacia, aunque fue necesario darle Trieste y algunas de las islas de Dalmasia a Italia, según lo pactado en tratado secreto de 1915. Polonia fue reconstruida como

Estado independiente, y se le concedió una salida al mar a través del "Corredor Polaco" de Posen y de la Prusia occidental. Estas regiones contenían minorías alemanas y el haberlas otorgado a Polonia tuvo el efecto de separar la Prusia Oriental del resto de Alemania. Rumania aumentó su territorio con regiones que habían pertenecido a Rusia y a Hungría. Grecia creció a costa de Turquía. Se creó una nueva república en Checoslovaquia poblada por checos, eslavos, rutenos y alemanes sudetinos. Se reconocieron como Estados independientes a las naciones balcánicas de Finlandia, Latvia, Lituania y Estonia. Austria y Hungría se convirtieron en pequeños Estados separados sin salida al mar. Turquía acabó por transformarse en un nuevo y fuerte Estado bajo el régimen de Mustapha Kemal, pero limitado a Constantinopla y Asia Menor. Siria y el Líbano quedaron cedidos a Francia, y Palestina, Transjordania e Irak a Inglaterra en calidad de mandatos. Esto significó que esas regiones estaban administradas por dichos países, los cuales respondían por ellas ante la recién establecida Comisión Permanente de Mandatos de la Sociedad de Naciones. Antiguas posesiones coloniales alemanas quedaron distribuidas sobre bases semejantes: el África Sudoccidental alemana le tocó a la Unión Sudafricana, y las demás colonias africanas fueron divididas entre la Gran Bretaña, Francia y Bélgica. Al Japón se le dieron en mandato las islas del Pacífico septentrional; la Nueva Guinea alemana a Austria, y a Nueva Zelandia la Samoa alemana.

La crítica de la cordura de esos arreglos debe distinguirse de la crítica a quienes los idearon en París. Había muchas cuestiones en las cuales no tenían libre elección. Antes de que celebraran sus reuniones los nuevos Estados orientales de Euro-

pa ya existían, y lo más que podía hacerse en París era asegurar que las nuevas fronteras fueran adecuadas. De parecida manera, las respectivas potencias ya habían ocupado los territorios que ahora se les encomendaban en mandato, y la asamblea no podía hacer otra cosa que estipular las condiciones de la manera en que serían administrados. Aun suponiendo que se hubiera querido restablecer los imperios de la preguerra, habría sido imposible porque de hecho se habían desintegrado. Tampoco puede culparse a los encargados de hacer la paz de la continuación de grandes y molestos grupos minoritarios en la Europa Oriental. Ahora eran menos que antes las personas que vivían bajo los que consideraban regímenes extraños. La novedad consistía en que se habían trocado los papeles, y eran alemanes y húngaros los que constituían minorías bajo dominación polaca, checa o italiana. Quizá debió concederse con más frecuencia el beneficio de la duda a las naciones derrotadas, pero por lo demás las cosas no se habrían podido arreglar de modo muy diferente. La trasplatación sistemática de minorías a distintos lados de las fronteras fue una medida que con justicia no quiso aceptarse por considerar que provocaría más sufrimiento y opresión a poblaciones ya dañadas por la guerra, bien que se registraron migraciones espontáneas, de modo que la huida de minorías griegas de Turquía y la traslación de minorías turcas de Grecia en 1923 sirvieron a aquella finalidad. Inherentemente nada había de injusto en la determinación de dejar poblaciones de nacionalidad diferente dentro de un Estado, con tal de que recibieran un trato justiciero por parte de la mayoría dominante de ese Estado. Los Estados sucesorios, según fueron llamados los de nueva creación, firmaron convenios con las potencias aliadas, comprome-

tendíase a no dañar a las minorías, aunque esta bien intencionada medida, que concedía el derecho a las minorías agraviadas de quejarse de su gobierno ante una autoridad externa que no podía de modo de protegerlas, no resultó un camino bueno para reconciliar los grupos de un Estado multinacional.

Casi todas las críticas a lo largo de los siguientes veinte años enderezadas contra el ajuste final de la guerra, se debieron a la disparidad entre las excesivas esperanzas que se pusieron en él y el estado de sus poco inspiradas transacciones. Lo cierto, sin embargo, es que tales transacciones surgieron inevitablemente por el intento de aplicar principios racionales o morales a los territorios fragmentados de Europa. En asuntos de esa índole, la justicia no podía menos de ser relativa, pero a pesar de eso el ambiente del momento era perfeccionista. Sencillamente era imposible dar satisfacción a la necesidad que tenía Polonia de contar con una salida al Báltico a lo largo del Vístula, y al mismo tiempo a las exigencias alemanas en el sentido de que la Prusia oriental no estuviera separada territorialmente de Alemania. No existía ninguna solución imparcial satisfactoria respecto a las opuestas pretensiones de los judíos y de los árabes en Palestina. No había modo, sin lastimar sentimientos, de liquidar el problema de las minorías en la política de los Balcanes. Conflictos de esa especie, que incluyen intereses nacionales, siempre han sido resueltos por medio de la fuerza o por un largo proceso de hábito y de acomodos que acaba por quitarles importancia. Era imposible resolverlos, en plan de justicia absoluta, en una única asamblea de paz. Eso, sin embargo, era lo que tantos esperaban que realizaran los representantes al Congreso de París; pero si se toman en cuenta las pasiones

provocadas por una guerra de más de cuatro años, la insolubilidad de algunos problemas y las ignoradas consecuencias que guardaba el porvenir, debe admitirse que los encargados de hacer los ajustes lograron más de lo que podría parecer probable cuando se reunieron.

4. REPERCUSIONES SOCIALES

Considerada aisladamente, la consecuencia más decisiva de la guerra, desde el punto de vista social, fue el aliento que recibieron los sentimientos y las pasiones nacionalistas, de las que los principios de autodeterminación sólo eran un reflejo. Las movilizaciones y las pérdidas en masa, las amargas pasiones provocadas por la carnicería de diez millones de hombres, la prolongada tensión en el sostenimiento de la guerra, la participación de las desgracias en la adversidad y del triunfo en la victoria, todo conspiraba a infundir en la mentalidad de los hombres el orgullo nacional y el fervor patriótico. En cada país se pintaba al enemigo como bestial, falto de escrúpulos y completamente odioso. Desde el principio, el nacionalismo mostró ser mucho más poderoso que el socialismo. Todos, salvo los revolucionarios más extremos, abandonaron la tesis marxista de que los obreros de todos los países nada tenían que perder que no fueran sus cadenas económicas, y de que las guerras eran conflictos capitalistas en que los obreros no participarían. En cada país, en 1914, los partidos socialistas parlamentarios prestaron su apoyo a los gobiernos nacionales y votaron en favor de la movilización y de los créditos de guerra. La lucha, salvo tardíamente en Rusia, no se paralizó por huelgas y sabotaje pacifista. La resistencia a los esfuerzos de guerra

quedó en manos de unos pocos socialistas individuales o pacifistas, pero en términos generales el socialismo se convirtió en un socialismo nacionalista.⁵ La conjunción de esos dos movimientos, los más poderosos del mundo moderno, continuaría presionando, en formas diversas, a lo largo de los años subsiguientes. El triunfo en Rusia del grupo extremista amplió y perpetuó la disidencia dentro de las filas socialistas. Los socialistas parlamentarios no podían aceptar los métodos brutales empleados por los bolcheviques, del mismo modo que tampoco pudieron comulgar con la tesis marxista de la guerra de clases. A partir de ese momento el socialismo y el comunismo se separaron, bien que, para que la divergencia se hiciera clara y profunda, fueron necesarios los acontecimientos de la siguiente década.

El fortalecimiento del socialismo y del socialismo de tipo nacionalista se vio acompañado por lo que puede denominarse la nacionalización del capitalismo. Cada gobierno tuvo que ejercer en proporción considerable el control y asumir la dirección de toda la vida económica del país. Fue necesario regular el comercio y las inversiones extranjeras, y la producción agrícola e industrial tuvieron que sujetarse a planes y orientaciones a fin de poder hacer frente a las exigencias de la movilización de los suministros de guerra. Fue preciso podar la producción para usos civiles y no esenciales; se hizo necesario asegurar la en-

⁵ El símbolo de la futura disidencia fue el "programa Zimmerwald" de 1915, cuando los grupos minoritarios socialistas antibélicos de cada país se reunieron para formular la petición en pro de una paz inmediata sin anexiones ni indemnizaciones. Este movimiento, en el cual Lenin tomó parte muy activa, fue el embrión del futuro Comintern.

trega de materias primas, y hubo de encauzarse el rendimiento de la mano de obra en cada país que, en proporción cada vez mayor, incluía el trabajo de las mujeres. Los capitalistas que aprovechaban la escasez de los artículos o que obtenían demasiadas ganancias con los contratos de guerra se granjearon el odio como "explotadores"; y la siempre más gravosa carga de los impuestos tendía a nivelar las entradas y a depositar en manos de los gobiernos un inusitado e inmenso poder. Cada Estado organizó la manera de alcanzar esas finalidades y asimismo el modo de racionar los comestibles y de controlar los precios. Esto acarrió nuevos problemas administrativos, poderes burocráticos y manejos. A causa de la tardía entrada de los Estados Unidos a la guerra y en vista de su economía en expansión, aquel proceso no se extremó tanto en ese país como en los europeos, pero de todos modos hizo algunos avances. Sus relaciones con Europa sufrieron, por otra parte, una profunda revolución. Los ciudadanos británicos y franceses y las compañías de esas nacionalidades habían hecho cuantiosas inversiones en los Estados Unidos, y asimismo otros países europeos. En 1914 dichas inversiones llegaban a algo así como 800 millones de libras esterlinas. Durante la guerra los gobiernos decomisaron esos intereses y los vendieron en Estados Unidos para poder comprar provisiones, compensando a los interesados en libras o francos. Además, los gobiernos europeos contrajeron enormes deudas en los Estados Unidos, de manera que este país se convirtió, al final de la guerra, en el mayor acreedor mundial al que los países europeos debían casi 2 000 millones de libras. El pago de estas deudas de guerra iba a convertirse en uno de los problemas más espinosos en la década siguiente.

Los trastornos sociales causados por la guerra fueron enormes. El equilibrio normal de los grupos de edades y de sexos de la población fue alterado, porque durante la movilización se desorganizó la vida doméstica, millones de hombres jóvenes sucumbieron, y el índice de nacimientos decayó marcadamente sólo para elevarse de un modo igualmente notorio después del fin de la guerra. Las mujeres, que habían desempeñado con patriotismo trabajos en las fábricas y en las fuerzas armadas, ingresaron en el mercado de la mano de obra en proporción antes desconocida: al encontrar así una base económica para poder gozar de mayor independencia, muchas siguieron en él. El papel que desempeñaron en auxilio del esfuerzo bélico, especialmente en la Gran Bretaña, fue una razón irresistible para acceder después de la guerra a sus demandas en favor del voto femenino. El cambio en la situación social de la mujer en todo el mundo constituye una de las más sordas e inadvertidas revoluciones de los tiempos modernos. De una situación de servidumbre legal y social, en el peor caso, y de dependencia económica y política en el mejor, las mujeres fueron conquistando en un país tras otro una posición de mayor igualdad respecto de los hombres. Esta revolución ha cundido aun en el Asia y es probable que, con el tiempo, se extienda al África. La guerra fue un elemento importante, en la Gran Bretaña y en la Europa Occidental, en el desarrollo de todo ese proceso. Otras repercusiones sociales fueron provocadas por la inflación de los precios y por el aumento de los impuestos que trajo consigo el período después de la guerra. Todos aquellos cuyo modo de subsistencia dependía de rentas fijas de inversiones, de pensiones o de ahorros, o cuyos sueldos no eran de fácil elevación se vieron obligados a bajar el nivel de

vida. La tensión y las privaciones, la histeria y el agotamiento provocados por la guerra dejaron unas naciones emocionalmente sobreexcitadas y desequilibradas con la carga de tener que ajustar las enojosas consecuencias del conflicto.

Pero sobre todo, las relaciones económicas entre Europa y los otros continentes sufrieron una revolución. En el mundo de antes de la guerra todos los países avanzados de Europa habían importado más de lo que exportaban, compensando la diferencia con intereses sobre inversiones extranjeras y con el transporte marítimo y otros servicios. De eso dependía su alto patrón de vida. Ahora los países europeos, para poder pagar sus deudas de guerra y para recobrar su comercio exterior en un período de alza de precios, tenían que lograr una exportación de mercancías mayor que la importación. Sus patrones de vida padecieron proporcionalmente. En el mundo de la preguerra, según el esbozo que se hizo antes, la producción industrial había gravitado sobre Europa y el grueso de sus importaciones de otros continentes había sido de materias primas y de alimentos. En términos generales, los países no europeos habían dependido de las exportaciones de Europa por lo que toca a mercancías elaboradas, de la misma manera que dependían de sus inversiones para obtener capital y de sus emigrantes para su mano de obra técnica. Semejante interdependencia orgánica, que suponía una posición de privilegio para los países de Europa frente a los demás, ya estaba minada parcialmente en 1914; pero la rápida expansión industrial de los Estados Unidos, de los Dominios, del Japón y de algunos Estados de Sudamérica provocada por las exigencias insaciables de la época de la guerra, acabó para siempre con aquella posición privilegiada de Europa. Los países de ul-

Unirse a las filas de los exportadores internacionales de bienes manufacturados, o pudieron satisfacer en proporción más elevada sus necesidades internas. Se habían establecido relaciones comerciales nuevas que dejaban fuera a los países europeos. Los Estados Unidos comerciaban más directamente con Sudamérica y con el Lejano Oriente. El Japón comerciaba más directamente con Sudamérica, Australasia y la India. Europa seguía siendo uno de los centros industriales más grandes del mundo, pero ya no era el foco de la producción industrial. Durante las dos siguientes décadas Europa pudo, hasta cierto grado, recuperar su posición mundial, pero jamás pudo alcanzar de nuevo las alturas privilegiadas de 1914. Y así como el balance de las ventajas económicas, antes de 1914, se trasladaba de una potencia europea a otra, así ahora la mudanza era entre continentes, de manera que todos los países de Europa padecieron una relativa declinación en importancia mundial.

Todos estos cambios y su índole revolucionaria no fueron plenamente percibidos en 1919. Los problemas inmediatos de recuperarse de las devastaciones y de la dislocación de la guerra eran demasiado urgentes. Pero tres cosas descollaron como importantes en las mentes de los hombres de entonces. La primera fue la victoria de la democracia: fueron las viejas dinastías las que cayeron derrotadas y desechas, fueron los Estados democráticos occidentales los que quedaron en pie, victoriosos. Pero es más, salvo pocas excepciones, los nuevos Estados adoptaron constituciones altamente democráticas, Alemania inclusive. Realmente parecía que el mundo había asegurado la democracia. Esto era más aparente y parecía más importante que los triunfos del nacionalismo.

Segundo, allí estaba la Sociedad de Naciones y sus anexos: la Suprema Corte de Justicia Internacional en La Haya, la Organización Internacional del Trabajo, la Comisión Permanente de Mandatos y la Comisión de Minorías. En esto radicaba la esperanza de un orden internacional futuro más racional y pacífico, el remedio de esa llamada "anarquía internacional" de 1914 que, según opinión de muchos, había producido la guerra. Dentro de la Asamblea de la Sociedad y su Consejo, representantes de la lógica extensión de los principios democráticos a la organización internacional, las naciones del mundo podían reunirse para barrer aquellos obstáculos a sus buenas relaciones y prosperidad que, en el pasado, habían sido la causa de las guerras. El presidente Wilson logró que el Pacto de la Sociedad fuera incluido en el texto de todos los tratados, de manera que quedó reciamente entretelado en la estructura de los arreglos de la paz. Otros gobiernos, especialmente el francés y el británico, se mostraron en un principio escépticos acerca de su eficacia; pero cada uno empezó a creer que podría servir algunos de sus intereses nacionales por conducto de la Sociedad, de modo que aprendieron a darle su apoyo y a utilizarla. Sufrió un rudo golpe cuando el Senado de los Estados Unidos, rehusándose a ratificar los tratados, impidió que los Estados Unidos se unieran a la Sociedad. Su principal padrino la había abandonado. Puesto que su Asamblea representaba gobiernos nacionales y los Estados sucesorios la consideraban como parte del arreglo total al que debían su existencia oficial, pudo recurrir a nuevas fuentes de entusiasmo y apoyo. Durante la siguiente década, a medida que los problemas de reconstrucción de la posguerra abrumaban a todos los países, surgió una especie de misticismo de la Sociedad en

la Europa Occidental. Parecía ser el único camino hacia un futuro mejor. Sin embargo, en esos mismos años otras fuerzas la minaban, fuerzas ultranacionalistas y bélicas, que acabarían por destruirla. Tercero, allí estaba el bolchevismo. Éste, quizá, descollaba con mayor importancia que cualquier otra cosa del mundo de la posguerra en la mente y en los temores de los hombres de 1919. Al cordón de nuevos Estados en las fronteras orientales el Occidente le dio la bienvenida como la barrera que impediría la extensión de ese nuevo espanto. En esto los forjadores de la paz de 1919 no se equivocaron en el diagnóstico, aunque sus remedios fueron ineficaces. Aquí, ciertamente, aparecía el fenómeno político de mayor alzada en el mundo de la posguerra.

CAPÍTULO III

LA DÉCADA DE LA POSGUERRA, 1919 a 1929

1. CISMA EN EL SOCIALISMO

Durante los últimos veinticinco años del siglo XIX los movimientos socialistas en todos los países adelantados se vieron en la necesidad de tomar una decisión crucial: o podían adherirse a la estricta doctrina de Marx y, por lo tanto, intentar el derrocamiento del Estado para reemplazarlo con un nuevo Estado proletario, o bien podían intentar apoderarse del Estado existente para emplearlo como un régimen de poder a fin de lograr de ese modo las reformas socialistas. Este dilema dividió los movimientos socialistas en la mayoría de los países en secciones revolucionarias y secciones participantes. Allí donde había amplia libertad de acción, un sistema industrial bien desarrollado y un fuerte movimiento sindical, la tendencia más poderosa era hacia el intento de adquirir poder político por las vías parlamentarias y constitucionales. En términos generales esto fue lo que aconteció en el Reino Unido, en Francia, en Alemania y en Escandinavia. Los socialistas que eligieron este camino tenían que dedicarse a obtener una mayoría de votos para su causa o a unirse con otros partidos parlamentarios a fin de asegurar una participación en el gobierno. En ambos casos tenían que presentar ante los electores, no sólo sus objetivos finales y sus doctrinas básicas, sino un programa de reformas inmediatas y prácticas que podían realizarse dentro del marco social y económico existente.

Una vez comprometidos a emplear métodos y procedimientos democráticos y constitucionales, tendieron a convertirse en cada vez más democráticos en su índole y en su conducta. En los países donde la libertad de acción era aún estrecha, como en Italia antes de 1913 y en Bélgica y Holanda antes de 1918, los socialistas siguieron empleando durante más tiempo el lenguaje y los métodos más revolucionarios del marxismo que sus colegas en la Gran Bretaña y en Francia. Pero el marxismo continuó teniendo mayor sentido allí donde un cierto grado de industrialización coexistía con la ausencia de procedimientos eficaces de gobierno constitucional, como en Rusia después del notorio fracaso de la Duma de 1905. Había, pues, una estrecha correlación entre los anteriores triunfos de la democracia liberal y el avance del socialismo parlamentario; y la hendidura entre la democracia social de la Europa de Occidente y el comunismo totalitario de la Europa Oriental se origina en esa correlación.

La divergencia que patentemente se manifestó en el Programa Zimmerwald de 1915 se robusteció con el éxito de la revolución bolchevique de 1917. En 1903 el Partido Laborista Social Democrático Ruso había debatido aquel mismo problema. El ala que mantuvo la teoría de que el partido tenía que ser revolucionario, de manera que debería organizarse estrechamente en torno a un núcleo duro constituido por unos pocos y bien elegidos revolucionarios, dirigiendo las actividades del partido a través de un pequeño comité central sin obligación de dar cuenta a los miembros comunes y corrientes, fue encabezada por Lenin. Obtuvo el triunfo contra una concepción menos estrecha y más democrática de la organización del partido que lo habría debilitado como instrumento revolucionario. En 1912 el partido

se dividió con motivo de ese problema y, por lo tanto, ya existía el partido bolchevique leninista preparado para aprovechar las oportunidades revolucionarias que ofrecían los fracasos del régimen zarista.

Las raíces de la situación revolucionaria en Rusia se encuentran en su sistema de gobierno altamente despótico, cruel y corrompido, en su vida económica atrasada y en el fermento, en tales condiciones, de los ideales procedentes de la Revolución Francesa de 1789, así como de los marxistas. Los primeros frutos de esa fermentación habían sido admirables. Incluyen las novelas de Tolstói y Dostoievsky, la música de Tchaikovsky y de Rimsky-Korsakov. Durante el final del siglo XIX la cultura rusa se había fundido más que nunca antes en la cultura europea, y al mismo tiempo los métodos industriales de Occidente penetraban en la Rusia occidental. Los ferrocarriles, el telégrafo, las fábricas, las inversiones extranjeras y el comercio exterior vinculaban cada vez más estrechamente a Rusia con el resto de Europa. En 1905, cuando el zar Nicolás II convocó la Duma, parecía que Rusia se acercaba aún más a la estructura de la civilización occidental. Durante la década siguiente ofrecía, por lo menos, el aspecto de una monarquía semiconstitucional. Pero la Duma no gozaba de un poder verdadero y el constitucionalismo liberal nunca echó raíces profundas en el suelo ruso.

Lenin dio muestras de ser el genio revolucionario más grande del mundo moderno, y uno de los mayores de todos los tiempos. Combinó un extraordinario poder de análisis intelectual y una fe fanática en la verdad de sus conclusiones con un agudo sentido de la realidad política y de las normas prácticas del ejercicio del poder. Empleó esta rara combinación de facultades extraordina-

Para hacer de su partido un instrumento irresistible de acción revolucionaria. Con ese medio, desvió el desarrollo total de Rusia por un nuevo camino que lo hizo cada vez más divergente del resto de Europa. Literalmente puede decirse que Lenin alteró el rumbo de la historia mundial.

Y sin embargo, Lenin y el partido bolchevique hicieron poco para producir la revolución en Rusia. La situación de 1917 surgió de causas muy distintas, a saber: de la bancarrota del viejo régimen y del colapso del gobierno provocado por tres años de guerra. El éxito en la dirección de una guerra moderna pedía solidaridad nacional y confianza en sí mismo tanto como la eficaz orientación gubernamental, dos cosas que la Rusia zarista no poseía. Cuando estalló la revolución en marzo de 1917 los jefes del partido bolchevique se sorprendieron aún más que el gobierno mismo. La mayoría se encontraba en el exilio fuera de Rusia. Un comité de emergencia de la Duma y la diputación del Soviet de Trabajadores y Soldados de reciente creación en Petrogrado establecieron un gobierno provisional de tipo liberal bajo el mando del príncipe Luov. Cuando el Zar se vio obligado a abdicar el 17 de marzo, se proclamó la república.

El gobierno provisional, que participaba de la mayoría de los ideales políticos de los aliados occidentales y que abrigaba la esperanza de establecer un régimen democrático constitucional en Rusia, prosiguió la guerra contra Alemania. En abril el gobierno alemán, sabedor de que los jefes bolcheviques favorecían una paz con Alemania, les ofreció el paso de Suiza a Rusia a través de Alemania en un tren precintado. Este fue el segundo servicio que hizo el Estado Mayor Alemán a la causa del bolchevismo: el primero había

sido el de infligir pérdidas cuantiosas a los ejércitos rusos. Ahora Lenin, de nuevo en Rusia, podía aprestar su instrumento revolucionario para alcanzar oportunamente el poder. El nuevo gobierno advirtió pronto que no le era posible sostener al mismo tiempo la guerra y la lucha contra la revolución. Proclamó una distribución de tierras a los campesinos. Los ejércitos rusos simplemente se disolvieron cuando los campesinos-soldados se marcharon a sus pueblos para estar seguros de obtener la tierra que se les prometía. La confusión y el caos administrativo habían avanzado demasiado para que pudiera salvarse la situación. En la noche del 6 de noviembre los bolcheviques se encargaron del poder. Sus principales agentes fueron el Soviet de Petrogrado, ciertas unidades del ejército y de la marina y el organismo del partido. La revolución bolchevique, en su fase inicial, fue un *coup d'état* en medio del caos. Su programa, formulado por Lenin, contenía cuatro puntos: tierra a los campesinos; comida a los hambrientos; poder a los soviets, y paz con Alemania. El primero ya estaba aconteciendo, y el último se realizó pronto en el Tratado de Brest-Litovsk. El segundo y el tercero se cumplieron juntos en cuanto que la comida se distribuyó tan sólo a quienes estaban dispuestos a conceder el poder a los soviets. Consejos de los soviets o de los trabajadores aparecieron por todo el país, especialmente en las fábricas y en las unidades del ejército, bajo los auspicios del partido. Y así fue como, de hecho, el poder se ejerció por el partido altamente disciplinado y admirablemente organizado que Lenin venía forjando desde 1903. Su poder quedó inmediatamente consolidado por la creación de otros dos organismos: la "Comisión Extraordinaria Pan-Rusa de Lucha contra la Contra-Revolución, Especulación y Sa-

botaje", más brevemente conocida como la CHEKA, y después como GPU, NKVD y MVD, y un mes más tarde, en enero de 1918, Trotsky fundó el Ejército Rojo. De este modo se establecieron, dentro de los tres primeros meses, los cuatro organismos fundamentales del sistema político bolchevique. Con estos cuatro instrumentos del partido (bautizado en marzo de 1918 con el nombre de Partido Comunista), los soviets, la policía secreta y el Ejército Rojo, Lenin se consagró a la tarea de erigir la primera de las dictaduras totalitarias de partido único del mundo moderno.

Todas las fases subsecuentes de la revolución en Rusia se desplegaron, desde el punto de vista de la historia mundial, en una misma dirección, a saber: hacia la fusión del comunismo con el nacionalismo. El período de la intervención extranjera, que se prolongó hasta 1922, sirvió para consolidar el poder del partido como gobierno nacional. Forjó al Ejército Rojo en un instrumento más eficaz de combate para la defensa nacional. Su triunfo sobre las fuerzas mixtas de contrarrevolucionarios y contingentes británicos, franceses, norteamericanos y japoneses, dejó al partido y a sus organismos libre de toda seria oposición armada y organizada. En el frente nacional, la CHEKA lanzó un reino de terror que excedió con mucho, en brutalidad y derramamiento de sangre, el clásico reino de terror en Francia en 1793. Valiéndose de la crueldad y del exterminio logró destruir todos los elementos de reacción "burguesa" y eliminó a todos los rivales de los bolcheviques entre otros movimientos revolucionarios. Para 1922 el Partido Comunista de Lenin ejercía una dictadura completa e indisputada sobre toda Rusia hasta las fronteras occidentales fijadas por la Conferencia de París.

El período de la nueva política económica de Lenin (1921-27) sirvió para curar algunas de las heridas abiertas por una acción revolucionaria precipitada. Se trataba, en sus propias palabras, de dar "dos pasos adelante y uno atrás", y por su habilidad en el control de una gran revolución social en pleno cauce y en la deliberada orientación que le dio, mostró hasta qué punto el partido dominaba por completo el curso del desarrollo ruso. Los críticos de esta política, incluyendo a Trotsky, podían señalar el regreso a ciertos hábitos burgueses, la vuelta a la propiedad privada, la creación de una clase de "nuevos ricos" y el desengaño acerca de la colectivización; pero el Estado todavía controlaba todos los medios importantes de producción. El sucesor de Lenin como secretario del partido, el georgiano José Stalin, pudo mostrar cómo ahora se podía ya proceder a una planeación económica a largo plazo. El triunfo de Stalin, que favorecía la meta del comunismo en un país único en contra de sus críticos trotskistas que favorecían la meta inmediata de una "permanente" revolución mundial, fue el triunfo del nacionalismo sobre el comunismo internacional. Trotsky fue exiliado a Siberia, y después de vivir en Turquía, Francia y México, fue asesinado en 1940. Sus partidarios fueron desacreditados y purgados del partido durante la década de los 1930. Stalin prosiguió, después de 1928, con su serie de planes quinquenales encaminados a equipar a Rusia de industria pesada y mejorar medios de transporte, a mecanizar y colectivizar la agricultura y a desarrollar nuevas fuentes de fuerza y de industria más allá de los Urales.¹ La planeación económica en detalle no

¹ El primer plan quinquenal fue lanzado en 1928, el segundo en 1932, un tercero fue interrumpido por la

no había considerado en 1917, y en verdad, puesto que la doctrina marxista presuponía que la estructura económica de la sociedad determinaba la estructura política, la planeación oficial de la vida económica se vio al principio como una inversión del proceso normal de la historia. Pero bajo el gobierno de Stalin se convirtió y permaneció en un rasgo permanente del gobierno comunista en Rusia. El efecto fue producir en todo el país una economía nacional enormemente integrada y llevar a sus ciudadanos en una comunidad más conscientemente unida de la que jamás habían tenido en su historia.

Tomados en conjunto, los planes quinquenales han venido a ser la revolución industrial de Rusia. En veinte años han logrado lo que a otros países les costó varias décadas. Para 1939, cuatro quintas partes de su producción industrial procedía de plantas construidas durante los diez años anteriores. Otro tanto de éstas estaban situadas al este de los Urales; los planes llevaron la industrialización moderna hasta el corazón de Asia. Abrieron enormes recursos minerales del Asia Central, y de ese modo aumentaron inmensamente el monto de la riqueza mundial. Rusia, tanto económica como políticamente, se convirtió más en una parte de Asia que de Europa. Su ejemplo estimuló las exigencias de otros pueblos asiáticos, particularmente China y la India, que pedían una industrialización parecida. La transformación social efectuada en los pueblos de la Unión Soviética fue incalculable. Surgieron unas nuevas cla-

segunda Guerra Mundial, un cuarto, entre 1946 y 1950, se dedicó a la reconstrucción de posguerra y un quinto plan cubrió los años 1951-55. Un plan de siete años fue preparado para 1959-65 y otro plan quinquenal para 1966-70.

ses de burócratas, administradores, ingenieros y técnicos tales que Rusia nunca antes había conocido. Son ellos los que gozan del mayor prestigio y ventajas sociales. Al mismo tiempo, por la mecanización y un desarrollo más científico de la agricultura, los planes hicieron que la tierra rusa pudiera mantener una población grandemente incrementada con un patrón de vida más alto. Aunque en eficacia productiva y en rendimiento *per capita* Rusia todavía está atrasada respecto a los Estados Unidos, fueron aquellos tremendos cambios en su economía los que, al mediar el siglo xx, la han convertido en el principal rival de los Estados Unidos como aspirante al predominio mundial.

La actitud que adoptaron las potencias europeas frente a ese nuevo fenómeno pasó por diversas fases durante la década de los 1920. Al principio la revolución y el terror provocaron una violenta reacción de repugnancia y de temor. La primera potencia que tuvo un arreglo formal con Rusia fue, no casualmente, Alemania. Por el tratado de Rapallo en 1922 las dos potencias discriminadas obtuvieron ventajas. Rusia obtuvo el reconocimiento diplomático, manufacturas y ayuda técnica alemanas. Alemania consiguió un mercado y la oportunidad de que sus oficiales militares y sus técnicos se mantuvieran adiestrados al prestar servicios a los rusos. Fue ésta la tercera vez que Alemania rindió un importante y oportuno servicio al partido bolchevique. Poco a poco, durante la siguiente década, la Unión Soviética negoció arreglos mercantiles con otros países occidentales, y en 1934 obtuvo su admisión como miembro de la Sociedad de Naciones. Pero sus relaciones con el Occidente se vieron periódicamente perturbadas en vista de las actividades del Comintern, creado en marzo de 1919, el cual, según los rusos, carecía de sanción oficial. Sus

actividades, por lo general sorprendentemente, estaban de acuerdo con los propósitos de la política exterior rusa. A decir verdad, Rusia perseguía una política doble: para ciertos fines, operaba a base del principio de que su tarea era lograr primero el triunfo del comunismo en un solo país; para otros fines, se atenía al principio de que la revolución mundial constituía la meta inevitable del comunismo, de modo que no debía dejarse escapar ninguna oportunidad para obtener ese fin. Como veremos, el principal resultado de esta política en la década de los 1930 fue el surgimiento del fascismo y de otros poderosos movimientos anticomunistas en la mayoría de los países de Occidente. Tales movimientos prosperaron antes de que el comunismo lograra afirmarse en esos países, de manera que él fue el perdedor.

Hacia 1932, cuando se cumplía el primer plan quinquenal, el efecto fundamental de la revolución bolchevique y de los ajustes de posguerra había sido el de alejar más a Rusia de Europa y vincularla más al Asia. Tanto la doctrina marxista que adoptó, como los métodos de industrialización que empleó eran productos de la Europa Occidental. Pero en Rusia produjeron repercusiones muy novedosas. En ningún otro país la industrialización se vio acompañada de una poderosa dictadura de un partido monolítico, de una economía nacional altamente planeada e integrada y de un movimiento dinámico en pro de la revolución mundial. De entonces en adelante la industrialización en Asia se vio ligada a fuerzas políticas muy distintas de las que predominaron en la industrialización de Europa y de los Estados Unidos.

El logro más decisivo de la revolución bolchevique desde el punto de vista de la historia mun-

dial fue que estableció el comunismo en un Estado único y que lo vinculó en este Estado a los arraigados sentimientos y tradiciones del nacionalismo ruso. Fue altamente significativo que el partido bolchevique extendiera su poder a un territorio tan enorme como el de Rusia —una sexta parte de la superficie terrestre no sumergida—. Las fuerzas soviéticas ocuparon Adserbeiyán, Armenia y Georgia en 1920-21 y a Mongolia en 1922; pero no fue menos significativo que, hasta 1940, allí se detuvo la expansión bolchevique. Fracasaron en Letonia en 1919, y en ese mismo año se derrocó en el corto lapso de seis meses un régimen abortivo comunista en Hungría encabezado por Béla Kun. Los intentos comunistas por alcanzar el poder fracasaron en Alemania en 1921 y en 1923, en Bulgaria en 1923, en China en 1927 y en España durante el gobierno del Frente Popular. El encierro del régimen comunista hasta después de 1940, dentro de territorios rusos, fue de decisiva importancia, porque obligó al comunismo a adaptarse a sobrevivir en un país único rodeado por Estados no comunistas. Fue así como surgió, primero, la necesidad de una alianza y más tarde la fusión, entre las fuerzas y los ideales del nacionalismo y del comunismo. Esa alianza fue elaborada y consolidada por los logros de los planes quinquenales, por el culto a Stalin como un gran héroe nacional y por la experiencia alemana después de 1941. El siguiente régimen comunista con éxito, en Yugoslavia, no fue establecido sino hasta 1944 y su índole fue tan nacionalista que retó al dominio del Kremlin. Entre tanto el socialismo democrático, dada su creciente participación en la vida parlamentaria de las naciones de la Europa Occidental, también se fue haciendo cada vez más nacionalista. Después de 1919 y en todo el mundo, el cisma del nacionalismo se hizo cada vez más profundo; pero cada

del de ese movimiento manifestó la tendencia de fundirse con las fuerzas del nacionalismo.²

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL

El Pacto de la Sociedad de Naciones creó la organización internacional más plenamente elaborada y más mundialmente comprensiva que hasta ese momento se había establecido. Pero siempre quedó corta en su universalismo, y esto acabó mostrando ser uno de sus defectos fatales. Desde un principio Rusia fue excluida y también Alemania; los Estados Unidos se excluyeron ellos mismos. Con tres de las más poderosas potencias mundiales fuera de su círculo, la Sociedad quedó fatalmente debilitada. Su eficacia dependía ahora esencialmente de la colaboración entre Francia y la Comunidad Británica. En 1933 quedó más debilitada al separarse el Japón, bien que en 1926 Alemania había sido admitida. Para cuando se recibió a la Unión Soviética en 1934, Alemania se había retirado. Aun contando la ausencia permanente de los Estados Unidos, no hubo un momento en que todas las grandes potencias fueran simultáneamente miembros de la Sociedad.

En vista de la exclusión de las potencias menos satisfechas con los ajustes de guerra y en vista de la inclusión del Pacto de la Sociedad en los tratados de paz, ésta quedó identificada desde el principio con la preservación de esos ajustes. La esperanza abrigada por Wilson de que los defectos en los ajustes encontrarían remedio a través de la Sociedad estaba, por lo tanto, condenada de antemano. La Sociedad no mostró ser un instrumento adecuado para lo que vino a llamarse "el

² Véase *infra*, Cap. iv, § 2, p. 157.

cambio pacífico". De un modo particular, los Estados sucesorios, apadrinados por Francia, tendían a considerar toda proposición de cambio en los ajustes como un debilitamiento de la base misma de su existencia. Como permanecieron todo el tiempo fuertemente atrincherados dentro de la Sociedad, su peso fue un elemento decisivo para impedir toda modificación de importancia en los ajustes intentada por vía de un asentamiento dentro de la Sociedad. Cada vez se vio más palpablemente que cualquier modificación sustancial ocurriría en reto a la Sociedad y, por lo tanto, que sería por medios violentos. El aspecto de la Sociedad que la convirtió en una asamblea de potencias europeas cuyo fin era mantener el *statu quo* acabó por predominar sobre sus aspectos ecuménicos, como una agencia mundial de conciliación internacional.

Al mismo tiempo, alguno de los supuestos básicos que, en 1919, había hecho aparecer a la estructura de la Sociedad como un organismo razonable y prometedor pronto empezaron a desintegrarse. La institución de la Asamblea General, en la que cada Estado-miembro tenía una representación igual y en la que se requería la unanimidad para toda decisión importante, sólo tenía sentido mientras se supusiera que la democracia sería el común denominador de, por lo menos, la mayoría de los Estados de la Europa Moderna, y que mostrarían un suficiente parecido de opinión como para atenerse a los principios generales y a los ideales democráticos y para desear la paz. Uno de los postulados del pensamiento liberal en 1919 fue que los pueblos democráticos eran amantes de la paz y que tenían un verdadero anhelo de organizar un orden pacífico. En sí, este postulado era una falacia y una mera reliquia del pensamiento demasiado intelectualizado del liberalismo del si-

lo XIX. Además, pese a la popularidad en Europa de las constituciones democráticas, allí estaba, después de 1922, la importante y decisiva excepción de la Italia fascista. Hasta ciertos gobiernos, ostensiblemente democráticos en sus bases y propósitos, comenzaron a perseguir finalidades nada pacíficas y liberales. Cuando la rivalidad y las envidias nacionalistas, más bien fortalecidas que no mermadas por la guerra y los ajustes de la paz, empezaron a dominar en las relaciones internacionales, la maquinaria de la Sociedad se convirtió en la apoteosis, no de la democracia liberal, sino del nacionalismo. Los principios de igualdad en la representación de todos los Estados y de la unanimidad en las votaciones se convirtieron en la canonización de la soberanía nacional separatista. Es cierto que el Pacto no habría sido aceptado y recibido aprobación en 1919 si no se hubieran incluido estas cláusulas en favor de la soberanía nacional; pero la falsedad del supuesto de que la democracia liberal iba a triunfar en el mundo canceló la única fuerza de cohesión que podría haber trascendido el nacionalismo. Cuando se mostró que ese supuesto carecía de fundamento, cuanto quedó fue la paradoja de un mecanismo internacional funcionando a base de nacionalismo atomístico, así como la de una organización mundial que no era mundial. No fue lo suficientemente universal para lograr una conciliación general, pero tampoco lo suficientemente coercitiva para operar de modo decisivo como un concierto de potencias.

Fue, precisamente, cuando estos hechos aparecieron como irrefutables cuando surgió, en la opinión pública de muchos países, una *mystique* internacionalista que a la Sociedad y a sus organismos afiliados pareció como algo capaz de hacer milagros. La gente de casi todos los Estados que

habían tomado parte en el conflicto armado manifestaron un profundo asco hacia la guerra, y se convencieron de que otra guerra mundial equivalía a la ruina de la civilización. Sentimientos y teorías pacifistas proliferaron entre la gente de tendencias liberales en la Gran Bretaña, Francia, Escandinavia y los Estados Unidos. Se llegó a sentir que era preciso evitar la guerra a toda costa, y los nuevos organismos internacionales se ofrecieron como el único medio, aparte de un pacifismo absoluto, para la promoción de la paz. Cuando el bolchevismo en Rusia predicaba la inevitabilidad de las guerras capitalistas; cuando, en Italia, Mussolini glorificaba la guerra como una fuerza de purificación y de vigorización para un pueblo que aspiraba a la prepotencia; cuando Alemania se estaba armando de nuevo y en secreto con la ayuda de Rusia, las potencias occidentales de quienes dependía el éxito de la Sociedad estaban invadidas por un espíritu de pacifismo y de derrotismo. El internacionalismo, en el sentido de un propósito de permanecer lo suficientemente fuerte para aplicar esas garantías de "seguridad colectiva" sancionadas en los artículos 16 y 17 del Pacto, acabó por confundirse completamente con el pacifismo, en el sentido de un negarse a la posibilidad misma del empleo de la fuerza, hasta para defender a un miembro de la Sociedad contra la agresión. Incitados en parte por exigencias económicas, en parte por la presión del pacifismo y en parte por inercia, los gobiernos de las potencias occidentales se permitieron el desarme, y puesto que el Pacto no establecía la creación de una fuerza armada unificada, sino que se atuvo completamente al empleo concertado de los armamentos nacionales para impedir o rechazar agresiones, la Sociedad se vio privada de sus recursos de fuerza militar justo cuando se incrementaba la potencia

bélica de los agresores más probables y justo cuando amplios sectores de la opinión pública ponían sus mayores esperanzas de seguridad en la acción por parte de la Sociedad. Las tentaciones para un agresor en potencia eran, pues, máximas, cuando la única esperanza de detenerlo con eficacia consistía, precisamente, en mantener esas tentaciones a un mínimo.

Advirtiendo la ineficacia de la Sociedad, respecto de la cual Francia había sido la primera en comprenderlo, las potencias negociaron una serie de arreglos y tratados separados y suplementarios que tenían el objeto de fortalecer la Sociedad o de ofrecerles seguridad individual en caso de que ésta fallara. Los franceses se entendieron primero con los Estados sucesorios, cuyos intereses guardaban mayor armonía con los de Francia. Firmaron una alianza con Polonia en 1921 y después con la Pequeña Entente de Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania. En 1925 el "espíritu de Locarno" produjo tratados por los cuales Alemania garantizaba las fronteras de Bélgica y Francia y se comprometió a recurrir sólo a convenios o arbitraje para modificar sus fronteras con Polonia y Checoslovaquia. La Gran Bretaña garantizó las fronteras entre Alemania y Francia y entre Alemania y Bélgica, y durante tres años pareció que había esperanzas de un arreglo permanente en Europa. En 1926 Alemania fue admitida en la Sociedad. Los Estados Unidos y Francia tomaron la iniciativa en la formulación del Pacto Briand-Kellogg de 1928, en el cual los signatarios renunciaban a la guerra como un instrumento de política nacional o, como se dijo entonces, "proscribieron la guerra". El Pacto fue firmado por la mayoría de los Estados del mundo. La idea de que con unas firmas podía acabarse para siempre con la guerra fue la culminación de esa fase del pen-

samiento idealista y perfeccionista acerca de las relaciones internacionales.³ En 1930 Briand circuló una proposición en favor de lo que equívocamente se llamó la "Unión Federal de Europa", pero que en realidad no era sino una forma más extrema de convenios multilaterales regionales. Pero, para esas fechas, eran más bien las fuerzas económicas, que no las políticas, las que dominaban en los asuntos mundiales, y en Alemania quedaron elegidos al Reichstag ciento siete diputados nacionalsocialistas. La luna de miel entre Francia y Alemania había terminado. Desgraciadamente había descansado sobre factores temporales: sobre la auténtica desgana por parte de ambos gobiernos en recurrir a la guerra, sobre los vínculos personales entre hombres como Arthur Henderson, Ramsay MacDonald y sir Austin Chamberlain en la Gran Bretaña, Aristide Briand y Edouard Herriot en Francia y Gustav Stresemann en Alemania, sobre la presión de sentimientos antibélicos en los tres países. Pero estas fuerzas eran demasiado pasajeras para contrarrestar las fuerzas destructoras y separatistas en Europa, entre las cuales la más poderosa era el temor y el orgullo nacionalistas. Lo uno y lo otro se agravaban con las dislocaciones y trastornos económicos. Alemania, en particular, sufrió una grave inflación que, después de la ocupación francesa del Ruhr en 1923, culminó en un colapso catastrófico de la moneda. Fue una revolución mucho más profunda que la de 1918, porque las importantes clase media y clase profesional alemanas

³ Pero con los esfuerzos, en los Juicios de Nuremberg, por revivir la vieja distinción entre guerras justas e injustas y por definir los "crímenes contra la paz", es posible que el Pacto Kellogg adquiriera una nueva significación. Véase *infra*, Cap. V, § 1, p. 182.

se vieron en la ruina cuando los ahorros y las pensiones se devaluaron completamente. Fue de esta revolución social, aún más que de la derrota de 1918, de donde las fuerzas del hitlerismo supieron nutrirse.

Mientras tanto la "Cuestión del Lejano Oriente", por muchos motivos parecida a los problemas que se conjuraron para motivar la Cuestión del Oriente en el siglo XIX, había entrado en una nueva fase. Los elementos constitutivos eran una China débil e inestable, una nueva y dinámica Rusia y un Japón expansionista y agresivo. La revolución china de 1911, que había tenido el propósito de expulsar tanto a los gobernantes Manchú como a los extranjeros, sólo obtuvo un éxito parcial, y dejó a China como presa de las luchas internas. En 1922 la guerra civil asoló las provincias norteafricanas y centrales, y al año siguiente el Dr. Sun Yat-sen, presidente del partido nacionalista del Kuomintang, se estableció como cabeza del gobierno en el sur, en Cantón. El Kuomintang, orientado por jóvenes intelectuales chinos que habían hecho suyas las ideas occidentales de autodeterminación, se sintieron hondamente impresionados por la revolución bolchevique, y el Dr. Sun Yat-sen tomó como consejero principal a un ruso, Borodin. Surgió así una vigorosa sección comunista del partido, y como la influencia de Borodin se orientaba hacia la expulsión de las potencias occidentales para privarlas de sus concesiones en China, fue posible unificar el nacionalismo chino con la meta soviética de una revolución mundial.⁴ Las revoluciones rusa y china fueron presentadas

⁴ Los "Tres principios del pueblo" proclamados por el Dr. Sun Yat-sen, que contenían la ideología oficial de la revolución china, pueden reducirse apro-

como facetas mellizas de un mismo movimiento mundial de liberación contra las cadenas impuestas por el capitalismo occidental. Del mismo modo que Alemania envió consejeros y técnicos a Rusia, así los rusos enviaron consejeros y técnicos a China. Con una frontera común de 4 000 millas, era inevitable que la influencia rusa en China fuera muy grande. La importancia de los intereses británicos en China hicieron que la Gran Bretaña fuera el blanco principal de los agravios nacionalistas, y los incidentes en Shanghai y Cantón en 1925 provocaron un boicot de mercancías británicas del que principalmente resultó beneficiado el Japón.

Pero para 1927 la escena había cambiado. La Gran Bretaña, despierta a la fuerza que significaba el nacionalismo chino, adoptó una política de conciliación. Se transfirieron a China las concesiones en Hankow, y el gobierno nacionalista se estableció en ese lugar, por ser una capital más central. Surgió una disidencia entre el ala más revolucionaria del Kuomintang, adherida a la influencia soviética, y el ala derecha que encontró en el general Chiang Kai-shek un nuevo y vigoroso jefe. Chiang Kai-shek estableció un gobierno rival en Nanking, logró la expulsión de Borodin y de otros consejeros rusos, y después pasó la residencia del gobierno nacionalista a Nanking. Aunque este gobierno gozó de escaso o ningún control en las provincias lejanas, y en cierto sentido el comunismo aún era fuerte en las provincias centrales, los intereses británicos se vieron favorecidos por la existencia de un país más en orden con quien comerciar. Por otra parte, el Japón se alarmó ante

ximadamente a "nacionalismo, socialismo, democracia", y eran la adaptación a las circunstancias chinas de los ideales europeos occidentales.

la perspectiva de una China más fuerte y más unificada. Disminuida la influencia rusa, los japoneses concibieron la esperanza de reanudar la expansión en China que habían tenido que abandonar desde 1921. La Unión Soviética se veía cada vez más absorbida por sus planes quinquenales internos desde 1928 en adelante. La política japonesa cayó en manos de los elementos más militaristas, que proyectaron asegurar la ascendencia japonesa en China. Las únicas fuerzas que habrían podido frenarla eran las potencias externas de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos; pero éstas habían quedado enormemente neutralizadas por los convenios de Washington acerca del poder marítimo de 1921 y porque los Estados Unidos no habían adoptado una política firme y bien definida respecto a la expansión japonesa en el Lejano Oriente. El Japón, fuertemente fortificado con sus ganancias económicas durante la guerra y con sus ganancias territoriales en los arreglos de la paz, pensó que había llegado el momento de extender su poder sobre Manchuria y la China del norte. Esta campaña de expansión se inició en 1931 con la ocupación japonesa de toda Manchuria y con la invasión de Shanghai y de buena parte de la China septentrional. Los chinos, hondamente divididos y desorganizados, no estaban en condiciones de resistir con éxito. Aunque nunca se declaró formalmente la guerra, China permaneció en estado de hostilidad con el Japón desde 1931 hasta la derrota japonesa en 1945.

La importancia decisiva de esta revolución en el equilibrio de poder en el Pacífico y en el Lejano Oriente permaneció oculta hasta después de la segunda Guerra Mundial. Pero la consecuencia inmediata fue el descrédito de la nueva organización de seguridad internacional de la Sociedad de Naciones. Cuando China recurrió a la Sociedad en

1931 fue la primera vez que se puso a prueba la eficacia de esa organización frente a un problema que implicaba la abierta agresión de una potencia de primer orden contra otra.⁵ La Sociedad envió una comisión encabezada por lord Lytton para informar sobre la situación. El informe eludió toda sugestión de que se aplicaran las sanciones previstas en el artículo 16, y los miembros importantes de la Sociedad se negaron a tomar medidas militares en auxilio de China. Es más, aceptaron una solución que dejó a Manchuria y el noreste de China en poder del Japón. Desde ese momento, así se concluyó, era enteramente inútil confiar en la Sociedad como defensora de la seguridad, por más valiosas que pudieran ser sus otras actividades en el fomento de la cooperación internacional acerca de proscribir la trata de blancas o el comercio de narcóticos. Había padecido un rudo golpe en tanto instrumento para evitar la agresión o la guerra, y de hecho se volvía a la anarquía internacional de antes de 1914.

Estos desarrollos acaecidos durante la década de los 1920 dejaron la organización internacional en condiciones de incoherencia y confusión. En un nivel no oficial o semioficial la cooperación constructiva y lenta de finales del siglo XIX continuaba. Los ideales y los hábitos mentales que habían producido la Cruz Roja Internacional, la Federación Internacional de Gremios Obreros, el movimiento de los Boy Scouts y de cuatrocientos

⁵ Con el bombardeo de Corfú y con la extracción a Grecia de una indemnización en 1923, Mussolini ya había obligado a las potencias a obrar a través de la Conferencia de Embajadores y no a través de la Sociedad de Naciones y de la Corte Internacional; pero en este caso una de las partes había sido una potencia menos. El incidente de Corfú, sin embargo, fue un presagio de lo que iba a acontecer.

los a quinientos cuerpos más de índole semejante continuaban vivos. Se ha calculado que un promedio de cien conferencias internacionales se organizaron cada año, y el papel de semejantes actividades en la tarea de forjar una sociedad verdaderamente internacional no puede ignorarse. Como lo expresó un escritor inglés en 1932:

Un examen de la Sociedad Internacional mostraría que se compone, no sólo de las relaciones de cada Estado con cada uno de los demás Estados, sino de la colaboración de médicos, estadísticos, agremiados, obreros hoteleros, *boy scouts*, cámaras de comercio, parlamentarios e innumerables especialistas provenientes de casi todos los países del mundo y formando una asociación, no como nacionales de sus países, sino como representantes de alguna ocupación especializada o de comunes intereses.⁶

Mucho, incluso, de la cooperación a nivel más oficial se ocupó en extender convenios anteriores acerca de arreglos en materia postal, telegráfica, marítima y comercial; y a través de la Organización Internacional del Trabajo y los Comités de Salubridad y de Economía de la Sociedad se concedió apoyo oficial a organizaciones voluntarias. Por otra parte, en los niveles más altos políticos y diplomáticos, la "nueva diplomacia" a base de conferencias internacionales y de mecanismos permanentes de consulta y colaboración en Ginebra daba señales de decadencia sin que se advirtiera un franco regreso a los métodos desacreditados de la "antigua diplomacia". Tampoco, con excep-

⁶ S. H. Bailey: *The Framework of International Society* (1932), p. 29.

ción del continente americano, se registraba la aparición de agrupaciones regionales más limitadas de Estados de índole semejante y de intereses comunes. Se huía de negociar alianzas consideradas como una vuelta a los antiguos y condenados métodos, y se justificaba la falta de acción invocando la ineficaz maquinaria de la Sociedad. De hecho, los agresores y los agresores en potencia tenían la vía franca para proceder con impunidad. La sabiduría de la política internacional en la década de los 1920, en cuanto aplicada al problema capital de impedir las agresiones, era tan escasa como lo había sido el arte del mundo militar durante la primera Guerra Mundial. Las facultades y el culto al caudillaje recayó en los nuevos dictadores de mano fuerte, y éstos, todos a una, se oponían a los ajustes de la posguerra y anhelaban destruirlos. Mientras tanto, la más callada pero no menos amenazante revolución de la presión económica invadía al mundo.

3. LA CRISIS ECÓNOMICA

Las raíces de la crisis económica mundial que se inició en 1929 se hallan más en la dislocación del comercio internacional y de las economías nacionales acarreadas por la guerra que no en los problemas de las deudas de guerra y de los pagos de indemnizaciones, que tanta atención recibieron durante los años de 1920. Esos problemas, tan agriamente discutidos, agravaron la inestabilidad económica de la posguerra, porque desviaron la atención respecto de las cuestiones más básicas y porque ambos implicaban, no un tráfico de toma y daca como acontece con el comercio, sino un desplazamiento de riqueza en un solo

entido, de un deudor a un acreedor.⁷ Durante la guerra se acabaron muchos contactos comerciales ya establecidos; se producía mercancía, no para exportar, sino para necesidades de guerra; se sacrificaron productos de consumo en beneficio de la producción bélica, y se negociaron y vendieron inversiones de capital en el extranjero. A finales de la guerra los mercados mundiales habían cambiado completamente en índole y en ubicación. Nuevas fronteras políticas eran tanto como nuevas barreras aduanales, especialmente en la Europa Oriental, y el enorme mercado de Rusia estaba, por lo pronto, aislado del resto de la economía mundial.

Pero al principio, con la necesidad de reparar los daños y el atraso de producción provocado por la guerra y con la reincorporación de brazos de trabajo a partir de la cesación de hostilidades, se registró un golpe de repentina prosperidad. La bonanza de los primeros años de la década de los 1920 en cada país acostumbró a la gente a creer que en realidad la prosperidad y la paz van juntas. Nuevas mercancías estimularon nuevas demandas populares, particularmente automóviles, radios y películas cinematográficas, y a su vez, éstas provocaron demandas subsidiarias de caminos, garajes, equipos eléctricos y cinematógrafos. Nuevos desarrollos, como por ejemplo la mecanización de la agricultura, exigieron la producción de tractores. La recuperación de la posguerra se vio acompañada de lo que casi puede considerarse como una nueva fase de la Revolución Industrial, especialmente en los Estados Unidos y en los países de la Europa Occidental.

⁷ De hecho ambas cosas, las deudas de guerra y las indemnizaciones, fueron sepultadas por la Conferencia de Lausana en 1932.

La demanda de todas esas mercancías pudo satisfacerse por los nuevos sistemas de crédito, incluyendo el sistema de alquiler-compra que permitía al consumidor el goce de la mercancía antes de que pudiera pagarla. Internacionalmente, también, se lanzaron proyectos de reconstrucción a base de deudas. El mercado mundial, como antes de la guerra, descansaba en un complicado mecanismo de crédito internacional, y la base económica del "espíritu de Locarno" y el ambiente conciliatorio de la primera mitad de los años de 1920 fue el reconstituyente pasajero del crédito internacional. En este proceso, las cuestiones de las deudas de guerra y de las indemnizaciones, políticamente tan controvertidas, desempeñaron un papel importante. En 1921 los pagos de reparación exigidos a Alemania se habían fijado en la suma de 6 600 millones de libras. El Plan Dawes de 1924, por el cual se convino que el pago de esa suma se haría en abonos anuales, también arregló que Alemania recibiría un préstamo extranjero de 40 millones de libras. Este préstamo fue suscrito con exceso, y más de la mitad del total provino de los Estados Unidos y más de una cuarta parte de la Gran Bretaña. El éxito del préstamo tuvo como consecuencia una verdadera orgía de préstamos a Alemania, principalmente por parte de los Estados Unidos, y semejante ingreso de capital provocó una ola de prosperidad. Pocos advirtieron el peligro en la paradoja de prestarle dinero a Alemania para que pagara las reparaciones de guerra. Las deudas de guerra interaliadas se vincularon estrechamente con las reparaciones, porque Francia insistió en que el pago de sus deudas dependía del recibo de reparaciones. En total, llegaron a casi 4 000 millones de libras, siendo los Estados Unidos y la Gran Bretaña los países acreedores más impor-

lentes. El pago de esas deudas (con excepción de la rusa, que fue repudiada por el gobierno bolchevique) motivó largos y complejos altercados, y una vez más los enormes desembolsos implicados pudieron hacerse por préstamos y créditos de los Estados Unidos. El resultado fue, por lo tanto, una corriente de préstamos a corto plazo a través del Atlántico a Europa, creando un ambiente temporal de prosperidad y bienestar.

Los pagos parciales de la deuda americana en oro despojó a los Estados europeos de ese metal, en una época en que el oro todavía era la base última del sistema monetario internacional, así como de la mayoría de los sistemas monetarios nacionales. A finales de la década, el papel moneda empezó a depreciarse. La prosperidad de Europa y, por lo tanto, de la mayoría del resto del mundo, dependía de la voluntad de los norteamericanos en seguir enviando dólares a través del Atlántico. Si eso cesara, como cesó en el otoño de 1929, era inevitable que ocurrieran consecuencias catastróficas en todo el mundo. Esas consecuencias se conocen como la "crisis económica mundial".

Aunque los especialistas todavía no están de acuerdo acerca de las razones precisas de la crisis, no cabe duda que estuvo relacionada también con la depresión de la agricultura occidental que, en los últimos años de la década de los 1920, bajó el precio del trigo al nivel más bajo en cuatrocientos años. Puesto que los métodos de agricultura más eficaces de los países de Occidente podían producir mayor cantidad de trigo que el que podían consumir esos países, y puesto que los países orientales de Asia que necesitaban más trigo no podían pagarlo, fueron los países más pequeños que exportaban productos agrícolas los que primero padecieron. Países como Argentina,

Chile, Uruguay, Australia y Nueva Zelandia descubrieron que, como sus exportaciones agrícolas no bastaban para pagar sus importaciones, más de éstas tenían que pagarse en oro. La depresión empezó a sentirse después de la bonanza. A medida que la depresión se extendió a otro tipo de mercancías, la Gran Bretaña también descubrió que sus reservas de oro menguaban. En 1931 abandonó el patrón oro y, por lo tanto, devaluó la libra esterlina. Más de otros veinte países hicieron lo mismo para defender sus propias industrias contra las competencias de mercancías más baratas británicas. Aunque casi todo el oro del mundo había gravitado hacia los Estados Unidos, también este país creyó prudente abandonar el patrón oro para su moneda. Con estas alteraciones en el sistema monetario internacional, los países recurrieron ya al control oficial de la moneda, ya al simple trueque, y en uno y otro caso el curso del comercio internacional se vio aún más obstaculizado. Esta reducción del mercado mundial, combinada con la reducción de los ingresos nacionales en los Estados Unidos, se tradujo, en términos humanos, en una enorme calamidad, a saber: la desocupación en gran escala. En 1932 los Estados Unidos tenían 15 millones de hombres sin empleo y Alemania tenía 6 millones.

La falta de trabajo, que en cierto grado venía existiendo a partir del fin de la guerra, y que en parte obedecía a la mecanización y "racionalización" de la industria, aumentó ahora, tanto con la reducción del mercado mundial, como con la crisis económica de 1931. Creó un clima favorable para los nuevos movimientos políticos de rebelión de las masas que se fortalecieron en la década de los 1930. Faltando el poder adquisitivo del pueblo, la producción en conjunto no podía funcionar, y con la falta de empleo en gran escala,

El poder adquisitivo menguó. En 1932 había 30 millones de personas sin empleo en el mundo, además de muchos millones que trabajaban en jornadas reducidas, y más millones en África y en Asia de los que no se tiene conocimiento estadístico. El resultado inmediato fue el sufrimiento, la frustración personal y la miseria social; el resultado último fue que las víctimas se entregaron, desesperadas, a los movimientos políticos extremistas, ya del comunismo, ya del fascismo, que prometían el remedio al desempleo y ofrecían una nueva base para la recuperación nacional y la prosperidad material. Nunca fueron mejores las condiciones en el mundo de Occidente para ser aprovechadas por las ambiciones de cualquier demagogo o aventurero que tuviera la suficiente perspicacia y habilidad para explotar el descontento de las masas. Y a eso se debe que en estos años, tanto el comunismo como el fascismo, se convirtieran en fenómenos de carácter internacional, surgiendo en un país tras otro, nutridos por la rica tierra de la frustración y del descontento populares.

La crisis económica mundial hizo explosión en el colapso de la bolsa de Nueva York en 1929. Las especulaciones locas y audaces habían elevado los valores a alturas fantásticas. Pero apenas se minó un poco la confianza, igual locura se siguió en la venta de las acciones que, convirtiéndose en una bola de nieve, acabó en el espectacular colapso del mercado de valores. En el término de un mes los valores de bolsa perdieron hasta un 40 por ciento, y en 1932 había cinco mil bancos norteamericanos en quiebra. Puesto que los americanos retiraron sus inversiones extranjeras, y compraron menos mercancías importadas, el colapso se extendió rápidamente a otros países. Por todas partes disminuyó la produc-

ción, el comercio se hizo raquíutico y aumentó la falta de trabajo. En 1931 el banco más importante de Viena, el Kredit-Anstalt, quebró, y esto precipitó la crisis financiera de Europa. Entre 1929 y 1932 el comercio mundial se redujo a una tercera parte, mientras que el número de los desocupados iba en aumento.

Frente a semejantes calamidades los gobiernos y sus consejeros técnicos mostraron tan poca iniciativa y tan escasa comprensión como mostraron en la manera de enfrentarse con los problemas políticos y diplomáticos internacionales. Al parecer, todo en todos los campos se había desquiciado. La respuesta obvia parecía una afirmación en el control, que significaba, ya recurrir a la planeación económica sistemática *à la russe*, ya a la disciplina dictatorial de la vida nacional *à la italienne*. Los Estados Unidos, hasta la elevación del presidente Roosevelt en 1933, prefirieron confiar en la iniciativa privada para producir el orden del caos. Los encargados de su destino en su mayoría interpretaron la crisis como una forma excepcionalmente aguda del ciclo de los negocios de bonanza y depresión, y esperaron la vuelta del ciclo para que América saliera por sí sola de la depresión. En 1931 la Gran Bretaña formó un gobierno nacional a quien se le concedió el llamado *doctor's mandate* (facultad de doctor) para que se enfrentara con el problema como mejor pudiera. Francia, mejor equilibrada y más autosuficiente en su economía nacional y menos expuesta a las variaciones del comercio internacional, padeció menos pronto y menos agudamente que sus vecinos. Pero en términos generales los gobiernos se vieron obligados a manipular y controlar la moneda, y a proteger la agricultura y la industria. El nacionalismo económico, correspondiendo a la vuelta al separatismo diplomático,

dominaba en Europa. Ahora era cada nación por sí sola. En 1930 los Estados Unidos aprobaron las tarifas Hawley-Smoot, y en 1932 la Comunidad Británica, en la Conferencia de Ottawa, adoptó un sistema de preferencias de tarifas imperiales. Las fuerzas integrantes de la economía mundial se habían dispersado de un modo tan claro como clara fue la bancarrota de la organización internacional para impedir la agresión. Los años 1929-1931 marcan el nivel más bajo desde 1914 por lo que respecta a la cooperación general internacional.

4. DESINTEGRACIÓN CULTURAL ENTRE LAS DOS GUERRAS

Junto con estas poderosas fuerzas desintegrantes que desarticularon el sistema internacional y la economía mundial, existían unas fuerzas no menos poderosas dentro de cada nación que corroían la unidad cultural y la integridad intelectual, así como la homogeneidad social. Los años de 1920 quedaron señalados en Alemania, por una gran revolución social que demolió la estructura de la clase media y por una decadencia moral que convirtió a las grandes ciudades alemanas en centros de vicio; en los Estados Unidos, por todos los males sociales que acarreó el experimento de la prohibición; en Francia, por escándalos políticos y una degeneración del espíritu público; en la Gran Bretaña, por la lucha entre el capital y el trabajo que culminó en la huelga general de 1926; en la India, por frecuentes revueltas y por los esfuerzos de Mahatma Gandhi por expulsar a los británicos de su país y por detener la industrialización; en la cultura europea en general, por experimentos exóticos en el arte y en la literatura y por aventuras neuróticas de autoexpresión ar-

tística. Nada del viejo orden había quedado sin ser afectado por los terremotos de la guerra y por las reverberaciones de la depresión económica. Los métodos empleados por los *gangsters* y por los *racketeers*, por una parte, y los utilizados por los huelguistas y fascistas, por la otra, se parecían muchísimo; y el mariscal Goering pudo decir que echaba mano al revólver cuando oía la palabra "cultura".

El divorcio entre el artista creador y su público, que ya se notaba en 1914, se desarrolló ahora en una manía de formar agrupaciones y de intentar experiencias esotéricas, torturados esfuerzos de autoexpresión que sólo eran apreciados por unos cuantos y situados más allá del resto de la humanidad. En poesía, en música, en pintura y en escultura, los ritmos y las líneas suaves de las formas establecidas fueron considerados por la nueva generación de artistas como modos inadecuados para expresar la inquietud y la inseguridad que, así lo sentían, prevalecían en el mundo de la posguerra. El verso libre, la disonancia, el surrealismo parecieron como mejor adaptados para expresar su visión de la verdad. Tanto en la pintura como en la poesía, el cubismo pasó por el dadaísmo hacia el surrealismo y se proclamó, en el trayecto, el elemento "absurdo" del arte y la "identidad de los contrarios". El dadaísmo, iniciado por Tristán Tzara en Suiza, fue una rebelión contra todas las convenciones sociales, tanto en el campo social como en el artístico; pero expresó en forma más extremosa y anárquica el mismo tipo de impulso que produjo la música de Stravinsky y de Scriabin, la escultura de Epstein y la poesía de los Sitwells. En literatura, la moda por D. H. Lawrence coincidió con el creciente interés por la psicología de Freud y por el irracionalismo, y James Joyce dedicó dieciséis años para produ-

de una extensa obra, *Finnegans Wake*, que a la mayoría de lectores resultó incomprensible. A veces un "modernista moderno", como T. S. Eliot, podía apresar el temple de la época en poemas como *The Waste Land* y *The Hollow Men*.

Los rasgos principales de la actividad cultural en Europa fueron el resultado de los conflictos internos ya existentes en 1914,⁸ pero ahora muy exagerados y complicados por la reacción contra el nacionalismo que siguió a la guerra. La rebelión contra el intelectualismo prosiguió, poniendo en un trono los elementos de la inconsciencia y experimentando febrilmente con nuevos estilos, mientras más "primitivos", mejor. La "desnacionalización" del pensamiento y del arte condujo al abandono de los valores tradicionales y asimismo de las formas convencionales, y mucho se dijo en pro de la necesidad de *une littérature dégagée*. Junto con la rebelión contra el nacionalismo se manifestó mayor simpatía hacia el socialismo y el comunismo. Este desarrollo se hizo más patente en la década de los 1930, y la figura más destacada de las letras francesas, André Gide, coqueteó con el comunismo después de 1933 hasta que logró visitar Moscú en 1936. La noción de *une littérature engagée* poco a poco renació. Auden y Spencer sucedieron a Virginia Woolf, Sartre a Cocteau. El realismo desnudo y sórdido de un Zola, que había parecido fuera de moda en los 1920, regresó en la forma de la novela "proletaria", frecuentemente escrita en el caló de los barrios bajos por "hombres del pueblo", lo que quería decir, camareros, ex presidiarios y vagabundos. Poco después de la guerra la ópera proletaria había florecido en Alemania, con la *Threepenny Opera* (1921) de Kurt Weill y *Wuzzeck* (1922) de

⁸ Véase *supra*, Cap. I, § 3, p. 58.

Alban Berg, aunque el público que las aplaudió había sido inequívocamente burgués. Ahora, ante el hecho de la depresión económica mundial, ese género revivió con nuevo vigor cuando los escritores y novelistas descubrieron la tragedia de las masas sin trabajo y la miseria de los barrios bajos. Pero aún estaban fuera de contacto con el público más amplio, el cual mostraba creciente avidez por nuevas formas de entretenimiento en conjunto que requerían menor esfuerzo intelectual. La cultura popular, empobrecida por el divorcio entre el artista y el público, pudo fácilmente convertirse en diversión pasiva, en deportes, en juegos, en revistas ilustradas y en literatura barata, en *jazz* y francachelas.

Pese a su aspecto negativo y deprimente, la historia cultural de los años entre las dos guerras pudo mostrar algunos logros de valor más permanentes allí donde el esfuerzo artístico expresaba las necesidades reales y las urgencias de la sociedad, en consecuencia, el *ballet* gozó de mucha popularidad y floreció. En arquitectura, hombres como Walter Gropius imaginaron nuevos estilos funcionalmente adaptados a los materiales modernos de construcción y adecuados a las necesidades de las fábricas y de las escuelas en las cuales los miembros de una comunidad urbana moderna se pasan tanto tiempo. Algunos de los más bellos rascacielos y puentes de los Estados Unidos fueron construidos durante estos años, y desarrollaron un estilo completamente adecuado a sus materiales de acero y concreto. Como lo ha sugerido Nikolaus Pevsner: "Casi todo edificio que se proyecta ahora sirve a las masas y no a los individuos. ¿No, entonces, debe ser nuestro estilo uno que se adapta a la producción en conjunto, en el sentido de producción no sólo en gran es-

cala, sino para el pueblo?"⁹ Las estaciones del Metro en Londres, proyectadas por Charles Holden, fueron un ejemplo altamente satisfactorio de semejante adaptación. Allí donde las novedades se mezclaron con valores más tradicionales, como en la poesía de T. S. Eliot, en la filosofía de Maritain y de Berdyaev, en la música de Vaughan Williams y Delius, los artistas de entonces se liberaron de un temple meramente pasajero. Sus obras, es de pensarse, serán de valor más permanente al par que las de sus contemporáneos más excéntricos sólo tendrán interés para los coleccionistas de piezas curiosas de época. También tiene especial significación el lugar que ocupan en el aprecio internacional el filósofo de origen español George Santayana y el escritor moderno más talentoso y prolífico de la India, Rabindranath Tagore. Incluyendo dentro de su perspectiva y dentro de sus doctrinas a los continentes de Asia, Europa y América, ambos escritores representan una verdadera internacionalización de la cultura.

Pero, además, el consumo de cultura en los tiempos modernos ha sido mucho mayor que su producción, y la historia cultural de los años entre las dos guerras no puede apreciarse tan sólo en vista de sus nuevos escritores y artistas. Los medios de difusión de la cultura se desarrollaron mucho más de lo que hasta entonces se había hecho. La comunicación por radio es el medio más poderoso que se haya inventado para llevar la música, la literatura y las ideas al interior del hogar y a la vida diaria de las familias comunes y corrientes. La película, como una forma de arte, se desarrolló durante aquellos años y la ba-

⁹ Nikolaus Pevsner: *An Outline of European Architecture* (1943), p. 265.

ratura del espectáculo lo puso al alcance de todos. Las facilidades y la economía de los viajes amplió los horizontes de la clase media. La reducción en el costo de imprimir hizo posible la adquisición de buenos libros por parte de personas de recursos limitados, y las bibliotecas públicas los pusieron a disposición de todo el mundo. La educación popular fue ampliada y mejorada a medida que aumentó el número de maestros mejor adiestrados. En los países de la Europa Oriental, de Asia y de Africa se lanzaron campañas vigorosas para atacar el analfabetismo. En la Unión Soviética y en Turquía los gobiernos desplegaron intensos esfuerzos para elevar el nivel del alfabetismo. De todas maneras la cultura tradicional se extendió más ampliamente entre las masas de lo que había parecido posible en 1919. Pero semejantes facilidades también ofrecieron oportunidades, que pocos gobiernos pudieron menos de aprovechar, para el proselitismo nacionalista y la propaganda, y que fueron especialmente beneficiadas por los Estados a base de partido único. La "nacionalización" de la cultura popular surgió, pues, al mismo tiempo que se hacían sentir las tendencias hacia la "desnacionalización" y el cosmopolitismo del arte moderno, y así fue como se amplió aún más el abismo entre los artistas modernos y su público.

La cultura en los Estados Unidos fue inmune, en buena parte, a esas tendencias, lo que correspondía a su política aislacionista. Esto se debió, considerablemente, al hecho de que la filosofía positivista y el pragmatismo se mantuvieron más firmes en ese país, donde William James y John Dewey ejercían una enorme influencia, y donde las condiciones sociales en la década de los 1920 correspondían a semejantes puntos de vista. Fue una época de conformismo y de tolerancia gene-

ral hacia el no conformismo, a pesar de la permanente corriente de crítica social sostenida por un escritor como Sinclair Lewis, y de una cierta bienvenida con que se recibieron los poetas rebeldes. Pero lo dominante era el supuesto general del materialismo, y la expansión continua del país, tanto por lo que respecta a la población como a su riqueza, no significó ningún cambio radical del orden ya existente, el nacionalismo incluso. Como lo han expresado dos distinguidos historiadores norteamericanos:

Las ciudades eran más grandes, los edificios más altos, los caminos más largos, las fortunas más imponentes, los automóviles más veloces, los establecimientos educativos más capaces, los centros nocturnos más animados, los crímenes más numerosos, las corporaciones mercantiles más poderosas que jamás antes en la historia, y las ascendentes estadísticas le daban a la mayoría de los norteamericanos un sentimiento de satisfacción, si no de seguridad.¹⁰

El colapso de 1929 produjo, pues, un choque tanto más formidable, y en los años de 1930 se hizo un amplio examen de la situación.

La cultura soviética, que con sus novedades atraía tanto la atención y la administración en el extranjero, no era menos materialista en su tono general; ni tampoco, en última instancia, resultó ser menos nacionalista, y si es cierto que la arquitectura, la escultura y el teatro casi ofrecieron el espectáculo de un renacimiento bajo la protección oficial, la filosofía, la novela y los estudios humanísticos padecieron más a causa de las cor-

¹⁰ A. Nevins y H. S. Commager: *America: The Story of a Free People* (1942), pp. 404-5.

tapistas de la ortodoxia marxista que lo que ganaron por el estímulo proveniente de la existencia de un público nuevo y más vehemente.

Los regímenes fascistas en Italia, Alemania y España mostraron desde un principio notable hostilidad hacia el modernismo en el arte, al que concebían como señal de decadencia. Intentaron reafirmar las formas tradicionales, pero en vista de las condiciones estrechas y agobiantes impuestas por el Estado-policía era bien poca la actividad creadora en el arte.

Tanto la producción como el consumo de nuevas ideas fueron mayores en las ciencias que en las artes. Aquí, por lo menos, encontramos una armonía estrecha entre los intereses de la *élite* y los del público. Característicamente, quizá, la ciencia más popular fue la astronomía, y sir James Jeans y sir Arthur Eddington escribieron obras de gran éxito comercial. Pero todos los países de Occidente concedieron medios mucho mayores al servicio de la educación científica y tecnológica, y los gobiernos dedicaron cuantiosas sumas para la investigación científica e industrial. En la Gran Bretaña se estableció en 1916 el Department of Scientific and Industrial Research, y su ejemplo cundió pronto en los Dominios y en Francia. Ya para 1950 esa importante institución contaba con un presupuesto parlamentario de cinco millones de libras anuales para costear proyectos de investigación y para sostener una gran variedad de establecimientos de búsqueda científica. En muchos aspectos la primera Guerra Mundial sirvió para fomentar el incremento del conocimiento científico de carácter utilitario. Los medios y el saber médicos se ampliaron en casi todos los países. Las ciencias matemáticas y físicas progresaron de un modo espectacular. En 1919 lord Rutherford logró realizar lo que habían so-

ando los alquimistas medievales: penetró más allá de la barrera del meollo atómico y transmutó el nitrógeno en oxígeno. Bajo su férula la década de los 1920 se convirtieron en una edad de oro en el laboratorio Cavendish de la Universidad de Cambridge, y un equipo brillante de investigadores revelaron los secretos del átomo y del neutrón, preparando de ese modo y sin quererlo la invención de la bomba atómica. Incluía al danés Niels Bohr, al alemán Otto Hahn y al ruso Peter Kapitza.

La ciencia, además, retuvo predominantemente su índole internacional. Durante la década de los 1930 topó con crecientes obstáculos por parte de los celosos Estados de partido único; pero en los países democráticos el saber científico se acumuló y circuló con bastante libertad. Sólo después de 1945 los hombres de ciencia tuvieron motivos para preocuparse hondamente por el conflicto entre las exigencias nacionalistas y sus deberes hacia la humanidad y hacia la busca objetiva de la verdad, conflicto que tanto había atosigado a los artistas y a los hombres de letras dos décadas antes. El cisma en el socialismo mundial, las fisuras en el nacionalismo, la bancarrota del internacionalismo y el descoyuntamiento de la economía mundial se vieron acompañados, muy apropiadamente, con la desintegración del átomo; y eso, a su vez, en virtud de su incalculable potencialidad, produjo una cierta nacionalización de la ciencia. La incorporación de la ciencia a la "carrera espacial" a partir de 1958, fue la culminación de este proceso.

CAPÍTULO IV

LA DÉCADA DE LA PREGUERRA, 1929 a 1939

1. LOS ESTADOS DE PARTIDO ÚNICO

La esencia de la dictadura moderna consiste en el monopolio del poder oficial por parte de un partido político originalmente establecido para realizar una revolución. La hazaña de Lenin de haber conducido al partido bolchevique al poder absoluto en Rusia puso el ejemplo que siguieron casi todas las revoluciones subsecuentes, y, paradójicamente, discípulos más aventajados fueron los caudillos de movimientos anticomunistas. A los cinco años de la revolución bolchevique, Mussolini utilizó el partido fascista para implantar la dictadura en Italia, y dos años después Hitler, en su *Mein Kampf*, esbozó las posibilidades de poder de un partido alemán semejante al italiano que podría derrivar la nueva República de Weimar. Y no se piense que el fenómeno del fascismo fue privativo de Italia y de Alemania: todas las principales naciones europeas, incluyendo a la Gran Bretaña y a Francia, produjeron movimientos fascistas internos de diversos tipos durante la década de los 1930, independientemente de los movimientos en Italia y en Alemania. Las raíces del fascismo y de la dictadura de un partido único eran de índole europea, todas las condiciones necesarias para su proliferación existían ya en los años de 1920, salvo la condición fundamental de una aguda zozobra económica entre las clases medias. Ésta fue la que aportó la crisis económica mundial. El que semejante zozobra haya

Existió antes, por motivos particulares, en Italia y Alemania, explica la profundidad de las raíces fascistas en esos dos países.

En un sentido estrecho, los movimientos fascistas significaron una reacción de temor violento respecto a la expansión del comunismo. En Italia en 1922, en Alemania en 1932, en España en 1936, se trataba, en parte, de movimientos de fuerza activa surgidos entre ex soldados o grupos militares cuyo propósito era combatir la propagación del comunismo. Encontraron apoyo en todos aquellos que temían un ataque a la propiedad privada y al capitalismo, y explotaron de modo especial los agravios nacionalistas. Redujeron los problemas más complejos a términos simplistas: Alemania no había sido derrotada, sino que la habían apuñalado por la espalda; Italia había ganado la guerra, pero perdido la paz, y en ambos casos la culpa era de los liberales, de los socialistas y de los pacifistas. Combinaron así una amplia atracción demagógica popular con la atracción particularista de intereses y temores de grupo.

Pero en un sentido más lato, los movimientos fascistas fueron la cosecha de la extensión del sufragio universal acaecida durante el siglo XIX, la cosecha de una civilización de masas. Operaron a base del principio de que una revolución moderna se realiza mejor (y, quizá, en las naciones adelantadas, sólo puede realizarse) con la agencia de un partido que ya esté en el poder. Concentraron sus esfuerzos, por lo tanto, en alcanzar el poder en la medida de lo posible por medios constitucionales, y para hacer eso tuvieron que invocar en el pueblo las emociones más a flor de piel del populacho. Aprendiendo algo de los métodos empleados por los partidos democráticos y más de los utilizados por la propaganda comer-

cial, llegaron al poder sobre las olas de temor y de enojo, de odio y de envidia que supieron levantar. Perfeccionaron la técnica de las reuniones de masas y de las manifestaciones callejeras. Negaron, por los hechos, que el hombre es una criatura razonable y pensante, negación que ya habían propuesto teóricamente los psicólogos y filósofos del siglo XIX. El nacionalsocialismo invitaba a sus miembros a "pensar con su sangre", y el hitlerismo fue antisemítico, porque el prejuicio racial era el camino más corto para destruir los modos racionales de pensar. Y como, por otra parte, la democracia todavía tenía algún poder para atraer a las masas, los fascistas se cuidaron de rendirle homenaje empleando elecciones controladas por el terror, utilizando parlamentos sin libertad de deliberación y plebiscitos falsos, a la vez que la condenaban en teoría. Tanto Mussolini como Hitler procedían de origen humilde, ambos ocuparon rangos inferiores de la oficialidad del ejército y ambos se presentaron a sí mismos como hombres del pueblo.

Mussolini fue socialista en los primeros años de su carrera, y el Deutsche Arbeiterpartei contenía al principio algunos socialistas. Ambos movimientos aceptaron algunos objetivos socialistas en sus programas, aun cuando abiertamente atacaban el socialismo democrático. El Estado corporativo se presentó como el método más adelantado para dirimir las disputas entre el capital y el trabajo, y las Veinticinco Tesis de 1923 del nacionalsocialismo prometieron "poner fin a la servidumbre de los intereses". Cada uno exigía (y en esto fueron más sinceros) un Estado de mano fuerte para controlar en su totalidad la economía del país en beneficio de la nación; pero identificaron partido y nación, y el poderío del Estado habría de proceder del caudillaje personal del partido.

Después de explotar todas las dificultades ajenas a todo gobierno parlamentario y todos los agravios populares, los partidos lograron —no sin alguna muestra de violencia— obtener el poder mediante las formalidades constitucionales. A partir de ese momento se iniciaron las verdaderas revoluciones fascistas que, como en el caso de la revolución bolchevique, fueron la obra de un partido ya en posesión de los mecanismos del poder estatal. La policía y el ejército, reforzados por policía secreta y milicias del partido, fueron empleados para aplastar toda forma de oposición. Mientras el partido afianzaba su situación, se instituyó un reino de terror. Y el partido, después de haber servido tan admirablemente como agente para realizar la revolución, se mantuvo (después de las necesarias purgas) como el instrumento de la nueva tiranía. Disciplinado, centralizado, adoctrinado y privilegiado, ocupó todos los puestos claves del Estado y de la vida nacional. Así fue posible poseer, no sólo un poder absoluto, sino un poder totalitario, pues no se ponían límites al alcance de las facultades oficiales. Las Iglesias quedaron reducidas a la impotencia política, los sindicatos libres perecieron, se prohibieron las huelgas y las asociaciones independientes fueron o destruidas o absorbidas. Todas las agencias para la formación y orientación de la opinión pública, las escuelas, la prensa, la radio, el cinematógrafo, las reuniones públicas, fueron controladas por el partido. No se admitió ningún elemento de la vida social como ajeno a la dirección del gobierno. Nunca antes en la historia mundial unos hombres sin escrúpulos habían gozado de un poder tan amplio y tan completo sobre la vida de millones. Dictadores anteriores, si tan absolutos, no habían sido tan totalitarios en sus propósitos. Los dictadores fascistas aunaron la atracción his-

térica de masas ejercida por un Robespierre a la poderosa maquinaria gubernamental de un Napoleón, y les añadieron el repertorio total de artificios que sirven para aumentar el poder de cualquier gobierno moderno: la ametralladora, los sistemas tributarios científicos y una burocracia eficaz.

A distancia de una década del triunfo aparente de la democracia liberal en el mundo, Europa y Asia se vieron frente a la negación más radical de los ideales y de las instituciones democráticas. Por una extraordinaria paradoja, una civilización que había descansado sobre la base del respeto a la personalidad individual, de la verdad objetiva conquistada por la libre inquisición del espíritu y por el libre intercambio de opiniones, había creado en su seno ciertos movimientos que negaban sus fundamentos mismos. Cuando se ha explicado ampliamente la relación entre ese fenómeno con la guerra y la crisis económica mundial, su explicación todavía no es satisfactoria. El fascismo y por muchos motivos también el comunismo, parecen encontrar un profundo atractivo, bajo ciertas condiciones, para el "pequeño hombre" de la civilización moderna. Hitler sugirió la conexión cuando dijo, en su *Mein Kampf*, que "las manifestaciones de las masas deben imprimir con fuego en el alma del pequeño hombre la orgullosa condición de que, aun cuando es un gusanillo, no por eso deja de ser parte de un dragón poderoso". ¿Puede pedirse mejor explicación del sentido del nacionalismo agresivo?

Las afinidades naturales de los regímenes fascistas y sus esperanzas de obtener ventajas mutuas con el ardid de juntar su fuerza a base del engorro que provocaban, dieron lugar, en 1936, al llamado Eje Berlín-Roma y a la unificada inter-

vinción en la Guerra Civil española del lado de los rebeldes contra el gobierno republicano de España. Semejante intervención, acompañada de la no intervención por parte de las potencias occidentales, ayudó a asegurar el triunfo de los rebeldes encabezados por el general Franco, en 1939. El régimen que estableció Franco le debía mucho al modelo de la Italia fascista. En 1936, además, la alianza quedó integrada con un tercer socio. El régimen japonés tenía cierta afinidad con los fascistas, y sobre todo participaba en la común enemistad respecto a los Estados Unidos, la Gran Bretaña y las potencias occidentales europeas, y buscaba ventajas económicas y territoriales a su costa. El Japón, como Alemania, se había retirado de la Sociedad en 1933; no tenía ningún conflicto de intereses inmediato con Alemania ni con Italia, y su experiencia de la debilidad del Occidente, visto lo acontecido en Manchuria, lo animó a desafiar una vez a las potencias occidentales. Puesto que el enemigo declarado e inmediato era el comunismo, firmó con Alemania un "Pacto anti-Comintern" ostensiblemente dirigido contra la propagación comunista. Un año más tarde (1937) Italia se adhirió al pacto. La futura formación de la segunda Guerra Mundial se había delineado ya.

La división fundamental entre, por una parte, los Estados de partido único (entre los cuales debe incluirse al Japón) y por otra parte los Estados de multipartidos se vio oscurecida, hasta 1939, por la existencia de un conflicto tripartita en los intereses nacionales del mundo. En el Occidente tenemos las dos potencias marítimas y coloniales de la Gran Bretaña y de Francia acordadas en la oposición a que se revisara el ajuste de paz, pero en desacuerdo respecto a la política exterior. Salvo durante un corto período después

de 1924, y asociados a ellos, tenemos a los Estados más pequeños de la Europa Occidental y Oriental, los Dominios de la Comunidad Británica y, de un modo menos estrecho, a los Estados Unidos. En la Europa Central tenemos a Alemania e Italia y en el Lejano Oriente al Japón, cada uno de ellos, por razones nacionalistas individuales, constituidos en potencias revisionistas, hostiles a la Sociedad y empeñadas en la expansión territorial. A caballo entre Europa y Asia, tenemos a la Unión Soviética, cada vez más activa en los asuntos europeos desde su ingreso a la Sociedad en 1934, pero en el fondo hostil a los otros dos grupos. Las relaciones entre cualesquiera de los dos de estos tres grupos afectaba inevitablemente al tercero. Todo acercamiento de los dos primeros, como aconteció en Locarno en 1925 o en Munich en 1938, parecía como un bloque antisoviético. Todo *rapprochement* entre los Estados occidentales y la Unión Soviética, como cuando Rusia ingresó a la Sociedad o como en la Guerra Civil española, significaba un cerco para Alemania y aun para Italia y parecía favorecer la extensión del comunismo en Europa. Toda señal de vinculación entre Alemania y la Unión Soviética, como en Rapallo en 1922 o en el Pacto Nazi-Soviético de 1939, mostraban una disidencia entre los Estados de partido único y las democracias de multipartidos. Del mismo modo que antes de 1914, el sistema de *rapprochements*, *ententes* y alianzas provocaba temores permanentes e incertidumbre en las relaciones internacionales, sólo que ahora se trataba de un sistema más complejo y movedido de alianzas, en lugar de la dicotomía relativamente mejor perfilada de 1914.

Estos intereses nacionales en conflicto y las mudanzas de los *rapprochements* provocados por ellos no podían percibirse con claridad a causa

de un triángulo de conflictos sociales e ideológicos. Durante la década de los años de 1930, cada uno de aquellos tres grupos de Estados había llegado a ser identificado con una forma especial de ideología o *Weltanschauung*. Pero esas diferencias de estructura social y de perspectiva ideológica no se definían netamente, de modo que los sistemas se entrometían unos dentro del campo de los otros. Cualesquiera dos de ellos podían considerarse como poseedores de elementos comunes. Y así fue como surgieron "frentes ideológicos" que, por lo general, eran de tipo negativo: el Pacto anti-Comintern para la "defensa de la civilización europea contra el bolchevismo"; la coalición antifascista y los gobiernos del Frente Popular de 1935-1937; el Pacto Nazi-Soviético de 1939, y la partición de Polonia entre Alemania y la Unión Soviética. Cada uno era un son tocado de acuerdo con las afinidades y oportunidades del momento. Para finales de 1941 parecía que toda esta complicada trama se había simplificado para formar un único y claro diseño. El ataque alemán a la Unión Soviética obligó a una sólida alianza entre Rusia y el Occidente, y el ataque del Japón a Pearl Harbour forzó a Alemania y a Italia a declarar la guerra a los Estados Unidos lo que, a su vez, obligó a éstos a aliarse, tanto con la Unión Soviética como con las potencias occidentales europeas. Pero para 1946 esa claridad se había nublado de nuevo, y la vieja y fundamental escisión entre los Estados de partido único del bloque soviético y las democracias de partidos múltiples surgió en toda su desnudez.

A decir verdad, considerar las tensiones internacionales y los conflictos de los años entre las dos guerras como una lucha esencialmente ideológica sería una simplificación tan indebida como la de considerarlos como meros conflictos de in-

tereses nacionales. Las disidencias entre las naciones obedecían a una mezcla de ambas cosas y el conflicto ideológico se hacía sentir en el interior de cada nación tanto como en las relaciones externas de los Estados. De allí que la mayoría de los países produjeron movimientos comunistas y fascistas de origen propio, y que las conquistas fueran, por lo general, a base de la explotación de diferencias domésticas y de la ayuda concedida a gobiernos serviles o peleles. En la medida en que el mundo se había reducido a unidad, en esa medida los conflictos de intereses y de perspectiva trascendieron las fronteras nacionales; en la medida en que el mundo todavía estaba dividido en Estados nacionales distintos y en comunidades territoriales, en esa medida las diferencias de intereses y de perspectivas se plebaban a los límites nacionales. El complejo carácter que revistió la afiliación de los países durante el tiempo entre las dos guerras y de los vuelcos de la época de la guerra responde, en última instancia, al estado de semiunificación en que el mundo había quedado en virtud de los desarrollos históricos de los años anteriores a 1914.¹

Es más, hasta en los Estados de multipartidos, se esperaba cada vez más de los gobiernos, y en diversos grados éstos se vieron cada vez más constreñidos, a echarse la carga de responsabilidades activas en pro de la seguridad y del bienestar de sus ciudadanos. La tendencia en los gobiernos de hacerse más poderosos y de extender sus facultades a mayor número de problemas fue común a todos los países del mundo. Los sistemas parlamentarios tuvieron que ajustarse a las exigencias de la acción ejecutiva más enérgica y más

¹ Véase *supra*, Cap. I, § 2, p. 43.

drástica. En la Gran Bretaña esto tomó la forma de una coalición nacional en 1931, aunque el grueso del Partido Laborista no siguió a sus jefes en la coalición. En Francia tomó la forma de la concesión más frecuente de facultades de emergencia que permitían a los gobiernos expedir leyes para hacer frente a la crisis económica, y en 1936, el Frente Popular, una coalición inusitadamente izquierdista, intentó ponerse al día en materia de legislación social. En los Estados Unidos apareció, en 1933, el desarrollo más sensacional de todos, el New Deal de Franklin D. Roosevelt. De hecho, significó la ampliación de la autoridad federal y especialmente del poder ejecutivo para poder contrarrestar los efectos de la crisis económica en las finanzas nacionales, el problema de los sin-trabajo y la desorganización industrial. Así, una de las primeras y menos aparatosas medidas adoptadas por el Presidente, la Glass-Steagall Act de junio de 1933, fue un arbitrio destinado a restablecer la confianza en el sistema bancario norteamericano, pero, de hecho, abrió nuevos caminos para el control oficial. En palabras del profesor Denis W. Brogan, la Act, "junto con el control sobre el dólar concedido al presidente Roosevelt, puso punto final a la vieja autonomía de la estructura de crédito norteamericana, y, casi imperceptiblemente, se inició una extraordinaria expansión de los poderes directivos y reguladores del Departamento de la Tesorería".²

Otros países se ajustaron a la tempestad económica de maneras distintas. Para algunos significó el fin de un inestable sistema parlamentario. En Austria, el país europeo donde la crisis económica produjo primero efectos catastróficos, el

² D. W. Brogan : *Roosevelt and the New Deal* (1952), p. 36.

canciller Dollfuss destruyó la república democrática, suprimió el partido socialista y gobernó por medio de una legislación de emergencia hasta que fue asesinado por los nazis en 1934. En Polonia, donde el gobierno parlamentario funcionaba cada vez peor bajo la Constitución de 1921, el mariscal Pilsudski recibió un poder casi autocrático después de su golpe de Estado militar en 1930; cuando murió, una nueva constitución y unos nuevos fueros concedieron poder a un grupo encabezado por sus antiguos "coroneles". En 1934 un golpe de Estado parecido derribó al poco satisfactorio sistema parlamentario en Bulgaria, y al año siguiente el rey Boris asumió una dictadura monárquica. Para los finales de los años de 1930 todos los Estados balcánicos se habían convertido en dictaduras de uno u otro tipo. Tendencias semejantes aparecieron en países tan alejados como los sudamericanos. En 1933, el presidente Terra, de Uruguay, alegando que la depresión económica mundial y sus efectos sobre su país exigían pronta y decisiva acción, dio un golpe de Estado y preparó una constitución nueva. En México, la Revolución iniciada en 1910 entró en una nueva fase en 1934 con la presidencia de Cárdenas, cuyo plan sexenal de distribución de tierras y de nacionalización produjo efectos no desemejantes a los planes de cinco años de los soviéticos. En otros países donde los gobiernos constitucionales parlamentarios respondían a raíces más profundas y vigorosas, significó nuevos esfuerzos para lograr bien fundadas coaliciones de unidad nacional, parecidas al Gobierno Nacional en la Gran Bretaña o al gobierno Doumergue de Unión Nacional en Francia. Así, Bélgica, cuya dependencia del comercio exterior hacía a su economía particularmente sensible a los efectos de la depresión formó, en 1935, un gobierno que

incluyó a todos los partidos encabezados por Paul van Zeeland. Su New Deal belgíco, basado en la devaluación y en reformas estructurales de los sistemas fiscales y bancario, fue motivo de violenta oposición por parte de una combinación de nacionalistas flamencos y de rexistas, y estos últimos obtuvieron veintiuna curules en la Cámara Belga en 1936.³ En la Unión Sudafricana el partido nacionalista, acaudillado por Hertzog, se vio obligado, en vista de la depresión económica, a entrar en una combinación con el Partido Sudafricano a cuya cabeza estaba Smuts; dicho partido inauguró, después de 1934, una nueva fase de gobierno nacional. El mismo año trajo un gobierno de coalición en Australia.

Rasgos generales de tales acomodados en los países democráticos fueron la terca oposición con que se recibió la mayor ingerencia gubernamental y la falta de decisión en muchas de las medidas tomadas por los gobiernos. En la Gran Bretaña el Gobierno Nacional se mostró lento y renuente en la adopción de medidas en gran escala por lo que se refiere a las obras públicas, que era el único remedio eficaz propuesto para hacer frente al problema de los sin-trabajo. En Francia el gobierno del Frente Popular de Léon Blum no logró obtener por parte del Senado conservador el apoyo requerido para ejercer facultades

³ El surgimiento del rexismo en Bélgica es casi un microcosmo del surgimiento fascista en otros países. El partido fue fundado en 1934 por Léon Degrelle que mostró talento para atraer una combinación de nacionalismo violento, conservadurismo católico, los sentimientos de la clase de la oficialidad militar, la gran industria, las clases medias que habían padecido la devaluación y los sin-trabajo. En 1939 el partido ya iba en decadencia, pero sus sobrevivientes sirvieron de peleles a los alemanes después de 1940.

des de emergencia. En los Estados Unidos el presidente Roosevelt encontró poderosa resistencia, primero por parte de la Suprema Corte y después por el Partido Republicano, todavía casado con la doctrina de los presidentes Hoover y Coolidge de los años de 1920, según la cual el funcionamiento natural del ciclo de los negocios sacaría al país de la depresión. En cada país la tensión política generada por los conflictos entre los movimientos comunistas y fascistas amenazaba el orden público, y buena parte de la energía que los gobiernos deberían haber empleado en el fomento de la recuperación económica y en procurar mayor seguridad social tuvo que utilizarse para impedir que los extremistas rivales dividieran en dos al país y destruyeran la paz pública. Por todas partes los demócratas se enfrentaron con el problema de cómo permitirse tolerar a los intolerantes. Tanto los comunistas como los fascistas invocaban los principios liberales de libertad de expresión y de demostración que, por otra parte, condenaban y prometían destruir una vez poseionados del poder. Sin embargo, los demócratas, temerosos de que al suprimir semejantes movimientos se convirtieran ellos mismos en los destructores de los derechos y libertades civiles en los que creían, padecieron parálisis en la decisión y en la acción. En los países vecinos a Alemania el mismo problema fue más agudo debido a la existencia de los importantes grupos nacionales minoritarios sancionada en los ajustes de paz de Versalles. Las minorías alemanas en Checoslovaquia, en Polonia y en Austria fueron empleadas cada vez más como grupos activos para minar gobiernos existentes y preparar así las conquistas hitleristas. Aquí, también, el conflicto entre los regímenes democráticos, comprometidos a alcanzar el poder gubernamental por

mayorías, y los regímenes de partido único, comprometidos a establecer el gobierno por minorías, apareció como constituyendo la cuestión política fundamental de Europa.

2. LA FUSIÓN DEL NACIONALISMO Y DEL SOCIALISMO

El bolchevismo y el fascismo se asemejaban en un aspecto: eran la apoteosis del Estado-nación. En otro aspecto, eran, por igual, la negación de su validez. Cuando Lenin logró organizar el poder bolchevique en escala nacional en Rusia, y cuando Stalin lanzó los planes quinquenales para promover el desarrollo económico y la modernización en la Unión Soviética, se vieron comprometidos al experimento de establecer el comunismo en sólo un país. El triunfo de Stalin sobre Trotsky, completado por las purgas de 1935 y por la nueva constitución "liberal" de 1936, señaló la cúspide de ese proceso. Los bolcheviques habían descubierto que sólo podían salvar al comunismo si lo nacionalizaban. De parecida manera, los movimientos fascistas advirtieron que solamente podían contar con la simpatía y los intereses de las mayorías si se comprometían a dar protección contra las inseguridades de la crisis económica. Apadrinaron una política de autarquía y de reorganización social. Si este proceso, por medio del cual los partidos gobernantes se aseguran en el poder por el solo hecho de dar al pueblo lo que más necesita en tiempos de crisis económica y de depresión, puede calificarse de un proceso de "socialización", entonces es posible decir que también ellos advirtieron que sólo podían salvar al nacionalismo socializándolo. Parejamente, en los Estados de partidos múltiples, las exigencias a todos los gobiernos, en los años de 1930, consis-

tían en pedir una prosecución más vigorosa y efectiva de los fines de la seguridad social y del bienestar humano. El camino para estas exigencias lo había abierto el crecimiento del sufragio universal antes de 1914. En todas partes se vio acompañado de estipulaciones en favor de la educación popular, de la legislación fabril, de la salubridad pública, de las pensiones de retiro y cosas por el estilo. En condiciones de depresión económica, la necesidad de una rápida ampliación de semejantes protecciones era obvia; y la penetración gradual, aún más allá de los movimientos comunistas y socialistas, de las doctrinas de Marx y de la fe en la capacidad de los gobiernos para realizar esas extraordinarias hazañas de organización social que habían logrado durante la primera Guerra Mundial, hacía que semejante exigencia fuera irresistible. Frente a las fuerzas de desorganización nacional del comunismo y del fascismo y frente, además, a las fuerzas de desintegración social de la crisis económica, pareció que para las democracias, también, al nacionalismo sólo podía salvársele socializándolo.

Por todas estas razones el rasgo más llamativo de la historia mundial durante esta década es la interpretación de las ideas del nacionalismo y del socialismo. En todos los lugares que revestían importancia, el Estado se hacía, no sólo más fuerte en poder, no sólo más totalitario en su incumbencia, sino que también se hacía más socialista en sus metas. Pero aún más, los Estados mantenían la fuerza en la medida en que demostraban su capacidad de cumplir las exigencias de seguridad social y de bienestar humano. En Francia el Estado perdió la confianza del pueblo en la medida en que se mostró reacio o incapaz para realizar urgentes reformas sociales. La Gran Bretaña, que ya gozaba de una larga tradición de reforma

liberal social y de socialismo del grupo fabiano, permaneció fuerte a pesar de la exigüidad en las medidas para poner remedio al problema de los sin-trabajo y para salvar a las familias de la miseria; y el muy criticado repartimiento (*dole*) o sea el sistema de ofrecer auxilio a los sin-trabajo, no cabe duda que sirvió mucho para evitar mayor inquietud social. En los Estados Unidos se condenó al New Deal como un socialismo vergonzante, cuando a sus propugnadores no se les atacaba como neofascistas. Las tradiciones altamente individualistas de Norteamérica se oponían a la nueva extensión de la actividad federal en la organización del control agrícola e industrial, a los grupos de conservación civil y a una Tennessee Valley Authority. Pero aun en ese país, donde los grandes recursos naturales, la riqueza acumulada y un alto nivel de vida amortiguaron el golpe de la crisis económica, la recuperación nacional conllevó cierto desarrollo del socialismo.

No fue casual, pues, que el movimiento hitle-rista en Alemania se aferrara a su título de Nacional-Socialismo, y que haya desplegado considerables esfuerzos para remediar a los desocupados por medio de proyectos de obras públicas y de rearme. El principal resorte de las demandas en pro del socialismo fue el descubrimiento que hicieron los alemanes durante la crisis monetaria de 1923, y el que hizo la mayoría de los otros pueblos durante la crisis económica, de que el individuo o la familia están inermes frente a la depresión económica. Ya era tradicional que, en casos de ese tipo, los gobiernos adoptaran algunas medidas de auxilio. La Inglaterra isabelina y la Francia del *ancien régime* lo habían hecho. Pero en la situación moderna ofrecía tres rasgos novedosos. Uno era la gravedad y la naturaleza mundial de la crisis. El segundo era la gran fe

que se tenía en la eficacia de la intervención oficial, inducida por la guerra y por el desarrollo de las ideas socialistas. El tercero era la necesidad que tenía cualquier partido gobernante de contar con el interés y el apoyo de la mayoría del pueblo si, vistas las condiciones del siglo XX, pretendía mantenerse en el poder. La forma en que se fundieron el nacionalismo y el socialismo dependía, pues, de las variantes de país a país en la potencia de esos tres nuevos factores.

La Unión Soviética, comprometida a realizar un vasto programa de comunicación, necesitaba el apoyo de las fuerzas del nacionalismo ruso, si iba a sobrevivir en un mundo de potencias capitalistas. Aunque su economía dirigida permitió al gobierno de Stalin proteger al país de los daños mayores de la tempestad económica, el comercio ruso con el resto del mundo se vio profundamente afectado por la baja en los precios, y Stalin se sintió en la necesidad de purgar al partido de los elementos trotskistas y de cualesquiera otras fuerzas que se oponían a una absoluta concentración para el establecimiento del comunismo en un solo país. El efecto fue hacer el comunismo ruso más exclusivamente nacionalista. Alemania, comprometida en un programa intensamente nacionalista que tenía la finalidad de reunir de nuevo a todos los alemanes en el Tercer Reich y de sacudirse todas las reliquias del control internacional, necesitaba destruir todas las fuerzas dentro del partido que deseaban promover una "segunda revolución" y que exigían la realización de reformas sociales más amplias de las que eran inmediatamente necesarias. Así, al igual que en Rusia, los años 1934-1935 trajeron una purga despiadada del partido. En la "noche de los cuchillos largos" (30 de junio de 1934), Hitler se sacudió de sus molestos "segundos re-

volucionarios", la contraparte alemana de los trotskistas.

Una consecuencia de estos acontecimientos fue que el socialismo perdió casi todo su antiguo sabor internacional, y se distinguió aún más netamente del comunismo. La disidencia que había aparecido en Zimmerwald en 1915 se hizo permanente. Hasta en el gobierno de Frente Popular en Francia, el Partido Comunista no quiso participar en los ministerios aunque prestó su ayuda a los socialistas. Originalmente, más bien habían sido las circunstancias cronológicas que no las afinidades lógicas las que hicieron que el socialismo fuera internacional en su punto de vista. En el siglo XIX el socialismo había sido Internacionalista principalmente porque el liberalismo era internacionalista; pero su hincapié en el poder del Estado para realizar reformas significó que, en una era de Estados-naciones, con el tiempo tenía forzosamente que convertirse en más nacionalista. La Segunda Internacional había zozobrado en precisamente ese escollo, y hasta la Internacional Comunista funcionaba sólo en la medida en que la dominaba y activaba el Partido Comunista Ruso. Los movimientos socialistas parlamentarios, renunciando a toda acción revolucionaria, adquirieron inevitablemente un carácter cada vez más nacionalista. Los trabajadores del mundo mostraron que no tenían el deseo ni la capacidad de unirse.

Entre tanto, los inquietos dictadores fascistas buscaron la manera de estimular los sentimientos nacionalistas por otros medios. Se embarcaron en agresiones exteriores, alegando siempre que se limitaban a afirmar algún derecho natural nacional que hasta entonces se les había negado. En tan temprana fecha como 1923, Mussolini había amedrentado a Grecia y menospreciado a la

Sociedad con motivo del incidente de Corfú. Pero hasta 1934 siguió una política exterior al servicio de los intereses nacionales de Italia. Había protegido a los Balcanes de caer bajo la influencia alemana, lo que habría expulsado a Italia de su natural mercado fronterizo, cuando impidió una *Anschluss* entre Austria y Alemania. Cuando los nazis austriacos asesinaron al canciller Dollfuss en 1934, Mussolini envió tropas italianas al Paso de Brenner como una amonestación a Hitler de que no podía anexarse entonces a Austria, y Hitler, que no estaba preparado para la guerra, atendió la amonestación. Pero de 1935 en adelante el Duce se embarcó en una aventura imperialista encaminada a posesionarse de Abisinia, a reclamarle a Francia los territorios de Túnez, Niza y Saboya y a convertir el Mediterráneo en un "Lago Italiano". La participación de Italia en la Guerra Civil española tuvo parecidos motivos. Las preocupaciones de Italia hacia el sur, especialmente cuando la Sociedad de Naciones se vio impelida a imponerles sanciones económicas, le dieron a Hitler la oportunidad de ocupar y militarizar de nuevo las Provincias Renanas en marzo de 1936 y de efectuar la *Anschluss* con Austria en 1938. En ese año inició también una campaña contra Checoslovaquia que culminó en la desintegración de ese Estado democrático multinacional por el Convenio de Munich y en la total ocupación alemana de ese país en marzo de 1939. Estos pasos expansionistas de los dos dictadores, y la relativa falta de efectividad de la oposición británica y francesa, despertó sentimientos nacionalistas en apoyo de los dictadores. La popularidad vino con el éxito, y los sentimientos nacionalistas agraviados vinieron con la resistencia extranjera.

No sólo fue en Europa y en los Estados Unidos

donde se aliaron las fuerzas del nacionalismo y del socialismo. Por todo el mundo colonial, poderosos movimientos que exigían un mayor grado de independencia y de autonomía gubernamental ganaban en expresión y fuerza. En China el Partido Comunista rivalizaba con el Kuomintang nacionalista como el movimiento popular en pro de la resistencia al Japón y el que aseguraría mayores enemistades de tipo social. En la India, un socialista como Jawaharlal Nehru se perfilaba como un campeón más militante en favor de la independencia que el pacifista Mahatma Gandhi, aunque siguió siendo colaborador y aliado del hombre que los indios habían llegado a ver como su salvador. La diferencia principal entre ellos —y era importante— consistía en que mientras Gandhi oponía resistencia a la occidentalización e industrialización, Nehru y sus seguidores aceptaban el industrialismo para emplearlo en favor de un patrón de vida más alto en la India. Coincidían en la necesidad de empezar por sacudir la dominación británica. En toda el Asia el ejemplo y la influencia de la Unión Soviética eran decisivos. En todo el mundo colonial, en Africa, en Indonesia, en Indochina, las ideas y los ideales del bienestar social se hacían presentes en seguimiento del industrialismo e imperialismo. Se encauzaron dentro del movimiento en pro de la independencia nacional, y prepararon así esa gran revolución colonial que se desató después de la segunda Guerra Mundial.⁴

En todo el proceso de fusión y de confusión entre las tendencias favorables al nacionalismo y aquellas favorables al socialismo, no es cuestión de que unas fueran el caballo y las otras la carreta. Es más ajustado a la verdad considerar

⁴ Véase *infra*, Cap. VI, § 3, p. 229.

a ambas como dos aspectos distintos de una sola tendencia a la cual contribuyeron muchos factores diferentes y muchos acontecimientos. Entre esos factores se deben incluir la vigorización simultánea del nacionalismo y del socialismo en virtud de las exigencias de la guerra entre 1914 y 1918; la reacción instintiva de los hombres frente a la crisis económica; las demandas populares en pro de un más alto patrón de vida y en favor de mayor seguridad económica y social, a las cuales los partidos que buscaban el poder intentaban dar satisfacción, y hasta ciertos desarrollos económicos básicos, tales como la propagación de la industria a territorios más amplios del mundo combinada con obstáculos cada vez mayores a la migración, y las nuevas posibilidades de producción debidas a los descubrimientos científicos y tecnológicos.

Puesto que con frecuencia se sostiene que el nacionalismo es una anomalía y un anacronismo frente a la interdependencia global producida por el comercio mundial y el progreso de la ciencia, es importante recordar que hasta los descubrimientos de la ciencia pueden debilitar la interdependencia y vivificar al nacionalismo. El descubrimiento realizado en parte por los científicos alemanes durante el bloqueo británico de Alemania, de maneras baratas de extraer nitratos del aire para fertilizantes en lugar de tener que importarlos de ultramar, acabó en buena parte con el floreciente comercio con Sudamérica. Desde entonces Europa, si así lo deseaba, podía bastarse a sí misma respecto a nitratos fertilizantes. La invención de la luz neón para sustituir filamentos hechos de tungsteno o de otros metales raros; la de los plásticos capaces de sustituir la madera, el metal y los textiles; la del hule sintético y otras parecidas sustancias *ersatz*; la de ciertos

detergentes que, al economizar el consumo de grasas de otro modo necesarias para el jabón, pudo repentinamente aumentar la producción mundial de margarina; todas estas invenciones y muchas más, son, por lo menos, tan propias para fomentar la independencia nacional en la vida económica como para fomentar una mayor interdependencia mundial. Lo que puede resultar perjudicial al comercio mundial puede ser beneficioso para la producción nacional, y puede de hecho aumentar la productividad de una nación y levantar su patrón de vida. La mejor manera de obtener algo no es siempre traerla de los rincones apartados de la Tierra donde acontece que se encuentra de un modo natural, a pesar de que los medios modernos de comunicación facilitan tanto esa operación. Así, desde 1914, el desarrollo de la energía hidroeléctrica hizo a muchas naciones menos dependientes de lo que eran en virtud de su necesidad de importar petróleo o carbón, y la aplicación industrial de la energía atómica puede provocar una revolución más drástica respecto al grado en que una nación debe depender de otras en sus recursos de energía bruta. Tales desarrollos, en efecto, son casi tanto una explicación de las tendencias modernas hacia el nacionalismo y hacia organizaciones estatales más poderosas como son consecuencia de esas mismas tendencias. En la medida en que aparecen más industrias en el mundo, la vieja división entre naciones industriales y territorios proveedores de materias primas y de consumidores se va borrando, y cada nación inevitablemente se siente tentada a tratar de estructurar una economía mejor equilibrada y más autosuficiente.

En términos económicos, este proceso significó que el nacionalismo económico no fue un mero esfuerzo reaccionario por escapar de la compe-

tencia de otros países, ni un mercantilismo redi-vivo interesado principalmente en el poder y la seguridad nacionales. Sin duda, las consideraciones políticas y proteccionistas desempeñaron un papel en el renacimiento del nacionalismo económico durante los años entre las dos guerras. Las industrias que aparecieron como hongos durante la guerra recibieron protección después de ella, y las organizaciones obreras nunca se quedaron atrás en asegurar defensas contra la competencia de trabajo extranjero más barato. Pero un factor importante y permanente fue que la autonomía económica era prácticamente más posible, y la vieja interdependencia orgánica de los continentes, que implicaba superioridad y privilegios para Europa, se había arruinado por la guerra y sus consecuencias comerciales. De la misma manera que en la política, así también en la economía el culto germánico hacia la dictadura totalitaria y el impulso alemán hacia la autarquía fueron la expresión de tendencias mundiales llevadas a sus extremos. Y las consecuencias económicas de la guerra fueron todavía de mayor alcance e importancia que las consecuencias económicas de la paz acerca de las cuales lord Keynes ha escrito tan elocuentemente.

En términos políticos este proceso significa que los ideales democráticos, también, llevaban dentro de sí mismos el impulso hacia la creación de un Estado poderoso y más activo. La conexión entre las ideas y las instituciones democráticas y los conceptos propios a la doctrina del *laissez faire*, tan obvias en la historia de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, se debió en gran parte a circunstancias históricas y, por lo tanto, pasajeras. En Francia y en muchos otros países europeos, la democracia siempre había tenido más

elementos totalitarios y socialistas.⁵ Hasta el famoso principio utilitario de "la mayor felicidad para el mayor número" no tenía ninguna conexión esencial con el individualismo económico y con el *laissez faire* político, aunque sí la tenía con la igualdad política. En esencia se trata de una afirmación de propósitos sociales cuyos defensores en modo alguno quedan lógicamente excluidos de perseguir por medios socialistas. Una vez que se piensa que "la mayor felicidad del mayor número" depende del suministro sistemático de mayor seguridad social, tanto como de la igualdad de derechos civiles y políticos, el Estado utilitario se ha convertido en un Estado positivo socialista.

Tampoco puede decirse que aquella forma de organización política que esté más íntimamente identificada con la conciencia y con la unidad nacionales sea obviamente una agencia poco apta para realizar aquellas funciones. Si es inteligente, cooperará, en la medida posible, con otros Estados-naciones a fin de cumplir con esos aspectos de su tarea que exigen la cooperación internacional; pero hay aspectos de su tarea que puede cumplir y ninguna otra agencia puede hacerlo mejor.

Por último, quizá no sea caprichoso advertir en esta universal alianza y fusión entre las fuerzas del nacionalismo y del socialismo una cierta inquieta conciencia de que la atracción que ejercía el nacionalismo necesitaba reforzarse por la atracción del socialismo. Si el despotismo ilustrado de finales del siglo XVIII en Europa sirvió para que esa época llegara a llamarse "la edad de la monarquía arrepentida", ¿por qué no hemos de pen-

⁵ Véase el admirable estudio de semejantes elementos en J. Talmon: *The Origin of Totalitarian Democracy* (1952).

sar que el nacionalismo socializado de la mitad del siglo xx llegue a concebirse como una señal del "nacionalismo arrepentido"? Parece como si los impulsos originales y la atracción del nacionalismo y del patriotismo, exagerados y a la vez desacreditados por las guerras mundiales buscaban nueva energía y una justificación moral de fomentar y servir los ideales del bienestar social. El ideal de la igualdad empezó a ejercer mayor atracción que el ideal de la libertad; las exigencias de la sociedad se hicieron no menos insistentes que las exigencias del Estado-nación.⁶ Si así fue, esto daba pábulo al optimismo, porque quería decir que el nacionalismo se convertía, en la mente de los hombres, menos un fin en sí mismo que un medio para otros fines. Y, con tal de que los hábitos democráticos pudieran prevalecer sobre los métodos del absolutismo totalitario, el Estado podría, por fin, emplearse para servir las necesidades del hombre en vez de hacer que el hombre exista para el Estado.

3. COOPERACIÓN INTERNACIONAL

No se aprecia bien el alcance de la cooperación internacional durante la década de la preguerra, si sólo se considera el fracaso de la Sociedad de las Naciones en su intento de asegurar al mundo contra la agresión y de lograr el ajuste pacífico de las disputas internacionales. No sólo una amplia actividad de cooperación en materias técnicas, tal como la del Comité de Salubridad y de la Organización Internacional del Trabajo, sobrevivió a la desorganización provocada por los dic-

⁶ Para un desarrollo de esta idea, véase el estudio del autor: *Equality* (1949) y *Beyond the Welfare State*, de Gunnar Myrdal (1960).

indores y a la debilidad de voluntad de las democracias, sino que otras dos importantes agencias de cooperación entre las naciones ganaron solidez y vigor durante esos años. Se trata de la Organización Panamericana y la Comunidad Británica de Naciones; y hasta como meros arreglos de defensa mutua y de seguridad colectiva, ambos mostraron ser mucho más eficaces que la Sociedad cuando se les aplicó la dura prueba de la guerra después de 1939.

Los puntos culminantes en el desarrollo de la cooperación panamericana fueron la Conferencia de La Habana de 1928, la "política del buen vecino" del presidente Roosevelt proclamada en 1933, la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz celebrada en Buenos Aires en 1936 y la Octava Conferencia Panamericana que se reunió en Lima en 1939. Progresivamente, Estados Unidos fue renunciando a su pretensión de intervenir en los asuntos de los Estados más pequeños del Caribe, celebró una serie de once pactos recíprocos comerciales con países de la América Latina y encabezó el movimiento de consultas colectivas en el caso de cualquier amenaza a la paz del continente, procediera de afuera o de adentro. Para 1939, como resultado de esa política, "se habían establecido entre las repúblicas americanas relaciones mucho más estrechas y más auténticamente cooperativas que las de cualquiera otra época de su historia", y "el contraste ahora ya no era entre las brillantes esperanzas de la Sociedad de Naciones y el vacilante progreso del movimiento panamericano, sino entre la decadente vitalidad de la Sociedad y un movimiento panamericano infundido de nuevo vigor".⁷

⁷ R. A. Humphreys: *The Evolution of Modern Latin America* (1946), p. 154.

El curso del desarrollo de la Comunidad Británica durante esos años fue hacia un aflojamiento de los vínculos formales y hacia el reconocimiento de la autonomía completa de cada uno de los Dominios respecto a sus propias políticas comerciales y exteriores. El Estatuto de Westminster, aprobado en 1931, señaló la culminación del proceso secular hacia la autonomía gubernamental de los Dominios. La Conferencia de Ottawa de 1932 hizo patente que la planeación económica, en términos de la Comunidad como conjunto, no era aceptable; que las relaciones comerciales de los Dominios no se plegaban a sus conexiones imperiales, y que todos tenían una actitud proteccionista. La razón principal era que, desde 1914, todos habían desarrollado una industria nacional y ya no seguían siendo primariamente productores de materias primas y alimenticias para el mercado británico. Lo más que se pudo conseguir en la Conferencia de Ottawa fue el convenio de mantener los impuestos proteccionistas a un nivel que diera a los productores británicos "la oportunidad efectiva de entrar en competencia razonable". Fue así que, mientras la tendencia de las relaciones panamericanas era hacia una cooperación más estrecha, la tendencia de las relaciones de la Comunidad parecía indicar un mayor separatismo. Sin embargo, cuando el gobierno británico declaró la guerra a Alemania en 1939, su ejemplo fue seguido inmediatamente por Australia y Nueva Zelanda, y en el término de una semana, por el Canadá y la Unión Sudafricana. Sólo Irlanda permaneció neutral. En ningún momento durante la larga guerra apareció el peligro de que alguno de los Dominios abandonara el conflicto, y las colonias sin autonomía mostraron igual lealtad y solidaridad. Su contribución colectiva a la guerra fue enorme, y bajo la prueba de

la acción concertada en la guerra, la Comunidad mostró ser más fuerte que el grupo panamericano.⁸

En relación al éxito relativo de esas dos modalidades de la cooperación internacional es como debe estimarse la acción de la Sociedad de las Naciones como medio de cooperación. Puede alegarse que la decadencia de la Sociedad sirvió para acelerar el desarrollo de la organización panamericana, del mismo modo que los esfuerzos británicos encaminados a reconciliar los intereses comerciales de la Comunidad hicieron más graves los efectos de la depresión económica en otros países. Ciertamente nunca hubo una estrecha cooperación entre la Sociedad y la Unión Panamericana (en buena parte debido a la ausencia de los Estados Unidos de la Sociedad); y los Estados latinoamericanos, que con anterioridad habían sido todos miembros de la Sociedad, tendieron a retirarse de ella durante la década de los 1930 y a buscar mayor seguridad en el panamericanismo. Hubo ciertas ventajas en tener una variedad de formas y medios de cooperación internacional, y era demasiado frecuente el supuesto de algunos internacionalistas entusiastas de que a no ser que las organizaciones fueran universales, o potencialmente universales en su alcance, eran inútiles. La cooperación, como la paz, puede habitar en muchos palacios. Ni la Unión Panamericana ni la Comunidad Británica fueron com-

⁸ Cuando los Estados Unidos entraron a la guerra en diciembre de 1941, las seis repúblicas centroamericanas y las tres repúblicas isleñas siguieron ese ejemplo de inmediato. En 1942, México y Brasil declararon la guerra; Bolivia y Colombia hicieron lo mismo en 1943; pero Argentina, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, Venezuela y Uruguay no entraron sino hasta 1945.

pletamente felices en el intento de reconciliar los intereses nacionales de sus componentes. Entre 1933 y 1935, Bolivia y Paraguay estuvieron en guerra, y en fecha tan tardía como 1941 el Perú y el Ecuador apelaron a las armas para ventilar sus diferencias. Las hostilidades entre la India y Pakistán acerca de Kashmir, así como las tensiones interiores de la Unión Sudafricana, han sido feas manchas en el expediente de la Comunidad. Pero por lo menos, a lo largo de la década de los 1930 ambas organizaciones fueron cuerpos notablemente más vigorosos y cohesivos que el más amplio organismo de la Sociedad.

Las razones de lo anterior son complejas, pero no se encuentran principalmente en el campo de los intereses económicos. Los lazos comerciales entre los países latinoamericanos siempre han sido más débiles que sus conexiones mercantiles con los Estados Unidos o con la Gran Bretaña. En 1938 el comercio entre los países latinoamericanos era menos que una décima parte del comercio total de esa área, y tres quintas partes de todas sus exportaciones salieron al hemisferio; principalmente a la Gran Bretaña y a Europa. De parecida manera, algo así como las tres quintas partes de la exportación británica tuvieron por destino países no incluidos en la Comunidad, y es asunto debatible si los convenios de Ottawa lograron incrementar el monto total de comercio dentro de la Comunidad. Parece probable que dentro de ambos grupos de naciones las principales fuerzas cohesivas fueron, por una parte, ciertas tradiciones comunes y ciertas fuerzas culturales, y por otra parte, la gran certidumbre de que los miembros del grupo considerarían de hecho un ataque a uno de ellos como un ataque a todos. A lo largo de los años entre las dos guerras, siempre se tuvo por más seguro que la agresión de una

de las grandes potencias externas contra uno de los miembros, ya de la Unión Panamericana, ya de la Comunidad Británica, provocaría una unión de fuerzas de los demás miembros, y que si alguno era que la agresión contra un miembro de la Sociedad provocaría la acción concertada de sus otros miembros.

La ineficacia de la Sociedad de las Naciones para impedir o detener la agresión japonesa contra China fue el primer golpe serio a su prestigio como agencia encargada de mantener la seguridad. Pero pronto siguió una rápida sucesión de otras instancias semejantes: el ataque de Italia contra Abisinia en 1935, la absorción alemana de Austria en marzo de 1938, el triunfo de Alemania sobre Checoslovaquia en Munich en septiembre de 1938, y la anexión del resto de ese país en marzo de 1939 y, por último, la ocupación militar de Albania por los italianos en 1939. Estas demostraciones de que los artículos de sanción contenidos en el Pacto carecían de valor como garantía de una acción colectiva contra la agresión aparecieron al mismo tiempo que se rompía abiertamente con los artículos del Tratado de Versalles que habían sido incluidos para contener a Alemania, particularmente la remilitarización de las Provincias Renanas en 1936 y el notorio rearme alemán, que violaban los artículos 42-44 y toda la Parte V del Tratado. La invasión de Austria y de Checoslovaquia por los alemanes también violaba los artículos 80-81. No sólo se pasó por alto el Tratado de Versalles, sino que varios tratados posteriores fueron igualmente rotos con la violencia. Esto tuvo importancia, porque llegó a ser una creencia generalizada que muchas de las estipulaciones del Tratado de Versalles habían sido poco razonables desde su origen, que debieron haberse revisado desde antes y que el *Diktat* de 1919 dejó a

Alemania sin una clara obligación moral de respetar sus términos. Pero no era posible hacer una alegación semejante cuando Alemania rompió los tratados de Locarno que había firmado sin presión, el Pacto Kellogg de 1928 y hasta el tratado de los nazis con Polonia de 1934. El colapso de la Sociedad acarreó una falta total de fe en la santidad de los tratados. Hizo pedazos toda confianza en el valor de los convenios internacionales, cualquiera que fuese su solemnidad, y es significativo que la alianza más sólida entre las naciones en 1939 fue la que no descansaba en ningún convenio formal, la alianza de la Comunidad Británica.

El rasgo principal del internacionalismo entre las dos guerras no fue, por lo tanto, la falla de los mecanismos o la falta de organización adecuada,⁹ fue una falla de voluntad en la tarea de hacer efectivos los principios que se habían adoptado en 1919. Puesto que esa falla puede deberse a falta de deseo por parte de los miembros de la Sociedad o al hecho de que aquellos principios

⁹ Es necesario hacer hincapié en la gran diversidad y complejidad de los mecanismos de cooperación internacional en los años entre las dos guerras, porque, además del nutrido grupo de dependencias de la Sociedad, la Organización Internacional del Trabajo y la Corte Permanente de Justicia Internacional, la Unión Panamericana y la Comunidad Británica establecieron cada una un amplio grupo de organismos. El de esta última incluye organizaciones tales como los Commonwealth Agricultural Bureaux, las Scientific Liaison Offices, el Shipping Committee, el Air Transport Council, etc. En esos años se desarrollaron y florecieron algunas organizaciones más antiguas, por ejemplo, el Bureau of Information for the Universities of the Empire, establecido en 1912, fue consolidado en 1919 y después de 1932 se convirtió en el organismo conocido (desde 1948) como la Association of Universities of the British Commonwealth.

no podían realizarse efectivamente bajo las condiciones entonces imperantes, es importante advertir que ambos motivos existieron. Los principios de cooperación internacional que sirvieron de base a la Sociedad pueden resumirse en tres:

1) El principio de la igualdad de soberanía de todos los Estados miembros, según se expresaba en su igualdad de voto en la Asamblea General y en que se requería la unanimidad para toda decisión importante de la Asamblea (artículos 1, 3 y 5).

2) El principio de que todos los Estados miembros no recurrirían a la guerra hasta que todos los otros medios (negociaciones diplomáticas, arbitraje y sumisión de la disputa al Consejo de la Sociedad) se hubiesen intentado y hubiesen fracasado (incluido en los artículos 12-14).

3) El principio de que cada Estado miembro ayudaría a defender a cualquier otro Estado miembro que fuera víctima de una agresión. Este principio, comúnmente llamado de "seguridad colectiva", quedó sancionado en los artículos 10-11 y 15-17.

El primer principio, que los Estados deben tratar entre sí a base de "igualdad de soberanía", también fue un principio de la Unión Panamericana y de la Comunidad Británica. No sólo se hizo hincapié en este principio por el hecho de la entrada separada e individual de cada uno de los miembros constituyentes, en diversas épocas, de la Sociedad de Naciones, sino porque cada grupo específicamente afirmó el principio en relación a sus propias organizaciones. El estatuto de la Organización de los Estados Americanos, firmado

en la Conferencia de Bogotá en 1948, hacía eco a las tradiciones de medio siglo cuando afirmó (artículo 6) que los "Estados son jurídicamente iguales; gozan de derechos iguales y de igual capacidad para ejercer esos derechos, y tienen deberes iguales".¹⁰ El Balfour Report de 1926 afirmó que "la igualdad en *status*, por lo que concierne a la Gran Bretaña y a los Dominios, es... el principio fundamental de nuestras relaciones interimperiales". Pero dentro de la estructura de semejante igualdad jurídica existía, en las tres organizaciones, una desigualdad de poder. Dentro de los organismos panamericanos, siempre era obvio que los Estados Unidos constituían el miembro más poderoso, y que el éxito de la organización dependía en proporción considerable de la medida en que estaban dispuestos a cooperar con las dos principales potencias latinoamericanas: Argentina y Brasil. Dentro de la Comunidad se reconoció en 1926 que "los principios de igualdad y semejanza, pertinentes en *status*, no se extienden universalmente a la función", y se aceptaba en términos generales el caudillaje del gobierno en Londres. El éxito de la cooperación internacional parece que depende del reconocimiento de la igualdad jurídica y de igualdad de consideración y al mismo tiempo del reconocimiento de diferencias funcionales y de capacidad en la dirección. Fue en esto en lo que la Sociedad se diferenciaba más fundamentalmente de sus dos organizaciones colaterales, tanto por lo que respecta a su estructura formal como a sus modos de operar.

¹⁰ Los nombres han cambiado varias veces, pero la sustancia es, en términos generales, idéntica: la Conferencia Interamericana de 1889-90 dio a luz la Unión Americana, ésta al Sistema Interamericano y éste, en 1949, a la Organización de los Estados Americanos.

Un corolario de la igualdad en la soberanía, aceptado como principio, es que los organismos internacionales que descansan sobre semejante base son voluntarios por naturaleza. Los tres reconocieron esa consecuencia, al aceptar el derecho de sus miembros a retirarse cuando quisieran. Pero el deseo de los Estados de ejercer ese derecho —y con él, los derechos de neutralidad en caso de guerra— dependía del grado en que tenían fe en la eficacia de la organización para garantizar su seguridad; y porque esa fe era mucho mayor en la organización de la Comunidad y más considerable en la de la Unión Panamericana que en la Sociedad, el número de quienes abandonaron ésta fue mucho más numeroso que respecto a cualquiera de los otros dos.

El segundo principio, que todos los demás medios para arreglar disputas deberían intentarse antes de apelar a las armas, también dependía del grado en que los Estados estaban dispuestos a considerar la desigualdad de poder como ajena a tales disputas. En virtud de sus tradiciones comunes y del común interés en conservar la unidad de la Comunidad, los miembros de ella consideraron que ninguna disputa entre ellos era lo suficientemente importante para que valiera la pena recurrir a la guerra. Los Estados americanos, con las pocas excepciones que se han mencionado, participaban en igual actitud. Los miembros más heterogéneos y diversificados de la Sociedad no tenían igual punto de vista, y en especial, para los dictadores el colapso de la Sociedad era esencial para lograr sus ambiciones.

De parecida manera, respecto al tercer principio sobre el cual descansaba la Sociedad, el de la seguridad colectiva, la verdadera interdependencia de las naciones era menor de lo que suponían los apóstoles del internacionalismo, y el gra-

do en que en realidad había interdependencia no se apreció tan cumplidamente como lo requería el buen éxito en la operación del sistema de la seguridad colectiva. La invasión japonesa de Manchuria y el ataque italiano a Abisinia no se sintieron, ni por los gobiernos ni por la mayoría del pueblo de los demás miembros de la Sociedad, como constitutivos de una amenaza tan directa a sus intereses nacionales separados como para aplicar la sanción suprema de recurrir a la guerra contra los agresores. Y todavía en 1938, el primer ministro británico pudo defender la falta de ayuda para mantener la independencia de Checoslovaquia, alegando que se trataba de "un país lejano del que nada sabemos".

De esa manera la Sociedad se quedó sin la general aceptación de sus principios esenciales, y sufrió un colapso total como mecanismo para conservar la paz en el mundo. En la década de los 1930, los intereses de sus miembros más importantes ya eran lo suficientemente diversos para que sus principios carecieran de fundamento sólido y en tal sentido eran inaplicables en las condiciones de entonces. Los Estados buscaron refugio en grupos menos universales, pero de mayor cohesión, tales como la Comunidad Británica y la Unión Panamericana, en cuyo seno aceptaron una comunidad más real de intereses. Las relaciones internacionales padecieron los efectos de un círculo vicioso en que las cambiantes condiciones hacían cada vez más inaplicables los principios de la Sociedad y en que la conciencia de ese hecho hacía a sus miembros cada vez menos deseosos de aplicarlos. Las naciones del mundo no estaban aún preparadas para el universalismo del tipo que suponía el Pacto, del mismo modo que la Conferencia Mundial Económica de 1933, en que estuvieron representados sesenta y cuatro

países, sirvió para mostrar que los males económicos del mundo no podían remediarse por ninguna simple fórmula ecuménica.

En consecuencia, las relaciones internacionales volvieron a un estado de incoherencia. No quedó mecanismo alguno para prevenir, evitar o castigar la agresión; ninguna fe en la capacidad o hasta en el deseo de los Estados-naciones de mantener la paz; ningún sistema de intereses nacionales bien definidos que descansara en alianzas dignas de confianza, ni siquiera en un equilibrio de poder en el mundo. Y no era tan sólo que ningún Estado confiaba en que los otros cumplirían su palabra, sino ni siquiera en que sabrían perseguir de un modo coherente y enérgico sus propios intereses. Las naciones claves se encontraban internamente divididas acerca de cuáles eran sus intereses, de modo que Francia descuidó lo que tan patente y tradicionalmente era un interés nacional nuyo como la desmilitarización de las Provincias Renanas, y Polonia pudo dejarse inducir a negar los fundamentos de sus intereses nacionales al grado de participar en el desmembramiento de Checoslovaquia. Las naciones más naturalmente interesadas en mantener los arreglos de 1919 estaban divididas internamente entre una política de resistencia a la dictadura y una política de "apaciguamiento", palabra que en la década de los 1930 perdió el sentido calmante y constructivo que tenía durante los años de 1920 para adquirir, en cambio, un significado de derrotismo y capitulación. La nueva diplomacia de conferencias abiertas dejó de ser eficaz, pero, por otra parte, no se recurría con franqueza a la vieja diplomacia de sistemas claros de alianzas. Ya en 1939 no existía sino una cáscara de organización internacional, carente de fe y de voluntad, una serie de alianzas improvisadas a las que faltaba el pega-

mento de una consolidación de intereses o de proyectos comunes y un equilibrio de poder en el mundo favorablemente inclinado hacia las dictaduras armadas y decididas.

A pesar de todo eso, la guerra vino en 1939, no porque ningún Estado quisiera la guerra por sí misma. Todas las naciones la consideraban como una calamidad y hasta los caudillos más agresivos afirmaban que habían tenido mucha paciencia por la causa de la paz. Hubo alivio en todo el mundo cuando se evitó la guerra en Munich; Mussolini, que había ensalzado la guerra en cuanto "ennoblecía a los pueblos que tienen el denuedo de hacerle frente", se cuidó mucho de no hacerle frente con Francia hasta que la vio vencida, y hasta Hitler, cuyas inclinaciones personales y posición política probablemente lo impulsaban hacia la guerra, se sintió obligado a capitalizar en su propaganda sus empeños en favor de arreglos pacíficos y a denunciar la política "belicosa" de sus contrarios. La guerra vino porque algunos gobiernos (singularmente los del Japón y Alemania) deseaban alcanzar ciertos fines por los cuales estaban dispuestos a pagar el precio de la guerra, y porque se les hizo creer que el costo de la guerra no sería tan grande, y también, porque otros gobiernos y naciones, aunque mal preparados para la guerra, se decidieron por fin a detenerlos, de modo que éstos también estaban dispuestos a pagar aquel precio que sabían sería enorme. El resultado fue que el precio que tuvieron que pagar ambos lados fue tanto más grande, y todas las políticas de la preguerra quedaron desacreditadas. La agresión no les convino ni a Alemania, ni a Italia, ni al Japón, puesto que las tres naciones fueron vencidas. El apaciguamiento no impidió que la Gran Bretaña y Francia entraran en la guerra. La neutralidad de Bélgica no la salvó de

La Invasión, ni tampoco la neutralidad de los Estados Unidos logró evitarles la guerra. El Pacto Nazi-Soviético de 1939 no salvó a la Unión Soviética del ataque alemán en 1941. Tampoco el amplio esfuerzo constructivo de cooperación internacional, desplegado en un nivel técnico y funcional por muchas agencias voluntarias y especiales, logró crear ese nexo de intereses nacionales comunes que sus propugnadores esperaban sería capaz de crear la paz al crear una comunidad internacional. La segunda Guerra Mundial representa uno de los mayores fracasos históricos de la inteligencia humana y de la organización.

CAPÍTULO V

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

1. LOS FACTORES EN JUEGO

Como la primera, la segunda Guerra Mundial se desencadenó ostensiblemente con motivo de una disputa relativa a minorías nacionales de la Europa Oriental. En marzo y abril de 1939, Hitler exigió a Polonia la anexión de Danzig al territorio alemán y la concesión de un camino y de un ferrocarril a través de la provincia polaca de Pomorze. El gobierno polaco negó, y después de un ultimátum tras otro de los alemanes que Polonia no podía aceptar, los ejércitos alemanes invadieron Polonia el día 1º de septiembre de 1939. La Gran Bretaña, puesto que había garantizado en marzo la defensa de Polonia en contra de un ataque como éste, le declaró la guerra a Alemania y en el término de una semana se le unieron, con excepción de Irlanda, todos los Dominios. Francia, comprometida también a defender Polonia, le declaró igualmente la guerra a Alemania a las seis horas siguientes.

Hasta que Italia declaró la guerra a Francia y a la Gran Bretaña en junio de 1940, ningún otro Estado entró en la guerra, excepto aquellos que Alemania había invadido y ocupado como preludio de su ataque a Francia en la primavera de 1940 (es decir, Noruega, Bélgica y Holanda). Aunque Dinamarca fue ocupada no se convirtió en un país beligerante. La primera fase de la guerra, anterior al colapso de Francia en junio de 1940, quedó, pues, limitada, tanto en su alcance territorial como político. En un sentido estricto, no

era una guerra mundial, aunque la entrada de la Comunidad Británica hizo que afectara en cierto grado a todos los continentes del mundo. Esencialmente era todavía una guerra europea: un conflicto para impedir que la dictadura nazi de Alemania dominara al continente de Europa, y en cuanto que era eso, en el momento en que los británicos fueron expulsados de Dunkerque y en que el gobierno francés firmó los armisticios con Alemania e Italia en junio de 1940, había fracasado en el intento de impedir la hegemonía alemana en Europa. En esa fecha, Alemania controlaba toda Austria, Checoslovaquia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, la mitad de Polonia y la mayoría de Francia. Las costas occidentales de Europa, desde el Artico hasta el Golfo de Vizcaya, estaban en manos alemanas. En el continente no permanecieron ningunas tropas británicas.

Pero las circunstancias en que empezó la guerra indicaban trastornos mucho mayores y de mayor alcance mundial. En agosto de 1939, la Unión Soviética entró en un pacto con Alemania en el cual ésta se manifestó conforme con la anexión rusa de los tres Estados bálticos de Lituania, Latvia y Estonia, de una parte de Polonia y de una faja de Finlandia. Tres meses después, la Unión Soviética invadió Finlandia y por ello fue expulsada de la Sociedad de Naciones en diciembre. Pero en marzo de 1940 Finlandia se vio obligada a ceder varias partes meridionales de su territorio. Las fuerzas rusas también ocuparon la parte oriental (y mayor) de Polonia. Estas agresiones concertadas anunciaron el colapso definitivo de los arreglos de 1919 y el principio de una nueva era de la historia europea. Mucho dependía, a partir de entonces, de las relaciones entre los socios del Pacto Nazi-Soviético: abiertamente contrarios por ideología y por larga tradición nacional, claramente

en grave conflicto de intereses económicos y estratégicos, sin embargo, temporalmente, unidos para asegurarse ventajas mutuas a costa de otros Estados. Pero el futuro inmediato dependía de si Alemania podía o no alcanzar su objetivo o de inducir a la Gran Bretaña a firmar un armisticio o de conquistarla por medio del bombardeo aéreo y de la invasión. La Batalla de Inglaterra, librada en el aire durante el final del verano de 1940, determinó que la Comunidad no tuviera luego ningún arreglo con Alemania.

Significó, por lo tanto, que la guerra en el Occidente, principalmente marítima y aérea, continuaría en 1941; y las metas de un "nuevo orden" en Europa, proclamadas por Alemania y que de inmediato se puso a establecer en los países ocupados, aseguraban que la guerra en Europa, lo mismo que en China, se había convertido en una lucha para la supervivencia nacional contra un régimen de discriminación y de dominio por parte de la "raza de amos". Las cuestiones en juego durante esta fase eran bien claras. El tratamiento que los alemanes dieron a los polacos, que, como a eslavos, se les consideraba una raza inferior que podía quedar sujeta totalmente a las necesidades e intereses de los alemanes, y el tratamiento a los judíos, cuya exterminación era uno de los propósitos esenciales de la ideología nazi, hizo que la guerra fuera una en favor del nacionalismo contra el racismo. El establecimiento de regímenes peles de partido único en los países ocupados, también hizo que la guerra fuera una en favor de la libertad democrática contra la tiranía fascista. La elección del presidente Roosevelt para un tercer período en 1940, aseguraba que la influencia de los Estados Unidos —en la medida permitida por el Congreso y por la opinión pública— y su ayuda económica y diplomática estarían del lado

de los británicos. Esta fase de la guerra terminó dramáticamente con el ataque alemán a la Unión Soviética en junio de 1941. Mientras tanto, la guerra en China se prolongaba indecisa.

Desde este momento la guerra no era tan claramente un conflicto de las democracias contra los regímenes de partido único, puesto que la Unión Soviética se convirtió en aliada de las democracias. Siguió siendo una guerra del nacionalismo contra el racismo y la hegemonía alemana, porque el Ejército Rojo peleaba para rechazar a un invasor extranjero de su territorio. Y ahora que Alemania estaba metida en una guerra de dos frentes y que su estrategia original de *Blitzkrieg* había fracasado, estaba condenada a padecer enormes pérdidas, tanto a causa de los bombardeos aéreos del Occidente, como de la lucha en tierra en el frente oriental. Para finales de 1941, la defensa de Stalingrado señaló el fracaso de la *Blitzkrieg* alemana en el Oriente. Con su política de "tierra quemada", que recuerda la táctica rusa contra Napoleón en 1812, la Unión Soviética compró tiempo a precio de espacio e infligió pérdidas muy considerables a los ejércitos alemanes. Las industrias establecidas más allá de los Urales, completada con los envíos, por mar y aire, de sus aliados, mantuvo abastecido el Ejército Rojo.

El 7 de diciembre, el bombardeo japonés de todas las bases norteamericanas y británicas a su alcance, convirtió al conflicto en una guerra mundial. En julio, el Japón había absorbido a Indochina. Las pérdidas que le causó a la armada norteamericana en Pearl Harbour, y a la británica con el hundimiento del acorazado *Prince of Wales* y el crucero *Repulse*, le concedieron al Japón la supremacía naval en el Pacífico y en aguas del Asia Oriental. Aprovechó esa supremacía para conquistar, sin pérdida de tiempo, Hong Kong, Mala-

ya, Singapur, las Indias Orientales Holandesas y Borneo, las Filipinas, las Andamans y Birmania. Cuatro días después del ataque a Pearl Harbour, Alemania e Italia declararon la guerra a los Estados Unidos, y el conflicto se extendió a todo el globo. Desde ese momento todas las potencias de primera fuerza estaban comprometidas, y todos los continentes y todos los océanos del mundo se convirtieron en teatro de operaciones. La alineación de fuerzas era ahora la del Pacto Anti-Comintern: Alemania, Italia y el Japón contra una coalición mundial de potencias encabezada por la Gran Bretaña y los Estados Unidos, e incluyendo a la Unión Soviética y a China, la cual, desde 1937, estaba en guerra con el Japón. La ambición alemana de establecer un "nuevo orden" en Europa se aparejó con la ambición japonesa de establecer un vasto dominio en Asia y en el Pacífico, y ambas habían ya logrado mucho. Había, sin embargo, un eslabón importante que le faltaba a la cadena: a pesar de su adhesión al Pacto Anti-Comintern, el Japón no estaba en guerra con la Unión Soviética. No fue sino hasta la derrota alemana en 1945, y pocos días antes de la rendición japonesa cuando la Unión Soviética le declaró la guerra al Japón.

Este hecho sirve de advertencia contra el empeño de considerar las cuestiones ideológicas como factores decisivos en la alineación de las fuerzas. Cada Estado obró a base de cuidadosos cálculos respecto a sus intereses nacionales separados, y conviene tomar nota de que ni la Unión Soviética ni los Estados Unidos entraron en la guerra hasta que fueron víctimas de una agresión. Los conflictos ideológicos más obvios se hicieron a un lado cuando no coincidían con los intereses nacionales: por la Unión Soviética, cuando firmó el Pacto Nazi-Soviético de 1939; por la Gran Bretaña, cuando aceptó la alianza de la Unión Soviética.

tica en 1941; por el Japón, cuando se cuidó de no atacar a la Unión Soviética. Pero, del mismo modo que aconteció en la primera Guerra Mundial, la experiencia bélica y las necesidades de enfrentarse a ella estimularon a los gobiernos y a los pueblos a formular metas de guerra y de paz en términos ideológicos. El crecimiento de movimientos de resistencia organizada en los países europeos y asiáticos ocupados, condujo a una cristalización de objetivos, y las campañas de liberación en 1944 y 1945 traían consigo programas de reconstrucción. La guerra psicológica, por medio de la radio y de volantes, requería algún fundamento de política teórica. La necesidad de mantener la moral en el frente nacional, a vistas de grandes trastornos sociales y de frecuentes daños causados por los bombardeos, condujo a formular metas e ideales de posguerra. En todas partes los hombres tenían que saber por qué y para qué peleaban, si se quería que siguieran peleando; y aunque el motivo fundamental invocado seguía siendo el nacionalismo de la independencia y de la autonomía, se advirtió que por sí solo no era suficiente. Se le completó cada vez más, invocando el socialismo, de manera que la "socialización del nacionalismo" recibió un gran impulso con motivo de la guerra.¹

La primera formulación sistemática de los propósitos que perseguía la guerra fue la Carta del Atlántico, redactada por Churchill y el presidente Roosevelt el 14 de agosto de 1941, aun antes de que hubiere cristalizado del todo el alineamiento de fuerzas antes descrito. Ambos abrigaban el propósito de declarar "ciertos principios comunes a las políticas nacionales de sus países respec-

¹ Descrito más arriba en su sentido más amplio. Véase el Cap. IV, § 2, p. 157.

tivos, y en los cuales fundaban sus esperanzas de un futuro mejor para el mundo". Lo esencial de los ocho puntos a que redujeron esos principios comunes era la conservación de la soberanía nacional y de la independencia, combinada con la cooperación internacional para fomentar la prosperidad económica, el desarme y la paz. Pero también incluyeron "el objeto de asegurar para todos los patrones avanzados de trabajo, el incremento económico y la seguridad social" y la garantía de "la libertad contra el temor y la pobreza".² Un mes más tarde los gobiernos aliados en exilio en Londres (Bélgica, Checoslovaquia, Grecia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Polonia y Yugoslavia), así como la Francia Libre y la Unión Soviética, endosaron esa declaración de propósitos. De nuevo fue endosada en el artículo VII del Convenio de Ayuda Mutua entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos en febrero de 1942, y repetida en arreglos subsiguientes sobre Préstamos y Arriendos con la Unión Soviética, China, Etiopía, Liberia, Australia, Canadá y Nueva Zelanda. Fue reiterada en el Tratado Anglo-Soviético de mayo de 1942. La declaración conjunta acerca de la seguridad general, hecha a raíz de la Conferencia de Moscú de octubre de 1943 en nombre del Reino Unido, los Estados Unidos, la Unión Soviética y China, hizo hincapié casi exclusivamente en el nacionalismo. Hablaba acerca de la necesidad de establecer "una organización general internacional, fundada sobre

² Para los textos de estas y subsiguientes declaraciones, véase *United Nations Documents, 1941-1945*, publicados (1946) por el Royal Institute of International Affairs. El presidente Roosevelt, en su discurso de enero de 1941, después de su elección para un tercer período, incluyó "la libertad contra la pobreza y el temor" como dos de las "cuatro libertades esenciales".

el principio de la igualdad de soberanía de todos los Estados amantes de la paz". Declaraciones conjuntas subsiguientes en El Cairo (noviembre, 1943), Teherán (diciembre, 1943) y Yalta (febrero, 1945) se atuvieron primariamente a cuestiones relativas a la secuela de la guerra y a los problemas más inmediatos concernientes a los ajustes de la posguerra, y también fueron concebidos en términos básicamente nacionales.

Pero los ideales de la seguridad social, de la democracia económica y de la libertad contra la pobreza encontraron una vigorosa afirmación en una serie de declaraciones separadas, y se les reconoció como uno de los objetivos de la organización internacional en la constitución de varias agencias nuevas de las Naciones Unidas. En mayo de 1944, la Conferencia General de la Organización Internacional del Trabajo, reunida en Filadelfia y representando cuarenta y un países miembros, expidió un manifiesto de "los principios que deberían orientar la política de sus miembros". Es el más notable enunciado de la fusión del nacionalismo y del socialismo que jamás se haya hecho contando con tan amplio apoyo de alcance mundial. Su principio básico consiste en que "todos los seres humanos, independientemente de raza, credo o sexo, tienen el derecho de perseguir, tanto su bienestar material como su desarrollo espiritual en condiciones de libertad y dignidad, de seguridad económica y de igualdad en las oportunidades", y se declara que "la creación de las condiciones necesarias para que eso sea posible debe ser el propósito central de la política nacional e internacional". En seguida se exponen diez objetivos específicos calculados para producir semejantes condiciones. En ellos se incluye "la oportunidad de trabajo para todos y la elevación del patrón de vida"; "medidas tocantes a salarios

e ingresos, a horas de jornadas y a otras condiciones del trabajo cuyo objeto sea asegurar para todos una participación justa en los frutos del progreso, y un salario mínimo de vida para todos los trabajadores que requieran semejante protección"; "la ampliación en las medidas de seguridad social para suministrar un ingreso básico a todos los que necesiten semejante protección y atención médica general"; "la protección adecuada de la vida y salud de los trabajadores en todas las ocupaciones"; "medidas para el bienestar infantil y de protección a la maternidad"; "el suministro de medios adecuados de nutrición, vivienda y facilidades de esparcimiento y cultura", y "la garantía de igualdad en las oportunidades educativas y vocacionales". Una vez más, el Estado en guerra comunicó un ímpetu poderoso al desarrollo del Estado benefactor.

En el orden internacional, se estableció una serie de agencias encargadas de realizar, por medio de la acción concertada, tanto problemas económicos y sociales de inmediata solución como otros de plazo largo. En 1943, se fundó la UNRRA con el objeto de atender de inmediato a la tarea de socorro (*relief*). En 1945 se creó la Organización de Alimentos y Agricultura con el fin de concertar la acción encaminada a elevar los patrones de nutrición, de afinar los métodos de la producción y distribución de los productos alimenticios y de mejorar las condiciones de las poblaciones rurales y de estos modos "contribuir a lograr una economía mundial en expansión". Los problemas financieros monetarios, dependientes de las facilidades del crédito internacional, serían el resorte del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento ideados en Bretton Woods en 1944 a base de las propuestas presentadas por lord Keynes

y por Mr. H. D. White, de los Estados Unidos. La cooperación social cultural más amplia quedó encomendada a la UNESCO.

En el preámbulo de su acta constitutiva se incluyó esta notable frase: que "puesto que las guerras empiezan en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben levantarse las trincheras de la paz", y se declaró que la paz debe fundarse "sobre la solidaridad intelectual y moral del género humano".

A través de estas y otras medidas,³ los ideales y las aspiraciones generados por la lucha de la guerra quedaron reducidos, de su forma primitiva de manifiestos y palabras, a ciertas organizaciones internacionales concretas y elaboradas. En el orden doméstico fueron aparejadas por ciertos planes nacionales. En 1942 apareció en la Gran Bretaña el *Beveridge Report on Social Insurance and Allied Services*, y el plan en favor de la seguridad social que esbozó fue ampliamente discutido nacional e internacionalmente. Dos años más tarde apareció su continuación con el documento sobre *Full Employment in a Free Society*. Los gobiernos de la época de la guerra y de la posguerra, especialmente el gobierno laborista que rigió con una amplia mayoría desde 1945 hasta 1950, concedieron los medios necesarios para realizar

³ El número y la diversidad de las agencias internacionales establecidas en esta época impiden que se les conceda aquí atención completa. Sus actividades pueden ser adecuadamente estudiadas en *International Conciliation*, publicado por la Carnegie Endowment for International Peace. Su éxito dependía completamente de la cooperación voluntaria de los gobiernos nacionales, y ninguna constituía una autoridad federalista o supranacional como la del Plan Schuman de fecha posterior y examinado más adelante en el Cap. VI, § 1, p. 218.

la mayoría de los proyectos sobre reorganización educativa, sobre servicios de salubridad pública, sobre auxilios familiares, sobre la seguridad social y la nacionalización que se habían preparado durante la guerra. En marzo de 1944 el Consejo Nacional de Resistencia en Francia, que representaba los principales movimientos de resistencia interna, redactó un "Estatuto de Resistencia", y fijó las medidas que deberían adoptarse después de la liberación a fin de asegurar "un orden social más justo" y una "verdadera democracia económica y social". Esas medidas incluían "un plan completo en favor de la seguridad social", la nacionalización de los principales medios de producción y de crédito y la seguridad en las oportunidades de tener trabajo. En 1945 el Estatuto fue aceptado por todos los principales partidos políticos como un programa de la reconstrucción, y los gobiernos provisionales, que descansaban en una fuerte coalición de comunistas, socialistas y católicos-demócratas, procedieron a introducir medidas de nacionalización, de auxilio a las familias, de pensiones y de bienestar social. El Plan Monnet, de fecha posterior, calculado para modernizar y equipar de nuevo la economía nacional, fue el programa económico y social más sistemático que ha conocido Francia en toda su historia.

El prolongado y desesperado carácter de la lucha misma afectó, pues, de este modo, la concepción de los hechos que intervenían en ella. Todas las Naciones Unidas, en cuanto constituían una alianza contra las dictaduras agresivas, podían estar de acuerdo en que el propósito primordial de la victoria era la destrucción de los dictadores y de los regímenes despóticos que habían establecido en los países ocupados. Todas se vieron obligadas a prometerse a sí mismas y a las demás la restauración de la independencia nacio-

nal y de los derechos de soberanía, junto con un nuevo sistema internacional que hiciera posible una cooperación más estrecha en las tareas de la posguerra. También se vieron constreñidas, aunque en distintos grados de intensidad, a justificar una reafirmación de nacionalismo aceptando los ideales del bienestar social y de la seguridad para todos los hombres. Aterradas por la experiencia de la crisis económica mundial y la del problema de los sin-trabajo que en conjunto se presentaron después de la primera Guerra Mundial, tuvieron presente la necesidad de impedir que se repitiera la depresión económica que habían gestado y nutrido los movimientos fascistas. El enorme incremento del control estatal y la detallada regimentación de la vida diaria, que eran consecuencias inevitables de la guerra moderna, acostumbró a la gente en todas partes a la acción gubernamental para el bien común. Las tendencias que ya se hicieron sentir en la primera Guerra Mundial se manifestaron ahora más acentuadas y de mayor alcance, y las metas tales como la seguridad social "desde la cuna hasta la sepultura" y la oportunidad de trabajo para todos exigían una organización estatal más permanente y más completa de la que se había imaginado durante la primera Guerra Mundial. Todo conspiraba a convertir la comunidad nacional en una comunidad profundamente socializada, con sus actividades económicas y su vida social más que nunca del resorte de los gobiernos nacionales. La planeación económica a largo plazo se convirtió en el instrumento aceptado del Estado,⁴ aunque para 1968 la fe en la planeación estaba en franca decadencia.

⁴ Esto se aplica hasta a los Estados Unidos. Véase *A Post War Plan and Program for the U. S. A.*, redactado en 1943 por National Resources Planning Board.

Detrás de la mezcla de las cuestiones nacionalistas y socialistas había otras dos clases de problemas, menos constantes en el pensamiento de los beligerantes, pero de enorme importancia para el futuro del mundo: ¿eran la Gran Bretaña y Francia, mejor que Alemania e Italia, las potencias que dominarían en el Mediterráneo? ¿Eran los Estados Unidos y la Gran Bretaña, mejor que Alemania, las potencias que dominarían en el Atlántico? ¿Era la Comunidad Británica quien retuviera el Océano Índico como un gran centro de su existencia, o era de dividirse esa área entre la India y el Japón con exclusión de los británicos? ¿La hegemonía en el Pacífico a quién correspondía, al Japón o a los Estados Unidos? La victoria de las Naciones Unidas resolvió estas cuestiones de un modo favorable a los aliados. Pero detrás de ellas había un problema de mayor alcance por sus implicaciones: ¿cuál era el destino de los imperios ultramarinos de las naciones blancas, permanecer en cierta relación de tipo colonial respecto a Europa, o encaminarse hacia su total independencia? En muchos casos, ya se habían registrado movimientos y aun concesiones en favor de la autonomía e independencia con anterioridad a la guerra. Pero las espectaculares derrotas de los gobiernos blancos por los japoneses y, en muchos lugares, la subsecuente ocupación japonesa de los territorios coloniales, alteró de raíz la situación. Ya nunca sería la misma la posición de los británicos en Singapur, Malaya y Birmania; ni tampoco la de los holandeses en Indonesia, de los franceses en Indochina y aun la de los chinos en Manchuria. El gran vuelco que padecía Europa tuvo repercusiones semejantes en toda África, afectando la posición de los franceses en Argelia, Túnez y Marruecos, de los italianos en Libia, de los británicos en Egipto

y de los belgas en el Congo. Una de las consecuencias decisivas de la guerra fue que desencadenó una revolución colonial de grandes perspectivas futuras; y si se puede afirmar que la primera Guerra Mundial puso fin al imperialismo dinástico, es probable afirmar que la segunda Guerra fue el golpe de gracia al imperialismo colonial. El nacionalismo había recibido una nueva oportunidad.

De la guerra también emergió un nuevo concepto de singular importancia e interés para la historia mundial: el enjuiciamiento sistemático de los criminales de guerra, incluyendo no tan sólo a quienes habían violado las reglas aceptadas de la guerra, sino también a todos aquellos acusados de "crímenes contra la humanidad" y de "crímenes contra la paz", por haber proyectado y encendido una "guerra agresiva". A su tiempo se estableció en Nuremberg un tribunal internacional constituido con jueces y fiscales de las cuatro grandes potencias que lo apadrinaron (los Estados Unidos, la Gran Bretaña, la Unión Soviética y Francia), y se presentaron acusaciones contra veinticuatro individuos y seis grupos u organizaciones. Entre los individuos estaban incluidos Hermann Goering, Rudolf Hess, Von Ribbentrop y Von Neurath, entre los políticos; los almirantes Raeder y Doenitz y los generales Keitel y Jodl entre los jefes de alta graduación, y administradores principales tales como Ley, Frick, Sauckel y Speer. Las organizaciones acusadas incluían al Gabinete del Reich, al Estado Mayor y al Alto Mando y a la Gestapo.

En esa escala, los enjuiciamientos anteriores de caudillos enemigos no tenían precedente. Pese a las grandes dificultades de lenguaje y a cuestiones técnicas, los procedimientos se llevaron a cabo, por lo general, con una dignidad y un de-

coro judicial que no siempre se advirtieron en otros juicios nacionales contra personas acusadas de traición. Las sentencias que se dictaron no fueron demasiado severas, y hasta se las criticó como demasiado indulgentes en vista de la gravedad de los cargos. Dos de los acusados fueron absueltos. Tampoco puede decirse que los juicios fueron precipitados: los procedimientos siguieron hasta 1949. De mayor consideración fue la crítica de que los jueces incluían representantes de la Unión Soviética, que había sido expulsada de la Sociedad de Naciones en 1939 por su agresión contra Finlandia, que había invadido Polonia en calidad de aliado de Alemania en 1939 y que empleaba campos de concentración y campos de trabajos forzados no muy diferentes de los que ahora se condenaban respecto a la Alemania de los nazis. Hubo juicios semejantes para responsabilizar a los "criminales de guerra" japoneses, y los tribunales militares locales establecidos por las potencias de ocupación enjuiciaron a aquellos que estaban acusados de delitos locales. En conjunto, fueron miles las personas enjuiciadas. Parece probable que semejante acción judicial ha quedado establecida como una consecuencia necesaria y deseable de toda guerra de primera magnitud.

2. LA CARGA DE LA GUERRA

La guerra le pone una carga al tambaleante Estado. La paz en nada puede aliviar el peso.

Así escribió William Cowper, y antes de considerar aquí los planes de la paz encaminados a "aliviar el peso", parece pertinente valorar la carga de la guerra. El rasgo más notable del curso del conflicto fue la rapidez y el alcance arrollador de

Las victorias alemanas y japonesas durante la primera mitad de la guerra, y los igualmente dramáticos y decisivos éxitos de los aliados durante la segunda mitad. La guerra entera duró desde el 1º de septiembre de 1939, cuando Alemania invadió Polonia, hasta el 2 de septiembre de 1945, cuando el Japón se rindió formalmente a las fuerzas aliadas. Duró, pues, seis años y un día, o más de ocho años si se cuenta desde el ataque del Japón a China en 1937. Hasta noviembre de 1942 casi toda la ventaja estaba del lado de Alemania y del Japón; después de ese mes, que presencié las victorias de El Alamein y de Stalingrado, el desembarco de fuerzas aliadas en el Africa Septentrional Francesa y la ocupación de fuerzas norteamericanas en Guadalcanal en las Islas Salomón, cambió la marea, y empezó una larga serie de avances aliados que terminó con la liberación de la Europa Occidental y del sudeste de Asia y con la rendición de Alemania y del Japón.

Existen razones que explican esa estructura y que se hallan en la índole misma de la guerra moderna y en los recursos relativos de los combatientes. Más que ninguna guerra anterior, fue un conflicto de máquinas: aviones y tanques, columnas motorizadas y artillería pesada, barcos y submarinos. Por su naturaleza, semejantes artefactos son el producto de una gran inventiva científica y de la habilidad técnica, y su manufactura en cantidades adecuadas depende de los métodos de la producción en gran escala. Tales recursos sólo los tienen normalmente los países más grandes y más altamente industrializados. Mas los métodos de producción en gran escala imponen dos limitaciones graves a la necesidad de los Estados de estar equipados con un arsenal suficiente de armas que estén al día como para enfrentarse a una guerra. Una de ellas es que antes de que la planta que

se requiere para producir en serie los tanques o los aviones pueda entrar en operación, es necesario que transcurra un período de uno a dos años mientras se manufacturan las máquinas para hacer las máquinas (conocidas como máquinas-herramienta o máquinas-matrices). La otra limitación consiste en que una vez que semejante planta entra en operación, no es posible imponer importantes modificaciones al arma que produce, sin mediar pérdida de tiempo y baja en la producción. El problema de construir armamentos a capacidad máxima sólo puede resolverse, por lo tanto, en relación al tiempo exacto del comienzo de las operaciones bélicas. Si un gobierno inicia la producción en gran escala con mucha anticipación, puede acontecerle que su arsenal esté "pasado de moda"; si empieza demasiado tarde, la producción será insuficiente. Esta circunstancia le concede una ventaja inmensa al agresor que puede fijar a su gusto la fecha en que empiece la guerra, coincidiendo con su producción máxima y óptima de artefactos bélicos. Esta ventaja fue plena y hábilmente aprovechada por Alemania y por el Japón y explica en buena parte sus grandes éxitos durante los tres primeros años. La velocidad de la campaña en Polonia (tres semanas) y de la campaña en Francia (seis semanas); la ferocidad concentrada del avance alemán en Rusia que, en seis meses condujo los ejércitos germánicos a las puertas de Leningrado y de Sebastopol y los llevó a la vista de Moscú; el ímpetu de la ofensiva japonesa que obtuvo para ellos, en tres meses, Malaya, Singapur, Birmania, las Filipinas y las Indias Orientales Holandesas, son todos síntomas de aquella ventaja técnica.

Pero los factores, tanto de mayores recursos en hombres, como de mayor potencia industrial estaban, si empleados adecuadamente, del lado de las

Naciones Unidas. Francia y la Gran Bretaña habían aplazado tanto sus programas de rearme que su producción, durante el primer año de guerra, no podía competir en monto con la de Alemania. Pero para finales de 1941, la producción británica estaba por alcanzar su meta, y los recursos de producción en gran escala de la URSS fueron aportados en la balanza contra Alemania. Sobre todo, los enormes recursos de los Estados Unidos, aun antes de su entrada como beligerante, estaban cada vez más a disposición de la Gran Bretaña a través de los convenios de *Cash-and-carry* y (después de marzo de 1941) de Préstamos y Arriendos. En marzo de 1940, los Estados Unidos habían iniciado un enorme programa de rearme, y el presidente Roosevelt había prevenido al Congreso que el país tenía que "engranarse hasta la capacidad de producir 50 000 aviones al año". Era inevitable que, para finales de 1942, la ventaja total en la guerra hubiese cambiado en favor de los aliados. En la cúspide de su producción, en 1943-44, los Estados Unidos estaban construyendo un barco diario y un avión cada cinco minutos. El presidente Roosevelt calificó a su país de "arsenal de las democracias". En los seis años de guerra, ese arsenal produjo 87 000 tanques, 296 000 aviones, 315 000 piezas de artillería y morteros, 2 434 000 camiones y 53 000 000 de toneladas marítimas).

Para los beligerantes principales, por lo tanto, la primera carga de la guerra fue la completa reorganización de su producción industrial para producir en gran escala el equipo bélico. Esto fue acompañado, salvo en los Dominios de Ultramar y en los Estados Unidos, por una inmensa destrucción material: en el Reino Unido, en Francia, en Alemania y en el Japón, por el bombardeo aéreo concentrado; en todos los paí-

ses ocupados, en la Unión Soviética y en Alemania, por la invasión armada. En el mar, la destrucción de navíos por minas, submarinos, barcos y aviones alcanzó un nivel desconocido en la primera Guerra Mundial. El total de las pérdidas aliadas excedió 20 000 000 de toneladas, pero esto, como ya se indicó, podía más que reemplazarse por los recursos de los astilleros de los Estados Unidos. Cada uno de los beligerantes, sin embargo, atravesaron momentos de crisis cuando parecía que, en la carrera, la producción se quedaba atrás respecto al consumo. En el invierno de 1941-42, el grueso del ejército alemán estaba dispersado en las vastas áreas "quemadas" de la Rusia occidental, sus líneas de comunicación se hallaban estiradas hasta su límite y sus hombres padecían uno de los inviernos más severos de que se tiene memoria. En ese momento Alemania experimentó una crisis de producción, porque sus abastos se habían mermado mucho, sus plantas estaban gastadas, faltaba alimentación y padecía un agudo déficit de mano de obra adiestrada. Fue una crisis que recordaba la de 1916, y el Partido Nazi se enfrentó a ella por medio de un programa de emergencia dirigido por Albert Speer, con la ayuda de Fritz Sauckel como director de la distribución de trabajo. Durante 1942 todas las zonas de Europa ocupadas por los alemanes fueron requisadas en busca de nuevos recursos de mano de obra, y fueron millones los trabajadores enviados a las fábricas alemanas. Pero las pesadas pérdidas de 1942 culminaron en la derrota de Stalingrado, donde Alemania perdió los 350 000 hombres de su Quinto Ejército; y la "movilización total" decretada por Sauckel, en enero de 1943, fue la medida de la crisis de producción que nada podía detener. Por entonces, los bombardeos aéreos, además, obstaculizaban la produc-

ción, y el país ya padecía los efectos de la temida "guerra en dos frentes".

El Japón atravesó por una crisis semejante y por iguales razones, en el invierno de 1944-45. Pero China, que no tenía el equipo industrial de los otros beligerantes importantes, estaba desarrollando técnicas de guerra de guerrillas, las cuales fueron explicadas por el líder comunista Mao Tse-tung e imitadas ampliamente en las luchas coloniales de las décadas de 1950 y 1960. China demostró, más dramáticamente aún que Rusia en 1918, la inseparabilidad de la guerra y la revolución en el siglo XX.

La estrategia en el uso eficaz del equipo consistía en la acumulación sistemática de artefactos bélicos hasta el punto en que la superioridad aplastante hacía factible un ataque concentrado e irresistible. Tal fue el método clásico empleado por los Estados agresores al preparar sus ataques iniciales de sorpresa, y también fue el método de los aliados para sus contraofensivas. Las campañas en el norte de África ofrecieron más de un ejemplo de semejante método. El éxito dependía de la coordinación exacta de las diversas categorías de armas: potencia mecanizada en tierra, potencia aérea combinada con ella, y ambas, cuando era posible, concertadas con el empleo adecuado de la potencia naval. Fue la habilidad en el empleo de esas operaciones combinadas la que condujo al Afrika Korps de Rommel hasta Tobruk en los dos primeros meses de 1942 y hasta El Alamein en junio, en su campaña para apoderarse de Egipto y el Medio Oriente. Y fue la mayor habilidad aun en lo mismo lo que le permitió al Octavo Ejército del general Montgomery rechazar a Rommel en El Alamein y, en octubre de 1942, obligar al Afrika Korps a retirarse a lo largo del camino costero acosado por el bombardeo aéreo y naval.

Un fuego concentrado de artillería procedente de mil cañones iniciaron el ataque de un modo que recuerda las ofensivas del frente occidental de la primera Guerra Mundial. Los alemanes perdieron 60 000 hombres en la batalla.

Pero las bajas debidas en semejante escala, salvo en el extenso frente ruso, fueron raras en la segunda Guerra Mundial. Las esperanzas de los que edificaron la Línea Maginot, que la guerra mecanizada y científica sería económica en vidas, se realizaron en parte, aunque no del modo en que lo habían previsto. El hecho mismo de la concentración y de la rapidez de la mayoría de las operaciones militares en gran escala significó que, por lo general, fueran más los prisioneros que los muertos. Una guerra de movimientos eludía los largos y mortíferos períodos de desgaste, seguidos por un sacrificio de vidas, que fueron característicos de la primera guerra. Francia, que fue dos veces campo de batalla y que padeció bombardeos aéreos, perdió unas 500 000 vidas, incluyendo a los muertos en la resistencia, es decir, una tercera parte de sus bajas en la primera Guerra. Los Estados Unidos, que tenían en pie de guerra 12 000 000 de hombres, sufrieron la pérdida de unos 325 000; las fuerzas de la Comunidad Británica y del Imperio perdieron, entre muertos y extraviados, casi 445 000, de los cuales bastante más que la mitad procedían del Reino Unido.

Pero las potencias derrotadas y la Unión Soviética, que sufrió graves reversos iniciales en tierra, perdieron vidas en escala que aun excedió la de la primera Guerra. El Japón, que estaba en guerra ininterrumpida desde 1937 hasta 1945, perdió en total 1 174 000 y además 330 000 civiles muertos en los bombardeos, de los cuales 92 000 perecieron en Hiroshima. Las pérdidas rusas se han hecho ascender a más de 15 000 000, pero no se tiene

una estadística digna de fe, y ambos contendientes tenían cierto interés en exagerar el número. Parece probable que, en el curso de toda la guerra, el total de civiles muertos fue mayor que el de personas uniformadas. En el Reino Unido, más de 60 000 civiles murieron por bombardeos de aviones y de cohetes V-1 y V-2. Fue, como nunca antes, una guerra entre naciones, y las mujeres, así como los niños figuran considerablemente entre las víctimas. En el Oriente, una vez terminado el conflicto, los números más altos corresponden a los "extraviados". La guerra de movimientos rápidos hizo que el concepto de "frente de guerra" casi no pudiera aplicarse, y el bombardeo concentrado en el "frente nacional" lo convirtió en un teatro de guerra tan importante como cualquier otro. La teoría alemana de "la nación en armas" fue la apropiada a la primera Guerra; en la segunda, esa teoría fue sustituida por el principio muy diferente de "la nación en guerra".

Otro rasgo fue el enorme desalojamiento de gente. Desde el principio, los alemanes emplearon, en Polonia y en Francia, las hordas de refugiados civiles como un medio para confundir y estorbar al enemigo. Los bombardeos privaron a millones de sus viviendas. La precaución más en uso, la evacuación, no significaba sino desalojamiento. El "nuevo orden" de Hitler y la conscripción alemana de trabajadores en los territorios ocupados sacaron de sus hogares a millones de europeos. De cada lado hubo millones de prisioneros. En el frente oriental, el flujo y reflujo de las batallas aniquilaron miles de ciudades y aldeas. El refugiado, el exiliado, el prisionero de guerra y el desalojado fueron las víctimas de la guerra moderna. Le dejaron al mundo de la posguerra un enorme problema de restablecimiento y de alojamiento, que la división de Alemania y el nuevo

mapa de la Europa Oriental y del Medio Oriente hicieron aún más difícil.

Con la gigantesca destrucción, con la muerte, la desarticulación y el desarraigamiento iban aparejados, inevitablemente, el hambre y las deudas en proporción fabulosa. Fue una fortuna que los recursos más ricos del mundo, en los Estados Unidos y en los Dominios de Ultramar, no sufrieran la destrucción bélica. La capacidad de los norteamericanos de producir alimentos y mercancías y barcos para transportarlos, combinada con su admirable voluntad de hacer todo lo que estuviera en su poder por enderezar la economía mundial, salvaron al mundo de los aún peores horrores del hambre. Por el mecanismo de préstamo y arriendo durante la guerra y de la "ayuda Marshall" después de la guerra, Europa y amplias zonas del Oriente recibieron lo más necesario hasta que de nuevo pudieron producir más por sí solas. El auxilio "Stopgap" con un monto de 597 000 000 de dólares apoyado en la Interim Aid Act aprobada por el Congreso de los Estados Unidos en diciembre de 1947 fue seguido, en abril de 1948, por la Foreign Assistance Act. Esta última decretó una suma de 5 300 000 000 de dólares para el primer año del "Programa de Recuperación Europea", 465 000 000 para China y 275 000 000 para Turquía y Grecia. Parece seguro que si no se hubieren adoptado semejantes medidas la aguda escasez en Europa y en el Lejano Oriente habría acarreado, a los pocos años de terminada la guerra, una depresión económica en los Estados Unidos. La capacidad productora de los Estados Unidos se mantuvo organizada al nivel de la época de la guerra para poder auxiliar a buena parte del resto del mundo. Mientras tanto, la UNRRA (United Nations Relief and Rehabilitation Administration) y su sucesora la IRO (International Refugee Organization)

prestaron una ayuda de emergencia esencial a la mayoría de los países del mundo.

El grado en que verdaderamente se trató de una "guerra mundial" puede apreciarse por el reducido número de Estados que lograron conservar su neutralidad a lo largo del conflicto, aunque en la mayoría de los casos su simpatía por la causa aliada era obvia. Turquía y España fueron inducidas a restringir sus exportaciones de metales raros a Alemania; Suecia y Suiza se aferraron a sus tradiciones en pro de las causas humanitarias y desempeñaron un papel valioso como intermediarios de la Cruz Roja y de las actividades postales, y Portugal permitió el establecimiento de bases británicas en las Azores. Egipto permaneció neutral, pero más de nombre que de hecho. Ninguno de los Estados sudamericanos permaneció neutral, si bien la Argentina no se hizo beligerante hasta en marzo de 1945. Irlanda permitió que los voluntarios se unieran a las fuerzas británicas, pero negó el uso de sus puertos a los aliados. Las Naciones Unidas, pues, aunque excluían a las potencias que habían sido enemigas, fue, desde el principio, un cuerpo más universal que las potencias aliadas y asociadas de 1919.

3. EL NUEVO EQUILIBRIO DE PODER

El curso de los acontecimientos que empezó en el "Día D" (6 de junio de 1944) acarrió la liberación de todos los países europeos occidentales y la derrota de Alemania. Bajo el mando supremo del General Eisenhower, un vasto ejército aliado pudo desembarcar en Francia, realizándose así la mayor y mejor combinada operación militar de toda la historia. En un país tras otro, las naciones vieron la retirada o la derrota de los ejércitos

alemanes, y se enfrentaron con el común problema de establecer gobiernos nacionales propios, de reconstruir su vida económica y de encontrar el camino hacia una existencia más normal. En algunos casos, como el de Noruega y Holanda, fue posible que monarcas o gobiernos en exilio regresaran para reasumir sus funciones, generalmente en cooperación con las fuerzas internas de resistencia que habían aparecido durante la ocupación enemiga. En otros, como en Francia e Italia, donde regímenes de la preguerra habían sucumbido, fue necesario establecer nuevos sistemas constitucionales. En todos los casos, las perentorias necesidades de re-establecimiento, de reforma y de reconstrucción exigieron una enérgica y vigorosa acción gubernamental, y ningún Estado podía evitar el ejercicio de un amplio control en la vida social y económica de la nación. Entre tanto, el Ejército Rojo, que avanzaba desde el Oriente contra una tambaleante Alemania, había expulsado también a las fuerzas alemanas de Polonia, Checoslovaquia y los Estados Bálticos. Los satélites balcánicos de Alemania, Rumania, Bulgaria y Hungría, padecieron cambios violentos en sus regímenes y firmaron armisticios con la Unión Soviética. Lo mismo hizo Finlandia. Las fuerzas británicas liberaron a Grecia, y los ejércitos aliados avanzaron, contra tenaz resistencia, a lo largo de la península de Italia, aunque no fue sino hasta el 2 de mayo de 1945 cuando terminaron las hostilidades en ese país. En el Occidente, el último año de la guerra ofreció dos ejemplos de la elasticidad de la resistencia de los alemanes, aun en vista de la derrota inevitable. Desde junio de 1944 hasta al liberación de los países occidentales, se lanzaron miles de bombas-cohete (V-1) seguidas de cohetes de propulsión a chorro (V-2) contra la Gran Bretaña y particularmente contra

Londres. En el otoño fue posible acabar con esa ofensiva al capturarse las bases de lanzamiento. En diciembre, el general alemán Von Runstedt lanzó un contraataque extraordinariamente poderoso en el Rin, que cogió por sorpresa a las fuerzas norteamericanas y provocó la "batalla de la bolsa". Pero esa resistencia prolongada sólo sirvió para mostrar que, esta vez, los ejércitos alemanes estaban completamente derrotados, y el 7 de mayo el Alto Mando se rindió incondicionalmente.

Aunque se habían preparado muchos planes para la rehabilitación de los países liberados y para los gobiernos militares en territorio de los enemigos, todavía se suponía que la guerra en el Lejano Oriente podía prolongarse durante muchos meses. Y así como aconteció en 1918, el rápido final de la guerra cogió por sorpresa a los aliados victoriosos. Cuando se rindió Alemania, los Estados Unidos ya habían reconquistado las Filipinas, las fuerzas británicas, norteamericanas y chinas se habían posesionado de Birmania y el Japón sostenía una lucha ya perdida en Okinawa. El Japón se hallaba en una pésima situación, porque padecía bombardeos aéreos despiadados y una poderosa armada aliada se preparaba para llevar a cabo una invasión en gran escala. Pero no era imposible que, si hubiera de adelantarse la invasión proyectada para noviembre, aún quedaban por delante muchos meses de fieros combates antes de que pudiera realizarse la ocupación efectiva del país. Las dos bombas atómicas, lanzadas en Hiroshima el 6 de agosto y en Nagasaki tres días después, obligaron al Japón a rendirse el 14 de agosto. Como en Europa, en el Lejano Oriente surgieron de pronto inmensos problemas de reconstrucción; pero ahora oscurecidos con la terrible perspectiva de una nueva potencialidad

destructiva en el caso de que se errara en los ajustes de la paz.

Ninguna potencia se vio más cogida por sorpresa que la Unión Soviética. Había demorado la declaración de guerra al Japón hasta dos días después de la bomba de Hiroshima. Era obvio que sus caudillos no tenían conciencia de los resultados decisivos que podían obtenerse con el empleo de ese último producto de la ciencia y de la tecnología occidentales. La dramática culminación de los seis años de guerra —ese rayo que cayó cuando el reloj daba las doce— provocó nuevos temores y desconfianza entre la Unión Soviética y sus aliados occidentales. En la conferencia de Yalta, celebrada en febrero de 1945, el presidente Roosevelt y Winston Churchill habían acordado, en sustancia, considerables concesiones a Stalin a cambio de su promesa de entrar en la guerra contra el Japón. En ese momento la cooperación soviética parecía que valía el precio, aunque éste era alto. Incluía el control de los puertos y de los ferrocarriles de Manchuria por parte de los soviéticos, la preponderancia comunista en Polonia y en los Balcanes, dejando afuera a Grecia y también a Italia y la participación más importante de las reparaciones que tendría que pagar Alemania. Ahora se veía que semejante precio no tenía que haberse pagado, puesto que la cooperación soviética contra el Japón había resultado innecesaria. Pero las fuerzas soviéticas dominaban la Europa Oriental, y nada efectivo podía hacerse, en cualquier caso, para destruir su influencia en una Europa en que Alemania estaba derrotada y, después del convenio de Potsdam en julio, en que quedó dividida en las zonas de ocupación británica, francesa, americana y soviética. Se tenía la esperanza de que para mayo de 1946 se habrían negociado y firmado los tratados defi-

ultivos de paz. Una conferencia que inició sus trabajos en París en julio de 1946 logró formular los tratados para Bulgaria, Rumania, Hungría, Finlandia e Italia. Esos tratados fueron firmados a su debido tiempo, pero los más importantes problemas, el de los ajustes de paz con Alemania, Austria y el Japón y el de llegar a algún arreglo acerca del desarme, que ahora suponía sobre todo el control de la energía atómica, fueron pospuestos hasta que la era de la "guerra fría" descendió helada sobre los antiguos aliados.

Fue un rasgo de los arreglos de posguerra que de los caudillos de los tres aliados más poderosos, sólo Stalin sobrevivió en el poder. El presidente Roosevelt murió el 12 de abril de 1945 y le sucedió Harry S. Truman. Winston Churchill, quien desde que fue Primer Ministro británico en los momentos más negros de mayo de 1940 había sido el inspirador de la resistencia contra el Eje por parte de la Comunidad y de Europa, cayó del poder en la elección general de julio de 1945 y fue sustituido por Attlee que entró con una gran mayoría del Partido Laborista. El final de la guerra tuvo, pues, que dirigirse, entre los aliados de Occidente, por dos hombres que eran nuevos en los supremos empleos del poder y de la decisión, y fueron ellos quienes asistieron a la conferencia de Potsdam en julio, aunque Churchill también estuvo presente en la fase inicial. También fueron ellos los responsables del resto de los ajustes de la paz. A este respecto la tarea de elaborar los tratados en 1945 fue diferente a la de 1919 en la cual los caudillos del tiempo de la guerra de las tres potencias victoriosas también fueron las mentes dominantes en los arreglos de posguerra. Pero no hay prueba de que tal cambio de personalidades haya afectado muchísimo el curso de los acontecimientos o la índole de las decisiones.

La suspensión de hecho en la prosecución de la tarea de arreglos de la paz en 1947 y el advenimiento del período de la "guerra fría" perpetuó en los años de la posguerra un nuevo equilibrio de poder en el mundo. Al principio se abrigaron esperanzas de un concierto de poder semejante al que existió después de 1815. Sobre ellas descansó el Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores, a quien tocó la elaboración de los tratados de paz y el establecimiento del Consejo de Control Aliado de Alemania y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En este último se concedió un asiento permanente y el poder de veto a los Estados Unidos, a la Unión Soviética, al Reino Unido, a China y a Francia. Los acuerdos de tiempo de guerra de los aliados habían previsto un largo período de posguerra con actividades coordinadas para una gran variedad de propósitos: durante el "período temporal de inestabilidad en la Europa liberada" (en Yalta, febrero de 1945); para la administración conjunta de la Alemania ocupada (en Potsdam, agosto de 1945); para la conclusión de tratados de paz con países que habían sido enemigos (en Moscú, diciembre de 1945); y, dentro de las Naciones Unidas y sus diversos organismos, para la continua cooperación en diversas obras constructivas (en San Francisco, junio de 1945). En Yalta, por cierto, los tres beligerantes más importantes se habían comprometido a mantener la "unidad en la paz como en la guerra" como "una sagrada obligación que nuestros gobiernos tienen con sus pueblos y con todos los pueblos del mundo".

En los dos o tres años siguientes a la terminación de la guerra, esta perspectiva se desvaneció y se derrumbó esta política. Sobre ella se impusieron la realidad más cruda de un cisma mundial, el conflicto entre Oriente y Occidente y la pauta

de la guerra fría. Pero el gran proyecto de una cooperación universal sobrevivió en un vago esbozo, porque estaba integrada a las organizaciones generales internacionales que se iniciaron en esos primeros y esperanzados años. La combinación de estos dos conceptos discordantes fijó la pauta básica de la política del mundo para los próximos veinte años. ¿Fueron las esperanzas del mundo en un acuerdo entre las principales potencias alguna vez una posibilidad? ¿O fueron todos los ingredientes de la cambiante pauta un inestable equilibrio del poder, ya existente y operando en 1945?

Tal vez el hecho básico era que los trastornos de la guerra habían hecho posible la reanudación de la expansión comunista, detenida desde 1919.⁵ Los años que mediaron entre las dos guerras dejaron un legado de profunda desconfianza entre la Unión Soviética y sus aliados occidentales. Los recuerdos de la política de apaciguamiento por un lado, de las actividades de la Tercera Internacional y el Pacto Nazi-Soviético de 1939 por el otro, engendraron profundas sospechas tan pronto como el enemigo común, el hitlerismo, fue destruido. Una Europa exhausta y destruida por la guerra; unos turbulentos Cercano Oriente y Lejano Oriente y un naciente nacionalismo africano ofrecían nuevas oportunidades para la penetración comunista: tentaciones que Stalin pareció encontrar irresistibles. En los países de la Europa Occidental los movimientos de resistencia a la ocupación habían originado fuertes partidos comunistas; los sacrificios y victorias del Ejército Rojo habían ganado gran prestigio y admiración. En Francia en 1946, 5 489 000 franceses, hombres y mujeres, votaron por los comunistas; y en el

⁵ Véase *supra*, Cap. III, § 1, p. 106.

mismo año en Italia, el partido logró 4 357 000 de votos. En ambos, el partido formó parte del gobierno hasta mayo de 1947; en ambos disfrutó de gran influencia en las organizaciones de trabajadores y, por lo mismo, sobre las convalecientes economías. La Unión Soviética sustituyó a Alemania como el principal socio económico en los países de la Europa Oriental. Bajo su dirección y control, planearon una economía más equilibrada y trataron de incrementar la industria pesada y mejorar los métodos de agricultura. La colectivización de la tierra y el cultivo en grupo sustituyeron al viejo sistema de terrateniente y campesino. El poder del Ejército Rojo en la Europa Oriental en 1945 aseguró una orientación prosoviética, tanto económica como política.

Pero la capacidad industrial rusa había padecido seriamente por la guerra, mientras que la de los Estados Unidos había aumentado en una mitad, y su producción agrícola se había incrementado en un tercio. A causa del enorme aumento en los ingresos nacionales americanos y de su potencia adquisitiva, los Estados Unidos eran ahora el principal agente proveedor de capital y de fondos de inversión, y constituían un codiciado mercado para las exportaciones mundiales. Si la expansión territorial rusa fue muy considerable, la expansión económica norteamericana fue mayor. Los Estados Unidos fueron el factor principal del sostenimiento de la economía mundial. Por su ayuda al extranjero, sus inversiones, préstamos y exportaciones, se convirtieron, más aún que en 1920, en el principal sostén de la recuperación económica y la prosperidad en la Europa Occidental y en muchas otras partes del mundo. A su inmenso poder económico y a su aún más vasto potencial, se le agregó un gran poderío militar. La marina de los Estados Unidos

y su fuerza aérea estaban en su apogeo en 1945, porque nadie había previsto la súbita rendición del Japón en agosto de 1945.

Existían ya todos los factores de un delicado equilibrio de poder entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, cada uno sostenido por grupos de pueblos directamente bajo su influencia. Había una carencia de una "tercera potencia" efectiva. La derrota de Alemania, Italia y el Japón, el debilitamiento temporal de todas las potencias de la Europa Occidental, el incierto futuro de la Comunidad Británica, la continuación de la guerra civil en China y la inquietud política por todo el sureste de Asia, dejaban todo el mundo dominado por el aparentemente inminente conflicto entre los dos superpoderes. Aquí y allá aparecieron señales de un franco choque entre las fuerzas del comunismo y las anticomunistas, como en la lucha que se inició en Grecia el invierno de 1944-45 entre tropas británicas y grupos comunistas griegos de resistencia, o como en la presión soviética, calculada para reducir a Turquía a la situación de satélite, del verano de 1945 en adelante. Para marzo de 1947, el presidente Truman decidió ofrecer ayuda en gran escala a ambos países, y cinco años más tarde se convirtieron en miembros de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (NATO). Para entonces la cortina de hierro estaba bajando, de Stettin en el Báltico a la cabeza del Adriático, y los países situados en los límites tuvieron que escoger a qué lado pertenecerían.

Por estas razones —el legado de sospechas de un pasado lejano, y los cismas ocasionados por el flujo de los años inmediatos de la posguerra— la visión de un "concierto de poderes" globalmente efectivo se desvaneció pronto. En vez de "un mundo", iba a haber ahora dos, mutuamente

antagónicos y tratando de obtener ventaja de cualquier conflicto que surgiera. Había una tercera razón de indudable, pero incalculable importancia en el origen del miedo y la hostilidad: la bomba atómica. La nube en forma de hongo dominó toda la política de la posguerra.

A partir de agosto de 1945, se supo que los Estados Unidos tenían el secreto de la bomba atómica, y por un tiempo, sólo ellos lo tuvieron. Si bien esto incrementó enormemente su prestigio en el mundo, también ocasionó mayores resentimientos y temores de la Unión Soviética. En septiembre de 1949, el presidente Truman anunció que se sabía que había ocurrido una explosión atómica en la Unión Soviética. De ahí en adelante, el equilibrio del poder, en lo que se refiere a la más mortífera de las armas, se restableció. Esta igualdad ocasionó temores aún mayores, entre otros pueblos. Abrió una horrible perspectiva de una competencia sin fin en armamentos nucleares, al obtener otros países la posesión de los mismos (como lo hicieron Francia y China para la década de 1960): la de que cualquier guerra importante destruiría casi seguramente la civilización y quizá la humanidad.

Las consecuencias para la civilización europea del nuevo equilibrio del poder en el mundo y el nuevo cisma que sustituía el vislumbrado "concierto de poderes" se ve más claramente en la suerte de Alemania y del Reino Unido. Durante dos años aproximadamente, se siguió la política acordada en Potsdam en 1945. Alemania se dividió en cuatro zonas de ocupación (aceptándose a Francia como un cuarto aliado para este objeto). Los aliados adoptaron una política general de desarme, desmilitarización y "desnazificación" de la vida alemana; juzgaron a criminales de guerra, descentralizaron al gobierno y la orga-

nización económica; desmontaron las plantas productoras de material de guerra y fijaron indemnizaciones. Berlín, que estaba enclavado dentro de la zona rusa, se dividió asimismo, en cuatro secciones, cada una administrada por una de las cuatro fuerzas de ocupación. Un Consejo de Control Aliado coordinaba las cuatro zonas. Para el otoño de 1946 las zonas británica y de los Estados Unidos se unieron económicamente en forma más estrecha; y en la conferencia de Londres de 1948, los tres poderes occidentales junto con los gobiernos de "Benelux", acordaron instalar un gobierno alemán para las tres zonas occidentales. La acción concertada se rompió espectacularmente en el bloqueo soviético de Berlín en junio de 1948, el puente aéreo británico-norteamericano para mantener abastecido al Berlín Occidental; y la suspensión, en la primavera de 1949, de todo comercio entre la Alemania Oriental y la Occidental. Berlín, nominalmente en cuatro sectores, se convirtió en realidad en dos ciudades, Berlín Oriental y Berlín Occidental; y el escenario estuvo dispuesto para la prolongada "crisis de Berlín" de 1961 que amenazó la paz del mundo. La división de Alemania en dos partes, no cuatro, se perpetuó en 1949 mediante la creación de la República Federal Alemana, en la parte oeste, y la República Democrática Alemana, en el este.

El Reino Unido, la única otra potencia europea además de Alemania, que estuvo continuamente en guerra de 1939 a 1945, emergió de la guerra con un gran prestigio, pero drásticamente debilitada en su situación económica. Habiendo dedicado casi las tres cuartas partes de sus recursos a gastos de guerra, el Reino Unido se había transformado, de un Estado acreedor en una nación deudora, teniendo como principales acreedores a los miembros de la Comunidad Británica. Hasta la

Comunidad Británica en conjunto, enfrentándose ahora a una disminución en su extensión, tenía sólo el 23 por ciento del tonelaje mundial de embarques marítimos, comparado con el 30 por ciento que tenía en 1939. Las exportaciones británicas habían bajado al 41 por ciento del nivel de antes de la guerra y se habían perdido muchos de los antiguos mercados. En 1945 negoció un préstamo con los Estados Unidos por 3 750 millones de dólares para ser pagado en cincuenta años al dos por ciento de interés. Esto simbolizó la dependencia financiera británica de los Estados Unidos. En el Lejano Oriente, las naciones europeas occidentales, incluyendo la Comunidad Británica, estaban en retirada, mientras se extendía el poder, tanto de la Unión Soviética, como de los Estados Unidos. Las fuerzas de los Estados Unidos permanecían en el Japón y en la mayor parte de las islas estratégicas del Pacífico, a pesar de que el Japón recuperó formalmente su soberanía en 1952. Había fuerzas activas ayudadas por los comunistas en Indochina, Indonesia, Malasia: y China, al caer bajo el gobierno comunista en 1949, revolucionaría pronto todo el panorama en Asia y el Lejano Oriente.

La segunda Guerra Mundial, más aún que la primera, trajo un desplazamiento de poder en el mundo. Seis años de amarga lucha dejó a algunos exhaustos, empobrecidos, deshechos, mientras que a otros los dejó con su poder incrementado, potencialmente más ricos y más inquietos en sus ambiciones. Los siguientes veinte años fueron, hasta un extremo considerable, una demostración de este desplazamiento. Pero la segunda Guerra Mundial se pareció bastante a la primera en la formación de sus participantes y las consecuencias que trajo, en su perspectiva histórica a largo plazo, desarrollos que fueron la intensificación de

viejas inclinaciones más que nuevas tendencias. Ambas guerras disminuyeron, en conjunto, la importancia de Europa en el mundo, así como aumentaron el poder y la importancia de los Estados Unidos y de Rusia. Las dos luchas, vistas juntas, trajeron un desarrollo progresivo de la destrucción científica en la guerra. Produjeron también un crecimiento constante de la conciencia nacional y el deseo de independencia entre los pueblos de Asia y África. La sombra de los hechos por venir en los años de 1960 puede verse no sólo en los sucesos de la década 1939-49, sino también en las tendencias de la historia mundial desde 1914.

CAPÍTULO VI
EL MUNDO CONTEMPORANEO
1945 a 1968

1. ECONOMÍA MUNDIAL

Para los años 1960-68 el número de seres humanos crecía a un ritmo superior al millón por semana, o sea, un aumento de más de 100 cada minuto. Este hecho crucial en la historia del mundo tuvo poca relación directa con la segunda Guerra Mundial. La explosión demográfica —cuyos orígenes podemos apreciar en Europa y China a fines del siglo XVIII— llegó simplemente a estas cifras estupendas a mediados del siglo XX. Aun sin la destrucción y la dislocación de una guerra mundial, para mediados de este siglo hubiera habido gran presión sobre los recursos del mundo. La Liga de las Naciones registró en 1937 que por lo menos la mitad de la Humanidad padecía de mala nutrición. Durante la siguiente década, la población del mundo aumentó como 175 millones: y la tasa de crecimiento se aceleró a medida que avanzaba el siglo. El incremento en el primer cuarto de siglo fue del 23 por ciento y aumentó al 31 por ciento en el segundo cuarto. Para 1960, la población del mundo excedía los 3 000 millones. El total en 1930 había sido un poco superior a 2 000 millones. Era evidente que estaban operando los principios maltusianos: los hombres se multiplicaban más aprisa que su capacidad de producir alimentos.

A pesar de que el aumento total era mayor en Asia y África, incluyendo zonas tales como Indonesia y el Norte de África, en ciertas naciones

occidentales el aumento relativo era espectacular. Era rápido en Francia, donde el índice de natalidad aumentó y el índice de defunciones decreció simultáneamente, después de generaciones de crecimiento lento; fue extenso en la Alemania Occidental, donde una gran parte provenía, sin embargo, de la emigración de la Alemania Oriental; fue histórica en los Países Bajos, los cuales (con más de 360 habitantes por kilómetro cuadrado) se convirtieron en el país más densamente poblado del mundo; y lo más sorprendente de todo fue que en los Estados Unidos el índice de crecimiento demográfico rivalizó hasta con el de la India. El crecimiento de la población de la posguerra en los países económicamente adelantados desmintió la idea, comúnmente aceptada, de que un alto nivel de vida fomenta un bajo índice de natalidad. Las naciones bien alimentadas tienen también familias más numerosas. Por otro lado, algunas naciones, especialmente la India, China y el Japón aceptaron el punto de vista de que para elevar el nivel de vida era necesario detener el ritmo de crecimiento de la población. Adoptaron políticas que favorecían el control de la natalidad, pero no obtuvieron un éxito impresionante. La idea de equilibrar un mejor control de la mortalidad con el control de la natalidad no se vio extensamente favorecido, a pesar de las constantes recordaciones de que la amenaza del hambre era una probabilidad no menos real, aunque mucho menos apreciada, que la posibilidad de una destrucción nuclear por guerra. Entre 1947 y 1953 la producción mundial de alimentos aumentó como en un 8 por ciento. En esos mismos años, el número de bocas que había que alimentar aumentó en un 11 por ciento.

Para 1950, la Organización para la Alimentación y la Agricultura calculó que la producción de co-

mestibles (excluyendo pescados) se distribuía en el mundo de la siguiente manera, mientras que la población se distribuía como aparece en la segunda columna:

<i>Región</i>	<i>Porcentaje de producción de alimentos</i>	<i>Porcentaje de población</i>
Lejano Oriente	32.0	54.5
Europa	23.5	18.0
Cercano Oriente	4.4	5.5
África	4.7	7.0
Latinoamérica	10.0	7.0
Estados Unidos-Canadá	22.6	7.5
Oceanía	2.8	0.5
	100.0	100.0

Así, la mitad mayor de la humanidad, que vivía en el Lejano Oriente, producía menos de una tercera parte del alimento en el mundo; mientras que América del Norte, que sólo tiene un 7.5 % de las bocas que deben alimentarse, producía más de una quinta parte de la alimentación mundial. Tal el fondo económico de la hegemonía internacional de los Estados Unidos. Asia, que en 1960 ya tenía que alimentar al 56 por ciento de la Humanidad, también era responsable, al menos de la mitad del incremento de la población en el mundo.

La cooperación internacional era indispensable para luchar contra este problema. Y así, también la tendencia mundial a la inflación tenía sus raíces en las condiciones económicas generales fuera del control de cualquier gobierno en especial. El Reporte Económico de las Naciones Unidas de

1948 analizaba las razones para esta tendencia inflacionaria:

En la mayoría de los países, las presiones que provocan la inflación pueden atribuirse, por una parte, a la presión de la demanda generada por déficit presupuestales, o por cuantiosas exportaciones netas, o por elevados intereses de las inversiones privadas, o por el consumo del activo líquido acumulado, y, por otra parte, a la escasez de abastos de mercancías de consumo. Esta situación ha provocado el alza de precios que tiende a ajustar la demanda de mercancías de consumo al monto de sus existencias por medio de una elevación de ganancias hasta el grado en que los ahorros que resultan de dichas ganancias sean suficientes para suministrar los fondos del aumento de las inversiones y del déficit gubernamental. En este proceso, la relativa participación de los salarios en los ingresos nacionales sufre una baja, y los bienes de primera necesidad tienden a ser distribuidos de manera muy poco equitativa. Los consiguientes esfuerzos de los trabajadores, encaminados a impedir el deterioro de su situación, a base de mayores salarios se ven frustrados por el subsiguiente aumento en los precios, y así es como se desarrolla la espiral de la inflación.¹

Los gobiernos podían, sin embargo, corregir la desigual distribución de los satisfactores básicos por medio de todos los recursos del "Estado Be-

¹ *Salient Features in the World Economic Situation, 1945-47*: Informe Económico, Departamento de Asuntos Económicos, Naciones Unidas. Enero, 1948, pp. 24-25.

nefactor"; mediante subsidios alimenticios como en la Gran Bretaña, mediante el sistema de generosas prestaciones familiares como en Francia, y mediante la imposición graduada y prestaciones de servicios sociales "según las necesidades", como en la mayor parte de los países en la mitad del siglo xx. Pero debido a que una gran parte de sus alimentos básicos y sus materias primas provenían de los Estados Unidos y el Canadá, los países bajo la influencia de la libra esterlina se encontraron frente a un grave déficit de dólares y a una balanza de pagos adversa. (La zona de influencia de la libra esterlina incluye toda la Comunidad Británica, menos el Canadá, y comprende unos 500 millones de personas.) Francia e Italia durante los años 1950-59 tuvieron también dificultades para evitar una adversa balanza de pagos. Los países de Europa, en un grado mayor a los de cualquier otro continente, dependían para su prosperidad del comercio internacional. Por lo tanto, la suspensión del comercio internacional a raíz de la guerra y a las divisiones subsecuentes afectó grave y especialmente a Europa. Contribuyó a la relativa contracción de la posición de Europa en el mundo. También aquí hubo desplazamiento de poder.

Antes de 1939, los países industrializados de la Europa Occidental, incluyendo a Alemania, eran responsables de casi la mitad de la producción industrial del mundo; gran parte de su comercio era con la Europa Oriental a cambio de alimentos y materias primas. Así, la Europa Occidental, independientemente del Reino Unido, obtuvo en 1935 el 58 por ciento de sus importaciones de la Europa Oriental, la cual absorbió el 69 por ciento de sus exportaciones. La Europa Oriental dependía en exceso, tanto en sus importaciones manufacturadas como en sus mercados, de Alemania

y el Reino Unido, en especial. Inmediatamente después de la guerra, los países orientales comerciaron mucho más con la Unión Soviética, a pesar de que a los pocos años sus relaciones comerciales con la Europa Occidental se reanudaron. Mientras tanto, los países de la Europa Occidental perdieron gran parte de su comercio con Asia y la América Latina, y aumentaron su comercio con los Estados Unidos. Así, la división política de Europa tuvo su equivalente en una nueva orientación económica, las naciones orientales volviéndose más al Oriente, las occidentales más al Occidente.

El comercio mundial en general tomó nuevas direcciones. Tanto en la América Latina como en Asia, los problemas políticos impedían las libres relaciones comerciales. La América Latina, cuyo comercio se había suspendido prácticamente durante los primeros años de la guerra, estableció nuevas relaciones comerciales con los Estados Unidos, y ya para 1945 obtenía el 39 por ciento de las exportaciones de este país y enviaba la mitad de sus propias exportaciones al mismo. Al encontrarse similarmente aislada de sus fuentes de abastecimiento de arroz en Asia, aumentó su producción de tal manera que ahora tenía un sobrante para exportación. En general, Europa dejó de ser el centro de intercambio multilateral de bienes y servicios que había sido en el período comprendido entre las dos guerras. La guerra afectó de diferentes maneras las relaciones europeas con África. Muchos territorios africanos se beneficiaron con el aumento en la demanda mundial de sus productos. El Congo y la Rhodesia del Norte prosperaron con la demanda de metales no ferrosos; la Unión Sudafricana casi canceló su deuda exterior y sus reservas de oro le dieron ventaja y fuerza en el mercado mundial. Pero en

su conjunto, África sufrió, junto con la mayor parte del resto del mundo, tendencias inflacionarias y las privaciones que éstas ocasionaron se vieron aumentadas por malas cosechas y la escasez de capital de trabajo.

A pesar de todas estas divisiones y dificultades, el mundo en general era más rico que nunca y la mayor parte de las naciones participaron en este aumento de riqueza. Para 1948 —apenas el tercer año de paz— la mayor parte de las naciones europeas occidentales se aproximaban mucho, o hasta excedían, sus niveles de producción e ingresos de antes de la guerra. El concepto de un rápido “crecimiento económico” para crear una “sociedad más rica” era un objetivo generalmente aceptado. El ritmo real de crecimiento económico era desigual, tanto en lo que se refiere al tiempo como al lugar. En el Reino Unido, durante los años 1950-59 era sólo un tercio del de Alemania y la mitad del de Francia. Pero en todos continuó, a pesar de recesos temporales como el de 1957-58. El ingreso nacional bruto en la mayor parte de los países aumentó de década en década, cuando no de año en año. Las cifras de desempleo en Europa se mantuvieron bajas, el nivel de vida subió, pero la inflación fue carcoma que socavó los niveles de vida de los que dependían de un ingreso fijo. La verdadera “revolución industrial” de los años 1960-68 fue la creciente aplicación de computadoras a la producción: una revolución que diferenció rápidamente a los relativamente pocos países “adelantados” de los demás. Mientras tanto, el mecanismo del Estado benefactor distribuía extensamente, dentro de cada comunidad, tanto riqueza como beneficios, de la misma manera que la ayuda a naciones subdesarrolladas y los organismos funcionales de las Naciones Unidas para promover la salud, normas

de trabajo, educación y otros fines similares, llevaban la idea y los logros del Estado benefactor a un mundo más extenso.

2. DIFUSIÓN DE LA BENEFICENCIA

La idea de usar todos los recursos naturales y la habilidad organizadora para lograr la más amplia difusión posible de la beneficencia fue un concepto que se originó en la Europa Occidental: se extendió junto con los ideales de la democracia. Este concepto impregnó los asuntos mundiales a mediados del siglo xx. Mediante la aplicación de la ciencia occidental, su tecnología y su habilidad organizadora, muchas viejas aflicciones de la Humanidad se convirtieron en males remediables: aflicciones tales como plagas y hambres, miseria y pobreza, ignorancia y muerte prematura. En cien años el hombre occidental había añadido toda una generación a la edad-promedio de vida. Ahora estaba ayudando a extender tales beneficios a zonas hasta entonces menos afortunadas. Los notables logros de la civilización occidental habían atraído la reverencia universal combinada con la muy general consternación por los hábitos mutuamente destructores de los europeos y su conducta con los pueblos no-blancos.

Junto a este gran progreso material se desarrolló también un concepto más amplio y generoso de la justicia humana. En las naciones occidentales las actividades del Estado benefactor estaban logrando una distribución más justa de los satisfactores básicos para la vida entre sus pueblos. A pesar de que quedaba mucho por hacer, era indudable que la educación pública y las pensiones para la vejez, el seguro social y los planes para evitar el desempleo, los servicios sanitarios

y un sistema de imposición redistributiva hacían una vida más larga y más valedera para los pueblos de Europa.

La extensión a los pueblos de ultramar de ideales y actitudes similares vino en parte, por los cambios de política de las mismas potencias colonialistas. El imperialismo colonialista se había despojado de la mayor parte de sus características despiadadas y explotadoras. Entre la mayor parte de los administradores coloniales y los colonizadores, había impulsos genuinos de encontrar en principios de confianza y experimentos de autogobierno, aun en una sociedad racial, una nueva base para las relaciones entre las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas del mundo. No sólo se incluyeron tales principios en el Acta Constitutiva de las Naciones Unidas, la cual fue suscrita por la mayor parte del mundo, sino que las principales potencias colonialistas las aplicaron al gobierno de sus territorios de ultramar que no estaban directamente bajo la tutela de las Naciones Unidas. El Desarrollo Colonial de Gran Bretaña, y las Actividades de Bienestar Social de la misma, no datan de 1945, sino de 1929 y 1940.

Pero las dos potencias que dominaban el mundo, por opuestas razones, eran igualmente hostiles a cualquier gobierno colonialista. Al igual que en las más amplias relaciones internacionales, las actitudes heredadas de un pasado remoto, coloreaban las políticas actuales. Los Estados Unidos veneraban una tradición anticolonialista, derivada de sus propios orígenes. La Unión Soviética, en nombre de las teorías marxista-leninistas del capitalismo imperialista, apoyaba las demandas de independencia de los pueblos coloniales, y encontraba en sus conflictos una fecunda fuente de ventajas tácticas para la guerra fría. En ocasio-

nes estas actitudes se oponían al conflicto normal ideológico. Así, la larga lucha francesa en Indochina, entre 1946 y 1954 fue condenada en los Estados Unidos como una guerra de dominación imperialista, hasta que, al quedar triunfante el comunismo en China, se le trató como un sector vital en el conflicto mundial con el comunismo militante, y los Estados Unidos sustituyeron a Francia como el enemigo del Vietcong. Similarmente, el fracaso en el Congo en 1960, que siguió a la brusca cesación de responsabilidad de Bélgica, produjo complicaciones internacionales de gran complejidad y peligro, porque los líderes congolese rivales obtuvieron apoyo de diferente lado del conflicto mayor.

En otro aspecto, la prolongación de la guerra fría en sí misma, fue un estímulo para otorgar ayuda y capital a las naciones subdesarrolladas. Los astutos líderes de las naciones jóvenes estuvieron en posición de celebrar beneficiosos acuerdos, contraponiendo a las ansiedades americanas las ambiciones soviéticas, y obteniendo ayuda de ambos lados. Los altibajos mundiales de la "revolución colonial" se considerarán en seguida, pero la rapidez y facilidad con que muchos pueblos que habían sido coloniales (especialmente en África) obtuvieron su independencia nacional, así como las tensiones que se acumularon en los pocos puntos (como en el Congo y Argelia) donde este objetivo encontró resistencia, son puntos igualmente significativos en la acción recíproca del cisma mundial y la revolución colonial.

La demanda popular por una distribución más amplia de la riqueza y los beneficios sociales fueron tan pujantes, que cualquier tipo de Estado —ya fuera democrático o dictatorial, socialista o comunista o militarista— tuvo que satisfacerlos para poder sobrevivir. Un Estado del siglo xx debe

ser un Estado benefactor o morir. En las democracias occidentales, era casi universalmente cierto que después de 1945 ningún partido político pudo oponerse por mucho tiempo, con éxito, a una mayor seguridad social para el conjunto de ciudadanos. Las "Democracias del Pueblo" comunistas de la Europa Oriental se enorgullecen de realizar reformas agrarias y de introducir servicios sociales con un propósito similar. También, muchas de las recién independizadas naciones estaban gobernadas por socialistas nacionalistas como Pandit Nehru en la India y el Dr. Nkrumah en Ghana, quienes llevaron a cabo una planeación económica, proyectos de trabajos públicos y aumento de servicios sociales (especialmente educación y salubridad pública). Los hechos en otros países ejemplifican esta generalización en una variedad de contextos diferentes.

En la Argentina, la dictadura del coronel Juan Perón, de 1945 a 1955, que en sí misma fue una extensión de su labor como Secretario de Trabajo y Asistencia Pública después del golpe de Estado de junio de 1943, demostró cómo los beneficios sociales pueden derivarse de un sistema altamente autoritario. En Cuba, el poder del doctor Fidel Castro, llamativo héroe de la gente de color, en protesta tanto hacia el capitalismo como el colonialismo, presenta complejos problemas para la diplomacia de los Estados Unidos. El presidente Nasser, de Egipto, representa una combinación de poder personal (derivado primero como algo original y posteriormente en el poderío militar) con una popularidad basada en resentimientos nacionalistas en contra de las potencias coloniales, en un programa nacional de desarrollo económico muy necesario y en reformas sociales, y en su pretensión de guiar al mundo árabe. Según parece, la autoridad personal jugó un papel

muy importante en la política de la década de 1960. Las circunstancias que llevaron al poder al general De Gaulle, en Francia, en 1958, fueron una conjunción del persistente desacuerdo militar y político resultante de la guerra de Argelia, un golpe militar en el mismo país y la aceptación, por el Parlamento, los partidos y la opinión pública por igual, de cambiar un sistema parlamentario por un sistema de poder personal, a fin de evitar el debilitamiento nacional y la guerra civil.

La moraleja, en resumen, es que a los valores democráticos se les dio rara vez prioridad: que el progreso material, o la seguridad social, o la independencia nacional, o el prestigio internacional fueron más altamente valuados por la mayoría de los hombres que la prevención del poder arbitrario, o los ideales de libertad personal, gobierno constitucional o tolerancia política. Muchos hombres y partidos adjudicaron importancia a estos ideales democráticos sólo mientras no se opusieran a las metas de prosperidad, seguridad y nacionalismo. Y así, vino a suceder que los objetivos nacidos históricamente de la civilización occidental devoraron a sus padres. La libertad personal no se impuso siempre a la libertad nacional.

3. LA REVOLUCIÓN COLONIAL

La revolución colonial, que en sus manifestaciones más antiguas se remonta por lo menos hasta el Motín Hindú de 1857, puede fecharse como un proceso continuo desde la rebelión de los boxers en China en 1900 y la victoria japonesa sobre Rusia en 1905. Alcanzó su primera y decisiva culminación por las conquistas japonesas

en Asia y en el Pacífico en la segunda Guerra Mundial. Fue entonces cuando se proclamó en alto la emancipación de Asia respecto a la raza blanca, y cuando se acercó a distancia previsible su logro. Francia, la Gran Bretaña y los Países Bajos, y hasta los Estados Unidos, habían sufrido serias derrotas a manos de los japoneses. Sus territorios coloniales, que ya en algunos aspectos avanzaban por el camino de la autodeterminación y una mayor independencia nacional, habían sido invadidos por los japoneses, o se mantenían leales (como en Indochina) sólo por un tenue hilo. El clima de la opinión pública al final de la guerra era idealista, alentando los ideales universalistas de liberación de la necesidad y del temor, y la completa igualdad nacional y racial. Las potencias imperialistas estaban demasiado debilitadas por el esfuerzo de la guerra y los problemas nacionales de la posguerra para resistir con vigor la creciente demanda de independencia de los pueblos coloniales; en la mayoría de ellos no tenían siquiera un gran deseo de resistir. Todos favorecían la emancipación colonial.

Fue en esta fase y en este estado de ánimo que grandes porciones de los antiguos imperios británico, holandés y americano se convirtieron en Estados soberanos independientes en la década de 1940: Birmania, Ceilán, la India, Pakistán, Indonesia y las Filipinas habían ganado su independencia para 1950. En algunos casos la ruptura se llevó a cabo suavemente y sin derramamiento de sangre; en otros, especialmente Indonesia, sólo después de luchar. En forma similar, en Indochina, los franceses se mantuvieron hasta que fueron derrotados en 1954, dejando las áreas al norte de Tonkín y Annam bajo el gobierno comunista. En Malasia, Indonesia e Indochina, los nacionalistas estaban respaldados por los comunis-

tas, como aliados en una guerra contra el enemigo común del capitalismo imperialista. En China, donde el nacionalismo se había alimentado por largo tiempo del odio a los japoneses y a los invasores occidentales, la causa nacionalista cayó completamente en las manos de los comunistas para 1949, cuando los comunistas, guiados por Mao Tse-tung y Chou En-lai, fundaron la República del Pueblo de China. Chiang Kai-shek, líder del viejo Kuomintang, fue expulsado del continente a la isla de Formosa, donde ha sobrevivido con la ayuda de los Estados Unidos.

Mientras tanto, en el Cercano Oriente, Jordania e Israel se habían convertido también en Estados soberanos e independientes; y en África, los territorios británicos estaban en varias etapas de desarrollo hacia un mayor autogobierno. Durante la década de 1950 prosiguió a buen ritmo la liquidación de casi todos los viejos imperios colonialistas. Para 1950, todos los territorios coloniales británicos, exceptuando Somalia Británica, tenían un cuerpo legislativo local: algunos totalmente elegidos y algunos parcialmente nominados. En tales cuerpos y en los gobiernos que iban siendo más y más responsables ante ellos, se fueron delegando más y más poderes. La Costa de Oro, junto con Togo, se independizó de Ghana en 1957. Siguió Nigeria en 1960, Tangañika en 1961 y Uganda en 1962. Rhodesia del Sur, así como Rhodesia del Norte y Nyasalandia se convirtieron en una federación en 1963. En Kenia como en Chipre, la violencia y el terrorismo señalaron el camino hacia la independencia. En 1958 la nueva constitución de la quinta república, patrocinada por el general De Gaulle, transformó la vieja Unión Francesa de 1946 en una nueva "comunidad", en donde los territorios de ultramar podían escoger su independencia. Sólo la Guinea

Francesa la escogió en 1958, pero dos años más tarde De Gaulle reformó de nuevo la "comunidad" en términos de verdadero autogobierno colonial y libre asociación. La concesión de la independencia del Congo por Bélgica, en 1960, estuvo tan mal preparada y fue tan brusca, que originó una prolongada guerra civil, y las fuerzas de las Naciones Unidas que se enviaron para mantener la paz se vieron envueltas en la política congoleña y en sus luchas internas. En general, el nacionalismo africano se inclinó más hacia el socialismo que al comunismo, y el Congreso Nacional Africano no fue de ninguna manera un cuerpo marxista. Pero en donde la Unión Soviética o China podían ofrecer al movimiento nacionalista ayuda y reconocimiento, como en Argelia y en el Congo, la lucha de las colonias se mezcló inevitablemente al cisma mundial.

Como en otras cosas, la distinción convencional entre asuntos nacionales e internacionales fue haciéndose más difícil de mantener. Los holandeses en Indonesia, los británicos en Malasia y Kenia, los franceses en Indochina y Argelia y, más tarde, los norteamericanos en Vietnam, se encontraron envueltos en una "guerra revolucionaria": una guerra sin líneas de ataque ni batallas campales, una guerra de emboscadas y terrorismo, llevada con tácticas de guerrillas por un enemigo implacable con y a través de la población civil. En este tipo de lucha, el tiempo favorece casi siempre a los guerrilleros, la derrota rara vez es definitiva, existe la tentación de recurrir a métodos repugnantes a la democracia y capaces, como la continuación de la guerra misma, de fomentar situaciones revolucionarias dentro del mismo poder beligerante. Este tipo de lucha, congénito a los movimientos revolucionarios de la posguerra, tiende a dar la ventaja a los más decididos

extremistas, a desacreditar a los moderados y a causar largos sufrimientos a la población civil. Mao Tse-tung teorizó sobre ella y la perfeccionó durante la larga guerra de China con el Japón. Fue estudiada, imitada y mejorada en Indochina y Argelia. Su desenvolvimiento es característico de la historia del mundo a partir de 1945, mezclando guerra y revolución y sucesos exteriores y nacionales, en un solo fenómeno continuo. No fue un producto de la guerra fría, pues Mao la había presentado veinte años antes. Pero su prevalencia en esta época fue influida por la guerra fría y les dio a las guerras coloniales de la época su especial ferocidad.

Dentro del cuadro completo de la revolución colonial en África, tres excepciones son especialmente significativas: los sucesos de la Unión de Sudáfrica, en las colonias portuguesas de Angola y Mozambique, y en Rhodesia. Desde 1948, el gobierno de Sudáfrica estaba en manos del Partido Nacionalista, primero del Dr. Malan, luego del Sr. Ttrijdom, el Dr. Verwoerd y el Sr. Vorster. Cada sucesivo líder prosiguió más despiadadamente una política de *apartheid* o segregación racial, y de separación de la Gran Bretaña. Una vez más, el legado de un pasado remoto —en este caso la Guerra Boer— logró mucha influencia sobre el presente. Convirtiéndose paulatinamente en un Estado policía, con la necesidad de sostener drásticas políticas segregacionistas y de censurar publicaciones, la Unión se convirtió en la ciudadela de la supremacía blanca que se negaba a morir, en un continente hirviendo en violentas pasiones nacionalistas y raciales. En 1961 se convirtió en República y abandonó la Comunidad Británica de Naciones. De una manera similar, el Portugal del Dr. Salazar, al enfrentarse con inquietudes de protesta entre su sujeta población

nativa, los aplacó tan despiadadamente que provocó la crítica mundial. Combinado con el resurgimiento de los Mau Mau entre los kikuyu de Kenia y los desórdenes tribales de Rhodesia y Nyasalandia y todo el tinglado del Congo, estos sucesos ocasionaron una nube de animadversión racial que influyó sobre todos los otros conflictos mundiales. En tercer lugar, Rhodesia del Sur, bajo su primer ministro, el Sr. Ian Smith, declaró unilateralmente su independencia de la Gran Bretaña, en noviembre de 1965. Declaró representar los 219 000 colonos blancos y rehusó aceptar el eventual control de los cuatro millones de negros en el país. Las sanciones económicas, que todavía operaban en 1968, fueron ineficaces para derrocar su gobierno, a pesar de haber sido apoyadas por más de 70 miembros de las Naciones Unidas.

El efecto acumulativo sobre los asuntos mundiales de tantos pueblos adquiriendo su independencia política fue una notable transformación. Cuando se fundaron las Naciones Unidas en 1945 tenían 51 Estados-miembros. Para 1968 había 123, dos terceras partes de ellos sin compromiso con los soviéticos o con el bloque occidental. La mayoría de los recién ingresados eran Estados asiáticos o africanos que acababan de independizarse, y a pesar de varias divisiones y agrupamientos internos, tendían a tomar una sola actitud cuando se incluían las cuestiones de racismo o colonialismo. Así, cuando Francia reaccionó con violencia a las amenazas de Túnez, en contra de la base naval francesa en Bizerta, en 1961 se presentó el problema en una sesión especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas, ningún miembro votó por Francia, a pesar que varios se abstuvieron para no votar en su contra.

Los países afroasiáticos formaron primero un bloque propio en 1955, cuando los primeros mi-

nistros de la India, Pakistán, Ceilán, Birmania e Indonesia patrocinaron una conferencia en Bandung, adonde asistieron dos docenas más de otros países no europeos, incluyendo la China comunista y el Japón. A pesar de que China tuvo un papel importante en Bandung, otros delegados en turno denunciaron tanto al comunismo como al colonialismo. La conferencia no llegó a ninguna conclusión clara, pero fue una paja en el aire. La presencia dentro de las Naciones Unidas de una proporción tan grande de voceros no europeos inclinados a mantenerse unidos en asuntos que afectaran los problemas afroasiáticos, formó una opinión general que ninguno de los dos lados de la guerra fría puede permitirse ignorar.

Para fines de los 1950, surgió un segundo grupo, superponiéndose un poco a los afroasiáticos, el de las naciones llamadas "no alineadas" o no comprometidas. En septiembre de 1961, en Belgrado, unos doce de ellos discutieron los problemas del mundo. Los delegados incluían a los líderes de los Estados neutrales más importantes —los presidentes de la India, Egipto, Ghana y Túnez, así como el de Yugoslavia y los de algunos de los países de la América Latina—. Al reunirse en un momento de creciente tensión entre Oriente y Occidente a causa de Berlín, cuando la Unión Soviética había objetado recientemente la estructura de la organización de las Naciones Unidas y había reanudado sus pruebas nucleares tres años después de haberlas suspendido, el vocero de las naciones no comprometidas expresó su propia lealtad a las Naciones Unidas, así como su deseo de disminuir las tensiones internacionales. Hasta hicieron notar una división Norte-Sur en el mundo, entre las naciones más ricas y las más pobres, superando las rivalidades Este-Oeste de las naciones fuertes y ricas.

Durante los años de 1960, sin embargo, el calidoscopio de los asuntos mundiales giró de nuevo. La guerra fría perdió importancia cuando la Unión Soviética, enfrentada a la rivalidad China, tuvo ciertos gestos de acercamiento con las potencias occidentales. Los nuevos grupos, afroasiáticos y no comprometidos por igual, perdieron cohesión a medida que se presentaron diferencias y conflictos de intereses entre sus miembros. Los intentos de celebrar un "segundo Bandung" en 1965 fracasaron, la nueva Organización para la Unidad Africana de 1963 se desintegró en 1965, y la India no pudo mantener su posición neutral cuando fue atacada por China, o estuvo en guerra con el otro miembro de la Comunidad Británica: Pakistán. En el sudeste de Asia, además de la guerra del Vietnam, persistía una "confrontación" entre Indonesia y Malasia. Los asuntos mundiales no detuvieron por mucho tiempo la desnuda dicotomía de la guerra fría y los conflictos y animosidades nacionalistas ganaron precedencia sobre todas las alineaciones geográficas, ideológicas y hasta raciales. El desplazamiento del poder más dramático en el mundo vino de la Guerra de los Seis Días (del 5 al 10 de junio de 1967), en el curso de la cual Israel destruyó los ejércitos árabes que amenazaban su supervivencia. El descrédito de los países árabes y la captura de extensos territorios árabes por Israel hasta llevó temporalmente al mismo campo pro-árabe a la Unión Soviética y a China. Para 1968, el escenario diplomático del mundo era de gran fluidez.

Esta impresión de fluidez estaba realzada por una gran inquietud dentro de los mismos bloques orientales y occidentales. No sólo era ahora Pekín una moderna fuerza contrapuesta a Moscú, enfrentándose con éxito al monopolio original del Kremlin para determinar la ortodoxia marxista,

sino que las naciones de la Europa Oriental encontraron que podían desafiar con éxito los dictados del Soviet. El control soviético había ido menguando paulatinamente, tanto en Polonia como en Rumania, y en el verano de 1968 fue desafiado abiertamente por Checoslovaquia. El gobierno del Sr. Dubcek consiguió liberalizar el régimen y resistir por algún tiempo la intimidación militar de la Unión Soviética, lo mismo que la presión diplomática conjunta de los gobiernos del Pacto de Varsovia. La invasión soviética a Checoslovaquia en agosto de 1968, revivió el temor de la guerra fría. En el Occidente, las violentas controversias originadas por la guerra del Vietnam, rompían la unidad política. La Francia degaullista declaraba, con evidente placer, su completa independencia de los "anglosajones" y en los desórdenes y huelgas de París, en mayo de 1968, se reveló un acuerdo más estrecho entre el degaullismo y el comunismo que el que las doctrinas y declaraciones de ambos lados nos habían hecho suponer. No se puede esbozar ni imponer ninguna pauta simple de interrelaciones en los asuntos del mundo, ni en el rápido correr de los hechos. Sin que esto sorprenda a nadie, las organizaciones mundiales reflejaron tales perplejidades.

4. ORGANIZACIONES MUNDIALES

Para 1949 había quedado claro que ya no había una automática armonía de propósitos entre la Unión Soviética y el Occidente; la alianza temporal por la guerra, había sido reemplazada, no por una alianza permanente para la paz, sino por intenso temor mutuo y desconfianza, provocando la duda de si la convivencia pacífica de dos cam-

pos armados sería posible. En este cambio naufragaron las altas esperanzas de hacer a las Naciones Unidas una organización universal y continua para la prevención de la guerra. Sobrevivió, a pesar de todo, como una palestra de la expresión de la opinión pública y la discusión de los problemas del mundo.

Tampoco las relaciones internacionales reverteron a nada parecido a sus niveles de la preguerra. La división de Alemania y de Europa, la ocupación del Japón (aunque se incorporó a las Naciones Unidas en diciembre de 1956) y el surgimiento de China, significaron una revolución en el equilibrio del poder en el mundo. La presión de las necesidades económicas forjó un nuevo eslabón de necesidades entre los Estados Unidos, la Comunidad Británica y las naciones de la Europa Occidental. El acta constitutiva de las Naciones Unidas había previsto tanto la acción aislada, como la cooperación regional. El artículo 51 estipulaba que "Nada en la presente Acta Constitutiva coartará el derecho de defensa individual o colectiva, si ocurre un ataque armado..." y el artículo 52, que "Nada en esta Acta Constitutiva impide la existencia de tratados regionales o agencias para tratar de aquellas materias que se relacionen con el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales, según sean apropiados para la seguridad regional..." La característica más notable en el escenario del mundo para la década de 1960 fue una proliferación de organizaciones locales o de grupo, de este tipo.

Las numerosas organizaciones internacionales no pueden ser clasificadas todas nítidamente. Pero la mayoría forman un cuadro significativo si se les considera bajo tres encabezamientos: aquellas que se ocupan de la cooperación en una

escala global, y especialmente en el campo de la economía mundial; aquellas conectadas directamente con la alineación de potencias en la "guerra fría" y son, por lo tanto, predominantemente de propósitos defensivos y de alcances regionales; y aquellas a las que conciernen especialmente los problemas de los países subdesarrollados, ya sean de carácter universal o local. El considerar a los principales organismos internacionales bajo estos encabezamientos es verlos en relación con los tres problemas cruciales de la segunda mitad del siglo xx: la estabilidad y la reestructuración de la economía mundial; las tensiones Este-Oeste y la guerra fría, con su amenaza de guerra nuclear; y los problemas de las naciones subdesarrolladas (ya sean raciales o políticos) y el eventual peligro del hambre.

Las instituciones potencialmente universales —las Naciones Unidas y las agencias funcionales como la Organización para la Alimentación y la Agricultura y la Organización Mundial de la Salud— datan en su mayor parte de los primeros años de la posguerra, cuando las esperanzas de un acuerdo entre las potencias eran todavía razonablemente altas. La incoherencia dentro de la Asamblea General de 1967 se ilustra con el decimotercero voto de la Asamblea en noviembre de ese año, sobre la admisión de la República de China Popular a las Naciones Unidas. El voto fue de 45 a favor, 58 en contra y 17 abstenciones. Como la China comunista tenía entonces unos 843 millones de habitantes y había hecho explotar en junio su primera bomba de hidrógeno, su exclusión viciaba la declaración original y los propósitos de la Organización.

Además de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, en donde el conflicto de las gran-

des potencias y el rápido aumento de socios transformó a estos cuerpos, destinados a ser agencias de mediación y armonización, en arenas para el debate y solicitudes de la opinión del mundo, en su mayor parte estos cuerpos tenían metas económicas y sociales. Eran el marco que sostenía una unión más estrecha entre naciones en materias tales como salud, provisión de alimentos, transporte, progreso técnico, educación, bienestar de los niños, y el problema de los refugiados. A pesar de que los países del bloque comunista no participaron consistentemente en todas estas actividades, tomaron parte en algunas y la maquinaria sirvió como un útil eslabón entre los países más pobres y los más ricos. Las instituciones financieras del Banco Internacional y del Fondo Monetario Internacional, aún más específicamente designadas para rehacer la malla de la economía mundial, demostraron tener un valor limitado y esporádico. De todas estas organizaciones generales se podría decir que lo que ellas "más han perfeccionado y ampliado es lo que en los viejos tiempos se llamó el concierto de naciones" y que "lo más importante... es el hecho de que existen, y que continuarán existiendo".³

El segundo tipo de organización internacional se desarrolló, en general, en relación a la alineación en la guerra fría, y por lo tanto tuvo un carácter regional. La más característica fue la estructura militar defensiva de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (NATO) o la versión de la misma en el Lejano Oriente, la Organización del Tratado de Asia Sudoriental (SEATO). La NATO, a pesar de su nombre, no era estrictamente regional, porque cubría el Mediterráneo tanto

³ Gunnar Myrdal: *Beyond the Welfare State* (1960). p. 205.

como el Atlántico, e incluía a Italia, Grecia y Turquía, pero omitía a España. Sus otros miembros eran desde el principio: los Estados Unidos, el Canadá, el Reino Unido, Francia, el "Benelux", Dinamarca, Noruega, Islandia y Portugal. Se equipó con fuerzas militares comunes, bajo un mando militar unificado pero multinacional. Su autoridad política central era el Consejo del Atlántico del Norte, en el que tenían representación todos los gobiernos miembros. Su objetivo no era la unión política, sino simplemente una acción coordinada, estrechamente unida, en defensa contra la agresión soviética o comunista. Después de años de importancia decreciente adquirió de nuevo vigor en 1968, cuando la invasión soviética contra Checoslovaquia revivió las inquietudes occidentales sobre los objetivos del Soviet en Europa. El grado de unidad militar en la SEATO fue menor que el de la NATO. Sus países miembros eran cinco potencias no asiáticas (los Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Australia y Nueva Zelandia) y tres Estados asiáticos (Pakistán, las Filipinas y Tailandia), pero no incluía Estados tan importantes dentro de la región como Indonesia y Malasia.

Dentro de Europa nació un grupo económico altamente integrado. Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos, unidos a partir de 1944 por su cerrada unión aduanera, actuaron, cada vez en mayor escala, juntos en su política extranjera como el "Benelux" y casi como una unidad participaron en las organizaciones occidentales. La Organización para la Confederación Económica Europea (OECE), fundada en abril de 1948 como un cuerpo intergubernamental para desarrollar el Plan Marshall, se convirtió en un valioso medio para la cooperación económica más amplia entre los países de la Europa Occidental. Sus socios incluye-

ron a Austria, Irlanda, Suecia y Suiza, así como los miembros europeos de la NATO. Exploró formas de incrementar la productividad, la provisión de energía y fuerza, y el flujo de científicos e ingenieros adiestrados para las industrias de Europa. La Comunidad Europea del Carbón y el Acero (ECSC), fundada por iniciativa del Sr. Robert Schuman en 1950, creó una nueva pauta para una integración más cerrada. Instituyó una autoridad superior supranacional, cuyas decisiones serían obligatorias para todos los miembros de la comunidad en lo que se refiere a la producción y distribución del carbón, hierro y acero. Francia, Alemania Occidental, Italia y el "Benelux" la pusieron en vigor en julio de 1952 por un período de cincuenta años. En Roma, en 1957, los mismos seis Estados instituyeron una Comunidad Económica Europea (EEC) o "mercado común" para todos los artículos y una Comunidad Europea de Energía Atómica (EURATOM) para coordinar la investigación nuclear y proyectos de fuerza. En 1959, los restantes miembros de la OEEC, prefiriendo arreglos más libres y no comprometerse positivamente en una eventual federación política, que la EEC implicaba, instituyeron la Federación Europea del Libre Intercambio (EFTA). En 1963 y de nuevo en 1968, el Reino Unido hizo un intento de acabar con esta división económica de Europa, presentando una solicitud de ingreso a la EEC. En ambas ocasiones el intento fue vetado por el general De Gaulle, cuyas demandas a sus socios en la EEC separaron e impidieron el desarrollo de esa Organización.

Mientras tanto, en la Europa Oriental se hicieron uniones equivalentes entre la Unión Soviética y los Estados comunistas de Europa, tanto para la defensa como para el desarrollo económico. El

comunismo regional tomó la forma de Consejo para la Mutua Ayuda Económica en 1949, y la Organización del Tratado de Varsovia, en 1955, concertó las fuerzas armadas de Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Polonia, Rumania y la Unión Soviética. El Partido Comunista y el Ejército Rojo tenían el control suficiente en la mayoría de estos territorios para asegurar una estrecha cooperación entre ellos. En 1950, la Unión Soviética y la República de China Popular firmaron un tratado de amistad, alianza y ayuda mutua, que pronto probó significar poco en vista de las ásperas disputas ideológicas que se declararon en los años de 1960, y de la "Revolución Cultural" de China de 1965.

El tercer grupo de organizaciones que se interesó especialmente en los problemas económicos del subdesarrollo, fueron algunos de carácter general y otros local. Estimular el crecimiento económico era el principal objetivo de las agencias de las Naciones Unidas como la FAO y el Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo; de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OECD), que surgió, en 1960, de la vieja Organización para la Cooperación Económica Europea (OEEC), y del imaginativo Plan Colombo de 1951 para el Sudeste de Asia. Individualmente, los países fomentaron el desarrollo de áreas descuidadas dentro de su propia jurisdicción: los más espectaculares fueron los franceses en el Sahara, en donde el desarrollo intensivo reveló ricas fuentes de petróleo y minerales. Los Estados Unidos gastaron cerca de 2 500 millones de dólares al año en su Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) en Asia, África y la América Latina.

De esta manera, las relaciones internacionales

se llevaron por diferentes niveles y formas de organización, confusas por su variedad, y variables en su eficacia, pero acumulativamente contribuyendo a una nueva contextura de la sociedad en el mundo. Al nivel de seguridad y diplomacia, hubo la tendencia de escapar de los problemas sin solución del Consejo de Seguridad (ocasionado principalmente por el uso del veto de las principales potencias) mediante el uso de "reuniones en la cumbre" o un consejo no tan formal entre los ministros de relaciones exteriores. Tampoco todos los organismos funcionales lograron tanto como se había esperado. Pero la elaborada y entorpecedora red de organizaciones superpuestas significó por lo menos un intento persistente hacia actitudes y perspectivas globales; y dada la inseparabilidad de los problemas del mundo, hubo una tendencia inherente para que la cooperación funcional se ampliara a actividades de propósitos múltiples y que las agrupaciones regionales se extendieran más allá de su propia geografía. Como las relaciones internacionales estaban animadas por la doble lucha, entre comunismo y anticomunismo, y entre el despertar colonial y los imperativos del crecimiento económico, un marco de conducta que fuera amplio y flexible era de gran valor. Las rupturas o desacuerdos a nivel no trajeron inevitablemente un colapso general.

Otros grupos asociados contradijeron o trascendieron éstos. La Organización de los Estados Americanos, reformada en Bogotá en 1948, fue una agrupación regional de las veintiuna repúblicas americanas. La Liga de los Países Árabes, formada en 1945, tuvo objetivos muy amplios pero estuvo acosada por cismas internos, y sólo unidos por la animadversión de los árabes contra las antiguas potencias colonialistas y el nuevo Estado

de Israel. La Comunidad Británica misma, sujeta a profundas transformaciones, incluía el Atlántico, el Mediterráneo y el Pacífico. A pesar de que perdió a sus tres miembros más importantes (Birmania en 1947, Islandia en 1948 y la Unión Sudafricana en 1961) ganó en elasticidad con la independencia de la India, Pakistán, Ceilán, Malasia, Ghana, Nigeria y muchos otros territorios anteriormente dependientes. En las dos ocasiones de crisis en el Canal de Suez, en 1956, y la separación de Sudáfrica en 1961, los líderes de la Comunidad Británica jugaron un papel decisivo. A pesar de que una política exterior unificada no era posible, y las crisis ocasionadas por situaciones tales como el conflicto entre la India y Pakistán, la guerra civil en Nigeria y la declaración universal de independencia en Rhodesia socavaban los ideales y la práctica de la unidad en la Comunidad Británica, muchas formas de cooperación social y cultural se desarrollaron con fruto. La Conferencia de Primeros Ministros de la Comunidad Británica, en 1968, fue el clímax de esta nueva fase.

El año 1961 fue un punto culminante en la historia del mundo. El 12 de abril el astronauta soviético, mayor Yuri Gagarin, orbitó la Tierra en su nave espacial, y regresó a salvo. El 5 de mayo, el norteamericano, comandante Alan Shepard, viajó 115 kilómetros en el espacio y regresó felizmente. Por lo tanto, ya no era suficiente pensar en los problemas del mundo o las relaciones internacionales como meramente globales. Se convirtieron en universales. Con el hombre en el espacio empezó una nueva Era.

Dicha nueva Era se inauguró, en forma característica, con una intensa competencia entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. La carrera

del espacio empezó el 4 de octubre de 1957, cuando la Unión Soviética puso con éxito el primer satélite artificial (sputnik) en órbita. Para septiembre de 1959, los rusos tocaron la luna con un cohete y durante 1960, ambos países regresaron con éxito animales de su viaje al espacio. En general, Rusia se mantuvo en el liderato, a pesar de que los norteamericanos (acompañados por investigadores europeos y de la Comunidad Británica) iban muy cerca. Esta rivalidad en realizaciones científicas era preferible a la competencia de hacer bombas nucleares más grandes; pero estuvo dominada por grandes odios y temores entre las potencias, pues la iniciativa en viajes espaciales significaba superioridad en la tecnología, particularmente de *misiles*. A medida que más y más países, desde el Japón a España, incluían partidas en sus presupuestos nacionales para la investigación espacial, la rivalidad en cohetes estimulaba la acumulación de conocimientos sobre el Universo, como lo hizo la intensa investigación de la energía nuclear. Cualquiera que haya sido el propósito, el efecto fue la aceleración de la adquisición de conocimientos, y el realzar el poder de que disponían los hombres para el bien y el mal.

¿Estaba el mundo en la década de 1960 encaminado a un cisma o hacia la integración? Si se va a deducir alguna moraleja de la historia del mundo posterior a 1914, es la de que los hechos no siguen un movimiento inevitable y casi nunca una pauta previsible. Hubo señales de que el choque mismo de los puntos de vista opuestos los obligó a convertirse en parecidos. El efecto acumulado de la guerra fría, de la revolución colonialista, de los triunfos de la democracia y del Estado benefactor, y de los adelantos de la ciencia fue asimilar a todos los pueblos aún más estrecha-

mente a la pauta de vida expuesta por la civilización occidental. Los Estados soberanos, declarando o intentando ser Estados democráticos benefactores, todos por iguales trataron de alcanzar la autodeterminación, el crecimiento económico a través de la industrialización y una amalgama de seguridad social y nacional. Pero dicha asimilación no implica necesariamente una mayor armonía; en verdad, como el conflicto apoya la asimilación, así la similitud puede originar conflicto. Nadie puede controlar los hechos a su gusto. Aun los esfuerzos internacionales coordinados pueden tener consecuencias que nadie espera. Y hechos imprevistos —el asesinato del presidente John F. Kennedy en 1963, o de su hermano Robert Kennedy en 1968— pueden crear nuevas situaciones de la noche a la mañana.

Veinte años después de haber comenzado la guerra fría, la imagen de los años 1919-1939 como un paréntesis de paz apoyado en dos guerras mundiales se convierte en algo cada vez más irreal. La guerra parece ser más endémica de la vida en la mitad del siglo xx de lo que esa imagen implica. Pero ¿qué imagen puede reemplazarla? ¿Debemos de pensar, en su lugar, en las recurrentes tensiones entre naciones y razas que esporádicamente explotan en guerra declarada, diferentes en extensión y alcance, pero no en clase, desde las dos "guerras mundiales"? ¿O debemos pensar más optimistamente, en un prolongado esfuerzo de los hombres por establecer un orden más adecuado a sí mismo, un esfuerzo que hace progresos erráticos, a pesar de las ocasionales recaídas en el caos? ¿O debemos representarnos mejor, un mundo en el cual, la otrora predominante nación ha pasado ya su cenit histórico y está cediendo, ya sea ante la dictadura del proletariado (como de-

claran algunos marxistas) o ante conflictos raciales superpuestos (como los sucesos en los Estados Unidos y en África podrían indicar) o por varios organismos supranacionales (como declaran algunos ardientes federalistas)?

La actitud sugerida por el estudio de la historia reciente —a pesar de los maravillosos logros de la Humanidad, y por las aún más maravillosas potencialidades— no debe ser de orgullo, sino de humildad. Es raro, históricamente, que los hombres extraigan de los grandes hechos los beneficios precisos que esperaban. El problema más confuso de la Humanidad se puede solucionar más por la presión de los hechos y contingencias (que imponen concesiones a regañadientes a ambos lados) que por el más ingenioso plan elaborado por los expertos o profetas.

NOTA BIBLIOGRAFICA

La siguiente nota menciona unos cincuenta libros que el estudioso de la historia mundial en el presente siglo encontrará de utilidad. No se ha intentado enumerar los libros que tratan de las historias internas individuales de las diversas naciones, a pesar que muchos contienen material relevante y de valor. Se han omitido los libros escritos en idiomas diferentes al inglés, a menos que exista una traducción inglesa. En todo momento se verá que un buen Atlas del mundo es indispensable.

A) GENERAL

Muchas de las obras que cubren la mayor parte del período en una forma comprensiva, lo hacen tratando país por país, y se muestran negligentes, por lo tanto, en las influencias recíprocas que, se ha sugerido aquí, son la esencia misma de la "historia mundial". Pero, *This Age of Conflict: A Contemporary World History, 1914 to the Present*, de F. P. Chambers, C. P. Harris y C. C. Bayley (Londres y Nueva York, 3ª edición, 1960), o *A History of the World in the Twentieth Century*, de D. C. Watt, F. Spencer y N. Brown (Londres, 1967) pueden consultarse para fines generales. La historia europea tiende a estar mejor tratada que la historia de otros continentes, y se aprecian sus ramificaciones mundiales en las obras modernas, por ejemplo, *Europe since Napoleon*, de David Thomson (Londres y Nueva York, edición revisada, 1962) y *Contemporary Europe: A History*, de H. Stuart Hughes (Nueva Jersey y Londres, 1961).

Sobre los principios básicos del crecimiento de la población, existe el estudio clásico de A. M. Carr-Saunders: *World Population: Past Growth and Present Trends* (Londres y Nueva York, nueva edición, 1964; edición en español: *Población mundial*, F. C. E., Méxi-

co, 1939) y una buena discusión de las tendencias en la mitad del siglo xx puede encontrarse en *Fertility and Survival: Population Problems from Malthus to Mao Tse-tung*, de A. Sauvy (Londres, 1961, traducida de la obra en francés: *De Malthus à Mao Tsé-toung*, París, 1958).

Las tendencias económicas mundiales son discutidas por W. Asworth, en *Breve historia de la economía internacional, 1850-1960* (F. C. E., México, 2ª edición, 1964); por W. A. Lewis, en *The Theory of Economic Growth* (Londres y Nueva York, 1955); por Gunnar Myrdal, en *Beyond the Welfare State* (Londres y Nueva York, 1960), y por Brian Tew, en *International Monetary Cooperation, 1945-1963* (Londres, 1963).

Los aspectos diplomáticos y de "política del poder" de la época son discutidos con agudeza por R. Aron, en *The Century of Total War* (Londres, 1954, y Nueva York, 1955; traducida del francés: *Les guerres en chaîne*, París, 1951); por E. H. Carr, en *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations* (Londres, edición revisada, 1946); por W. H. McNeill, en *America, Britain and Russia: Their Co-operation and Conflict, 1941-1946* (Londres, 1953); por G. F. Kennan, en *Russia, the Atom and the West* (Londres y Nueva York, 1958), y por H. Seton-Watson, en *Neither War nor Peace: The Struggle for Power in the Post-War World* (Londres y Nueva York, 1960).

Las fuerzas políticas activas en el mundo moderno pueden ser estudiadas en obras tales como *National Self-Determination*, de A. Cobban (Londres, 1945), *Sovereignty*, de F. H. Hinsley (Londres, 1966) y *Equality*, de D. Thomson (Cambridge, 1949); en *The Theory and Practice of Communism*, de R. N. Carew Hunt (Londres y Nueva York, reimpresión económica, revisada, 1961) y en fuentes documentales tales como la editada por A. P. Grimes y R. H. Horwitz: *Modern Political Ideologies* (Nueva York, 1959); la de H. Seton-Watson: *The Pattern of Communist Revolution: A Historical Analysis* (Londres, edición revisada, 1961), y los estudios regionales ya más especializados que se mencionan abajo.

La organización mundial de las relaciones internacionales puede ser investigada históricamente en *Patterns of Peacemaking*, de D. Thomson, E. Meyer y A. Briggs (Londres, 1945); en sus formas entre las dos guerras, en *A History of the League of Nations*, de F. P. Walters (Londres y Nueva York, 1952); y en su aspecto en la posguerra, en *The United Nations as a Political Institution* (Londres y Nueva York, 3ª edición, 1967). Las organizaciones más especializadas son examinadas por C. H. Alexandrowicz, en *International Economic Organizations* (Londres, 1952); por H. L. Mason, en *The European Coal and Steel Community: Experiment in Supranationalism* (Londres, 1955); por J. Huxley, en *UNESCO: Its Purposes and Philosophy* (Londres, 1947, y Nueva York, 1948), y por Miriam Camps, en *European Unification in the Sixties* (Nueva York, 1966, y Londres, 1967).

Entre los tipos más convencionales de narraciones históricas es un ejemplo excelente *A Short History of International Affairs, 1920-1939*, de G. M. Gatherne-Hardy (Londres y Nueva York, 4ª edición, 1950); *A History of the Great War, 1914-1918*, de C. R. M. F. Cruttwell (Oxford y Nueva York, 2ª edición, 1936); *The Second World War: A Short History*, de Cyril Falls (Londres, 1948); *A History of War and Peace, 1939-1965*, de W. Knapp (Londres, Nueva York y Toronto, 1967). El *Survey of International Affairs*, publicado por el Royal Institute of International Affairs en Londres, es una mina de información, así como el sexto volumen del trabajo de la UNESCO, *The History of Mankind: Cultural and Scientific Development* (editado por Caroline F. Ware, K. M. Panikkar y J. M. Romein, Londres, 1966).

B) REGIONAL

La política de la Europa Occidental está examinada al modo moderno en *Communism in Western Europe*, de M. Einaudi, J. M. Domenach y A. Garosci (Nueva York, 1951) y en *Christian Democracy in Italy and*

France, de M. Einaudi y F. Goguel (Nueva York, 1952); las tendencias orientales en *The Eastern Marchlands of Europe*, de H. G. Wanklyn (Londres, 1941); en *Eastern Europe between the Wars, 1918-1941*, de H. Seton-Watson (Cambridge, 1945; Nueva York, 3ª edición, 1963) y en *Comecon: Integration Problems of the Planned Economies*, de M. Kaser (Londres y Nueva York, 1965). Para un enfoque "regional" diferente, véase *The Mediterranean in Politics*, de E. Monroe (Londres, 2ª edición, 1939), y sobre tendencias económicas desde 1945: *An Economic History of Western Europe, 1945-1964*, de M. M. Postan (Londres y Nueva York, 1967).

Se pueden adquirir conocimientos sobre el Medio Oriente de tres libros: *Land Reform and Development in the Middle East*, de D. Warriner (Londres y Nueva York, 2ª edición, 1962); *Communism and Nationalism in the Middle East*, de W. Z. Laqueur (Londres, 1956), y *The Arab Revival*, de F. Gabrieli (Londres, 1961). Sobre el desarrollo de África en general, véase *Nationalism in Colonial Africa*, de T. Hodgkin (Londres y Nueva York, 2ª edición, 1957), *The African Revolution*, de J. Cameron (Londres y Nueva York, 1961) y *A History of Post-War Africa*, de J. Hatch (Londres y Nueva York, 1965).

Pueden recomendarse dos libros más como guías en el laberinto de la política en la América Latina: *The Evolution of Modern Latin America*, de R. A. Humphreys (Oxford, 1946) y *Latin America, An Interpretative History*, de D. M. Dozer (Nueva York, 1962). Hay un estudio especial: *Communism in Latin America*, de R. Alexander (Rutgers, E. U. A., 1957).

Sobre Asia y los problemas del Lejano Oriente, debe hacerse una selección aún más arbitraria: se puede encontrar considerables conocimientos e información en *Asia and Western Dominance*, de K. M. Panikkar (Londres y Nueva York, 2ª edición, 1959); *Nationalism and Communism in East Asia*, de W. Macmahon Ball (Melbourne, 1956); *India, Pakistan, and the West*, de Percival Spear (Oxford y Nueva York, 4ª edición, 1967), y en *The Colombo Plan*, de F. Benham (Londres

y Nueva York, 1956). Sobre las potencias del Lejano Oriente, véase *A History of Modern Japan*, de G. R. Storry (Londres, 1962); *China and Peace of Asia*, de Alastair Buchan (Londres y Nueva York, 1965); *China*, de Victor Purcell (Londres y Nueva York, 1962), y una obra anterior de este último autor: *The Chinese in Southeast Asia* (Londres y Nueva York, 2ª edición, 1965).

Las relaciones entre las agrupaciones regionales principales de Estados después de la segunda Guerra Mundial están consideradas en forma popular, desde un punto de vista geográfico, en *Geography of World Affairs*, de J. P. Cole (Londres y Nueva York, 2ª edición, 1963) y, políticamente, en *Pattern of the Post-War World*, de G. Connell-Smith (Londres, 1957).



ÍNDICE ANALÍTICO

- Abisinia, 29, 162, 173, 178, 188
- Adserbeyán, 116
- Africa, continente de, 11, 12, 15, 17, 23, 24, 25, 26, 29, 30, 31, 35, 40, 41, 42, 53, 56, 57, 58, 59, 60, 101, 133, 140, 163, 194, 211, 217, 218, 223, 224, 227, 231, 232, 233, 234, 243; Norte de, 12, 26, 197, 201, 218, 243; Occidental, 25, 26; Oriental, 29, 39; Sur de (*ver* Unión Sudafricana)
- agricultura, 50, 99, 112, 129, 131, 134, 159, 212
- Albania, 173, 243
- Alemania, 14, 60, 135, 173; colonias, 29, 30, 39, 48, 89; economía, 45, 49-53, 122, 130, 159, 165, 219, 222-4; nacional-socialismo, 145, 159; primera Guerra Mundial, 38, 39, 70-74, 77-89, 91-93; relaciones extranjeras, 24, 31, 34, 114, 117, 121, 148-152, 156, 162, 173, 243; segunda Guerra Mundial, 116, 151, 180, 182-188, 193-217; sistema político, 87, 103, 106, 114, 121, 141, 144, 159, 164, 214, 238
- Alianzas, 25; antes de 1914, 34-8; Pacto Anticomintern (1936), 149, 186; Eje Roma-Berlín (1936), 148; Franco-Polaca (1921), 88, 121; Pequeña Entente (1921), 121; potencias aliadas y asociadas (1919), 89, 205; Triple Alianza (1882), 37, 38
- alimentos (*ver también* agricultura), 57, 75, 100, 102, 110, 170, 200, 204, 219-23; Organización para la Alimentación y la Agricultura (1945), 219, 239, 243
- Alsacia, 77, 92
- América, continente de, 11, 12, 17, 26, 27, 40, 43, 128, 138; del Norte (*ver también* Canadá y Estados Unidos), 11, 12, 27; del Sur (*ver también* Unión Panamericana y países por separado), 11, 12, 40, 49, 50, 53, 56, 59, 89, 102, 103, 153, 164, 169, 170, 171, 172, 176, 177, 204, 205, 223, 235, 243, 244
- Anatolia, 87
- Andamás, islas, 186
- Angola, 26, 233
- árabes, 36, 87, 228, 236, 244
- Argelia, 26, 194, 227, 229, 232
- Argentina, 49, 131, 171, 205, 228
- Armenia, 116
- armisticios, 86, 206
- artes; arquitectura, 138-142; arte, 65-7; ballet,

- 67, 138; cubismo, 65, 66, 136; dadaísmo, 136; drama, 65, 66, 141; escultura, 136, 141; literatura, 63-6, 135-42; música, 66, 136, 139; simbolismo, 65; surrealismo, 67, 136
- Asia, continente de (*ver también* Eurasia y países por separado), 11, 12, 15, 16, 43, 44, 53, 60, 87, 89, 101, 113, 115, 131, 133, 139, 148, 163, 183, 197, 213, 216, 218, 220, 223, 230, 234, 236, 243
- Asquith, H. H., 41
- Atlántico, Carta del, 187
- Attlee, C. R., 209
- Auden, W. H., 137
- Australasia, continente de (*ver también* Australia, Nueva Zelanda, Tasmania), 11, 23, 29, 31, 43, 103
- Australia, 31, 41, 49, 95, 132, 155, 170, 188, 241
- Austria, 87, 95, 134, 153, 156, 162, 173, 183, 242
- Austria-Hungría, Imperio de, 34-40, 70-4, 76, 85, 87
- autodeterminación nacional (*ver también* minorías y nacionalismo), 36-42, 74-8, 88, 94, 98-9
- Azores, 205
- Balcánicos, Estados, 35-9, 70, 72, 77, 79, 97, 154, 162, 206, 208
- Bálticos, Estados, 183
- batallas (*ver también* guerra): Caporetto (1917), 85; El Alamein (1943), 197, 201; de Inglaterra (1940-41), 19, 184; Jutlandia (1916), 80; "la bolsa" (1944), 207; Marne (1914-1918), 82; Passchendaele (1917), 83; Pearl Harbour (1941), 151, 185; Somme (1915), 82; Stalingrado (1941), 197, 200; Tobruk (1942), 201; Verdún (1916), 83, 86; Ypres (1915), 81-3
- Bélgica: colonias, 26, 95, 195, 227; economía, 45, 48, 71; primera Guerra Mundial, 38, 70, 77-8, 92; relaciones extranjeras, 121, 241; segunda Guerra Mundial, 180, 182, 183, 188; sistema político, 107, 154-55, 155 n.
- Bengala, 42, 57
- Berdyaev, Nikolas, 139
- Beresford, lord Charles 33
- Berg, Alban, 138
- Bergson, Henri, 17, 63, 65
- Bermudas, 29
- Beveridge, lord, 17, 63 n., 191
- Birmania, 29, 31, 42, 194, 198, 207, 230, 235, 245
- Bismarck, 37, 72 n., 75
- Blum, Léon, 155
- Bolivia, 90, 172
- Borden, sir Robert, 28
- Boris, rey, 154
- Borneo, 31, 186
- Borodin, Michael, 123, 124
- Bosnia, 36

- boy scouts, movimiento de los, 126-7
 Brasil, 49, 171 *n.*, 176
 Bretaña (*ver* Reino Unido)
 Briand, Aristide, 121-2
 Bulgaria, 36, 71, 116, 154, 206, 209, 243
 Burma (*ver* Birmania)
- Cabo de Buena Esperanza, 30, 41
 Camerún, 26
 Canadá, 26, 27, 40, 41, 44, 49, 170, 188, 222
 canales: de Kiel (1895), 44; de Panamá (1914), 32, 44; de Suez (1869), 30, 33, 44, 245
 Canarias, islas, 26
 Cárdenas, presidente, 154
 Carolinas, islas, 89
 Castro, Fidel, 228
 Ceilán, 29, 42, 230, 235, 245
 Cercano Oriente, 35-9, 87, 211, 231
 ciencia (*ver también* tecnología), 16, 62-4, 67, 69, 142, 164, 208, 224, 242, 245
 Clemenceau, Georges, 91
 Cleveland, presidente, 28
 Cocteau, Jean, 137
 Colombia, 27, 171
 Colonias, 24-34, 50, 57, 73, 77, 94-5, 163, 170, 194, 226-7, 244
 comercio (*ver también* transportes y economía mundial): crecimiento mundial, 12, 51, 61, 102, 108, 114, 165, 172, 212, 216; cuadros comparativos, 43, 71, 101, 172, 212, 215; impedimentos al, 50, 76, 128, 133-4; 159, 223
 Comte, Auguste, 64
 Comunidad Británica (*ver también países por separado*), 40-1; estructura de, 23, 30-1, 40, 170, 171-8, 233, 245; primera Guerra Mundial, 40, 72, 89; relaciones económicas, 47-9, 53, 102, 134, 216. 222; relaciones mundiales, 28, 31, 117, 150, 194, 213, 238, 246; segunda Guerra Mundial, 182, 199, 202-3
 comunismo, 17, 21, 107-16, 124, 133, 137, 144, 145, 148, 152, 156-8, 161, 163, 212-3, 216, 227, 232, 235-237, 243
 conferencias: Bandung (1955), 235; Belgrado (1961), 235; Bogotá (1948), 175, 244; Bretton Woods (1944), 190; Cairo (1943), 189; Mundial Económica (1933) 178, Embajadores (1923), 126 *n.*; Filadelfia (1944), 189; Interamericana (1936), 169; Internacional Americana (1889), 27, 176 *n.*; La Habana (1928), 169; Lausana (1932), 129; Moscú (1943), 188; (1945), 210; Ottawa (1932), 135, 170-2; Panamericanas (1901-10),

- 27; (1939), 169; París (1919), 87, 90-8, 111; (1946), 209; Potsdam (1945), 209, 214; Primeros Ministros de la Comunidad Británica (1968), 245; Teherán (1943), 189; Washington (1921), 89, 125; Yalta (1945), 189, 208-10
- Congo, 26, 195, 223, 227, 232-4
- contribución, 31, 32, 220, 221
- Coolidge, presidente, 156
- Corea, 31, 55
- Corfú, 126 *n.*, 162
- Corte Internacional de Justicia, 104, 126 *n.*, 174 *n.*
- Costa de Oro, 26, 228, 231, 235, 245
- Creta, 36
- cristianismo, 18, 35
- Croacia, 94
- Croce, Benedetto, 65
- Cruz Roja Internacional, 126, 205
- Cuba, 27, 42, 228
- cuestion oriental, 70, 123
- Chamberlain, sir Austin, 122
- Chamberlain, Houston Stewart, 67
- Chamberlain, Joseph, 50
- Checoslovaquia, 60, 87, 95, 121, 156, 162, 173, 179, 183, 188, 206, 237, 243
- Chiang Kai-shek, general, 124, 231
- Chile, 49, 132, 171 *n.*
- China: economía, 43, 49, 56, 113, 219; guerra con Japón, (1931-45), 124-5, 184; primera Guerra Mundial, 39, 71, 89; relaciones extranjeras, 31-32, 229, 232, 235-6; segunda Guerra Mundial, 184-8, 194, 197, 201; sistema político, 36, 116, 123-6, 163, 213, 227, 243
- Chipre, 24, 30, 231
- Chou En-lai, premier, 231
- Churchill, Winston S., 187, 208-9
- Danzig, 60, 182
- Darwin, Charles, 18, 63, 67
- Dawes, Plan (1924), 130
- Degrelle, Léon, 155 *n.*
- Delius, Frederick, 139
- democracia, 17, 61, 73-6, 86, 103, 107, 116-9, 143, 145-8, 150, 154-8, 166-8, 184, 189, 227-9, 246
- desarme, 94, 120, 188, 209, 214
- deudas de guerra, 92-4, 128-130, 208
- Dewey, John, 140
- dictaduras totalitarias, 111, 115, 134, 144, 147, 150, 162, 177, 179, 182, 227, 247
- Dinamarca, 45, 182-3, 241
- Doenitz, almirante, 195
- Dollfuss, canciller, 154, 162
- Dostoievsky, Fedor., 108
- Doumergue, presidente, 154

- Dunkerque, 183
 Durkheim, Emile, 63
- economía mundial (*ver también* agricultura, finanzas, industria, población, comercio, sindicatos, transportes): Conferencia Mundial Económica (1933), 178; crecimiento de, 15, 48, 218; crisis económica mundial (1929-31), 128-129, 138, 143, 144, 148, 153, 157, 164, 171, 193; efectos de la guerra en la, 128-131, 204
- Ecuador, 90, 171 *n.*, 172
- Eddington, sir Arthur, 142
- educación, 58-63, 139, 158, 190, 225, 228, 240
- Egipto, 25, 29, 194, 201, 205, 228, 235
- Einstein, Albert, 17
- Eisenhower, presidente, 205
- Eliot, T. S., 137, 139
- energía atómica, 18, 207, 214, 235, 239, 242
- entretenimiento, 62, 138
- Epstein, sir Jacob, 136
- Eritrea, 29
- Escandinavia (*ver también países por separado*), 106, 120
- esclavitud, 30
- eslavos, 34, 70, 94, 184
- Eslovenia, 94
- España, 12, 26, 63, 116, 142, 145, 149, 205, 241, 246
- Estado benefactor: desarrollo del, 17, 76, 190-3, 228, 246; medidas para la seguridad social, 189-190, 221, 224-5
- Estados Unidos de América (*ver también* América, Unión Panamericana): dependencias de, 28-29, 40, 170, 175, 194; economía de, 12, 44-54, 59, 71, 77, 86, 100, 114-115, 129-133, 212, 216-223, 243; primera Guerra Mundial, 73-7, 86, 89-92, 100; relaciones extranjeras, 26, 32-4, 104, 111, 117, 120, 125, 149-150, 171-2, 226-8, 232, 237, 241; segunda Guerra Mundial, 151, 181, 184-196, 230; sistema político 41, 62, 151-6, 159, 162, 166, 247
- Estonia, 84, 95, 183
- Etiopía (*ver* Abisinia)
- Eurasia, 23, 34, 43
- Europa, continente de (*ver también países por separado*): 12, 23, 58, 218; economía, 43-7, 53, 100-103, 114, 153, 164, 172, 221, 226; fuerzas políticas, 17, 33-41, 60, 103, 107, 144, 147, 156, 163, 238, 241; Occidental, 62, 107, 149-150, 197, 206, 212, 216, 222-5, 238, 241; Oriental, 73, 78, 88, 94-6, 108, 150, 182, 204, 208, 212, 222, 228, 242; primera Guerra Mundial, 34, 37-9, 70-3, 75-7, 86-8, 97;

- relaciones mundiales, 25, 33, 103, 113-18, 140, 241; segunda Guerra Mundial, 182-4, 186, 194, 200, 211, 216
- fabianos, 65, 159
- fascismo (*ver también* dictaduras totalitarias), 17, 115, 119, 133, 142, 144-9, 151, 156-7, 184
- ferrocarriles, 44-6, 57, 108, 139
- Fidji, islas, 31
- Filipinas, 33, 42, 49, 186, 198, 207, 230
- filosofía, 64-6, 140, 151
- finanzas e inversiones, 17, 52, 99-101, 108, 124, 129-135, 153, 212, 221, 240
- Finlandia, 84, 95, 183, 196, 209
- Foch, mariscal, 86, 92
- Ford, Henry, 62
- Foreign Assistance Act (1948), 204
- Francia, 13, 14, 112; colonias, 25, 29, 31, 95, 194, 227, 229-34; economía, 48-50, 52, 56, 71, 100, 134, 192, 219, 222, 224, 242; primera Guerra Mundial, 38, 70, 73-88, 92, 95; relaciones extranjeras, 25, 31-2, 35-37, 104, 111, 118, 120-2, 149, 162, 179; segunda Guerra Mundial, 180, 182-217; sistema político, 63, 106, 142, 144, 153, 154, 158, 161, 179, 192, 211, 229, 231, 237
- Franco, general, 149
- Freud, Sigmund, 17, 63, 136
- Frick, W., 195
- fuerza aérea, 62; en la primera Guerra Mundial, 80, 82, 94; en la segunda Guerra Mundial, 198, 200-01, 207, 213
- Gagarin, Yuri, 245
- Galsworthy, John, 65
- Gambia, 26
- Gandhi, Mahatma, 17, 135, 163
- Gauguin, Paul, 66
- Gaulle, Charles de, 229, 231, 237, 242
- Gentile, Giovanni, 65
- Georgia (Rusia), 116
- Ghana (*ver* Costa de Oro)
- Gibraltar, 24, 30
- Gide, André, 137
- Goering, mariscal, 195
- Gran Bretaña (*ver* Reino Unido)
- Grecia, 34, 36, 87, 95, 126, 161, 188, 204, 208, 213, 241
- Gropius, Walter, 138
- Guam, 33
- Guayana, 27
- guerra (*ver también* batallas): bajas, 80-84, 98-101, 200-3; prevención de, 120-1, 125; guerra fría, 209, 226-7, 233, 235-239, 247; naturaleza de las luchas, 11, 12, 16, 17, 18, 38, 69, 86, 87, 197, 198, 202, 203, 206, 207, 216, 217, 232, 247

- guerra, crímenes de, 122 *n.*, 195-6
- guerras: Bolivia-Paraguay (1933-35), 172; España-América (1898), 27, 29; guerra Civil China (1922), 123; guerra Civil Española (1936-39), 149-50, 162; Japonesa-China (1931-45), 125, 184, 233; Perú-Ecuador (1941), 172; primera Guerra Mundial, 34, 36, 55, 69-105, 128, 202; Revolución Francesa y guerras napoleónicas (1792-1815), 69; Ruso-Japonesa (1904-1905), 32, 229; segunda Guerra Mundial, 80, 89, 125, 149, 163, 170, 179, 182-217; Vietnamita (1964-....), 232, 236
- Guillermo II, káiser, 86
- Guinea, 26, 231
- Guyana (*ver* Guayana)
- Habsburgos (*ver también* Austria-Hungría), 34, 87
- Haití, 27
- Haushofer, Karl, 60
- Hawai, 33, 49
- Hay, John, 32-3
- Hegel, G. W. F., 65
- Henderson, Arthur, 112
- Herriot, Edouard, 122
- Hertzog, J. B. M., 155
- Herzegovina, 36
- Hess, Rudolf, 195
- Hindenburg, mariscal de campo, von, 85
- hinduismo, 40, 163
- Hiroshima, 202, 207-208
- Hitler, Adolfo, 123, 144-6, 148, 157-60, 180, 182, 211
- Holden, sir Charles, 139
- Honduras Británica, 26
- Hong Kong, 24, 31, 185
- Hoover, presidente, 156
- Hungría (*ver también* Austria-Hungría), 87, 95, 116, 206-9, 243
- Ibn Saud, rey, 36
- Ibsen, Henrik, 65-6
- Imperio Otomano (*ver* Turquía), 26, 34-6, 39, 53, 71, 73, 76, 84, 87
- India, 29, 135; economía de la, 47-52, 56, 103, 113, 219, 228; relaciones extranjeras, 23, 36, 40, 172, 194, 229, 235; sistema político, 41, 163, 230, 245
- Indias Occidentales Británicas, 26
- Indias Orientales, 49, 186, 198
- Indias Orientales Holandesas (*ver también* Indonesia), 29, 106, 182, 186, 198
- Indochina, 31, 163, 185, 194, 216, 227, 230-2
- Indonesia, 163, 194, 216, 230-2, 235-6
- industria, 45, 57, 62, 63, 69, 75, 98-9, 102, 107, 112-115, 129-134, 159, 163-5, 170, 199, 212, 242; acero, 45, 52, 56, 242; carbón, 45, 52-6, 242; textiles, 55
- Interim Aid Act (1947), 204

- Internacionales: Segunda (1889-1914), 161; Tercera (Comintern 1919-1943), 114, 161, 211
- Internacional (*ver también* Alianzas, conferencias, Sociedad de Naciones, tratados, Organización de las Naciones Unidas): cooperación, 16, 104, 126, 134, 168-181, 188, 220; organización, 27, 104, 117-128, 188, 191, 191 *n.*, 210, 220, 237-48
- Irán (*ver* Persia)
- Irak (Mesopotamia), 36, 95
- Irlanda, 41, 66, 170, 182, 205, 242, 245
- islamismo, 18, 36
- Islandia, 241
- Israel, 231, 236, 245
- Italia: colonias, 26, 29, 36, 194; economía, 48, 60, 71, 222, 241; primera Guerra Mundial, 71, 79, 85, 90, 94; relaciones extranjeras, 37, 148-151, 161, 173, 178, 241; segunda Guerra Mundial, 151, 182, 186, 208; sistema político, 107, 119-120, 142, 148, 206, 212
- Japón: economía, 31, 49, 55, 89, 102, 123, 219, 246; guerra con China (1931-1945), 173, 184; primera Guerra Mundial, 70, 89-90, 95; relaciones extranjeras, 25, 31-2, 39, 111, 117, 124, 150, 163, 178, 194, 230, 235; segunda Guerra Mundial, 151, 185-7, 197-201, 207-8, 213, 216, 230; sistema político, 62, 149, 238
- Java, 59
- Jeans, sir James, 142
- Jodl, general, 195
- Jordania, 95, 231
- Joyce, James, 136
- judíos (*ver también* Israel), 97, 184, 244
- Kashmir, 172
- Keitel, general, 195
- Kemal, Mustapha (Ataturk), 87, 95
- Kenia, 231-4
- Keynes, lord, 17, 71, 166
- Kun, Béla, 116
- Latvia, 84, 95, 183
- Laurier, sir Wilfrid, 28
- Lawrence, D. H., 136
- Lejano Oriente, 24, 31-3, 39, 53-6, 103, 123, 150, 203, 207, 211, 216-20
- Lenin, V., 17, 21, 99, 107-112, 144, 157
- Lewis, Sinclair, 141
- Ley, R., 195
- Líbano, 95
- Liberia, 29, 188
- Libia, 26, 194
- Lituania, 84, 95, 183
- Lorena, 77, 92
- Ludendorff, general, 86
- Luov, príncipe, 109
- Luxemburgo, 188, 241
- Lytton, lord, 126
- Lloyd George, David, 90

- MacDonald, James Ramsay, 122
- MacKinder, sir Halford J., 60
- Madagascar, 29
- Maginot, Línea, 202
- Mahan, almirante, 33
- Malan, D. F., 233
- Malaya (Malasia), 29, 194, 198, 216, 230, 236, 245
- Malta, 24, 30
- Manchú, dinastía (1644-1911), 32, 123
- Manchuria, 31, 60, 89, 125-126, 149, 178, 194, 208
- Mandatos, 95, 104
- Mao Tse-tung, general, 21, 201, 231, 233
- Maritain, Jacques, 139
- Marshall, islas, 89
- Marx, Karl, 18, 21, 99, 105, 108, 113, 116
- Marruecos, 25, 36, 194
- Matisse, Henri, 65
- Mauricio, isla, 30
- Max de Baden, príncipe, 86
- Medio Oriente, 203
- México, 27, 112, 154, 171
- minorías, 94-7, 103, 156, 182
- Moltke, mariscal de campo Von, 85
- Mongolia, 116
- Montgomery, general, 201
- Mozambique, 233
- Munich (1938), 150, 162, 180
- Mussolini, Benito, 120, 126 n., 144-6, 162, 180
- Musulmán, mundo (*ver* árabes, islamismo y *pat-ses por separado*)
- nacionalismo (*ver también* minorías), 13-21, 27, 32-5, 37, 40, 51, 61, 75, 84-7, 94, 98, 104, 111, 116, 119, 123, 137-46, 149, 152, 156-67, 184-93, 211, 216, 228, 233, 247
- Nagasaki, 207
- Nasser, presidente, 143
- Natal, 41
- navíos (*ver también* poderío naval), 24, 29-34, 44, 47, 52, 75, 89, 128, 199, 204
- Nahru, Pandit, 163, 228
- Neurath, Otto von, 195
- Nicaragua, 27
- Nicolás II, zar, 108
- Nietzsche, Friedrich, 65
- Nigeria, 26, 231, 245
- Nkrumah, presidente, 228
- Noruega, 71, 182-3, 188, 206, 241
- Nueva Guinea, 31, 95
- Nueva Zelandia, 31, 40, 49, 95, 132, 120, 188, 241
- Nuremberg, Juicio de, 122, 195
- océanos y mares: Adriático, 213; Artico, 183; Atlántico, 24-30, 33, 39, 44, 187, 194, 240, 245; Báltico, 44, 88, 97, 183, 213; Caribe, 27, 29, 169; Índico, 24, 29, 30, 44, 194; Mediterráneo, 24, 28, 39, 44, 162, 194, 240, 245; del Norte, 24, 44;

- Pacífico, 29, 32, 44, 55, 71, 90, 95, 125, 185, 194, 216, 230, 245; Rojo, 30
Okinawa, 207
- Organización Internacional del Trabajo, 104, 127, 168, 174 *n.*, 189
- Organización de las Naciones Unidas: Acta constitutiva de, 226, 238; agencias funcionales de: Unesco, 191; Banco Internacional, 190, 240, 243; como alianza para la guerra, 194, 199, 204; como organización general internacional, 188 *n.*, 189, 210, 224, 232-4, 238-9; Consejo de Seguridad, 210, 244; FAO, 190, 219, 239; Fondo Monetario Internacional, 190-1, 240; IRO, 204; Organización Mundial de la Salud, 239; reporte económico, 220-1; UNRRA, 190, 204
- oro, 53, 131, 223
- Ortega y Gasset. José, 59-60
- Pacifismo, 99, 120
- Países Bajos, 14, 45, 71, 183, 188, 208, 219, 230-2, 242
- Pakistán, 172, 230, 235-6, 241, 245
- Palestina (*ver también* Israel), 95-97
- paneslavo, movimiento, 35
- pangermánico, movimiento, 35
- panislámico, movimiento, 35-6
- panteutónico, movimiento, 35
- panturaniaco, movimiento, 35
- Paraguay, 171 *n.*, 172
- Péguy, Charles, 66
- Perón, Juan, 228
- Persia, 35
- Perú, 90, 171 *n.*, 172
- Pétain, mariscal, 86
- Picasso, Pablo, 65
- Pilsudski, mariscal, 154
- Plan Marshall, 127, 241
- población, movimiento de la, 43, 49, 60, 163, 203, 219; tamaño de la, 23, 48, 54-5, 59, 141
- poderío naval (*ver también* guerra), 24, 28-9, 33, 46, 70-2, 75-6, 86, 89, 94, 185, 197-9, 204, 206
- Polonia, primera Guerra Mundial, 77, 84, 87, 95-7; relaciones extranjerías, 121, 179, 237, 243; segunda Guerra Mundial, 89, 182-4, 188, 196-8, 206-8; sistema político, 34, 94, 154, 156
- Portugal, 26, 63, 205, 233, 241
- prensa, 61-2
- Proust, Marcel, 65
- Prusia, 34, 87, 95, 97
- psicología, 62-3, 78
- Puerto Rico, 27
- Racismo, 67, 184, 233, 248
- radio, 62, 139, 147, 187
- Raeder, almirante, 195

- refugiados, 96, 203-5
 Reino Unido (*ver también* Comunidad Británica): colonias, 23-34, 95, 194, 226, 230-2; economía, 45-53, 100, 124, 130-1, 135, 215-6, 222-4; primera Guerra Mundial, 38, 70-6, 85-93, 95, 101; relaciones extranjeras, 104, 111, 120, 124, 149, 162, 172, 241; segunda Guerra Mundial, 180, 182-217; sistema político, 62, 106, 134, 142, 144, 153, 154, 155, 158, 166, 191
 religión (*ver también* cristianismo, hinduismo, islamismo), 67, 147
 Renanas, Provincias, 92, 162, 173, 179
 reparaciones, 93, 129, 131, 208
 resistencia, movimientos de, 187, 205, 211
 revoluciones: alemana (1918), 86; (1933), 123, 144-9; china (1911), 32, 36, 123, 123 *n.*; colonial, 194-5, 229-37, 246; francesa (1789), 69, 108; italiana (1922), 144-9; rusa (1917), 12, 21, 76, 84, 107-116, 123; sudamericana, 27, 40, 66, 154
 Rhodesia, 29, 223, 231, 233, 245
 Ribbentrop, Joachim von, 195
 Rimsky-Korsakov, Nicholas, 108
 Río Orange, Colonia del, 41
 Rommel, mariscal de campo, 201
 Roosevelt, Franklin Delano, 17, 134, 153, 184, 187, 188 *n.*, 199, 208
 Roosevelt, Theodore Franklin, 27, 32, 169
 Ruhr, 52, 122
 Rumania, 84, 87, 95, 121, 206-9, 237, 243
 Runstedt, mariscal de campo Von, 207
 Rusia (*ver también* Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas): economía de, 43-5, 51-6, 71; primera Guerra Mundial, 39-40, 70, 73, 76-85, 87, 95, 98, 108; relaciones extranjeras, 25, 35, 38-9; sistema político, 12, 34, 107
 Rutherford, lord, 17, 142
 Salazar, presidente, 233
 Salónica, 36
 Samoa, 33, 95
 Santayana, George, 139
 Santo Domingo, 27
 Sarajevo, 38
 Sartre, Jean-Paul, 137
 Sarre, 92
 Sauckel, Fritz, 195, 200
 Schlieffen, Plan, 70, 73; 83-5
 Schuman, Plan, 191 *n.*, 242
 Scriabin, Alexander, 136
 Servia (*ver también* Yugoslavia), 35, 39, 70, 74, 85, 87, 94

- Shaw, George Bernard, 65
 Shepard, Alan, 245
 Siam, 89, 241
 Siberia, 56, 112
 Sierra Leona, 26
 Sindicatos, 61, 106, 147, 166; Federación Internacional de, 126
 Singapur, 24, 29, 186, 194, 198
 Siria, 36, 95
 Sitwells, 136
 Smuts, mariscal de campo, 155
 socialismo, 20-1, 98-9, 106-116, 137, 146, 154, 157-168, 187, 189, 193, 227, 232
 Sociedad de Naciones, 18, 77 *n.*, 91-2, 95, 104-5, 114, 117-27, 149-50, 162, 168-181, 183, 196, 218
 Salomón, islas, 31, 197
 Somalia, 29, 231
 Sorel, G., 65
 Speer, Albert, 195, 200
 Spender, Stephen, 137
 Spengler, Oswald, 60
sputnik, 245-6
 Stalin, J., 21, 112, 116, 157, 160, 211
 Stravinsky, Igor, 136
 Stresemann, Gustav, 122
 Strijdom, J., 233
 Sudáfrica (*ver* Unión Sudafricana)
 Sudán, 25
 Suecia, 14, 205, 242
 Suiza, 14, 63, 71, 109, 136, 205, 242
 Sun Yat-sen, Dr., 32, 123, 123 *n.*
 Tagore, Rabindranath, 139
 Tangañika, 231
 Tarde, Gabriel, 63
 tarifa (*ver también* comercio), 50-1, 129, 135, 167, 171
 Tasmania, 31
 Tchaikovsky, P., 108
 tecnología (*ver también* ciencia), 16, 49, 60-9, 143, 164, 209, 225, 242, 245-6
 Terra, presidente, 154
 Thailandia (*ver* Siam)
 Togo, 26, 231
 Tolstoi, León, 66, 108
 trabajo, falta de, 132, 155, 159, 189-93, 224
 Tracia, 35
 transportes (*ver también* ferrocarriles, navíos), 43-6, 62, 84, 108, 164, 197, 204
 Transvaal, 41
 tratados (incluye contratos, pactos, etc.): Anglo-Soviético (1942), 187-188; Asia Sudoriental (O T A S, 1954), 240-1; Atlántico del Norte (OTAN, 1949), 213, 240-242; Ayuda mutua (1942), 117; Benelux (1944), 215, 242; Brest-Litovsk, 74, 84, 110; Briand Kellogg (1928), 121, 174; Lausana (1923), 90; Locarno (1925), 121, 130, 150, 174; Londres (1915), 71, 79; Munich (1938), 150, 162, 180; Nazi-Polaco (1934), 174;

- Nazi-Soviético (1939), 150, 181, 186, 211; Pacto de Varsovia (1955), 237, 243; Potsdam (1945), 209-210, 214; Préstamos y Arriendos, (1942), 188, 199, 204; Rapallo, (1922), 114, 150; Versalles (1919), 90-98, 156, 173; Washington (1921), 89, 125
- Tribunal Militar Internacional, 195
- Trieste, 94
- Trípoli, 36
- Trotsky, León, 21, 84, 111-112, 157, 161
- Truman, Harry S., 209, 213
- Túnez, 26, 162, 194, 234-5
- Turquía (*ver también Imperio Otomano*), 26, 34-36, 39, 53, 71, 73, 76, 84, 87, 95, 112, 140, 204-5, 213, 241
- Tzara, Tristán, 136
- Ucrania, 84
- Uganda, 29, 231
- Ulster, 41
- Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (*ver también comunismo y Rusia*): bolchevismo, 56, 84, 88, 99, 105, 108-116, 123, 144, 147, 157; economía, 125, 134, 157, 160; primera Guerra Mundial, 109; relaciones extranjeras, 31-2, 88-89, 113, 116, 120, 124, 150-1, 163, 226-28, 232, 236-7, 241-3, 246; segunda Guerra Mundial, 181, 182-217; sistema político, 107-16, 140, 157, 160
- Unión Panamericana (1889), 27, 169-78
- Unión Soviética (*ver Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*)
- Unión Sudafricana, 25, 29, 41, 49, 95, 155, 170-2, 223-224, 233, 245
- Uruguay, 90, 132, 154, 171
- Vaughan Williams, Ralph, 139
- Venezuela, 28, 171 *n.*
- Verwoerd, H., 233
- viajes espaciales, 245-6
- Vietnam, 232, 237
- Vorster, B. J., 233
- Weill, Kurt, 137
- Wells, H. C., 14, 66
- Wilson, Woodrow, 17, 77-79, 86-8, 90-1, 104, 117
- Woolf, Virginia, 137
- Yugoslavia, 87, 95, 116, 121, 188, 235
- Zambia (*ver Tangañika*)
- Zeeland, Paul van, 155
- Zimmerwald, Programa, 99 *n.*, 107, 161
- Zola, Émile, 137

INDICE GENERAL

<i>Prefacio</i>	7
<i>Introducción</i> ¿Qué es la "historia mundial"?	11
I. <i>El panorama mundial en 1914.</i>	23
1. El marco político, 23; 2. El escenario económico, 43; 3. El horizonte cultural, 58	
II. <i>La primera Guerra Mundial, 1914 a 1918</i>	69
1. Las cuestiones implicadas, 69; 2. En aras de Marte, 80; 3. Los ajustes de la posguerra, 90; 4. Repercusiones sociales, 98	
III. <i>La década de la posguerra, 1919 a 1929</i>	106
1. Cisma en el socialismo, 106; 2. Organización internacional, 117; 3. La crisis económica, 128; 4. Desintegración cultural entre las dos guerras, 135	
IV. <i>La década de la preguerra, 1929 a 1939</i>	144
1. Los estados de partido único, 144; 2. La fusión del nacionalismo y del socialismo, 157; 3. Cooperación internacional, 168	
V. <i>La segunda Guerra Mundial</i>	182
1. Los factores en juego, 182; 2. La carga de la guerra, 196; 3. El nuevo equilibrio de poder, 205	
VI. <i>El mundo contemporáneo, 1945 a 1968</i>	218
1. Economía mundial, 218; 2. Difusión de la beneficencia, 225; 3. La revolución colonial, 229; 4. Organizaciones mundiales, 237	
<i>Nota bibliográfica.</i>	249